
La pasión
DEL CEO
ESCOCÉS
CARLOTA MANZANO

La pasión del CEO escocés

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
La pasión del CEO escocés.
Carlota Manzano
©abril, 2024.
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



«Lo inesperado, en el sentido positivo, es lo que más valor tiene… Llega sin avisar, de la nada, provocando que te adaptes a una nueva perspectiva, una que te abre las puertas a un mundo totalmente desconocido. Hay situaciones y momentos que no se pueden dejar escapar, a pesar del vértigo que provoca el no saber cómo se dará y, sobre todo, cómo influirá y terminará la decisión que te lleva a embarcarte en la aventura. Las elecciones que tomamos marcan nuestro destino, los pasos que damos en el transcurso de la vida determinan nuestro camino…»

Everly

—Hija, ¿por qué tan lejos? No lo entiendo, con la de trabajos que hay por aquí.

—Ya te lo he dicho, mamá. Es una gran oportunidad y no la puedo dejar escapar. Tampoco es tanto —respondí como había hecho muchas veces hacia la misma pregunta repetitiva, en un corto espacio de tiempo, mientras colocaba dentro de la maleta parte de la ropa que había sacado y dejado encima de la cama.

No iba a llevarme gran cosa porque al día siguiente de llegar al destino, era el proceso de selección. Había comprado un billete de vuelta para última hora de ese mismo día, para regresar a casa al saber que la decisión final tardaría en conocerla. A eso se estaba refiriendo mi madre, había sido elegida en una criba para optar a un puesto de trabajo en la administración de una gran empresa internacional, de mucho prestigio, en la que probé suerte enviando el currículum. Si no hubiera sido porque cursé mis estudios universitarios en el extranjero, perfeccionando el idioma, al igual que realicé un periodo largo de prácticas, en la vida se hubiera dado.

En el instante en el que me animé a hacerlo, a optar al puesto, no pensé ni por un segundo que recibiría la llamada inesperada de que me esperaban en un par de días si seguía interesada. Asombrada me quedé cuando descolgué el teléfono, y loca, todo hay que decirlo, porque antes incluso de despedirme y finalizar empecé a saltar de la emoción, lógicamente no lo mostré a través de la línea.

¿El problema? Había muchos kilómetros de por medio, de ahí que mi madre no dejara de repetirme las mismas preguntas mientras mi padre intentaba apoyarme y ayudarme. Lo tenía claro, escuchara lo que escuchara nada me iba a hacer cambiar de opinión. Era algo único que me

haría crecer a nivel profesional y personal, una experiencia como pocas, porque tener la misma posibilidad no se da dos veces en la vida.

En aquel momento, cuando atendí la llamada…

Corrí hacia el salón al escuchar el sonido, era donde lo había dejado antes ir al baño para ducharme.

—¿Diga? —dije al ver un número desconocido, extranjero.

Una voz me contestó en inglés y automáticamente me puse nerviosa, cambiando de idioma en cuanto escuché desde dónde llamaba: *Blue Sky Company*.

—Buenas tardes, sí, soy Everly.

—La llamo de la empresa Blue Sky Company —repitió—. Envió su currículum, ¿sigue interesada en optar al puesto de secretaria de dirección?

—Correcto. Sí, por supuesto.

—Perfecto, entonces. Pues le comunico que tiene que presentarse en el edificio de la empresa el día dieciocho de este mes, usted tiene concretada la entrevista con el CEO a las diez y media de la mañana.

—Ahí estaré sin falta, muchas gracias.

—A usted, suerte.

Después de agradecérselo otra vez, eufórica, llamé a mi amiga Naomi y a mis padres para informarles de todo. Con Naomi todo fueron gritos de alegría, con mis padres, hubo un cincuenta por ciento de todo. Ya imagináis en qué dirección fue cada tanto por ciento.

Al escuchar la voz de mi padre regresé de mis pensamientos, centrándome en la maleta.

—Nadine, deja a la niña tranquila —le pidió.

—Gabriel, estamos teniendo una conversación. No te metas. —Lo señaló.

—¿Gabriel? Nada de cariño, de amor… —Levantó una ceja, divertido—. Esa conversación de la que hablas la has iniciado desde que Everly nos ha abierto la puerta. Has entrado como un huracán.

—¿Y no te parece motivo suficiente mi comportamiento? —Soltó un jadeo ahogado.

—Pues no. —Mi padre cruzó la puerta hasta llegar a su lado—. Es su vida, son sus ilusiones y aspiraciones… ¿Tú permitiste que tus padres te frenaran en alguna elección que hiciste?

Ahí la calló de golpe porque los tres sabíamos perfectamente que esa opción nunca se había

dado.

—No me despistes —negó haciendo una mueca.

—Mamá. —Me acerqué a ellos—. Quiero hacerlo, tengo que hacerlo. —Le cogí las manos—. Y, sobre todo, quiero que me apoyéis en esta decisión tan importante. No hay nada seguro todavía, puede que después de la entrevista no sea la elegida.

—¿Y si lo eres? —Le brillaron los ojos—. Con lo que me costó el tiempo que estuviste fuera estudiando —dejó salir un suspiro.

—Si llega a darse, al estar allí tendréis un motivo para visitar Escocia por primera vez —sonreí ante el grito que dio.

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros ahí?

—¿Nuestra hija? —soltó mi padre.

Él y yo reímos, mi madre se debatía entre llorar e imitarnos. No se decantó por ninguna de ellas, quedándose callada, por lo que la abracé.

—Estás completamente decidida —susurró.

—Sí, es una ocasión única —dije emocionada cuando nos separamos.

—Te acostumbrarás a tenerla lejos como lo hiciste anteriormente. —Le frotó la espalda mi padre.

—Ves comprando los billetes de todo el año para la Escocia esa, porque esta niña siempre se ha salido con la suya —le dijo soltando un bufido y terminamos riendo los tres.

Media hora después se fueron, quedando con mi padre para la mañana siguiente en que me llevaría al aeropuerto. En soledad aproveché el tiempo para recoger el piso, ducharme y terminar de hacer la maleta, dejándola abierta solo a falta de meter el neceser antes de irme.

Con todo hecho me dirigí hacia la cocina. Eran casi las nueve de la noche cuando entré en ella, yendo hacia la nevera para ver qué me hacía de cena. Mirándola con una mueca en la expresión, al no apetecerme nada de lo que había, la cerré rápido en cuanto el timbre sonó.

—¿Qué haces aquí? —sonreí al ver a Naomi, mi amiga.

Reí cuando se lanzó hacia mí, colgándose de mi cuello, comiéndome a besos.

—¿Pensabas que iba a dejar que te fueras sin vernos? Una leche para ti. —Soltó una carcajada.

—Nos vimos ayer porque hoy doblabas turno —negué.

—Pues ya lo he doblado y desdoblado, soy toda tuya. —Abrió los brazos.

—Hasta que hagas contacto con la silla o el sofá y empieces a roncar —sonreí mirándola con cariño.

—Eso no te lo voy a rebatir, estoy agotada —dejó salir un suspiro.

—Va, pues ponte cómoda que voy a preparar algo de cena. ¿Qué te apetece? Lo estaba decidiendo antes de que llegaras, pero no me convencía nada.

—Ay, la virgen, que las he dejado fuera —dio un grito.

—¿El qué? —Vi cómo iba hacia la puerta.

—Espero que ninguno de tus vecinos haya osado coger las dos bolsas de comida que he traído porque puedo no mantenerme en pie, pero me verían la cara y, sobre todo, escucharían mis palabras.

—¿Has venido con la cena?

—Pues claro, solo que la he soltado antes de que abrieras para lanzarme encima de ti. Sabía que ibas a estar liada todo el día. ¡Ah! Adoro a tu comunidad. —Rio con las bolsas levantadas en el aire.

—En mi bloque te conocen muy bien. —Apreté los labios.

—Pues que sigan haciéndolo, así todos nos llevaremos bien y tan felices. —Me hizo un guiño y la seguí hacia la cocina.

—¡Qué rico! —dije al ver lo que contenía una de ellas— Yo también te adoro, ¿lo sabes?

—¿Con o sin comida? —Rio.

—De las dos formas, pero el sentimiento se hace más fuerte con. —La imité.

Le pedí que me dejara hacerlo a mí, pero no hubo manera por lo que preparamos juntas la comida en platos. Había pasado por uno de nuestros restaurantes favoritos, un japonés.

—Te has pasado —dije divertida al no ver ni un hueco en la mesa pequeña que acercamos hacia nosotras, y no era de las pequeñas.

Me puse cómoda en el sofá porque ahí íbamos a cenar.

—Para que te salga arroz hasta por la nariz, así te acordarás de mí —habló con la boca llena, soltando un gemido, relamiéndose—. ¿Te imaginas que en medio de la entrevista te da por estornudar y aún te queda algo dentro? Saldría propulsado. —Reímos.

—Claro y cuando me fije en la persona que esté haciéndomela tendrá el grano de arroz aquí —me señalé la frente, continuamos riendo.

—¿Estás nerviosa?

—Sí —sonreí—, no quiero hacerme ilusiones, pero…

—Las tienes —asentí.

—Ojalá se haga realidad —dije pensativa.

—Es normal que lo estés y las tengas, es un gran paso el que se hayan puesto en contacto contigo. Piensa en esto —se acomodó en el sofá, quedándose de frente—, tienes los estudios, las tablas que necesitan y un salero que en otros países no conocen. Lo bordas, no me cabe duda. —Aplaudió.

—Según tú, lo tengo todo a mi favor y el trabajo lo puedo considerar mío, ¿no? —Apreté los labios.

—Por supuestísimo —afirmó enérgicamente—. Ya verás como dentro de poco estamos celebrando el notición. —Me metió de golpe un *maki* de salmón en la boca.

—Tu ilusión para que me cojan es porque tendrías vía libre para ir a Escocia las veces que te apetezca y puedas.

—¡Cómo lo sabes! —Levantó una mano para que se la chocara y lo hice riendo—. Ya verás que irá bien.

—A ver con lo que me encuentro, no sé cuántas personas habrán quedado para la recta final. Lo mismo llego y hay unas cien. —Me encogí de hombros.

—Viva el positivismo, sí señor. Tú come arroz por lo que pueda pasar, que lo mismo se hace realidad la broma que hemos hecho y te sirve como modo de ataque en el extranjero —lo dijo tan seria que por unos instantes igualé su expresión, hasta que ya no pudimos contenernos más y soltamos una carcajada.

En cuanto terminamos Naomi se fue, los últimos minutos los pasó intentando mantener los ojos abiertos. Le insistí que se quedara a dormir porque al día siguiente tenía fiesta, debido al doble turno que había hecho. Yo saldría temprano hacia el aeropuerto, pero tenía su propia llave de mi piso por si la necesitábamos en alguna ocasión, por lo que podía salir cuando quisiera, pero prefirió irse.

Cuando me metí en la cama me costó dormirme. Vueltas y más vueltas fue lo que los nervios provocaron mientras mi cabeza pensaba en las dos posibles respuestas que me darían, sí o no, breves, pero definitivas. A penas descansé, al final el agotamiento me venció, pero bien entrada la madrugada, a falta de poco tiempo para levantarme.

Capítulo 2



Mis labios se curvaron cuando salí del aeropuerto de Glasgow, mirando alrededor. En esa ciudad en concreto nunca había estado, era mi primera experiencia en ella. Podría haber alargado un poco más la estancia, pero si no tenía la suerte de salir elegida, sería un destino al que volvería con Naomi que era una apasionada del lugar.

Caminé hacia la hilera de taxis que había un poco apartados y mientras esperaba mi turno para montarme en uno, una llamada sonó.

—¿Ya has llegado? —Quiso saber mi madre, negué.

—Pero si te he escrito en cuanto he aterrizado.

—Eso ya lo sé, me refiero a si ya has llegado al hotel.

—¿En serio? ¿Cuánto ha pasado desde mi mensaje? Mamá por Dios, te quieres tranquilizar. No he salido todavía ni del aeropuerto —hablé divertida.

—Es que tu padre no me ha dejado acompañaros cuando ha salido a recogerte —dijo con melancolía.

Recordé las palabras de mi padre cuando me monté en su coche y le pregunté por qué no estaba, «*me he ido corriendo de casa cuando tu madre ha entrado en el baño, si llega a venir pierdes el avión. No te hubiera soltado»*. Palabras que provocaron que riéramos.

—Era muy temprano, no pasa nada. En dos días estoy ahí. Te dejo mamá, voy a subirme a un taxi.

—Vale cariño, disfruta y no me tengas en cuenta, es que estoy nerviosa —sonreí—. Más tarde hablamos y te deseo suerte para la entrevista.

—Pero no vale decirlo cruzando los dedos, porque es como lo harás. —Reí al oír sus protestas, pero terminó contagiándose de mí porque era lo que iba a suceder, lo sabíamos de sobra.

Después de que el taxista me pidiera amablemente la maleta para meterla en el maletero, se la di

y me subí en parte trasera a esperarlo.

—¿Le gusta?

Me giré hacia él, sonriendo. Iba circulando… pues no tenía ni idea si era el centro o qué, pero todo lo que veía a través de la ventanilla me estaba gustando.

—Sí, supera lo que imaginaba.

—Me alegro. Cuando descubra la ciudad por su cuenta se dará cuenta de que la ruta que está haciendo se queda en nada a lo que encontrará. ¿Se quedará mucho tiempo?

—En principio, no. Pasado mañana me voy.

—Vaya, tiene trabajo para recorrer al menos los lugares más emblemáticos.

—Sí. —Evité decir que el trabajo que quería precisamente no era recorrer la ciudad.

Claro que me encantaría visitarla, pero estaba por ver si volvería por unas vacaciones o por trabajo.

—Eso azul que ha mirado con tanto interés es un pequeño quiosco con tiendas de *snacks* o perritos calientes.

—Son curiosos —dije mirando hacia atrás mientras nos alejábamos.

—Encontrará más, hay muchos repartidos por la ciudad. Son pequeños rectángulos donde la movilidad es reducida, pero lo suficiente para llevar a cabo lo que le he dicho. Originalmente eran estaciones de policía.

—¿En serio? Vaya, no lo parecen.

—Poco variaban antiguamente, solo cambiaba el letrero identificándolos. Cerca de su hotel hay varios.

—No me iré sin verlo de cerca y probar lo que venden —asentí agradecida.

—Le gustará. Ya queda poco.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio y aproveché para hacer algunas fotografías que volverían loca a Naomi. Mientras se las enviaba me la imaginé emocionada al verlas y la llamada que me haría no se haría esperar. El taxista aminoró la velocidad informándome de que quedaban pocos metros y me asomé entre los asientos para observar de cerca el hotel.

Sabía cómo era por las fotografías de la web, pero, aun así, me impresionó porque cambiaba mucho tenerlo delante.

—Por esta zona todos tienen las mismas características —me informó el taxista.

—La fachada es preciosa —dije desviando la atención para buscar en el bolso la cartera para pagarle.

—Con el interior tendrá la misma reacción —asintió sonriente cuando paró, cogiendo la tarjeta que le di.

Me despedí de él y arrastrando la maleta de cabina caminé emocionada hacia la entrada principal. Iba ensimismada mirando todos los detalles, tanto, que no me di cuenta de que justo cuando cruzaba la pequeña calle que me separaba del hotel, un coche circulaba por ella en mi dirección. A mi favor diré que parecía peatonal y no había rastro de ninguna señal ni vehículo antes de su aparición. Ni siquiera escuché el motor.

Me sobresalté por el pitido repetitivo que me dedicó y corrí hacia la acera apurada para quitarme de en medio.

—Lo siento, no lo he visto —me disculpé levantando una mano.

Lo mismo que hice con una ceja cuando el conductor me miró de reojo. Con ese simple gesto tuvo suficiente para trasmitirme lo mal que le había sentado mi interrupción. Solté un suspiro mientras lo veía alejarse hacia el final de la calle.

Negué con la cabeza para borrar esa pequeña experiencia y me giré de cara a la entrada principal. Después de ir a la recepción y de que me atendieran, subí a la cuarta planta que era donde tendría la habitación. La sonrisa no se me borró de la expresión en ningún momento porque el taxista había estado en lo cierto, lo de dentro no tenía nada que invidiar a lo de fuera.

En cuanto entré, dejé la maleta y el bolso a un lado y fui hacia la cama, lanzándome en ella con ganas, riendo mientras rebotaba. Me incorporé con un suspiro, mirando todos los detalles. Después de una inspección rápida y satisfactoria decidí que tocaba comer algo y empezar a descubrir un poco los alrededores.

Me dirigía hacia la puerta cuando mi móvil sonó y lo saqué del bolso, sonriendo al ver el nombre de Naomi en la pantalla.

—Cuéntamelo todo, ya —gritó y reí.

—Hola mi queridísima amiga, ¿cómo te ha ido el viaje? Todo perfecto —dije poniéndola nerviosa.

—Estamos hablando, es evidente que todo ha ido genial. Déjate de dar vueltas y dime todo lo que has visto hasta ahora.

—Pues poco, estoy saliendo de la habitación del hotel para dar un paseo y comer en la calle.

—¿Qué todavía no has salido de ahí? Ay, mi madre, ya estás tardando y hazme una

videollamada. Tengo media hora de descanso.

—Pero si acabo de llegar —negué escuchando el sonido de la puerta cerrarse.

—Yo ni habría pisado el hotel. —Soltó un bufido.

—Claro y recorro esta zona de Glasgow con la maleta a cuestas, no te digo.

Le expliqué lo que había visto en el trayecto en coche y lo que iba encontrándome por la calle al dejar el hotel atrás. Al final me negué a lo de la videollamada porque sabía que perdería la noción del tiempo, con lo que estuvo de acuerdo, aunque se lamentara por ello.

—Que sepas que ahora mismo te tengo una envidia que no puedo contigo. —Reímos.

—Espera voy a comprarme algo para comer en un puesto.

—Foto, foto… —La dejé gritando al otro lado de la línea.

Precisamente en uno de los quioscos azules me pedí un perrito caliente. Estaba hambrienta y eso que había desayunado en el aeropuerto de España, pero desde bien temprano. Con la comida en una mano me hice un selfi dándole un mordisco mientras enfocaba la caseta azul. Se la envié.

—Ah, me muero. —Volvió a gritar.

—Y eso que no has visto nada, ni estás aquí —dije terminando de masticar.

—Eso, tú hurga en la herida y retuerce el dedo. No me pongas más largos los dientes de lo que ya los tengo. Voy arañando el suelo. —Lloriqueó.

—Más pulidos los tendrás. —Reímos.

—¿Cómo van esos nervios?

—Por ahora ni me acuerdo, los he dejado apartados —dije la verdad porque la emoción de estar en ese lugar tenía más fuerza que ellos, por el momento.

—¿La ciudad es tan bonita como en las fotografías? Oh, Everly, quiero estar ahí. —Me la imaginé haciendo pucheros—. Oye, por cierto, que se me ha pasado preguntarte, ¿cómo está la mercancía?

—¿Qué mercancía? —pregunté divertida, sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—No te hagas la tonta. —Rio—. Que esquives responderme, ¿es bueno o malo? A mí no me chafes la visión que tengo de los hombres «glasgowniensescity», que entonces paso del subidón a la depresión en cuestión de segundos.

—¿Cómo has dicho? —Solté una gran carcajada porque ni podría repetirlo, a la que se unió.

—Yo qué narices sé cómo se les dice, como si eso fuera un dato importante. Yo lo único que quiero saber es si están «buenorros».

—Si tienes que nombrarlos hazlo como escoceses en general y quedas perfectamente. Para decirlo más concretamente, *glaswegians*. Reciben el mismo nombre que el dialecto escocés.

—Me quedo con escoceses sin duda alguna, me pone que no veas porque con la otra palabra pierden todo el morbo. No conocía ese dato, pero esa información ni me va ni me viene porque yo quiero saber lo relevante de ellos, lo que por cierto sigues sin largar.

—Son hombres como todos los que conoces, a no ser que los «buenorros» estén escondidos en sus casas o en el trabajo y salgan en manada a cierta hora del día. Si eso sucede después de que la impresión se me vaya lo sabrás. —Reí al escuchar sus quejas.

—No me fio de ti, seguro que ni te has fijado. ¿Me equivoco?

—Para nada —respondí divertida—. He salido del avión yendo directa hacia el taxi y para de contar.

—Coño, ni que no pasara ninguno por la calle o incluso algún trabajador del hotel.

—En el hotel me ha atendido una chica.

—Lo que yo diga, si pasara un burro delante de ti solo te darías cuenta si choca contigo. —Rio, contagiándome.

—¡¡Mira!!

—¿Qué pretendes que vea a través de una llamada? Ohhh, por favor. —Terminó gritando.

Me senté en un banco de piedra. Había llegado a una plaza pequeña. El motivo de su última reacción había sido provocado al enviarle una fotografía del cuerpo de un hombre por detrás.

—Dios, así sí. Ya sabía que no me podía fiar de ti. Te tengo que dejar cariño, el tiempo de descanso se ha terminado. Mierda, qué asco ser pobre y tener que depender de un trabajo esclavizador. —Lloriqueó.

—Venga, trabaja mucho y así reúnes para que vengamos aquí de viaje. —Intenté animarla.

—¿Trabajar? Jajaja, si te van a contratar, nena. Mi vida está a punto de cambiar al igual que la tuya. Te quiero, ten cuidado y sigue escribiéndome, ¿vale?

—De acuerdo —negué sonriendo porque estaba convencida de ello—. Te quiero y lo haré.

Nada más colgar me levanté para ir hacia otro lugar, aunque cambié de opinión al ver la terraza de un pequeño restaurante que había en la plaza. A media conversación había terminado de comerme el perrito caliente, pero me supo a poco porque no era muy grande. Parecía que ese

país me había abierto el apetito.

Lo primero coger fuerzas, después ya continuaría recorriendo las calles. Aproveché mientras disfrutaba de la comida para mirar en internet la zona en la que estaba, comprobando que había varios lugares que me llamaron la atención. No estuve mucho tiempo parada, el justo y necesario, por lo que volví a estar en pie sacando fotos a todo, hasta de lo más insignificante para atesorar el momento y poder mostrárselo a Naomi.

Naomi: *Hombres escoceses, nena, hombresss… ¿Entiendes el significado de esas dos palabras? Déjate de enviarme fotos de paisajes, estatuas, fachadas, farolas y hasta de un paso de cebra por diferentes que sean, que eso lo podré descubrir por mí misma cuando vaya. Pero para que eso suceda tienes que motivarmeee, no terminar de aniquilar mis expectactivasss…*

Solté una carcajada al leer su mensaje. No le contesté porque sabía que no podía estar atenta y seguramente, ya habría dejado el móvil en la taquilla del vestuario. Sobre lo que estaba insistiendo debo decir que me había cruzado con bastantes, la verdad, pero como era normal, otra cosa es que sus increíbles expectativas quedaran satisfechas porque ya os digo que las tenía por las nubes, o más que eso, las superaban con creces.

Capítulo 3



«Tú puedes, todo va a salir bien», me dije viendo la entrada del edificio de la empresa delante de mí.

Un taxi acababa de dejarme frente a él. Me había bajado temblorosa, los nervios volvieron con fuerza desde bien temprano, despertándome sobre las seis de la mañana, los que se incrementaron por todo el tiempo que había pasado hasta presentarme allí para la entrevista.

Cogí aire varias veces y caminé segura y decidida.

—Buenos días, mi nombre es Everly. Vengo a una entrevista de trabajo, la tengo a las diez y media.

—Buenos días, un momento por favor —me habló la chica que estaba detrás del mostrador, asintiendo.

Comprobó algo en el ordenador e hizo una llamada. Las dudas me asaltaron por unos instantes, al imaginar que cuando volviera a prestarme atención me dijera que no era correcto o qué sabía yo, que ya habían elegido. Dominándolas estaba cuando se dirigió a mí.

—Correcto. —Dejé salir el aire lenta y disimuladamente—. Tiene que subir a la cuarta planta y una vez en ella, recorra el pasillo central. Busque la puerta en la que pone sala de reuniones. Irán a por usted cuando toque su turno.

—Muchas gracias, muy amable —sonreí mientras me separaba del mostrador.

Fui hacia el ascensor y me uní al grupo de personas que esperaban a que llegara y abriera las puertas. Había de todo, pero allí sí que el número de hombres superaba al de las mujeres. Me fijé bien en ellos porque imponían un poco. Con apariencia seria, callados, cada uno a lo suyo… Tenía entendido que el carácter en ese país, en general, era agradable y la simpatía notable.

Y lo había comprobado porque desde que había aterrizado es con lo que me había encontrado. Los dos taxistas, las personas con las que había interactuado en la calle y con las que me había cruzado en el hotel, todos, se habían dirigido a mí con amabilidad. Quizás en el mundo de los

negocios y el laboral el tema variaba, me dije pensativa.

—¿Nueva aquí? —Escuché una voz a mi lado y me giré hacia ella.

—Sí, se nota mucho, ¿verdad? —Me ruboricé.

—¡Qué va! —Curvó los labios. Era una chica, más o menos de mi edad, la que me estaba hablando—. Si no fuera por el simple detalle de que parece que quieres salir corriendo o esconderte de todos ellos —susurró inclinada hacia mí, señalando a los hombres que teníamos delante—, ni me habría dado cuenta. —Me hizo un guiño.

—Estoy nerviosa, no quería…

—Tranquila, no se han dado cuenta.

Cuando el ascensor llegó y se quedó vacío me moví siguiendo a las personas, para entrar en él. Agradecí que fuera grande, había espacio de sobra para no estar apelotonados.

—¿Empiezas a trabajar o vienes para algo? —Se interesó la chica, que seguía a mi lado—. Perdona —rio—, ni me he presentado. Me llamo Grace. —Me ofreció una mano y sonreí ante el gesto, aceptándoselo.

—Yo Everly. Lo segundo, tengo una entrevista de trabajo.

—Ah, de ahí los nervios. —Me miró de reojo sin perder la sonrisa.

—Sí —asentí centrando la mirada en la puerta, como hacía ella.

—¿A qué puesto optas?

—Al de secretaria de dirección, voy a la cuarta planta a esperar a que me toque.

—Entiendo. ¿Aceptas un consejo?

—Claro.

—Intenta no mostrar los nervios, aparenta tranquilidad y seguridad —me sonrió—. Puede que la presencia de la persona que te haga la entrevista te intimide e incluso que busque que no lo consigas…

—¿Por qué?

—Porque es así. —Se encogió de hombros—. Los jefazos siempre van muchos pasos por delante, pero la única finalidad que tienen es conseguir que trabajen para ellos los mejores. Cuando llegue el momento no te tomes nada personal, aunque escuches algo que no te guste. Si eso sucede, aunque dudo de que sea así —carraspeó—, responde con convicción y tendrás mucho ganado.

—Gracias. Vale, me ha quedado claro que estaré delante de alguien que es un hueso duro de roer, un portento que no tendrá sensibilidad ni miramiento hacia mí —solté un suspiro.

—¿Cómo?

No me di cuenta de que el último comentario lo dije en español, por lo que no me entendió. Desde que había pisado ese país las únicas veces que había utilizado mi lengua nativa había sido con mis padres y Naomi, en todas las llamadas que nos hicimos el día anterior. Volví a cambiar de idioma.

—He dicho que la persona que me va a entrevistar no será fácil, quiero decir, que es un hueso duro de roer ante mí.

—Esa expresión no la conozco —dijo pensativa.

—Viene a ser que voy a enfrentarme a un titán de los negocios, a un prepotente y altivo directivo. Iba a incluir amargado, pero creo que ya me estoy pasando. Son los nervios. —Reí mostrándolos.

—Ah. —Me imitó—. No vas muy desencaminada, en cierta forma, pero negaré esta confirmación hasta la saciedad. —Hizo un guiño.

Nos quedamos en silencio y miré hacia arriba, hacia el contador que indicaba el número de plantas. ¿Qué no dejara ver los nervios y no mostrara nada? La virgen, ¿cómo se conseguía eso? Porque solo con lo que acababa de escuchar y mis propias palabras, notaba las piernas temblorosas, lo que fue evidente cuando llegó el momento de movernos. Tropecé al salir del ascensor, al dar los primeros pasos.

Grace rio al verme, pero ayudándome a apartarme de los que salieron en la misma planta que nosotras porque ella también lo hizo.

—Empiezo bien. —Bufé—. Sí que tienen prisa.

—Aquí es todo así, rapidez y eficacia.

—Ya. —Hice una mueca.

Al ver que no volvía a hablar ni se alejaba de mí la miré, porque yo había dejado la vista fija por unos segundos hacia la gran sala llena de mesas de oficina que tenía justo delante.

—Pues no sabría decirte. —Apretó los labios.

—¿Qué quieres decir? —La observé sin saber a qué se estaba refiriendo.

—Que todos los consejos que te he dado hasta ahora, no sé si te serán útiles.

—¿Por qué?

—Porque ha pasado por nuestro lado el CEO. —Carraspeó.

—¿Qué me dices? ¿Estaba dentro del ascensor? —Agrandé los ojos desviando la mirada por si lo diferenciaba del resto, pero todos los que habían salido del ascensor se habían dispersado y ya no quedaba nadie que no estuviera en sus puestos de trabajo.

Tragué saliva arrepintiéndome de lo que había salido de mis labios refiriéndome a él, poco, pero lo suficiente para haber arruinado mi oportunidad, incluso antes de intentarlo.

Y lo había soltado en dos idiomas, toma ya, por si con el suyo no lo había pillado. Por Dios que no sepa también español, fueron las palabras que se repitieron en mi cabeza, sin lógica porque era conocedora de que hablaba varios idiomas y el mío era uno de ellos. Me sabía de memoria el organigrama de la empresa que estaba en la web, donde se detallaban los datos más relevantes de los altos directivos, sin mostrar ninguna imagen de ellos.

Qué más daba, en uno u en otro, o en los dos. Lo había extendido y ampliado animada por el nerviosismo. No me aferré a la posibilidad de que hubiéramos pasado desapercibidas, estaba segura de que nos había escuchado hablar desde el principio por el silencio que nos había rodeado dentro del ascensor. Muy habladores no es que fueran.

—Sí —confirmó. No supe descifrar su expresión al no conocerla lo suficiente, pero el cambio fue significativo—, y por la mirada que me ha echado al pasar por nuestro lado, lo ha escuchado todo.

—Ay, ¡que me estoy descomponiendo! —Me tapé la cara.

—¿Cómo?

Soltando un suspiro se lo aclaré de otra forma porque hay expresiones que, o se dicen en nuestro idioma o pierden toda la fuerza y sentido, por lo que después de la palabra «descomponiendo» añadí varios insultos para que no le quedaran dudas.

—Relájate —me pidió volviendo a mostrar una sonrisa—. Te acompaño hasta la mitad y te indico hacia dónde tienes que ir.

—Muchas gracias, de verdad. Me has ayudado mucho.

—Bah, no tiene importancia. Un día, hace ya mucho tiempo, yo también estuve en la misma situación que tú. —Me hizo un guiño—. Un dato importante. —Se paró en mitad de la sala—: Nunca muestres debilidades ni emociones que no vengan al caso.

—Cada vez me lo pintas mejor. —Puse los ojos en blanco, haciéndola reír.

—Por ahora te digo que todas las candidatas han sido descartadas. Tienes la posibilidad en tus manos.

—¿En serio? —Me sorprendí—. ¿Toma la decisión al instante?

—Por supuesto, pero no se notificará hasta que termine el proceso de selección. Todos los currículums que han estado en la mesa del CEO hasta ayer por la tarde terminaron en el montón de no aptas.

—Oh, joder. —Me froté las manos en el pantalón de vestir.

No os lo he comentado, tampoco es relevante, pero como estoy tan nerviosa, bueno más bien histérica después de la metedura de pata, voy a deciros qué ropa había elegido para la ocasión, lo que me servirá para dejar un poquito la mente en blanco. Como he dicho me había puesto un pantalón de vestir de color azul oscuro, sin llegar al tono marino, junto con una camisa blanca con cuello de pico, pero sin botones que se adaptaba perfectamente. Todo ello conjuntado con un bolso mediano y los zapatos de tacón eran mi *look*.

Le estuve dando muchas vueltas el día anterior de viajar, mirando en internet las mejores opciones porque quería dar la mejor imagen en la entrevista y por lo que descubrí, hasta trucos había para ello. Dentro de todo lo que vi lo adapté a lo que tenía en el armario.

—Suerte. —Me deseó mientras se alejaba de mí.

—La voy a necesitar —dije en tono bajo, pero lo escuchó perfectamente.

—La primera parte importante, ya la tienes. —Se paró girándose hacia mí.

—¿Cuál?

—Estás aquí. Para que te suba el ánimo son pocas las personas que llegan y mucho menos las que se quedan.

—Gracias —sonreí—. Como no creo que hoy nos volvamos a ver, ha sido un placer conocerte, Grace.

—Igualmente, Everly. Me has caído muy bien y sí, esa es exactamente la actitud que debes mostrar. Puede que hoy no, pero dentro de poco sí —asintió conforme.

No me dio tiempo a decir nada más porque se fue ligera hacia un lateral, yo me centré en el pasillo en el que seguía parada, activándome.

—Vamos allá, joder —dije para mí, animándome.

Cuando llegué frente a la puerta de la sala que me había indicado la recepcionista, abrí. Me sorprendí al verla completamente vacía, me refiero a que nadie esperaba dentro. Tenía la idea en la cabeza de que estaría rodeada de otras chicas, pero por lo visto concertaban las entrevistas con el tiempo suficiente entre unas y otras para no hacer coincidir a nadie.

—Las diez y media —susurré.

Me levanté de la silla que había ocupado, sintiendo los nervios por todo lo alto y después de

dejar la vista fija en la puerta durante unos minutos, esperando a que se abriera, cogí varias bocanadas de aire acercándome hacia el ventanal que daba unas vistas muy bonitas desde la altura que tenía. Bajé la mirada al reloj de muñeca, ya pasaban cinco minutos de la hora.

Las manecillas fueron avanzando y el temor de que me hubiera descartado directamente después de escucharme hablar se apoderó de mí. Hasta ganas de llorar me entraron en ese instante en el que las ilusiones que me habían acompañado desde que descolgué el teléfono en mi casa, se evaporaron.

—No puede ser —murmuré sintiendo la visión desenfocada.

Capítulo 4



Habían pasado más de cuarenta minutos y la puerta no se había abierto en ningún momento, por lo que decidí cambiarlo por mí misma. Si no me iban a hacer la entrevista qué mínimo que saberlo ya, porque no pensaba perder más tiempo allí ni la poca paciencia que me quedaba a esas alturas.

Cogí el bolso de la silla mosqueada por esa posibilidad… aunque intenté apartar mis pensamientos mientras caminaba hacia ella. Salí y me quedé en medio del pasillo mirando hacia los lados. Después de despedirme de Grace y de dejar atrás la sala principal, había llegado hasta este pasillo, donde se encontraban todas las puertas que daban acceso a los despachos, tal y cómo indicaban las placas identificativas de los cargos a quienes pertenecían, incluyendo la sala donde había estado esperando.

Me vi sola en él y lo recorrí para salir de allí, pero antes de hacerlo del todo, cuando estuve otra vez en la gran sala, me paré frente a la primera mesa que encontré en mi camino por si el chico que la ocupaba me podía ayudar. Necesitaba asegurarme de que estaba en lo cierto, y si era así, me parecía una falta de respeto impresionante y lo iba a dejar más que claro. Ya os digo que no lo dejaría pasar.

—Hola, perdona. —Llamé su atención.

Levantó la cabeza al instante, centrándose en mí.

—Hola —respondió.

—¿Sabes si el CEO está en su despacho? He venido para una entrevista. Tenía que hacérmela él y ya hace casi una hora que estoy esperando, nadie ha venido a por mí.

—¿Estás segura? —Frunció el gesto.

—Claro, la recepcionista me lo ha confirmado —dije extrañada por su reacción—. ¿Por qué?

—El CEO se ha ido hace bastante rato.

—¿Cómo que se ha ido? —La sorpresa en mi expresión fue evidente y el cabreo que aumentó

también, que eso iba por delante.

—Lo siento, lo he visto salir de aquí.

—Pero ¿está en el edificio?

—Espera un momento, no quiero equivocarme. —Conforme lo dijo, descolgó el teléfono para averiguarlo.

Hubiera necesitado apoyarme en la mesa porque me entró de todo por el cuerpo, pero aguanté estoicamente frente a él, sin mostrar nada. No dejé de observarlo en ningún momento, siguiendo la conversación que mantuvo, al menos la parte de él.

—Estoy en lo correcto. Me han confirmado que ha dejado el edificio hace más de media hora.

—No puede ser… —dije descolocada— ¿Y nadie pensaba avisarme? Me hubiera quedado esperando… ¿Hasta cuándo? —Opté por mostrar en el tono de voz cómo me sentía, más que nada porque no lo pude controlar.

—Lo lamento, yo no sabía nada —negó.

—Lo imagino, no lo digo por ti —solté un suspiro—. Muchas gracias por ayudarme a saberlo. Adiós.

Esas fueron mis últimas palabras antes de buscar la salida del jodido edificio que se me había atravesado, y ya no os digo el nombre de la empresa y el responsable de mi estado de ánimo. El último superaba al resto con honores.

—Seguramente vayan a buscarte a la sala en cualquier momento. —Escuché la voz del chico a mi espalda.

—Pues se la encontrarán vacía —respondí sin pararme, levantando una mano como última despedida.

A la mierda las ilusiones, las expectativas, la posibilidad y la oportunidad que se habían presentado ante mí inesperadamente. Me mantuve firme mientras bajaba las escaleras, conteniendo todas las emociones que apretaban para que las dejara libres. Ni loca mostraba nada ante los ojos ajenos de ese lugar, así me atragantara con todas ellas.

En la calle me llené los pulmones de aire al sentir que me faltaba, superada por la situación. ¿Cómo podían jugar así con las personas? No me cabía en la cabeza y menos viniendo de una empresa tan bien considerada, respetada y que era un referente en la aeronáutica. A eso se dedicaban, y por mí, podían seguir haciéndolo, no quería saber nada más de ellos.

Me alejé todo lo rápido que mis pies se movieron, retirándome con rabia de las mejillas unas lágrimas traicioneras que se escaparon de mis ojos. Cuando estuve a la distancia suficiente para no ver el edificio, me paré sentándome en el banco de una pequeña zona verde que había,

dejando la vista fija hacia delante, sin enfocar nada en particular.

¿Había sido mi culpa? ¿Por lo que había dicho en el ascensor? Esas preguntas llegaban a mí una y otra vez. Bajé la mirada hacia las manos, las tenía temblorosas. Me había ilusionado tanto con la posibilidad de que… de nada, porque ya no había cabida a nada, precisamente.

Para mí era inconcebible que el prepotente del CEO hubiera optado por ignorarme al haber escuchado cómo me había referido a él. Había dejado ver qué clase de persona era porque qué mínimo que hacerme la entrevista, aunque fuera rápido y sabiendo que estaba descartada de antemano.

—Joder, que vengo desde España —solté sin entender nada, lamentándome.

Me tomé el tiempo necesario para tranquilizarme antes de moverme. Con la intención de entretener la mente, busqué el móvil en el bolso y los ojos se me volvieron a nublar al ver un mensaje de Naomi y otro de mi madre.

Levanté la mirada antes de responderles, pensando en cómo decirlo. Estaba tan desanimada, tanto, que no me di cuenta de que me quedé abstraída mirando la pantalla del teléfono hasta que una llamada sonó. En ese instante me di cuenta de que había pasado más de media hora en la que me había quedado ida. La llamada de Naomi se cortó sin descolgarla y se la devolví.

—Cariño, ¿cómo ha ido? Me ha extrañado no saber nada de ti desde hace rato, a no ser que las entrevistas en ese país las alarguen más de la cuenta —dijo feliz mientras yo intentaba deshacer el nudo en la garganta que se me había formado.

—No la he hecho —respondí y por mi tono de voz…

—¿Qué narices ha pasado? —Cambió el suyo—. ¿Cómo que no la has hecho? ¿Aún no has entrado?

—Ni lo voy a hacer, nadie ha venido a por mí. —Apreté los labios—. Me han dejado esperando en una sala y casi una hora después, sola, he salido para informarme de qué mierda estaba pasando.

—¿Y qué te han dicho? —Quiso saber, indignada.

—Que el CEO, la persona que tenía que entrevistarme, se había ido al poco de llegar yo.

—¿Qué me estás contando? Menuda mierda de empresa, qué impresentables. —Alzó la voz y sonreí triste.

—Da igual, al menos me ha servido para ver un poco esta parte de Escocia —susurré.

—¿A qué hora sale el avión?

—A última hora de la tarde. —Hice una mueca sin que la viera.

—Pues te informo señorita de que tengo el día libre y vamos a estar en videollamada y comunicadas hasta que te cojas el vuelo que te traerá de vuelta a casa.

—¿Y eso?

—Le he cambiado el turno a mi compañera Clara para dentro de dos días. Doblaré turno otra vez, así que hoy soy libre como el viento y te elijo a ti.

—Gracias. —Me sequé las lágrimas.

—Vuelve a decir eso hacia mí y te enteras, ¿me oyes? Siempre te elegiré a ti.

Me quedé callada sin poder hablar, emocionada. Naomi al saber perfectamente cómo estaba, empezó a hacerlo ella con un monólogo que escuché atentamente mientras me levantaba del banco y empezaba a andar.

—Dime que vas a aprovechar el día para hacer un poco de turismo.

—No tengo muchas ganas, pero sí —confirmé.

—Las ganas te las traspaso yo desde aquí. Venga colgamos y hacemos la videollamada. Hoy sí puedo ver con calma y sin prisa todo lo que me muestres —dijo emocionada.

—Vale —sonreí un poco.

Lo hicimos y no tardamos en vernos las caras, lo que provocó que soltara de todo por la boca, por cómo tenía la mía.

—Escúchame bien —me señaló a través de la pantalla—, ni una puñetera lágrima más, ¿vale? No saben la joya que han perdido. Me cago en todo, anda que si hubiera estado contigo…

—Me salen solas, pero no te preocupes, son de rabia. —Cogí aire—. Mi primera intención ha sido liarla, pero después lo he pensado mejor. No iba a molestarme ni en eso hacia esa empresa. Igualmente caería en saco roto, así que…

—Tendrías que haber liado lo más grande, jolines. —Hizo una mueca.

—Ya da igual, quiero olvidarme del motivo que me ha traído hasta aquí.

—De rabia y de pena, que a mí no me puedes engañar. —Se refirió al motivo por el que tenía los ojos aguados y rojos.

—Pues eso, pero ya mismo no quedará rastro de nada —asentí.

—Lo sé, cariño. Vamos, te quiero mucho y me encanta verte, pero cambia el enfoque de la cámara para mirar por dónde vas. —Aplaudió, volví a sonreír.

Dejó salir un suspiro en cuanto lo hice, al mostrarle la zona en la que estaba mientras le

comentaba que iba a coger un taxi para alejarme de allí. Caminé por la acera sin ver ninguno, pero como tampoco tenía prisa, continué avanzando con su compañía desde la distancia.

✣ ✣ ✣

—Me estoy quedando sin batería. —La informé, habían pasado horas.

—Coño, conecta la batería externa.

—Está descargada. —Reí—. He consumido la carga, aunque en la maleta tengo otra.

—Pues termina de comer esa tarta rápido y ve al hotel.

—Sí, más que nada porque tengo que ir ya hacia el aeropuerto —dije comprobando la hora en la pantalla.

—Pues colgamos y cuando tengas un poco cargado el teléfono me llamas.

—Aprovecha y échate una siesta. Cuando esté en el aeropuerto lo hago.

—Uy, me está llamando mi querida Nadine. —Se refirió a mi madre.

—Mierda, no la he llamado todavía —me lamenté al haberme despistado.

—Pues entonces yo paso de cogérselo hasta que no hables con ella, porque como se enteré por mí de lo que te ha pasado se pondrá histérica.

—Tú como si no lo hubieras escuchado, dentro de un rato hablo con ella —sonreí.

—Vale. Luego hablamos, cariño. Y ánimo y a por todas, que lo de hoy solo ha sido un pequeño bache.

—Ya lo sé. —Me encogí de hombros—. Ya casi ni lo recuerdo. —Le hice un guiño.

—Así me gusta. —Aplaudió—. Adiós, te quiero.

Le devolví las últimas palabras y volví a quedarme sola. La última media hora había estado en una cafetería, merendando, por lo que me levanté y fui a pagar.

—Vaya por Dios —dije al salir por la puerta.

Una fina lluvia estaba cayendo. No me había dado cuenta de que el tiempo había cambiado al estar en el interior, dándole la espalda a los ventanales. Al final entre unas cosas y otras, no había vuelto a buscar un taxi. Había hecho el recorrido que marcaba el GPS hacia el hotel caminando, para que Naomi pudiera ver todo lo que fui encontrándome, descubriéndolo a la misma vez que yo.

Con la ruta que había seguido había caminado mucho, lo notaba en las piernas y en los pies, sobre todo en los últimos al ir con zapatos de tacón, aunque los había soportado perfectamente. Hasta el instante en el que el hotel quedó a la vista y quise traspasar la puerta cuanto antes para hacerme con la maleta y sacar de ella otro calzado. Tal cual estaba vestida regresaría a casa, pasaba de parar a cambiarme, aunque las deportivas que pensaba ponerme no combinaran con la ropa que llevaba.

Como si me importara a esas alturas, solo quería estar cómoda y largarme de allí. Con ese pensamiento aceleré el paso viendo cada vez más cerca el lateral del hotel, separada por una gran calle en la que tuve que pararme. Los coches circulaban en los dos sentidos y esperé hasta que el semáforo me dio paso, mezclándome con la gente que empezó a cruzarlo.

A pocos metros de mi objetivo me paré en seco, casi en el mismo punto que lo hice la primera vez que llegaba del aeropuerto. Dejé salir un insulto con jadeo incluido, cuando un coche pasó más rápido de lo que se podía circular por la pequeña carretera que estaba a punto de cruzar.

—Imbécil. —Continué gritando con ganas, fulminando la parte trasera con la mirada.

A esas alturas me cagaba en todo, directa y literalmente como tuviera un mínimo motivo para hacerlo. El coche había frenado de golpe, quedándose desplazado unos metros por delante de mí. Lo observé con el gesto fruncido porque me pareció… creí estar en lo correcto, pero la duda me asaltó porque podía ser otro parecido, pero no el mismo. La puerta del conductor se abrió y un hombre se bajó.

Lo tuve claro en cuanto lo vi. Era el mismo conductor que el día anterior, ¿que cómo lo recordaba si solo vi su perfil en cuestión de segundos? Primero, porque hacía poco tiempo y tenía buena memoria y segundo, porque ya os digo que su imagen es de las que son difíciles de olvidar, por rápido que pasara por delante de mí.

Se estaba repitiendo la misma situación, con la diferencia de que esa vez no pasó de largo circulando, desapareciendo. Por unos segundos no apartamos la vista del otro, sin importarnos que el agua cayera sobre nosotros. A mí me dio igual porque ya estaba mojada, lo que pensaba solucionar una vez llegara al aeropuerto.

—¿No ve que esto es como una zona peatonal o qué? —Me dirigí a él, alzando la voz.

Serio y sin mostrar nada, recorrió mi imagen con los ojos una sola vez, tomándose más tiempo del que me gustó. Vi su intención de contestarme, pero evité que lo hiciera porque todavía no había terminado.

—Por aquí pasan muchas personas, incluidas mayores y niños. A ver si tiene más cuidado o mejor, coja otro camino la próxima vez porque por lo visto repite mucho este recorrido. —Apreté los puños, molesta.

—En este país —empezó a hablar y me dejó sorprendida el timbre de su voz, pero no lo mostré —, las «personas» saben que deben asegurarse antes de intentar cruzar una calle transitada por vehículos, sea del tamaño que sea y en la zona en la que esté, tomando todas las precauciones,

incluso los más pequeños. Es evidente que no es de aquí, la próxima vez infórmese bien de las costumbres para no meter en problemas a nadie.

—Menuda educación la suya —dije rabiosa. En todo momento me había dirigido a él con un perfecto inglés, igualando al suyo. Me descolocó que llegara a esa conclusión, pero por lo visto para él fue evidente—. ¿Con eso se justifica?

»En este «país» —alargué la palabra a propósito— y en el resto del mundo, a ver si se piensa que ha descubierto algo nuevo. —Terminé soltando un bufido al comprobar que no se inmutaba ni lo más mínimo. Y se quedaba tan pancho, mandaba narices, motivo por el que no pude contener las siguientes palabras—. Es usted el que maneja un vehículo motorizado, por lo tanto, es usted el que debe tener el máximo cuidado y estar atento para que no suceda una desgracia. El problema lo ocasiona usted, no yo. —Lo señalé—. Ahí se queda, listillo.

—Espere, no he terminado. —Escuché su voz alta y clara al alzar el tono, pero lo ignoré porque no tenía ganas de entrar en una batalla por lo que había sucedido.

Me retiré el agua de la cara y volví a caminar ligera, elevando la barbilla, sin poder dejar de hablar, pero ya solo para mí. «Menudo idiota, te puedes meter tus palabras y tus miraditas por donde te quepan», pensé alterada por su comportamiento porque no tenía razón. En esa ocasión ni siquiera había puesto un pie en la carretera sin mirar antes, y gracias a que lo hice, porque hasta el pelo se me movió cuando pasó casi rozándome, al ser estrecha la carretera. Y eso era mucho decir porque lo tenía pegado por el agua.

Cuando llegué a la entrada del hotel me paré y me giré, quedándome sorprendida al encontrarlo en el mismo sitio. No se había movido, seguía fuera del coche y continuaba observándome. La única diferencia es que había cruzado los brazos, a saber, si había escuchado algo de lo que había soltado. ¿Me importó? Pues va a ser que no. Levanté una ceja, retándolo a ver si tenía lo que debía tener para decirme algo más o se acercaba.

Ah, vaya por delante que tenía el escape rápido de entrar corriendo al hotel, para refugiarme en él porque antes de atreverme y lanzarme, más que nada porque estaba en territorio desconocido, debía medir bien todas las posibilidades para hacerlo. Al no verlo reaccionar de ninguna manera y con la mala suerte de que no aparecía ningún coche que lo hiciera mover el suyo, decidí que ya había tenido bastante de tantas tonterías.

No se me ocurrió otra cosa que sellar la paz con un gesto, o no, pero muy intencionadamente le lancé un beso al aire, para terminar de rematarlo. Así lo mostró su expresión, esa vez sí vi un cambio significativo y satisfecha, le di la espalda y fui hacia la recepción.

—Hola, vengo a por mi maleta —le dije a la chica que me atendió el día anterior, mientras buscaba un pañuelo dentro del bolso, para secarme la cara y las manos, adecentándome un poco —. Se la he dejado esta mañana a una compañera tuya, para que me la guardarais.

—Hola. Sí, me ha puesto al corriente —sonrió—. Déjeme su documento de identidad y ahora se la traigo. —Se levantó.

Cuando se lo di se alejó entrando en una sala. Había sido una suerte no haber tenido que cargar

con ella por Glasgow porque la habitación la dejé libre antes de irme. Cuando la chica regresó y se acercó a mí para dármelo todo, me despedí de ella, agradeciéndoselo.

—Puede ir al baño de esta planta, está al fondo. —Señaló en su dirección, refiriéndose a mi aspecto.

—Muchas gracias, pero ya lo haré en el aeropuerto. Prefiero llegar cuanto antes —asentí sonriendo.

Volví a despedirme y antes de dar los últimos pasos hacia la calle, me asomé disimuladamente para ver si tenía el camino libre, no fuera a ser que el escocés se mantuviera por allí. Dejé salir un suspiro y sonreí viendo que había desaparecido, caminando hacia donde sabía que encontraría taxis para dar por finalizada mi estancia allí.

Capítulo 5



Siete horas y media antes…

Kayden

—La reunión se ha terminado. —Fueron mis últimas palabras hacia todos los que ocupaban la gran mesa de la que no me había movido.

Todos, excepto uno, se levantaron recogiendo toda la documentación que habían traído y esperé hasta que salieron de la sala. Llevé la vista hacia Yago, el que se recostó en la silla.

—Te invito a desayunar, te lo has currado. —Curvó los labios.

—No te voy a decir que no. —Me incorporé despacio.

—A ninguna de las dos cosas, ¿verdad? —habló en tono divertido.

Curvé los labios, no hizo falta que dijera nada al respecto para que obtuviera su respuesta. Abandonamos la sala mientras comentábamos lo que se había dicho en la reunión, dejando la planta atrás en cuanto entramos en el ascensor. Llevábamos trabajando juntos mucho tiempo, de hecho, una vez que conseguí el puesto de alto cargo en la empresa, y de eso ya hacía varios años, le pedí que se trasladara conmigo porque él lo hacía por aquel entonces en otra. Su talento y profesionalidad lo respaldaban, por lo que lo quería en mi equipo.

A sumar a esos datos, diré que éramos amigos desde antes de la universidad. Un valor añadido y que atesoraba por la confianza plena que tenía en él. Salimos del edificio para desayunar, alejándonos de él, lo que nos llevó cuarenta minutos exactos. Cuando regresamos Yago se despidió en la entrada para hacer unas gestiones.

—Recuerda que en media hora salimos —comenté.

—Tranquilo, lo tengo presente —sonrió—. En nada nos vemos otra vez, te espero en el coche.

Asentí y fui hacia el ascensor. Poco tiempo me quedaba ese día en la oficina, por lo que me iba a aislar en el despacho hasta que llegara la hora de encontrarme con él, tiempo suficiente para

cerrar varios asuntos que había dejado encima de la mesa. Teníamos otra reunión, la que se alargaría y nos llevaría a cerrar el día de trabajo comprobando y asegurándonos de que todo continuaba funcionando bien.

Era algo que me obsesionaba y trabajaba en ello personalmente, para saber de primera mano y ver por mí mismo toda la información y trabajo que se realizaba, el que estaba destinado a diseñar y elaborar varias piezas específicas y muy importantes del montaje de los aviones que construíamos.

Nos iba mucho en ello, un mínimo descuido y jugábamos con la vida de muchas personas inocentes. La empresa a la que teníamos que ir se encontraba a las afueras de la ciudad. Parado frente al ascensor, de los primeros, esperando a que la puerta se abriera, reconocí una voz, pero no me moví.

Al no tener a nadie delante, en cuanto las personas que salieron lo dejaron vacío entré, quedándome al fondo de él, tapado por todos los que me siguieron. La vista se me fue hacia la cabeza de la persona que había escuchado, Grace, viendo por primera vez con quien estaba hablando y continuaba haciéndolo.

Quedaban de espaldas a mí y fruncí el gesto al escuchar lo que dijeron en el interior, sin entender cómo era posible. Supuestamente por los datos que le dio la mujer que desconocía, tenía que reunirse conmigo, yo debía hacerle una entrevista de trabajo para optar al puesto de secretaria de dirección.

Ni puñetera idea cómo había sucedido porque le recordé expresamente a la persona que se encargaba de ello, hacía varios días, que esta fecha me la reservara, remarcándole que no estaría en la oficina mucho tiempo. Tendría que haber dejado libre mi agenda y anular las entrevistas que estuvieran programadas, desplazando las que quedaran para el día siguiente porque la cita con la empresa a la que tenía que ir junto a Yago, estaba programada desde hacía más de una semana.

Pensativo, dándole vueltas al fallo tan grande que se había cometido, volví a centrarme en ellas, contrayendo más el gesto al escuchar las palabras que salieron de los labios de la chica que acompañaba a Grace, con las que se refirió a mí. Me contuve para no decir nada y vaya si lo hice, porque tuve que retener el impulso de hacer un comentario desde donde estaba para cortar de raíz la conversación.

Con pocas palabras hubiera tenido suficiente, o más específicamente con una diciendo el nombre de Grace en alto, pero opté por mantenerme callado, escuchando cómo la otra chica cambiaba de idioma sin darse cuenta, mejorando cada vez más la opinión que se había formado de mí, sin conocerme ni haber tenido contacto conmigo de ninguna manera, o eso pensé en ese instante.

No tuve problema en entenderla porque conocía y hablaba perfectamente el español, por lo que maldije interiormente al pensar que cabía la posibilidad de que hubiera viajado expresamente para la entrevista… era muy cuadriculado, las cosas debían hacerse a la perfección y más en el entorno en el que me movía, sin permitir ningún fallo por mínimo que fuera. Daba igual hacia donde fuera dirigido.

Cuando el ascensor llegó a la cuarta planta y se abrió, las observé a las dos. La desconocida se tropezó, aparte de exteriorizar verbalmente sus nervios, quedó más que evidente mientras Grace la ayudaba, apartándola, dejando paso a los que salían. Cuando estuvo vacío llegó mi turno pasando por al lado de ellas, lanzándole una mirada a Grace, la que no tuvo problema en descifrar porque nos conocíamos muy bien.

Me alejé de ellas sin mirar atrás, directo hacia mi despacho, mosqueado por lo que había presenciado y por la conversación que estaba a punto de mantener en cuanto cerrara la puerta, accediendo a un pequeño despacho que se comunicaba con el mío. Era a puerta cerrada, bueno muchas veces la primera se mantenía abierta, pero os lo cuento para que os hagáis una idea. Para llegar al mío antes había que pasar por otro que ocupaba menos de la mitad, a pesar de ello las medidas eran considerables y estaba destinado a mi secretaria. Llevaba varias semanas ocupado por Rhona que estaba cubriendo el puesto por el que estaba llevando a cabo las entrevistas.

Entré y cerré la puerta detrás de mí para tener privacidad, caminando hacia ella.

—Buenos días, Kayden. —Me saludó rápido.

—¿Cómo es posible que sepa de la presencia de una mujer que viene hoy a que la entreviste? —Fui directo, serio.

—¿Cómo? —Se sorprendió.

—Sabías de sobra que no podía estar aquí, desde que se programó la cita que me lleva a ausentarme todo el día. ¿Cómo ha sucedido Rhona?

—Yo… hice todas las llamadas para retrasar las entrevistas de este día, solo quedan cuatro chicas más y se termina el proceso de selección.

—Míralo. —Señalé con la cabeza su agenda.

—Sí. —Lo hizo rápido, nerviosa—. Llamé a tres. —Levantó la suya a mi encuentro, desconcertada.

—Exacto, antes has dicho que quedaban cuatro. ¿De quién te olvidaste?

—De Everly Sáez, española. —Tragó saliva.

—¿Y tuviste que fallar en la única que no es de este país? —Apreté la mandíbula por lo que suponía—. ¿Al número que llamaste para concretar la entrevista fue una línea internacional o…?

—De España —me cortó.

—Estupendo. —Cogí aire lentamente.

—Lo lamento, no sé cómo se me pasó —negó varias veces—. Kayden…

—Jefe, señor, lo que quieras menos llamarme por mi nombre ahora mismo —hablé caminando hacia la siguiente puerta, la que daba a mi despacho—. Arréglalo como sea y notifícame cómo queda. —Fue lo último que dije antes de desaparecer de su vista.

Me dirigí hacia la mesa, mosqueado, y me senté abriendo los botones de la americana. Era recto con el trabajo, pero no llegaba al punto de ser tan tajante como había reaccionado con Rhona. La situación me había sobrepasado al saber que seguramente, porque si apostaba por ello no me equivocaba, que esa mujer había viajado expresamente por la llamada que le hizo.

Me tomé unos segundos para controlar las emociones que me recorrían. Si hubiera estado en mi mano hubiera retrasado la visita que tenía que hacer, postergándola para más tarde, pero no podía porque todo estaba programado en el proceso de rodaje en el que trabajaban. Me pasé las manos por el pelo, agobiado por la negativa que iban a darle a esa chica.

Desde que la había escuchado hablar no es que me quedaran muchas ganas de tenerla enfrente, o sí, me dije porque necesitaba analizar el motivo que la había llevado a referirse a mí como lo había hecho. Sacar mis propias conclusiones y dirigir la entrevista como quería para saber si sería una pérdida de tiempo o, por el contrario, algo interesante porque ya había prendido la mecha de mi interés, por cómo la había escuchado expresarse.

Que dominaba el inglés era más que evidente, partiendo de la base de que si no fuera así ni siquiera hubiera optado al puesto. Lo hablaba perfectamente, aunque para mí el pequeño deje que tenía marcaba la diferencia, para otros pasaba desapercibido.

Desvié la mirada hacia la pantalla del ordenador, viendo que había perdido más de diez minutos. Negando me centré en lo que debía hacer antes de irme, así pasó el tiempo hasta que lo dejé todo organizado y guardado, saliendo del despacho.

Rhona no estaba en su puesto dejándome con las ganas de saber cómo había solucionado el tema. Salí hacia la sala de gran tamaño en la que se repartían mesas de trabajo y la crucé mirando alrededor, sin localizarla. No queriendo pensar más en el tema, teniendo claro que ella se encargaría de todo, me dirigí hacia la salida del edificio para darle encuentro a Yago.

—¿Todo bien? —dije en cuanto llegué a su lado.

—Descontrolado —respondí abriendo el coche, montándome.

—¿Qué ha sucedido? —Quiso saber cuándo ocupó el asiento del copiloto.

—Rhona ha cometido un fallo y no me gusta ni un pelo —continué mientras arrancaba y empezaba a circular para salir del aparcamiento.

Ante su expresión de querer saber más, le expliqué con lo que me había encontrado.

—Joder, qué putada —negó.

—Lo va a solucionar.

—Esperemos que así sea —asintió, lo miré de reojo—. Ahora relájate, no puedes hacer nada.

Difícil hacerlo porque mis responsabilidades las llevaba hasta el final. Ignoré sus últimas palabras dándole vueltas al asunto, quedándome pensativo. Pasada la media hora marqué el número de Rhona al no tener noticias de ella, acabábamos de acceder al pueblo en el que estaba la empresa a la que íbamos.

—Kayden… —respondió al cuarto tono.

Su voz inundó el coche a través de los altavoces.

—Estoy esperando a que me llames —continué serio.

—Lo siento, es que…

—¿Qué?

—Jolín, es que parece que esa chica no tiene suerte hoy. He ido a la sala a la que suelen enviar a las candidatas y no la he encontrado. Después de dar varias vueltas he dado por hecho que se había ido, pero pasado el tiempo Nataly —nombró a la recepcionista de la planta principal—, me ha llamado rápido porque ha recibido una llamada de Harry preguntándole por ti y al poco tiempo ha visto a una mujer que ha diferenciado, pasar rápido por la recepción, directa hacia la salida.

—¿Cuánto tiempo? —Apreté el volante, alterándome por cada dato que escuchaba.

—No llegaba a una hora —susurró.

—Me estás diciendo que esa mujer ha estado en el puñetero edificio todo ese tiempo, esperando a saber algo o que alguien fuera a buscarla, y resulta ¡que tú no has conseguido dar con ella!

Silencio al otro lado de la línea durante varios minutos en los que intenté controlar las emociones que tiraban de mí para dar un paso que quería retener.

—Sí —respondió al fin—. No estaba en la sala de siempre.

—Me importa una mierda dónde estuviera, tendrías que haber ido puerta por puerta hasta encontrarla, Rhona —hablé frío y cortante—. Dime al menos que la has llamado.

—Pensé que querrías hacerlo tú, dado cómo ha sucedido todo —susurró.

—Me cago… —Golpeé el volante—. ¿Qué narices te está pasando? Nunca descuidas tu trabajo tanto, no lo entiendo. No me respondas, ya hablaremos en mi despacho y olvídate de todo, ya lo intentaré solucionar yo mismo cuando esté de vuelta.

Corté la llamada, mucho más agobiado que antes. Yago se mantuvo en silencio, pero su expresión también era de desaprobación por la situación. Me parecía tan increíble lo que había

sucedido que no me cabía en la cabeza el descontrol que había afectado a esa mujer, porque si algo nos respaldaba era la seriedad y el profesionalismo con el que lo manejábamos todo.

—¿Se puede hablar contigo? —Rompió el silencio Yago.

—Ahora mismo no. —Mi tono de voz se lo dejó más claro.

—Puede que se quede varios días en el país. Seguro que mañana puedes verla por primera vez y disculparte. —Ignoró mi respuesta.

—No será la primera vez.

—¿Ya la has conocido?

Asentí sin entrar en detalles porque mi cabeza me llevó a ese momento, y no me estoy refiriendo al interior del ascensor, no. En ese instante, cuando salí en la cuarta planta viéndola bien junto a Grace, fui consciente de que el pensamiento que había tenido fue erróneo. Me estoy refiriendo a cuando me dije que cómo era posible que estuviera hablando de mí en los términos que escuché cuando no me conocía de nada y ni siquiera había tenido contacto conmigo de ninguna manera.

Os lo voy a aclarar ahora, pero de igual manera para ella seguía siendo un total desconocido porque no me vio al pasar por su lado en la oficina, aunque ni idea si recordaría la cara del conductor del coche que la sobresaltó, al no pararme, y si lo hacía, se llevaría una sorpresa añadida.

Qué iba a pensar en aquel instante, dentro del ascensor en el que solo le veía la cabeza por detrás, que sería la misma chica que el día anterior se lanzó en mi camino, en una carretera empedrada y poco transitada. Pues sí, por lo visto su visita a Escocia empezó accidentada desde el primer momento porque poco faltó para tener un susto conmigo al volante. Cuando sucedió, tuve claro que acababa de llegar, al llevar el equipaje con ella y quedar el hotel que conocía muy bien a pocos pasos de distancia. Iba en su dirección.

Apagué el motor al estacionar el coche en el aparcamiento y necesitando dejar apartado el tema, salí seguido por Yago para centrarnos en el trabajo. Un fallo por mi parte el pensar que me tranquilizaría sobre el asunto porque cuando estaba regresando a casa, inesperada y sorprendentemente, me di de frente con esa mujer en el mismo punto en el que lo hice la primera vez, frente al hotel.

Cuando me bajé con la intención de hablar con ella, sin importarme que estuviera lloviendo al presentárseme la oportunidad, se pensó que iba a recriminarle lo que había estado a punto de pasar. Otro error, pero esa vez por parte de ella porque mi intención fue querer hacer referencia a que sabía que la entrevista que la había llevado hasta allí había sido fallida, presentándome.

Incrédulo, sin mostrarlo, la escuché hablar después de hacerle un repaso. Me costaba creer la coincidencia de volver a tenerla delante de mí porque ni mucho menos pensé en esa posibilidad al tomar el camino por el que siempre iba. Lo poco que me dejó hablar fue para agregar un dato insignificante para lo que necesitaba decirle. Me quedé desconcertado cuando se alejó teniendo

la última palabra, sin darme opción cuando le pedí que esperara.

Al desaparecer por la puerta del hotel tanteé la posibilidad de seguirla dejando el coche apartado, pero si se había dado una segunda coincidencia entre nosotros, opté por ver qué sucedía. Quizás al día siguiente se llevara una sorpresa al tenerme delante, si regresaba a la empresa.

De ello me encargaría en breve, en cuanto llegara a casa, porque visto lo visto, mejor hacerle una llamada para que me escuchara sin que reconociera la presencia de quien estaba al otro lado de la línea.

Capítulo 6



Everly

—Cariño. —Llamó mi atención mi madre y contuve el reír.

Venía hacia mí con las manos levantadas, casi a la carrera, como si hiciera mucho tiempo que no me veía. La abracé cuando se lanzó hacia mí y le devolví algunos de los besos que empezó a darme, porque fue un poco imposible seguirla en todos los que repartió por mi cara.

—¿A que nunca te han recibido con tanto entusiasmo? —dijo mi padre, él riendo directamente.

—Como el vuestro, ninguno —respondí divertida.

—Bienvenida, pequeña. —Me abrazó él, dándonos varios besos.

—Tendrías que haber puesto una reclamación o algo —soltó mi madre mientras empezábamos a movernos para salir del aeropuerto.

—¿Supuestamente para qué? —Se interesó mi padre.

—¿Para qué va a ser? Después del desplante que le han hecho le tendrían que haber pagado lo que ha gastado para ir hasta allí, porque ha sido una tontería que le ha costado cara —asintió segura de ello.

—No quiero nada de nadie —intervine—, y mucho menos quiero hablar sobre ello más.

—Mejor, porque con lo impresentables que son. —Bufó ella, todavía indignada.

Los llamé cuando salí del baño del aeropuerto, después de secarme un poco el pelo y adecentarme, para ponerlos en antecedentes de lo que me había encontrado.

—Ahora solo pienso en llegar a casa, darme una ducha calentita, ponerme el pijama y mañana será otro día. Esto no me va a frenar en mi intento de buscar otras opciones.

—Claro que no, pequeña. —Me acercó mi padre hacia él—. Solo ha sido un pequeño

inconveniente en tu meta de conseguir el trabajo que te mereces.

—Sí —sonreí abrazándome a él.

En el interior del coche, envuelta en la oscuridad de la noche porque eran pasadas las once, desconecté de lo que hablaban mientras me llevaban a mi piso. Saqué el móvil del bolso porque nada más desactivar el modo avión, al aterrizar, había aparecido una llamada perdida de un número desconocido. No era de un móvil, tuve claro la procedencia por el prefijo desde donde me la hicieron, por lo que la ignoré y no la devolví. Por mi parte, el tema del trabajo en Escocia había quedado atrás, pisoteado y olvidado, de ahí habían intentado ponerse en contacto conmigo.

Aun así, no sé por qué motivo, pero grabé el número. Eso sí, le puse el nombre de «Impresentables» para tener claro de quienes se trataba si volvían a intentarlo, aunque lo dudaba después de cómo me habían tratado. Me despedí de mis padres cerca del portal de mi edificio y arrastrando la maleta caminé hacia él, con ganas de estar en mi lugar seguro y, sobre todo, tranquila por fin.

Entré llevando la maleta hacia el cuarto donde tenía la lavadora y me paré a sacar la poca ropa que tenía en ella, dejándola dentro del bombo para lavarla cuando tuviera más acumulada. Con ganas de desprenderme de lo que llevaba encima, me dirigí hacia la habitación y lo hice mientras me dirigía hacia el baño.

Debajo del agua cerré los ojos relajándome del todo, poniéndole punto final a la experiencia que había vivido. Ya no me lamentaba por ello, ni por la oportunidad perdida, ni por la posibilidad de que la hubiera estropeado yo. Se había terminado y ya está, mira, al menos había visto de cerca una pequeña parte de Glasgow que era totalmente desconocida para mí, fuera de las imágenes que se podían encontrar por internet.

Salí de la ducha, me sequé el cuerpo y el pelo y dejé salir un suspiro cuando tuve el pijama puesto. Con una sensación renovada fui hacia la cocina para hacerme algo rápido de cenar. Me preparé un sándwich vegetal y con él me senté en el sofá, para comérmelo cómoda mientras veía algo en la televisión.

Cuando llevaba la mitad comido me sorprendí al ver el mismo número de teléfono llamándome, sin creerme que fuera posible por la hora que era, casi la media noche.

—¿Qué mierda de horarios hacen en esa empresa? —dije en alto, asombrada— Menos mal que no estoy dentro —negué cortando la llamada.

Ni una milésima de segundo dudé en rechazarla y como siguiera sonando terminaría por bloquearlo porque ya había cerrado todas las puertas, incluso las de mis pensamientos. Bastante mal me había sentido en un lugar extraño, sin merecérmelo, por mucho que hubiera escuchado mis palabras el dichoso CEO sabelotodo, prepotente, irritante y altivo. Calificativos que interioricé dándoles fuerza y un significado real después de lo que había vivido.

—¿Qué mierda…? —Mordí con rabia el sándwich al escuchar otra vez la melodía de llamada, al comprobar de reojo que se trataba del mismo número.

Dejé que sonara, bajando el volumen por las horas que eran, a ver si dejaban de insistir y pillaban la directa. Tres intentos más hicieron, en total cinco, eso fue lo que me animó a bloquear definitivamente el número porque hasta que no lo hice no pude estar tranquila.

Quería un trabajo de las condiciones al que había intentado acceder, pero ni loca daba un paso más en la misma dirección. Al día siguiente, con calma, empezaría a buscar más opciones que me llevaran fuera de España. Era lo único que tenía claro, quería encontrarlo en el extranjero porque me había preparado a conciencia para ello.

Tenía el privilegio y la gran suerte de que el piso en el que vivía era de mis padres. No pagaba nada por él porque ellos se negaron, aunque fuera por un precio simbólico, cuando me pusieron delante la posibilidad al decirles que quería independizarme. Según ellos, era una herencia anticipada que con el tiempo iba a ser mía. Los gastos que tenía eran del uso habitual: luz, agua, comida, … lo normal y lo que no me suponía mucho costear porque disponía de un dinerito ahorrado que me servía para gastarlo en todo ello.

Durante el tiempo que estuve haciendo las prácticas en el extranjero me las remuneraron y ya os digo que la cantidad que me pagaban sobrepasaba los sueldos que eran comunes en España. En esa época no gasté mucho porque compartí piso con dos chicas más desde que empecé mis estudios allí. Era una zona apartada, pero muy asequible para el bolsillo, así conseguí hacerme con un fondo que me estaban sirviendo para vivir hasta que encontrara un trabajo que se adaptase a lo que quería conseguir.

Cerca de la una y media de la madrugada me metí en la cama con un suspiro de placer. Estaba cansada, emocional y físicamente. Había andado mucho durante el día, yendo de un lado para el otro, parándome el tiempo justo para aprovecharlo al máximo.

Por ese motivo mis párpados no tardaron en cerrarse, sintiendo cómo el sueño me arropaba sin apenas darme cuenta. Silencio, un silencio lleno de tranquilad muy bien recibido fue mi último recuerdo de un día que me había propuesto olvidar por todos los medios habidos y por haber. Y así sería, como si no hubiera pasado, ni siquiera que había cogido dos aviones en un corto espacio de tiempo.

✣ ✣ ✣

—¿Estás preparada para quemar la noche? —gritó desde el sofá Naomi.

Era sábado y llevábamos juntas casi todo el día, ese fin de semana ella lo tenía libre. Salí de la cocina con un bol de palomitas dulces recién hechas y me senté junto a ella en el sofá.

—Pues cuando lo has propuesto me ha parecido una idea genial, pero ahora mismo, después de estar la mitad del día fuera y llevar tiempo cómoda en casa…

—Ah, no, si vas a decir lo que creo que vas a decir ni termines la frase. —Se llenó la boca con un puñado de palomitas.

—Son las siete de la tarde, ¿no te apetece que cenemos aquí tranquilas?

—Una leche. Dentro de un rato vamos a ponernos monísimas y a quemar la ciudad. Me repito y no hay posibilidad de echarse atrás.

—Pueblo —la rectifiqué, divertida.

—Lo que sea, pero que lo quemamos, lo quemamos —sonrió satisfecha.

—Terminamos de ver la película y nos activamos, porque si no, sí que no haré nada.

—Venga, le doy al *play* y nos callamos para concentrarnos. Solo queda media hora.

—¿Tú callada? Menudo chiste más bueno. —Reí con ganas.

—Espera a que haga uno de verdad, te vas a mear de la risa. —Se contagió.

Estuvimos atentas a la pantalla. A mí en varios momentos se me escapó alguna lagrimilla furtiva al emocionarme con el final que se aproximaba. Cuando acabó, las dos soltamos un suspiro soñador.

—La próxima vez yo elijo qué ver —dije levantándome.

—¿Por qué? Si te ha encantado, que te he visto conteniendo los mocos. —Curvó los labios.

—No digo que no, pero un poco más alegre lo hubiera agradecido —comenté yendo hacia el pasillo—. Muévete ya o vuelvo a sentarme y de ahí no salgo —le advertí.

Solté una carcajada cuando se levantó de golpe y paso por mi lado corriendo, directa hacia mi habitación donde había dejado una mochila con la ropa para esa noche.

—¿Quieres ducharte? —le propuse porque yo lo había hecho antes de empezar la sesión de cine.

—No, lo he hecho esta mañana antes de venir —respondió entretenida, sacando un vestido.

Lo extendió encima de la cama y lo alisó con las manos, quedándose satisfecha. Yo entré un momento en el baño, justo cuando me llamó.

—¡Everly te suena el teléfono! —gritó.

—¿Quién es?

—Ni idea, es una línea de móvil, pero no lo tienes grabado.

Abrí la puerta rápido para saber quién era, encontrándola al otro lado plantándomelo en la cara.

—¿Diga?

—Buenas tardes, ¿Everly Sáez?

Me entró de todo por el cuerpo al escuchar el acento de la voz de la chica que estaba al otro lado de la línea, aun así, respondí todo lo amablemente que me salió, con el pensamiento de que cuando colgara bloquearía otro número. La lista se iba ampliando porque desde el día que regresé a casa lo había tenido que hacer con varios más.

—Sí, soy yo. —Le hice un gesto con la mano a Naomi para que parara porque estaba haciendo muecas, queriendo saber quién era al ver el cambio en mi expresión.

—La llamo de Blue Sky Company —dijo el nombre que me produjo urticaria—. Mi llamada se debe a…

—No me interesa nada de lo que tenga que decirme —la corté.

—¿Cómo? ¿Está segura? Nuestro CEO me ha pedido expresamente que la localice, al no haber tenido suerte él.

—Pues dígale a su CEO —repetí con retintín—, que puede ahorrarse las molestias que se está tomando con tanta insistencia. No quiero saber nada de la empresa por lo impresentables que sois. Lo lamento, no es nada en contra de ti, pero así son las cosas. Muchas gracias por ponerte en contacto conmigo. Ya que estamos hablando, te agradecería que le transmitieras a tu «CEO» mis palabras exactas, añadiendo que queme mi currículum donde consta mi número de teléfono, que lo triture, que lo haga desaparecer de una vez por todas o se lo meta por donde le quepa —dije de carrerilla.

—No hará falta, la ha escuchado perfectamente. Está aquí conmigo —contestó casi en un susurro.

—Perfecto entonces, te ahorro el marrón, el negro o el color que quieras darle. Todo aclarado por mi parte. Que termines bien el día y todo vaya bien. Un placer por la parte que te toca, el resto me lo reservo. Adiós. —Colgué caldeada por el mosqueo que se apoderó de mí.

—Dios, ¡ha sido orgásmico, nena! —gritó emocionada Naomi y tuve que reírme, entre descolocada y nerviosa porque por muy envalentonada que lo había dicho todo, no había podido evitar que me alterara al hacerlo.

—Es lo que hay y para colmo me ha tocado la única empresa pesada que no deja de tocarme las narices. —Bufé lanzando el móvil encima de la cama.

—Ese hombre tendrá un mínimo de conciencia y se habrá arrepentido.

—¿Quieres saber por dónde me paso todo eso? —dije con el armario abierto, mirando la ropa para elegir qué ponerme.

—Lo sé de sobra. —Soltó una carcajada.

—Por lo visto eres la única —dejé salir un suspiro, incrédula porque todavía estuviera intentando hablar conmigo. Ja, lo llevaba claro.

—Hija que son muchos años, si no lo hago yo…

—Ahora sí que vamos a pasarlo a lo grande. —Me giré hacia ella, con un vestido monísimo entre las manos.

—¡Me encanta! —Aplaudió—. Con ese modelito vas a fundirle los plomos a más de uno —sonrió pícara.

—Ese es el fin. —Le hice un guiño.

—¡Qué subidón te ha dado! Estoy hasta emocionada. —Se dejó caer en la cama, riendo.

Precisamente así me sentía, por las nubes en ese instante al haber podido dejar las cosas muy claras. Nos preparamos para disfrutar de una noche que marcaría un antes y un después, aunque en ese instante no fuera consciente de ello, ni por asomo pudiera imaginar lo que había provocado con mis palabras.

Capítulo 7



Kayden

—Señor —habló desconcertada Blaine, yo todavía estaba procesando lo que acababa de escuchar, sin poder apartar la vista del móvil de la empresa que reposaba en su mesa—. ¿Se encuentra bien? —susurró.

Levanté la cabeza de golpe encontrándome con su preocupación.

—Perfectamente —respondí sin estar muy centrado—. Recoge y vete ya. —Me giré para ir hacia mi despacho.

—Aún me queda un poco, mañana cojo vacaciones. Solo necesito cerrar una cosa —me habló a la espalda.

—Está bien, pero el primer día que regreses entra a trabajar a media mañana por las horas de más que estás haciendo hoy —le pedí.

—Muchas gracias, señor.

Su agradecimiento lo oí lejano mientras caminaba por la oficina. En cuanto me encerré, no había mucha necesidad para hacerlo porque por las horas que eran estaba solo en la empresa con Blaine, me acerqué hacia la mesa quitándome la corbata con movimientos bruscos, haciendo lo mismo con la americana. Las dos prendas cayeron encima de un sofá que quedaba en un lateral.

¿Cómo era posible? ¿Cómo esa mujer seguía rechazando que nos pusiéramos en contacto con ella? ¿Ya no le interesaba el puesto? ¿Le podía más el orgullo que la posibilidad de…?

—Joder —solté cabreado y agobiado, por todos los intentos que había hecho personalmente y los que había pedido que hicieran en mi nombre al no obtener resultados por mí mismo.

Abrí uno de los cajones de malas maneras y saqué de él el dichoso currículum al que había hecho mención poco antes de colgar. La primera intención por lo que lo puse delante de mí fue para llevar a cabo su petición, pero posponiendo el deshacerme de él, lo dejé a la vista y me recosté en la silla.

—Datos personales: Everly Sáez, …. —Empecé a leerlo en voz alta.

Ya os digo que no supe por qué lo hice, porque no tenía sentido, a esas alturas sabía de memoria toda la información que contenía la hoja. Tampoco lo tenía que lo rompiera físicamente porque estaba registrado en el sistema informático, así sucedía con todos los currículums que llegaban a mis manos y seleccionaba, aunque al final no cumplieran mis expectativas.

No me cabía en la cabeza el comportamiento de esa mujer, ¿tan altiva era? Le di varias vueltas al asunto, sin podérmelo quitar del pensamiento. El reconcome que no me dejaba avanzar era que no iba a permitir que el nombre de la empresa se viera afectado de ninguna de las maneras, me refiero por comentarios que se pudieran hacer por una mala experiencia, dejándola en mal lugar. Nuestra profesionalidad estaba por delante y el boca a boca era clave, aunque no llegara a mayores.

Y yo, un cuadriculado y recto de cuidado, no iba a permitir que Blue Sky Company, en la que dejaba toda mi energía y tiempo, fuera nombrada como nunca por un malentendido. Al día siguiente de la visita de esa mujer por la entrevista, después de dar con ella por la tarde cuando regresaba en coche de estar todo el día trabajando fuera, vi pasar las horas sin que apareciera, con mis intentos de llamadas posteriores en vano.

La primera vez que marqué su número desde la línea fija de casa fue cuando llevaba un tiempo en ella, el que encontré apagado. La segunda y las posteriores veces, sin importarme las horas que eran porque rozaba la medianoche, volví a llamarla quedándome descolocado al escuchar los tonos sonar sin que descolgara, para después no estar disponible.

A pesar de saber de antemano que lo estaba evitando a propósito, no desistí en mis intentos en ningún momento, delegándolo en otras personas y otras líneas telefónicas, pero se encargó de rechazar todos y cada uno de ellos. El remate final acababa de suceder, dejándome ojiplático al volverla a escuchar.

Pocas veces me había sucedido en la vida, os puedo decir que en este instante ni recordaba que se hubiera dado, al menos siendo adulto. Cerré los ojos perdiendo de vista el currículum, echando la cabeza hacia atrás mientras recreaba palabra por palabra en mi cabeza. Hasta que los abrí de golpe, tomando una decisión incoherente para como solía actuar yo, pero decisión, al fin y al cabo.

Me levanté de golpe y empecé a moverme por el despacho, así me encontró Grace cuando abrió la puerta.

—¿Qué haces todavía aquí? Pensaba que hacía tiempo que te habías ido —me dirigí a ella.

—Yo también podría preguntarte, ¿por qué estás haciendo un maratón en tu despacho, de punta a punta, casi a las ocho de la noche? —Levantó una ceja.

—Tengo asuntos que resolver —murmuré continuando mi recorrido.

—Ya, pero puedes hacerlo mañana. Hace horas que deberías haberte ido.

—Habla la que está delante de mí, bajo el mismo techo. —Puse los ojos en blanco.

Me paré de golpe, centrándome en ella. Tenía la última baza justo delante de mí y con un poco más de peso por la interacción que tuvo Grace con esa mujer el día que vino.

—¿Qué? —Se acercó hacia mí, mostrando duda por cómo la miraba.

—¿Sabes qué me tiene así? —Metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje.

—¿Algún fallo en la producción de alguna de las empresas? No me han notificado nada, pero por algún problema en esta oficina lo descarto. Te los encuentras a menudo y los solucionas al instante, sin ponerte así. —Se sentó encima de la mesa, esperando a que continuara.

—Es por tu amiga, a la que tenía que hacerle la entrevista.

—¿Qué amiga? —Frunció el gesto, sin caer en quién me estaba refiriendo.

—La tienes al lado.

—Coño, ¿ahora hablas con los espíritus? —Agrandó los ojos—. A mí no me incluyas que eso me da yuyu —negó.

—¿De qué hablas? —Me froté la frente—. Me refiero al papel que tienes al lado, Grace, el que responde a tu pregunta.

—Ah. —Rio desviando la vista, cogiéndolo y observándolo—. Ya entiendo. —Curvó los labios, mirándome de reojo.

—Sigo sin poder conseguir que hable conmigo. —Caminé hacia ella.

—Ni lo harás —confirmó y entrecerré los ojos al verla tan segura.

—¿Y eso por qué?

—Porque tiene los ovarios muy bien puestos, por lo que los dos sabemos que sería muy apta para el puesto de trabajo, aparte de por sus credenciales. —Movió el currículum delante de mí—. Se sintió ofendida y enfadada. Y no me equivoco si añado triste, desencantada y desilusionada por la decepción de viajar hasta aquí para nada. —Se encogió de hombros.

»El poco tiempo que traté con ella me transmitió lo primero y por los nervios que mostró, la oportunidad era muy importante para ella. Y déjame decirte, amigo mío, que es algo con lo que no has tenido que lidiar en tu vida —sonrió.

—Fue un malentendido, joder —negué cabreado al interiorizarlo todo, aunque tenía una visión muy clara de algunas de las cosas que había dicho.

—Ya, eso lo sabemos tú, yo y los implicados cuando sucedió. Ella no, por lo que su idea y decisión irán hacia delante.

—Necesito que la llames. —Apreté la mandíbula.

—¿Yo? —Se señaló.

—Es lo que acabo de decir —siseé.

—¿Y qué te hace pensar que conmigo querrá hablar? —Ladeó la cabeza.

—Por ser con la única que lo hizo estando aquí, por cómo os vi interactuar. En todo momento la trataste muy bien.

—Por supuesto, como debe ser y la verdad vi algo en ella que me incitó a hablarle y acercarme. Pero Kayden, trabajo a tu cargo aquí y por el éxito que estás teniendo, porque si no, no estarías pidiéndomelo, no solo está evitando relacionarse con la empresa, también contigo de forma directa porque te considera el responsable de todo.

—Grace…

—Está bien lo intentaré —dejó salir un suspiro —, pero antes quiero saber una cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué este asunto te tiene así? ¿Por qué te afecta? Pensaba que ya había quedado cerrado y apartado porque no has vuelto a sacar el tema, pero desde que sucedió estás… diferente.

—No estoy de ninguna forma. —Levanté una ceja—. Solo quiero hacer las cosas bien, sabes que no soporto que algo que dirijo se desvíe y menos referente a la empresa.

—¿Y qué más?

—¿Qué quieres oír? —Me crucé de brazos.

—La verdad que escondes y puede que ni tú la sepas porque no te has parado a pensar en ella.

En silencio, sin pronunciarme, nos quedamos mirándonos fijamente durante unos minutos. Me aparté dirigiéndome hacia la cristalera, llevando la vista hacia las luces que iluminaban la calle.

—No lo sé, solo… —hablé en tono bajo.

—¿Qué? —Me imitó.

—Necesito hacerlo, necesito…

—Tenerla delante y poder hablar con ella directamente para descubrir el porqué. —Terminó por mí.

—¿Si lo sabes para qué me lo preguntas? —dije sin girarme, con la mirada fija hacia fuera.

—Necesitabas exteriorizarlo o al menos lanzarte a ello porque detrás de lo que has empezado a decir y yo he rematado, está la clave del ímpetu que estás poniendo en el asunto, lo que te está obsesionando hasta el punto de que actúas de una forma inesperada, pero que es parte de ti, aunque nos esté sorprendiendo a los que te conocemos. —La escuché moverse—. ¿Sigues queriendo entrevistarla? Has paralizado el proceso de selección y necesitas encontrar a alguien con urgencia.

—No sé lo que quiero, lo que haré, ni con qué fin —murmuré.

—Vale. Me he grabado su número, mañana la llamaré y te informo de cómo ha ido.

Asentí cuando pasó la palma de la mano por encima de mi camisa, por la espalda.

—Me voy ya. Te dejo solo, tienes mucho en lo que pensar.

El sonido de sus zapatos resonó en el despacho, hasta que dejé de oírlos conforme se fue alejando. No sé el tiempo que pasé metido en mis pensamientos con los ojos enfocados en un punto, pero sin verlo ni prestarle atención realmente.

—¿Qué quiero conseguir? —La pregunta susurrada salió de mis labios sin darme cuenta.

Fruncí el gesto, apretando la mandíbula. No sabía una mierda, por el momento lo único que me urgía era conseguir que esa mujer cambiara de opinión, la que se había llevado y creado de nosotros. Esa era mi única finalidad, por lo demás… no tenía ni puñetera idea.

Sobre mi relación con Grace os comento cómo era y el vínculo que teníamos, la conocía desde hacía mucho tiempo. La primera vez que nos vimos fue cuando vino a hacer su entrevista de trabajo. Yo por aquel entonces todavía no ocupaba el puesto de CEO, era su mano derecha y estuve presente cuando la recibió, acompañándolo en el proceso, pero todavía estaba preparándome, realizando muchas de sus funciones a la espera de sustituirlo.

Grace entró en el despacho decidida y con energía, pero nerviosa por mucho que quiso ocultarlo. Después de más de una hora y media a puerta cerrada superó la prueba con creces, lo que la llevó a trabajar a nuestro lado al ser seleccionada para el puesto de directora de operaciones. Su objetivo es el de manejar todos los recursos de la empresa, incluyendo la producción, el personal y la administración, siendo una extensión supervisada del CEO, o sea, yo en el presente.

Cuando mi superior se jubiló, al cabo de medio año, ocupé el alto cargo. En ese momento Grace ya se había convertido en una pieza clave en mi vida. Y no me refiero en lo laboral, que también, pero hago alusión a la relación de amistad que iniciamos desde el principio y que se fue haciendo cada vez más fuerte con el tiempo. Consiguió llegar hasta mí con su forma de ser, porque ya os digo que no es fácil, no soy dado a volcarme en alguien tan abiertamente en un corto espacio de tiempo. Ella junto a Yago eran mis amigos íntimos, en los que confiaba plenamente. Las únicas manos en las que me pondría y estaría tranquilo por la unión y el cariño que nos teníamos.

El sonido de una llamada me sacó de mis pensamientos. Fui hacia el sofá y cogí la chaqueta, sacando el móvil de un bolsillo viendo que era Álef, mi primo.

—¿Qué pasa tío? —habló alegre.

—Se me ha olvidado. —Me froté la cara con la mano que tenía libre.

—¡No me jodas! —Se hizo el sorprendido, pero terminó riendo—. No me pilla de nuevas.

—Lo lamento, se me ha ido de la cabeza totalmente. He estado muy liado y…

—Y todavía estás en la empresa, ¿me equivoco?

—No, así es. —Dejé salir el aire lentamente.

—Nada hombre, ¿qué importancia tiene que hayas quedado para cenar con tu primo favorito hace más de media hora? Aquí me tienes esperando —habló con guasa.

—Joder, no me hagas sentir peor —le pedí serio mientras me ponía la chaqueta y guardaba la corbata en ella.

—Anda baja.

—¿Estás aquí?

—Pues claro, que no soy novato y te conozco muy bien. De hecho, no he pasado ni por tu casa. He venido directo hacia la empresa. —Rio.

—Ayer salí temprano, hoy podría haber sucedido lo mismo —negué curvando los labios mientras dejaba el ordenador apagado y organizaba rápido, en un pequeño montón, los papeles que tenía encima de la mesa.

—Lo que cuenta es el presente y he dado en la diana *bràthair* —se refirió a mí como hermano. Ese era el significado de la última palabra y así nos considerábamos desde pequeños, al crecer juntos.

—Estoy bajando.

—Ya estás tardando. Mueve esas piernas tan largas que tienes que te voy a llevar a cenar a tu restaurante favorito.

—Tú me llevas, pero pago yo, ¿no? —sonreí.

—Por supuesto, por las molestias. —Rio—. Tienes que contarme qué te tiene últimamente despistado.

—¿Quién te ha dicho que lo esté? —Cambié el tono de voz automáticamente.

—Tú, ahora mismo. —Soltó una carcajada y maldije, por lo que la alargó—. Hace dos días hablamos por mensajes, cuando quedamos para hoy, y te despediste diciéndome que me llamarías por la noche.

—Mierda.

—Exacto, eso mismo tuve porque no sucedió. ¿Y desde cuándo a ti se te olvida algo? En la vida, tío, o sea, que ya puedes venir a mi vera y empezar a largar. Cuidado, que sé llevarte por donde quiero por muy CEO superior que seas. Soy el único con ese superpoder, lástima que no me sirva para nada en mi rutina habitual —habló divertido.

—Te advierto que no estoy para aguantar muchas tonterías, esta noche no —comenté saliendo del edificio, viendo su imagen iluminada por una farola, apoyado en su coche.

No me respondió a propósito, colgando la llamada mientras observaba atentamente cómo me acercaba hasta él.

—¿Qué te pasa? —Se cruzó de brazos, serio.

—Eso quisiera saber yo. Si lo averiguas me lo dices a ver si así lo pillo —negué.

—Anda, sube. Cuando terminemos te llevo a casa y mañana vienes en taxi.

Asentí en silencio y rodeé el coche para montarme mientras él se situaba frente al volante. Sintiendo su mirada de reojo, arrancó y salimos del recinto. Me dio el espacio que necesitaba, conociéndome demasiado bien, subiendo un poco el volumen de la música, concentrándose en conducir.

La paz que encontré no tardaría en evaporarse en cuanto quisiera indagar en el motivo que supuestamente, porque Grace también lo había mencionado, me tenía así. Porque lo haría, solo estaba dándome una tregua y cuando menos me lo esperara saltaría sobre mí. Los dos lo sabíamos, al igual de que yo estaría más que preparado para frenarle los pies.

Pero siendo sincero conmigo mismo, necesitaba hablarlo porque nadie mejor que él para interpretarme. Álef que era una continuación de mí, a pesar de que era más vivaracho, mucho más carismático, mucho más social, mucho más de todo. Por lo visto yo me quedé a las puertas, lo que hacía que encajáramos muy bien y nos complementáramos, porque lo que le faltaba a uno, el otro lo asumía con creces.

Capítulo 8



—¿Más tranquilo? —Quiso saber después de llevarse la copa de vino a los labios.

Íbamos por la mitad de la cena. Con su pregunta saltó a mí, al terminar de hablar de cómo le habían ido los días que no nos habíamos comunicado, poniéndome al tanto de todo.

—Sí —confirmé al sentirme así.

—Me alegro —asintió llevándose a la boca un poco de comida—. No quiero perturbarte, pero explícame qué te ha pasado, qué te inquieta.

—A mí nada —respondí rápido y levantó una ceja, por lo que negué y dejé las excusas apartadas. Empecé a contarle al detalle el motivo injustificado, o no, de lo que me tenía así.

—No pudiste hacer otra cosa, os cuesta un dineral cada vez que paráis parte de la producción de la empresa a la que fuisteis.

—Correcto.

—¿Y entonces? Porque tú, mejor que nadie, lo sabes, fue un error de cálculo.

—El problema son las negativas de esa mujer cada vez que he intentado mediar con ella —dije con la vista fija en el plato.

—¿No acepta tus explicaciones?

—Ni siquiera me ha dado la oportunidad. —Apreté la mandíbula.

—¿A qué te refieres? —Se acercó hacia la mesa, mostrando más interés mientras apoyaba los brazos en ella.

—Cuando digo lo de negativas me refiero a que no ha cogido ninguna de las llamadas que le he hecho.

—¡No me jodas! —Busqué su mirada porque su tono de voz… pues sí, estaba intentando no reír.

—No veo dónde está la gracia —susurré.

—Pues yo lo veo cristalino. *Bràthair* que estamos hablando de ti. —Apretó los labios—. El señor control, al que nadie discute nada y el que siempre lo dirige todo al milímetro calculando hasta la más mínima variante posible.

—Es mi trabajo y no soy tan inflexible, escucho a mis trabajadores y me preocupo. —Fruncí el gesto.

—Sé que es tu responsabilidad y te has curtido en ella, asumiéndola al máximo. A la vista está lo que dices, tus empleados solo tienen buenas palabras sobre ti. Eres serio y recto, pero correcto con todos ellos y saben que pueden ir a ti para lo que necesiten.

—¿Entonces por qué narices has dicho eso? —Repiqueteé los dedos en la mesa.

—He hecho mención de ello porque esa mujer ha sabido tocar las teclas exactas para que estés así, preguntándote un montón de cosas de las que no vas a saber la respuesta si no te las da ella. Todo un mérito porque ni os habéis visto en persona.

—Eso no es del todo cierto. —Carraspeé.

—Pero no me has dicho…

Lo corté para contarle las partes que no sabía, las de mis encuentros fortuitos con ella en la calle, justamente frente al hotel en el que estaba, conmigo al volante.

—Joder, esto se pone cada vez más interesante. —Se echó hacia atrás en la silla, asombrado—. Cortó el que dijeras algo más y te quedaste en silencio, anonadado mientras la veías irse hacia el hotel y para colmo, parado como un pasmarote debajo de la lluvia. —Su tono de voz fue de incredulidad, para terminar, soltando una carcajada.

—Me estás tocando las narices —susurré.

—Yo más bien me decantaría que lo que te estoy tocando está más abajo en tu cuerpo, ¿me equivoco?

—Para nada, dejemos ya el tema. Se acabó. —Continué comiendo hasta que dejé el plato vacío, con su mirada puesta en mí.

—¿Desde cuándo te achicas ante un inconveniente? No te reconozco. Siempre lo enfrentas todo y vas hasta el final arrasando.

—¿Qué mierda quieres que haga?

—Si tanto te tiene perturbado, llegar hasta ella.

—Es lo que voy a hacer. —Dejé el tenedor en la mesa, limpiándome la boca con la servilleta.

—Me acabas de preguntar que…

—Lo sé de sobra.

—Como también lo tenías claro a pesar de soltarlo.

—Así es —asentí.

—Eres mi ídolo, tío, de verdad. —Rio—. Que me quede claro —se inclinó hacia mí—, ¿vas a ir a España?

—Lo voy a hacer si Grace no consigue nada mañana.

—Y sabes dónde encontrarla.

—Correcto —asentí despacio.

—A ver si todavía te denuncia al pensar que eres un acosador si vas a su casa. —Agrandó los ojos.

—Joder, que sé cómo tengo que hacerlo. Iré hasta allí para localizarla, después, pues ya veré cómo fuerzo un encuentro en otro lugar. No voy a llamar a la puerta de su casa porque eso ya sería hacerlo saltar todo por los aires.

—Veo que lo tienes todo muy pensando. —Curvó los labios.

—Por supuesto.

—No esperaba menos de ti. Y a todo esto… lo que vas a hacer solo es por el nombre de la empresa, ¿verdad?

—Ya sabes que sí, te lo he dicho.

—¿Y te lo crees? Mucha palabrería y formalidad, pero ¿te has parado a pensar en realidad en la situación?

—No es que me lo crea o no, es lo que es. —Me llevé la copa a los labios, apurando el vino que quedaba.

—Ahora me vas a escuchar bien, atento e interiorízalo bien. Ha llegado el turno de la deducción del molón de tu primo para que abras los ojos, como tantas veces se ha dado en nuestras vidas.

—¿Me vas a soltar un rollo? —Puse los ojos en blanco.

—Uno, dos, veinte… los que hagan falta para que te des cuenta de cómo te estás comportando, lo que vas a hacer y, sobre todo, lo que ello implica.

—No es para tanto, Álef —negué pensativo, jugando con la servilleta.

—Kayden. —Levanté la mirada hacia él—. No te ves desde fuera y estoy seguro de que ahora mismo ni desde dentro. Yo, que te conozco mejor que nadie, te digo que hay un trasfondo que no quieres ver, lo estás negando.

»Esa mujer ha captado tu atención de muchas maneras y ni siquiera es consciente de ello, lógicamente porque cuando te ha conocido no ha podido relacionar que eres el CEO que la iba a entrevistar, al suceder en la calle. No sabe el huracán, el tornado, el terremoto, ponle el nombre que quieras, pero no sabe lo que ha provocado captándola.

»En la vida, repito, en la vida has movido un dedo de más por alguien que no es de tu círculo, me refiero a tomarte tantas molestias hacia una desconocida. Tío, que estuve junto a ti cuando diste tu primer beso, gracias a Dios no lo hice cuando perdiste la virginidad, todo un detallazo por tu parte apartarme en ese instante. —Rio, y yo negué.

»Hemos estado juntos en todas nuestras etapas y sé perfectamente cómo actúas con las mujeres, no mal, pero en tu línea sin que puedan traspasar las barreras que subes, muy a pesar de ella. Nunca vas detrás de nadie y es lo que vas a hacer porque por lo que has dicho, lo tienes claro, ¿no?

—Desde hace tiempo —susurré, confirmándoselo.

—Joder, es que es muy fuerte. El gran Kayden ha caído.

—No he caído una mierda, me mantengo en mi lugar y de pie. —Entrecerré los ojos, tenso—. No sé qué estás diciendo, ni siquiera la conozco, joder —solté el insulto, cabreado, removiéndome en la silla.

Se mantuvo en silencio, con una sonrisa que me dio directa en el estómago.

—¿No vas a decir nada más?

—No —respondió sin perder la sonrisa—. Yo también tengo que digerir todo lo que he escuchado y estoy viendo.

—Perfecto, mejor. —Me levanté para dar la cena por terminada.

—Siéntate que voy a pedir postre. —Conforme me lo pidió llamó al camarero, por lo que volví a maldecir, poniéndolo más divertido porque los dos sabíamos que necesitaba huir.

Al final fueron dos postres los que terminaron encima de la mesa, los que compartimos sin volver a tocar el tema. Bueno, no tocamos ninguno porque nos mantuvimos en silencio, él lanzándome miraditas muy significativas, yo, fulminándolo con los ojos, lo que lo tenía cada vez más interesado.

✣ ✣ ✣

—Mañana cuando hables con Grace y sepas algo nuevo, dímelo para saber cuándo te vas —dijo despreocupado.

Acababa de parar el coche enfrente de mi casa. Me giré hacia él.

—Lo haré —confirmé y asintió.

Me despedí y abrí para salir, caminando hacia la entrada.

—Kayden —dijo mi nombre y miré en su dirección—. Habla con la almohada y piensa, sobre todo, piensa en cómo estás y el motivo de ello.

Con un guiño subió la ventanilla sin darme oportunidad a responder y se puso en marcha, desapareciendo.

—Para pensar estoy yo, como si no lo hubiera hecho ya bastante —solté un bufido.

✣ ✣ ✣

En el despacho, sentado en la silla, pero dándole la espalda a la mesa, miraba hacia la cristalera. Hacía media hora que había recibido un mensaje de Grace, en el que solo había escrito que tenía novedades. Al no darme más datos ni llamarme, lo había hecho yo, pero no me lo había cogido, lo que me escamó. Por ese motivo me había preparado para lo tuviera que decirme.

La puerta se abrió y me giré hacia ella, viéndola entrar y cerrar tras de sí.

—¿Por qué no me has cogido la llamada?

—Estaba conduciendo —respondió cantarina y levanté una ceja.

—¿Y desde cuando no se te conecta el bluetooth del coche? —Me crucé de brazos.

—Siempre lo hace —rio sentándose frente a mí—, pero esta conversación necesitaba tenerla en persona. Si hubiera descolgado me habrías acribillado a preguntas.

—Con el mensaje que me has enviado no es para menos.

—Ya. —Desvió la mirada.

—Has hablado con ella —lo confirmé y asintió—. ¿Y?

—Cuando lo he hecho ha intentado colgarme, pero he reaccionado rápido diciéndole quien era. Solo por ese motivo se ha mantenido en línea.

—Lo imagino.

—El resumen de lo que te interesa es que solo quiere que la dejes y dejemos en paz. No quiere saber nada de esta impresentable empresa, según sus palabras, ni lo referente a ella. —Apreté la mandíbula—. Lo tiene claro, Kayden, no va a echar marcha atrás por mucho que sigas intentándolo, por tu tranquilidad.

—¿Le has dicho lo que sucedió?

—No.

—¿Cómo qué no? —Entrecerré los ojos, alzando la voz— Me estás diciendo que tú, la única que ha podido hablar en serio con ella, ¿has perdido la oportunidad de aclararle lo que sucedió para que nadie fuera a por ella dentro de este edificio?

—No me pertenecía a mí hacerlo. —Curvó los labios.

Me levanté cabreado de la silla, empezando a caminar por el despacho, sin creerme lo que acababa de escuchar.

—Sé lo que quieres hacer. —Sus palabras me pararon de golpe—. No me lo has dicho, pero sé cómo piensas y cómo actúas. Hazlo, ese es el motivo por el que yo me he mantenido callada. Ahora sabes que no ha reculado en su decisión, ni lo hará porque no te quiere ver ni en pintura, otra cosa será si te pones frente a ella. Chico, despliega todos tus encantos, aunque para ello no tienes ni que abrir la boca ni hacer nada fuera de lo común, solo con tu presencia ya lo haces de sobra para las mujeres.

—Me lo estoy tomando con mucha seriedad, Grace. No sé…

—Más seriedad que si estuviéramos hablando de trabajo, me consta de sobra. —La miré de reojo —. Porque no tiene nada que ver con el rollo que me soltaste de que quieres hacer la cosas bien al no soportar que algo que diriges se desvíe y salga de tu control, referente a la empresa.

—Me conoces de sobra, sabes cómo trabajo —siseé.

—Por supuesto, como también sé cómo eres en el terreno personal y esto, querido amigo, normal no es. Vas a solucionarlo por tu cuenta, ¿verdad?

—Puede. —Lo dejé en el aire.

Escuché el sonido de sus zapatos alejarse, yendo hacia la puerta.

—Kayden. —Me llamó y la miré de frente—. Limpia tu nombre con honores, el de los escoceses y, por último, si te da para entretenerte más, el de la empresa —habló otra vez cantarina y de carrerilla, dejándome solo en el interior del despacho.

Capítulo 9



Everly

—¿Qué haces? —Me sobresalté por la aparición por sorpresa de Naomi.

Llegó por la espalda, gritando la pregunta para que todos la escucharan bien, aunque no la conocieran. La estaba esperando sentada en la terraza de un restaurante porque habíamos quedado para comer, ella venía directa del trabajo.

—Buscar ofertas. —Señalé hacia la pantalla del móvil.

—¿Y qué? ¿Algo interesante? —Ocupó la silla de enfrente.

—Por ahora nada. —Hice una mueca—. Bueno, he echado varias solicitudes, pero no sé… no terminan de convencerme.

—Ya darás con el trabajo de tus sueños, con el que digas, «este es el mío y voy a por él». No tienes prisa, llegará —habló convencida mientras mordisqueaba una oliva. Me habían traído un platito junto al refresco.

—Es que todos los que veo son de aquí —dejé salir un suspiro.

—Si es lo que encuentras por ahora y quieres probar para sentirte activa, está bien, pero no tienes por qué olvidarte de tu intención de buscar algo en el extranjero.

—Ya lo sé, pero si empiezo en otro trabajo después cuesta más moverse porque te acomodas y amoldas a lo que tienes.

—Tú no harás eso, perseguirás tu sueño. Siempre que has tenido uno has ido a por todas y este te lo has currado con mucho esfuerzo para que se dé. —Reímos cuando una oliva fue a parar a mi cara, la que me lanzó para que dejara el pesimismo.

—Es lo que quiero y lo conseguiré —asentí sonriendo.

—Ahora sí, dónde va a parar. —Aplaudió—. ¿Pedimos ya? Tengo un hambre… y sed. —

Levantó una mano para que el camarero se acercara.

No tuvimos ni que mirar la carta porque era un lugar que solíamos frecuentar habitualmente. Pedimos dos platos para compartir junto con una ensalada completa y su bebida, porque yo tenía la mía casi sin tocar.

—¿Cómo ha ido tu día? —Me interesé.

—Bien, libre por fin. Después de los dobles turnos que llevo seguidos, necesito mínimo cuatro días de descanso para ser persona. —Puso los ojos en blanco.

—Ahora tienes tres por delante —sonreí.

—Sí, pero me sigue faltando uno. —Me hizo un guiño.

La buena temperatura nos acompañó todo el tiempo que estuvimos en la terraza, disfrutando de la comida y de la compañía. Mientras lo hacíamos, me puso al corriente al haber estado desaparecida por el ritmo que llevaba, yo poco tuve que añadir que no supiera.

—¿Has coincidido con Cristian?

—Por supuesto. —Curvó los labios, haciendo una pausa al aparecer el camarero con los cafés—. Se le van los ojos cada vez que paso cerca de él.

—Y tú provocas que se quede bizco a menudo, ¿no? —Apreté los labios.

—Al ritmo que lleva ese tiene que ponerse lupas —reímos—, perooo, paso de él. Para mi mala suerte, últimamente coincidimos en todos los turnos.

—¿Ya está tachado de la lista?

—Solo tiene una rayita encima, hasta que no haga un borrón encima no lo estará del todo —aclaró con guasa.

—Le doy un par de turnos más —negué.

—Él se lo ha buscado, mucho tiene que cambiar para que lo mire con otros ojos.

—Rectifico, un turno y tendrás la mancha negra en la lista. —Reímos.

Paramos la conversación por el sonido de llamada de mi móvil, el que busqué en el bolso.

—¿Quién es? —me preguntó al ver mi expresión.

—Un número de fuera de España. —Solté un bufido.

—Joder, con esa empresa, no se dan por vencidos. —Se sorprendió.

—Ya verás ahora —dije descolgando—. ¿Diga?

—¿Everly Sáez? —habló una chica en inglés.

—Sí, soy yo. —Cambié de idioma a la espera de que dijera las palabras claves para quitármela rápido de encima, ante la mirada expectante de Naomi.

—La llamo de la empresa Safe Dreams Company, referente a la oferta de trabajo en la que se inscribió. —Me quedé paralizada al no esperarlo, apartando de mi cabeza todo lo que había preparado en segundos para contestar, al pensar que se trataba otra vez de la empresa de la que no quería saber nada—. ¿Sigue en línea?

—Sí, sí, perdón. —Reaccioné rápido, pidiéndole con un gesto el móvil a Naomi.

Cuando me lo dio extrañada busqué rápido el nombre de la empresa en internet porque la verdad, habían sido varias las ofertas en las que probé suerte y en ese instante, por los nervios, no la ubiqué. Sorprendida vi que también estaba ubicada en Escocia, pero alejada de Glasgow. Se lo enseñé a Naomi que puso la misma cara que yo, al relacionar lo que le estaba diciendo sin hablar e interpretó.

—Perfecto. La llamo por si sigue interesada en el puesto de trabajo. Estamos empezando el proceso de selección y su currículum ha sido elegido, como posible candidata idónea.

—¿De verdad? Quiero decir… —Carraspeé—. Por supuesto que sigo interesada.

—Si le parece bien le envío la información al correo electrónico que consta aquí. En él le concretaré el día que tiene que asistir y los detalles. Como veo que reside en España lo tendré en cuenta para que disponga del tiempo suficiente para organizarse.

—Muchas gracias, en cuanto lo reciba le respondo —dije sin creérmelo, nerviosa y emocionada —. Y por estar lejos no hay problema, tengo disponibilidad absoluta.

Después de varios comentarios más, nos despedimos y colgué, dejando la vista fija en la pantalla.

—¡Everly! —dijo en alto Naomi.

—¿Qué? —La miré—. ¿Por qué gritas?

—Joder porque llevo un rato hablándote, queriendo saber qué te han dicho, pero te has quedado alelada.

—Ah. —Reí y sonrió.

—¿Era de un trabajo?

—Sí, me han seleccionado. —Me removí en la silla y le apreté la mano cuando me la cogió.

—Lo ves, cariño, si es que no podía ser de otra manera. Por cierto, ¿ahora adónde vas? —sonreí sabiendo la reacción que tendría porque solo había visto la imagen de la empresa que le había mostrado en su móvil, el que todavía tenía yo.

—A Escocia otra vez. —Se lo devolví.

—¡No me fastidies! Uyyy, que mal me caes otra vez. —Reímos—. ¿Cuándo? Esta vez voy contigo.

—¿En serio? ¿Podrás tener algún día libre cuando quieras?

—Ya te digo que sí, pues anda que no me deben favores mis compañeros con lo que los cubro. Nunca me niego cuando me lo piden ellos. —Se encogió de hombros—. Ay, mi madre, que voy a ir a Escocia. ¡Por fin! —Se abanicó con las manos, lloriqueando—. Que me da, que me está dando, nena —dijo alterada y sí, le estaba dando como había dicho por lo que cogí la servilleta y la ayudé para darse más aire mientras reíamos las dos.

—Me tiene que llegar un correo con todos los detalles. Naomi, tengo otra oportunidad. Es que no me lo creo —dejé salir un suspiro.

—Lo sabía —sonrió emocionada—, y con esta tengo un palpito de que sí, de que será tu trabajo definitivo.

—¿Cómo sea como todos los pálpitos que sueles tener? —Reí nerviosa.

—Oye perdona, que, porque unas trescientas veces me haya equivocado con ellos, a insistente no me gana nadie. Y esta vez lo siento con más fuerza que nunca, estoy segurísima de que no me equivoco —asintió con fuerza varias veces.

—Te has quedado corta con la cuenta —negué—. Que vuelvo a Escocia. —Exterioricé para terminar de digerirlo.

—Te vas, no; nos vamos. —Aplaudió contenta.

—¡Nos vamos a Escocia! —Levanté los brazos con energía. Ella me imitó y terminamos soltando una carcajada.

✣ ✣ ✣

—Dime que ya tienes hecha la maleta. —Fue lo primero que me preguntó Naomi en cuanto descolgué su llamada.

—No, pero lo tengo todo preparado para solo tener que llenarla.

—Jolines, lo vas a dejar para última hora.

—Solo vamos dos días, ni que necesitara mucho para hacerlo.

—Tienes que ser más previsora, yo la tengo cerrada desde ayer.

—Mentira, la hiciste el mismo día que supimos de la entrevista. —Reímos porque era muy cierto, como para quedarse atrás en España.

—¿Dónde estás?

—En la calle. He venido a ver a mis padres dando un paseo y ahora voy al gimnasio, me he traído la mochila.

—Cuidadito a ver si te vas a lesionar, ¿eh? A mí no me chafes las ilusiones de viajar porque te llevo hasta escayolada a Escocia.

—¿Qué dices? —Reí—. Madre mía, la que me queda hasta que estemos de regreso.

—Chica que esos lugares son el terror. —Bufó—. Yo no sé qué te ha dado últimamente para ir tan seguido. No habrá algo interesante que me estás ocultando, ¿no?

—Interesante son las máquinas del terror que están esperándote desde hace meses —hablé divertida—. ¿Cuántas veces has ido desde que te apuntaste?

—Una al día siguiente de hacerlo y porque me obligaste. Tuve agujetas hasta en el cielo de la boca durante dos semanas. ¡No podía andar recta! Qué fatiguita para sentarme y levantarme, nena. Terror se queda corto, te lo digo. —Reímos.

»Sé que estoy tirando el dinero, pero oye, me hace sentir superbién el estar apuntada, me da más energía y vitalidad. —Volvimos a reír—. Que sigan esperando porque lo que es por mí, no tengo intención de pelearme con ellas. Evitándolas soy feliz.

—Cuando regresemos lo dejas, es una tontería.

—Lo que tú quieras, pero por nuestra Nadine muévete poco en ese lugar. —Nombró a mi madre —. Madre mía, que nos vamos mañana.

Así era, desde la llamada habían pasado dos días y estábamos a punto de coger un avión para hacer realidad el sueño de las dos. No tardé en recibir el correo de la chica con la que hablé, en el que me especificaba el día y la hora en la que me atenderían. Me había costado dejar apartada la sensación que se me quedó con la última experiencia vivida, porque las dudas de que saliera mal, e incluso de que me sucediera lo mismo, me asaltaron provocando que me sintiera un poco insegura.

—Te dejo ya, que he llegado.

—Vale, cariño. Tú que eres valiente dalo todo por mí, pero con cuidadito —remarcó y sonreí.

Nos despedimos y guardé el móvil en la mochila, accediendo al gimnasio. Una hora y cuarto más tarde me dirigía hacia el vestuario sudorosa y satisfecha al sentirme relajada. Me di una ducha que me dejó aún mejor, alargando un poco el tiempo debajo del agua, sin prisa, y en el vestuario,

mientras hablaba con varias chicas que conocía de encontrarnos allí.

A las siete en punto salía por la puerta despidiéndome, escuchando música a través de los auriculares inalámbricos. Hasta mi piso tenía menos de diez minutos caminando. Tarareando la canción que sonaba me entretuve leyendo los mensajes nuevos que tenía de Naomi, sin prestar atención hacia delante, aunque lo controlaba por instinto, pero inesperadamente me falló cuando me sobresalté al cochar de frente con alguien. El móvil se me resbaló de las manos, cogiéndolo al vuelo para evitar el impacto, lo que no sucedió con la mochila que se me resbaló del hombro y cayó. Dejé salir un pequeño suspiro viendo la parte de atrás de la cabeza de un hombre, agachándose. Cuando se incorporó con ella en una mano fue cuando dirigí la mirada hacia él. Parado delante de mí y en silencio, me encontré con sus ojos a más altura que la mía.

—Lo siento, yo… —Empecé a decir hasta que procesé la información visual. No pude continuar porque tuve un cortocircuito al fijarme bien mientras me observaba serio.

Mi cabeza encajó todas las piezas hasta formar la imagen completa de un recuerdo reciente. No puede ser, ¿o sí? ¿Esto está pasando? No, no, es imposible leches que estoy en España, me repetí porque no tenía lógica que estuviera sucediendo.

Pero es que… joder que es idéntico, me dije sin poder quitar la sorpresa de mi expresión. Solo tuve que escuchar las tres primeras palabras que pronunció, solo tres, para que todo en mí se activara en modo precaución y alerta. Y no porque fueran significativas, lo que sí lo fue la pronunciación en un español perfecto, pero no nativo.

—¿Se ha lastimado? —preguntó.

Por unos segundos entrecerré los ojos, sin entender cómo era posible que ese hombre estuviera frente a mí, incrédula.

—No. —Conseguí hablar, susurrando.

—¿Suele ir por la calle sin mirar por dónde va y cantando?

—¿Perdón? —Di un paso hacia atrás, tomando distancia—. Podría hacerle la misma pregunta porque si usted hubiera estado atento, me habría visto venir y me habría esquivado. Como dice, silenciosa no he sido. —Levanté una ceja.

—Estaba igual. —Levantó su móvil en una mano.

—No ha pasado nada. —Cogí aire y empecé a andar, pasando por su lado para alejarme, sintiéndome indispuesta y aclamando a todo para que no me hubiera reconocido como lo había hecho yo. Claro que no, ni se acordaría de mí.

Con cada paso que di una sensación extraña se asentó en mi cuerpo. Su mirada tenía la culpa, de eso no cabía duda por cómo la había sentido.

—Qué casualidad, ¿verdad? Inesperada, pero bien recibida porque espero que esta oportunidad

me sirva para poder decirle las cosas que no me permitió en mi país. No me gusta que me dejen con la palabra en la boca.

Contuve el aire, parándome de golpe mientras cerraba los ojos cagándome en todo porque a pesar de la música, su voz llegó alta y clara hasta mí. Había echado mano a la gran posibilidad de pasar desapercibida y de que tuviera mala memoria. Pues no, esas posibilidades acababan de esfumarse, aunque me costara ubicarlo allí, junto a mí, a poca distancia y en mi territorio.

Me giré despacio hacia él, quedando cara a cara. Seguía atento a mí con una mano metida en un bolsillo del pantalón mientras que con la otra seguía sujetando mi mochila, de la que por cierto ni me había acordado por el impacto que me había llevado.

Lo miré con atención. Vestía informal, acompañando a la prenda de ropa que he mencionado un jersey de pico y una chaqueta de piel, todo ello parecía hecho a medida, le quedaba como un guante. Las dos veces que lo había visto iba con traje, la primera lo supe de refilón porque solo distinguí la americana al pasar con el coche por mi lado; la segunda, lo pude comprobar perfectamente al hacerse visible de cuerpo entero, cuando salió de él bajo la lluvia.

Capítulo 10



Kayden

Menuda brillante idea había tenido al propiciar un choque con ella. A mi favor diré que había llegado a donde vivía hacía unas horas y tenía que llevarlo a cabo rápido porque me había surgido una reunión inesperada al día siguiente, por la mañana.

No podía faltar y ese motivo me había hecho cambiar los planes, al tener que adelantar el regreso para el final del día. El tiempo iba en mi contra, por lo que después de verla salir de su casa, donde la verdad no tuve que esperar mucho para hacerlo, la «acompañé» desde la distancia esperando encontrar el momento oportuno.

Ya, soy consciente de que suena mal. Eso de ir a la espalda de alguien siendo un desconocido, siguiendo sus pasos, el haber esperado cerca de su casa, atento mientras pensaba que podía terminar en un intento fallido por si no se encontraba en el interior o no aparecía… Tenéis libertad de pensamientos sobre la situación porque todo lo que os venga a la cabeza ya lo había pensado yo por partida doble, o triple, o qué mierda sabía, pero que iba muy por delante de lo que imagináis, ya os digo que sí.

Pero es que no tenía otra forma de dar con ella en tiempo récord, ni de hacerlo más sutilmente, solo me quedó la opción de presentarme directamente en la dirección que constaba en su currículum. Mientras ella caminaba por la acera, alejándose de su vivienda, intenté acercarme, sin tener ni puñetera idea de lo que diría cuando sucediera, pero una señora se puso a su lado y no se separaron hasta que se despidieron frente a una casa, varios minutos después. Everly llamó a la puerta y desapareció de mi vista.

Espero que os hagáis una idea de lo descolocado y fuera de lugar que me sentía. En la vida me había visto en una situación igual y no entendía qué me había llevado a cometer esa locura y qué seguía impulsándome, porque nada más aterrizar me asaltó la necesidad de ir directo hacia el hotel que había reservado y no salir de él, hasta que llegara la hora de regresar al aeropuerto. Una necesidad que me apretó fuerte y la que ya sabéis que ignoré.

Estaba desconcertado conmigo mismo, totalmente. Se me había ido la cabeza y el raciocinio porque no conseguía quitarme la sensación que me superaba por momentos. Era consciente de

que visto desde fuera parecía un acosador, algo que no me describía, ni por asomo se acercaba a la realidad porque era todo lo contrario.

En definitiva, es lo que estaba haciendo, en cierta forma, y no podía parar de recriminármelo. Las preguntas de «¿qué mierda me pasaba?» y «¿qué iba a hacer?», se repetían constantemente en mi cabeza. Habían sido tantas las veces que ya había perdido la cuenta.

Cuando salió de la segunda casa, contando la suya como la primera, pensé que sería mi oportunidad. Un error porque el recorrido que hizo fue muy corto y se perdió en el interior de un gimnasio. Cabreado y molesto fui hacia una cafetería que quedaba cerca, desde la que podía ver la entrada principal.

Hasta que lo conseguí. En cuanto la volví a ver pasado el tiempo me moví rápido para que pareciera una coincidencia el encuentro que íbamos a tener en la calle. Necesitaba que fuera en un espacio abierto, para que ella no se sintiera acorralada.

No supe si me reconocería y me ubicaría, era algo en lo que también había pensado bastante, pero me quedó claro que poco tardaron en suceder las dos cosas al darse de frente conmigo. Para que ocurriera, había caminado en sentido contrario al que iba ella, serio y en tensión, manteniendo una batalla interna como nunca había librado. Iba distraída moviendo los labios y la cabeza, atenta a su teléfono, lo que para mí fue una ventaja para hacer lo que me había llevado hasta allí.

Su presencia y su olor, el último llegó hasta mis fosas nasales en el choque, me dejaron por unos instantes noqueado. Hasta que reaccioné agachándome para recoger la mochila que se le había caído.

Volví al presente en el que estaba esperando a que me respondiera, parados frente a frente. Por mis palabras ya no podía disimular porque le había dejado claro que no solo ella sabía a quién tenía cerca. O eso pensé, otra cosa fue lo que me encontré…

—¿No va a decir nada? —hablé porque no reaccionaba de ninguna forma, mirándola con intensidad.

Ese último detalle no lo podía controlar, me refiero al de la intensidad, me venía de serie.

—No tengo nada que decir. Se está equivocando porque ignoro de lo que habla, no lo conozco. Mi mochila —respondió quitándose un auricular, extendiendo la mano para que se la diera.

—Estaba dispuesta a irse sin ella. —Levanté una ceja—. Si no hubiera llamado su atención la habría dejado atrás.

—Ha sido por la sorpresa —siseó—, del choque. —Terminó diciendo para no retroceder en sus palabras—. Démela y cada uno seguimos nuestro camino. Estás cosas suelen ocurrir habitualmente.

—Creo que he dejado claro que no me gusta que me nieguen la palabra. —En lugar de

devolverle la mochila, me la colgué en un hombro ante su mirada sorprendida.

—¿Qué hace?

—Intentar hablar con usted, pero sigue oponiéndose.

—A ver. —Dejó salir el aire lentamente—. Esto no es normal, pero vamos a dejar las cosas claras de una vez. Los dos nos hemos reconocido, no tengo ni la más mínima idea de cómo ha sucedido, el que esté usted aquí, a muchos kilómetros de la última vez. Me da igual, las coincidencias raras existen.

»Si es lo que quiere oír, lamento el no haberlo dejado hablar cuando le recriminé cómo circulaba en un día lluvioso y por una zona en la que podía tener unas consecuencias fatales para las personas que pudieran despistarse.

—Pero… —añadí para que continuara porque tenía claro que así sería. No me equivoqué.

—Pero no es lo que pienso, ya le he dicho que si es lo que quiere oír pues ahí lo tiene para dejar esta tontería y olvidarnos los dos de ella. No me echo para atrás en mis palabras y pensamientos de aquel momento, para nada, ni mucho menos en mi actitud porque la situación no propició el querer escucharlo más. No es para que se ofenda, simplemente entienda que es un desconocido, yo estaba en otro país y dado que fue la segunda vez que sucedió, con la sorpresa de que me encaró…

—Ya le dije que las personas que viven en Glasgow, como en el resto de Escocia, saben perfectamente por dónde pasan, ya sea a pie o en vehículos. Usted no conoce lo que es habitual allí, ni las calles. Por muy desérticas que le parecieran algunas, le sorprendería el movimiento y el tráfico que tienen en ciertas horas punta. Y no la encaré, tuve la amabilidad de bajarme del coche, en medio de la lluvia para comprobar que estaba bien. —Levantó una ceja.

—¿Ya se ha quedado a gusto? ¿Me ha dicho todo lo que en aquel momento no le permití? Según usted, claro…

—No.

—Esto no tiene sentido, es una tontería y una locura. —Se presionó la frente—. Deme la mochila.

—Tengo algo más que decir.

—Es que no me interesa escuchar nada más. —Alzó un poco la voz, entrecerré los ojos—. No se preocupe que tendré tiempo de sobra para aprender todas las costumbres de su tierra.

—¿A qué se refiere?

Sin mostrar ningún cambio, pero en tensión, esperé atento a que siguiera para enterarme de lo que estaba hablando.

—No sé ni lo que estoy diciendo, la virgen —negó—. Bah, qué más da. —Se quedó en silencio unos segundos, pensativa. Parecía como si estuviera hablando con ella misma, lo que me creó curiosidad. Todo en esa mujer me la creaba, algo que se me hacía difícil de gestionar.

»Mañana regreso otra vez a Escocia y esta vez espero que sea por tiempo indefinido y me establezca allí, de ahí lo que le acabo de decir. Estoy segurísima de que así será —asintió varias veces—. Esta segunda vez no puedo tener tan mala suerte como para dar con personas tan impresentables e incompetentes como la primera. —La última parte la susurró, comentándolo más para ella que para mí.

Levanté una ceja y apreté la mandíbula por lo que representaba para mí, al ser el máximo responsable de sus palabras.

—Lamento esa experiencia. Sobre eso quería decirle…

A la mierda porque cuando había llegado al kit de la cuestión una mujer de mediana edad apareció de repente y se puso al lado de Everly, interrumpiéndonos mientras la agarraba de un brazo. Una que pude hacerme una idea de quién era por el parecido que compartían. Tuve el pensamiento correcto al escucharlas.

—Cariño, ¿qué haces todavía por aquí? ¿Hasta ahora no has salido del gimnasio?

—Voy para casa ya, mamá. Hace un rato que estoy fuera.

—Oh, perdón, no me he dado cuenta —dijo al ser consciente de que no estaba sola—. Vaya, qué buena compañía para hacer deporte, ¿eh? —Miró de reojo a su hija.

—¿Qué dices? —siseó ella, nerviosa— Me he encontrado con este hombre aquí, en la calle y ha sido muy amable al recoger del suelo la mochila que se me ha caído —sonrió de forma exagerada, hacia mí.

—¡Qué simpático! —Exclamó su madre satisfecha, mirándome con interés, hasta que se centró en Everly—. Yo también voy para casa, he salido a comprar unas cositas que me faltaban para hacer la cena. —Levantó una bolsa—. ¿Te vas ya? ¿Me acompañas?

—Claro, tenemos que ir en la misma dirección —respondió rápido Everly.

Se acercó hacia mí al tener la oportunidad perfecta para escaparse.

—Gracias —susurró agarrando el asa de la mochila.

No consiguió separarla de mí porque hice más fuerza con la mano que la sujetaba. Frunció el gesto con la vista fija en ella, hasta que levantó la cabeza al encuentro de mi mirada, la que ya la esperaba. Me incliné despacio hacia ella, notando cómo contenía la respiración por la cercanía, sin importarme que su madre estuviera muy atenta a nosotros.

—Has vuelto a dejarme con la palabra en la boca, ¿sabes lo que eso significa? —susurré a pocos centímetros de su cara, dejando a un lado la formalidad y pasando a hablarle de tú.

—¿Cómo? —murmuró desconcertada y curvé un poco los labios.

—No he conseguido lo que quería, pero ten por seguro que terminaremos teniendo una conversación en condiciones, en la que pueda expresarme como quiero y necesito —continué hablando en el mismo tono.

Retiré la mano lentamente, lo que provocó que ella tirara rápido del asa y se apropiara de la mochila. La abrazó contra el pecho dando un paso hacia atrás, sin apartar los ojos de mí.

—Ha sido un placer —asentí sin apartar los ojos de los suyos—. Nos volveremos a ver, quizás en España o tal vez en Escocia. —Desvié la atención hacia su madre—. Señora, encantando.

—Igualmente, muchacho —sonrió de oreja a oreja, moviendo una mano en el aire.

Con mis últimas palabras dichas, me giré dándoles la espalda y empecé a alejarme de ellas. No eran las que había tenido intención de decir, la situación se había desviado bastante, ni las que me habían llevado hasta allí, pero, al fin y al cabo, esa vez no había sido Everly la que había cortado la interacción entre los dos. Después de la oportunidad perdida no podía tensar más la cuerda, por la presencia de su madre y menos aún, porque se me había echado el tiempo encima.

—¡Qué hombre hija! Dime la verdad, lo conoces de antes. ¿Cómo se llama? —Escuché la voz animada de su madre a la espalda.

—Ya te he dicho lo que ha sucedido. No voy preguntando el nombre de las personas que me encuentro por la calle —contestó Everly, resoplando.

—Aún estás a tiempo, ¿no lo quieres conocer? Porque tesoro, sabes que hombres como ese no se encuentran todos los días. Por cierto, esa pronunciación…

—No es de aquí. ¿Qué vas a hacer de cenar? —Desvió el tema dirigiéndolo hacia otra dirección.

—¿Quieres quedarte? Es tarde ya, así llegas a casa cenada.

Sus voces se perdieron poco a poco, hasta que solo escuché el sonido característico de la calle. Mientras caminaba dejé salir el aire despacio, interiorizando todo el remolino de emociones que me recorrían.

«Mi tiempo en España se ha terminado», me dije centrándome en buscar un taxi para que me llevara hasta el aeropuerto. Había viajado con lo puesto debido a lo que os comenté al principio, sabiendo que era un viaje exprés de un día. No me iba satisfecho, al final tanto comerme la cabeza para nada porque no había conseguido presentarme ante ella, que supiera quién era realmente, ni dar la cara por la empresa para poder aclararle lo que sucedió, con la esperanza de que cambiara la opinión que se había formado sobre nosotros.

—Viaja a Escocia —murmuré pensativo.

Capítulo 11



Everly

—No me lo creo, nooo me lo creeooo —dijo alterada Naomi.

Acabábamos de ocupar nuestros asientos en el avión y yo no podía dejar de sonreír y de reír directamente por lo que llevaba dicho desde que nos habíamos encontrado para comenzar la aventura. Expectante, emocionada, ilusionada, eufórica… y podría seguir definiendo cómo estaba hasta que frenara por el bajón que le iba a dar después de tantas emociones.

—Pues ya puedes empezar a hacerlo porque acaban de cerrar las puertas —comenté divertida.

—Ay, cariño, hazlo como quieras, pero tienen que elegirte. Te lo suplico, líate con el jefazo, camélate a todos los que veas, ruega, llora, exhíbete, lo que te salga de lo más profundo o de las narices, pero por tu madre que te cojan en ese trabajo porque si no me da, te lo digo muy en serio. —Todo ello lo soltó de carrerilla mientras tiraba de la manga de mi chaqueta vaquera, la que estaba intentando quitarme y ella no me dejaba.

—Te quieres tranquilizar. —Reí apartándole las manos—. Parece que la que se va a presentar a la entrevista eres tú. Como si yo pudiera hacer algo para salir elegida…

Me acomodé en el asiento con la chaqueta quitada, por fin.

—¿Cómo qué no? Tú déjame a mí que te voy a vestir perfectamente para la ocasión. —Aplaudió —. Has metido en la maleta el vestido y el conjunto que te dije, ¿no?

La miré de reojo, sin responderle, por lo que lo dedujo sin necesidad de hablar.

—¡¡No los has metido!! —Alzó la voz con jadeo incluido provocando que todos, absolutamente todos, hasta la tripulación, se centrara en nosotras.

—Como no empieces a tranquilizarte ya, saco tu cabeza por la ventanilla —resoplé.

—Pero ¿por qué?

—Porque estás descontrolada y de esa manera se te van las ideas que tienes por la gran velocidad del vuelo, eso y algo más, porque llegarías con un alisado espectacular. —Reí al imaginarla. Era algo imposible, pero lo recreé perfectamente.

—No me refiero a eso, jolines. Te repetí anoche un montón de veces lo de la ropa. Si es que lo sabía. —Lloriqueó—. Acabas de tirar por tierra la baza principal.

—Las mismas veces que yo afirmé mientras no me movía del sofá. ¿En serio? Gracias por tu apoyo y seguridad en mí. —Me giré hacia ella, sorprendida—. La madre que te…

—Shhh —levantó un dedo—, cuidadito con mi mami que es sagrada.

—Ella es sagrada, pero su hija… —Puse los ojos en blanco.

—Va, no digas ni pienses tonterías. Ya sabes lo mucho que confío en ti, cariño.

—Sí, ha quedado superclara la confianza que me tienes —negué.

—Es que con cualquiera de esas vestimentas te hubieras llevado el trabajo de calle. —Hizo un puchero.

—Si te piensas que voy a optar a un puesto, o a trabajar en él si me cogen, enseñando piernas y hasta culo porque con el vestido que estás diciendo puedo moverme lo justo, y encima es muy escotado, ya no digamos del otro conjunto, es que con esto del viaje de tus sueños te has quedado alelada y ya ni me conoces. —Levanté una ceja.

—No sabes cómo van vestidos para trabajar en ese país.

—Como en cualquier otro, Naomi. Hay situaciones y tiempo para todo —negué.

—Si no os molesta que opine —intervino la chica que estaba a nuestro lado, en el asiento que daba al pasillo.

—Claro, no pasa nada —sonreí hacia ella, inclinada hacia delante.

—Tiene la razón, en todo. —Señaló hacia mí.

—Gracias, por fin una mente lúcida y brillante. —Reí, haciéndola sonreír mientras Naomi resoplaba.

Empezaron a hablar las dos sobre el tema. Yo al principio estuve atenta a ellas, interviniendo divertida de vez en cuando, pero terminé desconectando, llevando la mirada hacia la ventanilla cuando el avión tomó velocidad para coger altura. Recosté la cabeza hacia atrás notando la fuerza.

Me sentía tranquila para lo que me iba a enfrentar, me lo había propuesto de esa forma porque los nervios que pasé la vez anterior me pasaron factura y no quería que me sucediera lo mismo.

Era otro intento más. La experiencia es un grado, dicen, pues me vino perfectamente lo que sucedió para controlar mucho mejor mis emociones, conteniéndolas.

Eso referente a lo laboral, porque si lo dirigía hacia lo que me sucedió la tarde anterior, al encontronazo que tuve… ahí me sentía desbordada: por la coincidencia, por la conversación, por las miradas, por la actitud, por la presencia inesperada y sorprendente de ese hombre, del que no sabía el nombre. Fue la tercera ocasión que lo vi, pero marcó un poco más la diferencia por cómo se dio, pero, aun así, seguía siendo un total desconocido para mí.

Aunque tampoco esperaba otra cosa, bastante tuve con digerirlo. Le había dado muchas vueltas a sus últimas palabras, sin saber a qué narices se refirió al decirme que teníamos una conversación pendiente en la que pudiera expresarse como quería y necesitaba. ¿En serio? ¿Tantas molestias por lo que sucedió en Escocia? ¿Hasta ese punto le molestó? No lo entendía porque la más afectada pude ser yo si en alguna de las dos veces me hubiera pillado con el coche.

Igualmente, lo que dijo no se daría, de eso estaba segura y podía estar tranquila al respecto. Habría viajado a España para hacer alguna gestión, o de vacaciones por la forma de vestir, o yo qué sabía, pero que no volvería a darme de frente con él era muy cierto. Y más teniendo en cuenta que cabía la posibilidad de que me esperaba un camino nuevo si mi regreso a Escocia resultaba como deseaba.

Por lo que no estaba tranquila era por cómo me había quedado desde que lo volví a ver. Tuve que aguantar el tipo delante de mi madre y posteriormente con mi padre cuando llegué a la casa de ellos. Después de una hora en la que salí con el estómago lleno, fui directa hacia la mía.

En ese instante, en soledad, fue cuando la cabeza no me dio tregua analizándolo todo. Hasta a mí misma, por cómo me sentía hacia ese hombre. Habían sido muchas las sensaciones que me había provocado en un espacio corto de tiempo y no lo entendía… Vale, sí, su presencia era de admirar, no lo niego, tal y como dejé ver mi madre, pero hasta el punto de…

Joder que me había dormido con su imagen como último recuerdo, en la vida me había sucedido eso con un desconocido, porque es lo que era y lo seguiría siendo. Lo último de lo que fui consciente la noche anterior, antes de que los párpados se me cerraran, fue del recuerdo de sus ojos oscuros, brillantes e intensos puestos en mí.

—¿Te has dormido? —Escuché la voz de Naomi.

—Claro, suelo hacerlo teniendo los ojos abiertos. —Curvé los labios porque no los había cerrado en ningún momento.

—Muy graciosa. —Rio—. ¿Cómo van esos nervios?

—Bien, controlados, pero si no dejas de hacerme la misma pregunta siempre, los sacas a relucir y me acuerdo de ellos. —Giré la cabeza hacia ella.

—Tienes razón. —Hizo una mueca—. Es que te noto un poco rara.

—¿A mí?

—Sí y creo que no tiene nada que ver con el motivo por el que estás viajando —negó reafirmándolo—. No debes tener miedo porque te salga como el anterior. —Me agarró de una mano.

—No lo tengo. —Curvé los labios—. De verdad, estoy bastante tranquila sobre ese tema. Si no está destinado para mí, será otro. —Me encogí de hombros.

—¿Entonces qué tema se me ha escapado? Porque desde que nos hemos encontrado desde bien temprano esta mañana te quedas muy pensativa de golpe y porrazo. ¿Qué te inquieta? Algo se me escapa.

—Es que ayer me sucedió una cosa y…

—¿El qué? No me has dicho nada —Frunció el gesto.

—Realmente no tiene importancia, pero eso sí que fue raro. —Desvié la mirada hacia la ventanilla.

Ante su insistencia, aunque iba a contárselo de todas maneras, empecé a explicarle mi salida triunfal del gimnasio. Se quedó con la boca abierta porque sabía lo que me pasó en Escocia, todo, por lo que no salía del asombro.

—¿Qué me estás contando? —Se llevó una mano al pecho.

—Lo has escuchado perfectamente.

—Joder, ¡qué casualidad!

—Demasiada —susurré mirando hacia el asiento de delante.

—Pues sí que es raro, pero bueno, ¿no dicen que le mundo es un pañuelo? Basta para que no quieras ver a alguien alrededor del mundo y zascaaa —Dio una palmada—. ¿Te acuerdas cuando fuimos al caribe y nos topamos con mi vecino? —Reímos.

—Como para olvidarlo. Estábamos con el culo al aire, literalmente y el grito que pegaste todavía retumba en mi cabeza.

—Si solo hubiera sido el culo. —Se tapó la boca para que su carcajada no sonara muy fuerte—. Joder, para una vez que nos da por hacer nudismo, chica —resopló y reí—. No había nadie en la playa porque eran las nueve de la noche, dejamos las toallas cerca de la orilla para llegar hasta ellas lo más rápido posible cuando saliéramos del agua…

—Y dentro de ella te quedaste —dije con guasa, recordándolo—. Pensaba que saldrías arrugada como una pasa.

—Joder es que cuando nos quedamos desnudas no sucede otra cosa que escuchar mi nombre a nuestras espaldas. Casi me da algo. —Puso los ojos en blanco.

—Buenas vistas traseras le dimos a tu vecino, sí. —Apreté los labios.

—Y delanteras, que no se te olvide que nos giramos de golpe por la sorpresa —dijo indignada y seria, por lo que acabamos riendo.

—Lo tuyo fue peor, al menos yo siempre he estado vestida en lo que me ha pasado.

—No decías lo mismo en aquel momento. —Chocó su hombro con el mío.

—Porque me dio vergüenza, que yo también lo conozco de saludarlo y estaba como vine al mundo —negué.

—De eso nada, nena, mucho más formada. Donde va a parar. —Reímos.

—Y para colmo se acercó hasta nosotras con la intención de hablar —continué.

—Ya te digo, pero salimos corriendo hacia el agua.

—¿Corriendo? Nos lanzamos desde la orilla en plancha, al día siguiente teníamos toda la parte delantera roja. —Me tapé la cara, riendo y se contagió.

—Te diré, que se hubiera quedado sin moverse, leches. —Bufó.

—Pilló la indirecta cuando le hablamos desde el agua —negué.

—Lo que pilló fue la directa, y bien pillada, cuando me lo encontré al llegar a casa. —Reímos.

Cuando nos tranquilizamos nos quedamos en silencio, mirándonos con una sonrisa.

—Everly…

—¿Sí?

—Vale que lo que me has contado fue totalmente inesperado y chocante, pero…

—¿Qué?

—Hay algo más —susurró.

—No lo hay.

—A mí no me vengas con cuentos que te conozco mejor que tu santa madre. —Levantó una ceja.

Dejé salir un suspiro. ¿Qué le decía? Ni yo misma sabía responder a lo que quería saber.

—Tengo una sensación extraña desde entonces, solo eso.

—Lo que yo pensaba —asintió despacio—. Si es que los escoceses son tremendos, a mí me lo vas a decir.

—¿Qué tiene que ver la procedencia? —Apreté los labios.

—Uy, sí tiene que ver… —sonrió pícara—. Cambiaremos de plan sobre la marcha.

—¿A qué te refieres?

—A que tenemos un plan b y lo vamos a llevar a rajatabla. —Se frotó las manos.

—¿Y ese es…?

—Que puede que no consigas un trabajo en Escocia si sale mal lo de mañana, pero aquí la menda —se señaló— y su queridísima y amada amiga —dejó un dedo apoyado en mi brazo—, se van a tirar a un par de escoceses por todo lo alto. ¿Quién sabe? Lo mismo si se está repitiendo lo que te lleva hasta allí es porque yo tenía que acompañarte y el amor nos espera a las dos con hombres que nos volatilicen todo con una mirada —dejó salir un suspiro soñador.

Me reí porque lo había dicho tan segura y decidida… no dudaba ni por un segundo que intentaría conseguirlo por todos los medios durante los cuatro días que íbamos a permanecer en Escocia. Esa vez, saliera como saliera, al ir juntas y por lo que representaba para Naomi, nos habíamos permitido el lujo de disponer de más días para disfrutar del destino al que íbamos. Ella más que nada porque había tenido que pedir algún día de vacaciones para complementar los favores que le iban a hacer sus compañeros para cubrirle los turnos, yo no tenía problema.

A pesar de la diversión que mostré y que le contagié, tuve que tapar la sensación que se retorció en mi interior. ¿El motivo? Por la última palabra que había utilizado, «mirada», la que me llevó directamente hacia el recuerdo de unos ojos que me alteraron, sin sentido.

Capítulo 12



—¿Estás llorando de verdad?

—Déjame leches. —Hasta hipó.

La situación era esta: el taxi nos había dejado en el centro de Inverness y nada más poner un pie en el suelo, Naomi se vino abajo corriendo con la maleta dando botes detrás de ella mientras iba directa hacia un banco de piedra que quedaba un poco apartado. En él llevábamos un rato sentadas.

—No lo digo por nada, cariño. —Pasé un brazo por encima de sus hombros—. Ha sido porque pensaba que estabas de broma.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con estar aquí? Sueños reales, profundos, tanto que cuando me despertaba tardaba un tiempo en reaccionar para ubicarme… Claro que lo sabes, me has escuchado pacientemente cada vez que te los he explicado. —Cogió una gran bocanada de aire.

—El más importante ya lo has cumplido, estás en Escocia. —La apreté contra mí—. Ahora solo tienes que disfrutarlo. Da igual lo que salga del día de mañana, te aseguro que, si mi destino no es estar aquí, volveremos muchas veces de vacaciones —asintió emocionada.

—He leído tanto, he visto tantas imágenes preciosas… tenemos hasta el lago Ness a un paso, Everly.

—Así es —asentí sonriendo—. Iremos y lo veremos de cerca.

—Sí, es otro de mis sueños. —Me miró con los ojos brillantes.

—Espero que el monstruo del lago siga siendo mitológico y legendario. —Apreté los labios.

—¿Te imaginas? —Rio, cambiando de humor al instante.

—Mejor que no, no vaya a ser que hayamos tenido que venir nosotras desde España para comprobarlo. Con la suerte que tenemos somos capaces de conseguir que asome la cabeza para saludarnos. —Me uní a ella.

—Me encanta ese bicho, bueno las imágenes con la que lo representan. Es más mono. —No pude parar de reír al ver su expresión al decirlo.

—¿Qué no te encanta? —negué levantándome del banco.

—Ahí le has dado, amiga. —Se colgó de mi brazo.

—Vamos al hotel a dejar las maletas, salimos a dar una vuelta y comemos donde nos apetezca —sugerí.

—Perfecto. —Reí cuando tiró de mí con fuerza, arrastrándome al principio.

✣ ✣ ✣

—Dime que no he soñado que estamos en Escocia y en realidad esta cama es alguna de las nuestras. —Escuché la voz de Naomi, en susurros.

Mi cabeza estaba debajo de la almohada, a saber cómo había terminado en esa posición porque nunca me sucedía. La saqué con los ojos entreabiertos, al haberme despertado por la patada que me dio, para que lo hiciera. La vi tumbada bocarriba, rígida y con los párpados cerrados, apretados, manteniéndose a la espera de que le respondiera.

—Estás en Escocia, en la cama de un hotel. Ya puedes respirar. —Terminé con un lamento, abrazándome a la almohada.

—Oh, menos mal —soltó un suspiro—. ¡Venga, arriba! —gritó levantándose de un salto, pegando un tirón de la colcha que me tapaba.

—Todavía hay tiempo, seguro que es temprano —me quejé girándome en la cama.

—Ostras, ¡qué son las diez! —habló asustada.

Pegué un bote por el que por poco me caigo al suelo. La miré asustada, parpadeando rápido.

—No puede ser, no ha sonado la alarma. ¿Dónde está mi móvil? —Lo busqué nerviosa.

—Aquí. —Lo levantó en alto, lo sujetaba con una mano.

—Déjame ver. —Me acerqué a ella de rodillas.

—No. —Se lo escondió en la espalda.

—¿Por qué? —Entrecerré los ojos.

—Porque son las siete. —Rio alejándose rápido de mí, al intentar alcanzarla.

—Me cago… Joder, ¿sabes el susto que me has dado? Tengo la entrevista a las once. —Solté un

bufido, sentándome en el centro de la cama, descompuesta.

—Por eso he dicho las diez, si llego a decir las once te da un ataque directamente —dijo soltando una risilla.

—Muy graciosa. —Me crucé de brazos.

—Llevo más de una hora despierta, esperándote.

—Pero ¡si todavía no han puesto las calles! —Agrandé los ojos—. ¿Ya quieres salir?

—Mira este es el plan.

—¿El plan? ¿Cuál? El que modificas cada media hora. —Puse los ojos en blanco.

—Escúchame. —Se sentó delante de mí—. Nos vestimos, desayunamos en el primer sitio que veamos abierto y cogemos un taxi para ir hacia la empresa en la que tienes la entrevista. Anoche vi que hay bastantes cosas alrededor.

—¿Más empresas? —Levanté una ceja.

—Sí —rio—, pero cuando te alejas un poco de la zona hay un casco antiguo. Así ya estamos por allí para cuando llegue la hora, ¿qué me dices?

—¡Eres más graciosa! —Reí—. Como si me dieras otra opción.

Terminamos las dos soltando una carcajada cuando se lanzó encima de mí. Yo caí hacia atrás, de espaldas, pero ella se comió el cabezal de la cama, literalmente. Despierta del todo me activé y preparé la ropa que me iba a poner, ante la mirada de desaprobación de Naomi.

No os penséis que iba a ir mal, todo lo contrario. Había elegido un conjunto cómodo y elegante para hacer la entrevista, acompañado por unos zapatos de tacón que lo complementaban. Eso sí, esa vez los llevaría en una bolsa de tela para ponérmelos en el último momento, así podría descubrir todo lo que quisiéramos ver sin que me molestara el calzado.

De ahí su expresión, porque no era la vestimenta que ella hubiera querido. Entré en el baño riendo y cuando salí, me vestí sintiendo los nervios en el estómago. El momento estaba cerca. Salimos del hotel ajustándonos la chaqueta y acomodándonos el fular porque eran las siete y media y la temperatura era muy fresca.

Cuando llevábamos caminando unos diez minutos entramos a una cafetería. Naomi eligió un combinado de dulce y salado, yo opté por el dulce directamente porque las imágenes que se mostraban en la carta me hicieron querer probarlo todo. Lo acompañamos con dos cafés con leche al estilo escocés.

Los menciono así porque Naomi se empeñó en hacer el pedido completo al camarero. Yo me mantuve callada, divertida, mientras la veía hacer muecas y gestos conforme hablaba, intentando

hacerse entender. Con la comida no tuvo problema porque señaló las imágenes de la carta, pero con los cafés… Bueno, digamos que en cuanto los dejaron delante de nosotras nos miramos sabiendo que no nos iban a gustar. Y así fue porque no estábamos acostumbradas.

—Como se me suelte la barriga te enteras —negué dejando la taza en la mesa, después de otro intento de darle un sorbo.

—Jolines, yo lo he dicho claro, ¿no?

—Según para quién, a la vista está porque a mí se me está removiendo todo. Con lo bien que me estaban sentando los dulces…

—Venga, nos olvidamos de ellos. —Retiró las tazas, dejándolas apartadas—. Pídelos tú —negué llamando al camarero.

Al final pudimos tomárnoslos como nos gustaban, después de detallar cómo los queríamos. Tardamos una media hora en dejar la cafetería atrás, yendo hacia la zona que nos había indicado la recepcionista del hotel cuando le pregunté antes de salir. Allí encontramos una parada de taxi y no tuvimos problema en montarnos en uno.

El trayecto nos regaló muchos paisajes, tanto de la ciudad como de las afueras, donde terminamos bajándonos después de pagar el recorrido.

—¿Estás segura de que por aquí hay un casco antiguo? —dije sin tenerlo muy claro.

A nuestro alrededor solo había edificios de empresas y durante el último tramo en el taxi, solo habíamos visto zonas verdes.

—Por lo que vi cuando lo busqué, sí —dijo con el móvil en las manos, comprobándolo.

—Con un bar o una cafetería me conformo si no hay nada más por la zona, al menos para esperar tranquilas —comenté.

—Sí, mira, está aquí. —Puso la pantalla delante de mis ojos.

—Aquí —repetí, apretando los labios, mirándola de reojo.

—¿Qué? —Lo giró hacia ella.

—Que lo que has ampliado está a más de treinta kilómetros de distancia, Naomi. He ahí el detalle, el «ampliado». —Puse los ojos en blanco y terminé riendo.

—No fastidies. —Agrandó los ojos—. En la imagen parece que está cerca, se ve tan pequeño…

—Pequeña no va a ser la que te voy a dar yo a ti —dije sin poder parar de reír—. A ver si encontramos algo donde meternos, quedan casi dos horas para las once. —Empecé a andar.

—Estas cosas son un engañabobos. —Soltó un bufido siguiéndome.

—Claro, claro… —negué.

Guardó el móvil y se agarró de mi brazo, de esa forma recorrimos las calles empedradas, dando vueltas mientras nos fijamos en todos los detalles. Había mucha gente caminando hacia sus puestos de trabajo, otros llegando en vehículos. Vimos varios bares y elegimos el que quedaba muy cerca de la empresa a la que tenía que ir, animadas por ello. Ocupamos una mesa y en esa ocasión decidimos pedir un par de tés acompañados con unos dulces, lo que no sería lo único, por el tiempo que nos quedaba dentro.

—El día cada vez está peor —comentó mirando a través de la cristalera que teníamos al lado.

—Mientras que no llueva…

—No estás muy lejos. —Señaló hacia el edificio.

—Da igual, no voy a pensar en la posibilidad de llegar chorreando. —Lo descarté porque solo me faltaba pensar en eso.

El tiempo fue pasando y cuando el reloj marcó las diez y cuarenta me levanté de la silla. Hacía rato que me había cambiado el calzado.

—Te espero aquí. Que vaya muy, cariño. —Se levantó para abrazarme, nerviosa.

—Gracias —le sonreí cuando nos separamos—. Vendré directa cuando salga.

Soltando varios suspiros salí a la calle. Miré hacia el cielo, agradecida porque al menos hasta ese momento estaba a mi favor y se mantenía estable, dentro de las nubes oscuras que lo cubrían. Decidida caminé hacia el edificio, acortando cada vez más la distancia.

En la recepción me presenté, comentando que tenía una entrevista. La chica que me atendió fue muy simpática y no tardé en seguir sus indicaciones subiendo hacia la tercera planta, dirigiéndome hacia donde debía esperar. La intranquilidad se apoderó de mí, a pesar de que intenté mantenerla a raya.

Pero desapareció en cuanto, al cabo de un tiempo, abrieron la puerta de la sala en la que estaba y un hombre dijo mi nombre.

—Sí —respondí levantándome.

—Acompáñame, Everly.

Me acerqué hasta él y lo seguí. Ya estaba hecho, en esa ocasión sí, me dije cuando nos paramos frente a la puerta de un despacho y llamó con los nudillos. Se fue rápido, dejándome sola mientras se despedía y me deseaba suerte.

—Adelante. —Escuché y abrí.

—Buenos días. —Saludé nada más entrar.

—Buenos días, cierra por favor. —Lo hice y fui hacia la silla que quedaba frente al hombre que estaba sentado en la mesa, como me pidió con un gesto que lo hiciera—. Everly ¿correcto? —dijo mirándome fijamente y asentí—. Perfecto, pues empecemos. Mi nombre es Cameron. Soy el máximo responsable del departamento de recursos humanos —sonrió.

Una paz increíble me envolvió, la que provocó que durante todo el tiempo que duró la entrevista, casi cuarenta minutos, estuviera relajada ante él porque la verdad, me lo puso muy fácil, en el sentido del trato que me dio. Optaba al mismo puesto de trabajo que en el anterior que lo intenté, el de secretaria de dirección.

—Ya hemos terminado, le notificarán la decisión final que tome. Si es la elegida tendrá que regresar y se reunirá con los altos cargos, yo también estaré presente. Ha sido un placer Everly. —Fueron sus últimas palabras mientras se levantaba para ofrecerme la mano.

—Muchas gracias por la oportunidad, el placer ha sido mío. —Se la acepté sonriendo.

Con una sensación muy buena salí de su despacho y del edificio, sintiéndome por las nubes, a pesar de que no sabía si lo había conseguido o no. Pero solo por cómo me había ido, ya era motivo suficiente para estar contenta, lo demás, sería el destino el encargado de dirigirme hacia el puesto, o no.

De esa forma llegué junto a Naomi, abrazándonos emocionadas porque solo tuvo que ver mi cara para saber cómo se había dado. Me senté unos segundos para quitarme los tacones y cuando estuve preparada salimos del bar y nos alejamos de la zona porque no había nada para ver.

El día lo pasamos de un lado al otro por las zonas más céntricas de Inverness, disfrutando y admirando todo lo que fuimos descubriendo. El tiempo facilitó que lo hiciéramos porque las nubes fueron desapareciendo, hasta quedar dispersadas sobre nosotras.

Eran las ocho de la tarde cuando me dejé caer en la cama, agotada. Entre los nervios, el subidón y el cansancio de parar solo lo justo para aprovechar al máximo, el contacto y la comodidad me hicieron cerrar los ojos por unos segundos.

—Si quieres podemos cenar aquí o en el restaurante del hotel —propuso en alto Naomi, desde el baño.

—No sé ni si tengo ganas de comer, por mí no me movería de como estoy.

—Pues decidido. Nos duchamos antes de que nos entre más morriña, nos ponemos los pijamas y pides que nos suban algo para cenar —dijo yendo hacia el armario—. ¿Quieres ducharte primero?

—Hazlo tú, me da igual. —Me giré en la cama, bostezando.

—Tengo unas ganas de que llegue mañana. Quiero sacar muchas fotos —habló emocionada.

Era el día elegido para ir a visitar el lago Ness, o más bien, una pequeña parte de él.

—A mí también me hace ilusión —sonreí soñolienta.

—Los nervios y la excitación te han dejado cao, ¿eh? —Me miró con cariño.

—Cuando salgas de la ducha me habré dormido.

Desapareció en el baño, pidiéndome que fuera fuerte y que me mantuviera despierta, lo que me hizo reír. Pasados unos minutos abrí los ojos de golpe al escuchar la melodía de llamada de mi móvil, pensando que serían mis padres, aunque ya había hablado con ellos. Lo mío me costó mover el cuerpo para acercarme hacia la mesita de noche que era donde lo había dejado cargando.

—Naomi —grité y salió abriendo la puerta de golpe, sobresaltada y con la toalla enrollada en la cabeza y el cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Creo que es de la empresa. —Le enseñé la pantalla.

—Ay, mi madre, ¿ya? ¿Qué haces que no descuelgas? Cógelo. —Llegó hasta mí corriendo.

Nerviosa lo hice y anonadada me quedé al saber la respuesta que me dieron, porque sí, era de la empresa Safe Dreams Company, donde había hecho la entrevista.

—¿Qué? —Quiso saber en cuanto colgué.

—Me han cogido, tengo trabajo —susurré sin terminar de creérmelo.

—¡¡Ahhh!! —gritó lanzándose hacia mí.

Entre risas nerviosas, alegría, desconcierto, preguntas y respuestas rápidas, nos emocionamos porque lo había conseguido. Tenía el trabajo de mis sueños, en el extranjero. Todos mis esfuerzos en ese instante merecieron la pena.

A pesar de exteriorizarlo, de gritar, de reír, de llorar, de saltar porque el cansancio quedó olvidado… me costó asumirlo, pero terminé haciéndolo mientras cenábamos en la cama, comentando cómo sería mi vida una vez me estableciera allí. Para empezar, debía regresar al día siguiente porque así me lo pidieron antes de colgar, para asistir a la reunión que habían programado rápido, tal y cómo me informó Cameron que sucedería si salía elegida, al despedirse de mí.

Eran conscientes de que solo estaría en Escocia unos días, lo remarqué durante la entrevista. De ahí la prisa que se habían dado antes de que dejara el país. Mi cabeza empezó a dar vueltas de un

pensamiento a otro, organizando todo lo que tenía que preparar antes de incorporarme definitivamente. No era poco lo que tenía que mover, aunque al principio solo trajera conmigo lo más importante.

Cuando conseguimos tranquilizarnos llamé a mis padres, los que se emocionaron mucho y se alegraron por mí. Mi madre me dijo varias veces que adelantáramos la vuelta porque después estaría mucho tiempo sin verme, mi padre, de fondo, me pedía riendo que no le hiciera caso porque había bebido mucha agua durante la cena y se le había subido a la cabeza y Naomi gritaba para que la escucharan bien, dejándoles claro que ni loca acortaba el viaje, haciéndose la indignada. Y así, entre unos y otros y las risas que nos provocamos, llegó el momento de despedirnos y colgar con un suspiro por haberles dado la mejor de las noticias.

Volvería a Escocia y para quedarme, no me lo podía creer.

Capítulo 13



Dieciocho días más tarde…

Kayden

—¿Se puede? —Álef asomó la cabeza por la puerta de mi despacho.

—¿Qué haces aquí? —Me levanté para recibirlo.

—Últimamente te haces caro de ver. —Entró sonriendo—. ¿Qué pasa tío? —Saludó a Yago.

Me senté observando cómo se abrazaban y hacían un resumen rápido, hasta que se centraron en mí los dos.

—¿Qué? —Pasé la mirada de uno a otro.

—Ya tiene mejor cara, ¿verdad? —habló mi primo, Álef.

—Le ha costado, pero por fin vuelve a tener el color habitual. Por unos días pensé que se había transformado y que reclamaría mi sangre, tío —soltó con guasa Yago.

—Muy graciosos. —Levanté una ceja, recostándome en el respaldo de la silla.

—Te puede parecer gracioso, pero a nosotros nos tenías acojonados y con un nudo en la garganta constantemente. —Rio Álef.

—¿Vais a decir algo que sea interesante? Aún me queda trabajo antes de salir. —Me crucé de brazos.

—Viajar y, sobre todo, a España, no le sienta nada bien —continuó Yago, ignorándome.

—Lo que no le sentó bien fue con lo que se encontró y que lo que planea le salga como el culo. —Rio Álef.

—O no, yo más bien diría que le salió mejor de lo que pensaba. Por eso regresó así —dijo

pensativo Yago.

—Fuera de aquí. —Señalé la puerta—. Seguid hablando de idiotices donde os de la gana, menos delante de mí.

—Todavía hay tensión, lo notas, ¿verdad? —Pasó por encima de mis palabras Álef, centrándose en nuestro amigo.

—Con ella convivo constantemente, tío. —Rio él.

Se libraron de que yo mismo los echara al sonar varios golpes en la puerta. Todos llevamos la vista hacia ella, viendo a Grace entrar.

Se quedó parada en medio del despacho, con las dos cejas levantadas mientras pasaba la mirada de unos a otros. Debo decir que esa inspección fue más rápida hacia cierta presencia, ya lo entenderéis.

—¿También vienes a reírte de mí? ¿O a hacer el intento? Porque estos dos se están arriesgando demasiado —dije al fijarme en su expresión.

—Ya me gustaría —negó y varias risillas se escucharon de fondo.

Fulminé a Yago y a Álef con la vista, dejándolos callados al instante.

—¿Qué sucede? —Me levanté extrañado al fijarme bien en ella, rodeando la mesa.

—Esto, me lo acaban de reportar —respondió seria mientras ponía delante de mí una carpeta en la que no me había fijado.

La cogí sin saber qué me iba a encontrar dentro. Cuando la abrí y empecé a leer el documento que había en el interior, fruncí el gesto sintiendo cómo el fuego empezó a quemarme, expandiéndose poco a poco hasta consumirme por completo.

—¿De qué se trata? —intervino Yago, cambiando a la seriedad al interpretar la situación.

—Uno de nuestros aviones ha sufrido un incidente en pleno vuelo —susurró Grace.

—Joder —se preocupó Álef mientras se sentaba en el borde de mi mesa.

—¿Qué tipo de fallo lo ha provocado? ¿Humano o mecánico? —continuó Yago.

—Aún no se sabe, los detalles todavía no son claros. He venido en cuanto me lo han informado —le respondió Grace.

—¿Qué pérdidas ha habido? —pregunté siseando, en alerta y temiendo su respuesta.

—Ninguna vida humana. —Todos dejamos salir el aire que habíamos contenido—. La poca información que tengo por ahora es que el fallo se ha producido al poco tiempo de iniciarse el

vuelo y el piloto ha sabido reaccionar para regresar al aeropuerto, cuando le han dado acceso a él —asentí con la mandíbula apretada.

Caminé hacia la mesa y lancé la carpeta sobre ella, de malas maneras, dirigiéndome hacia la cristalera. El silencio nos rodeó. Sabía que estaban esperando a que yo dijera algo, pero me mantuve callado durante unos minutos, con la vista fija hacia la calle mientras con las manos metidas en los bolsillos del traje me hacía muchas preguntas.

Trabajábamos al detalle, al milímetro, yo mismo me encargaba personalmente de que nada tomara un camino erróneo ni se desviara de los prototipos. Me dejaba gran parte de mi vida en el trabajo porque era el máximo responsable, por todo lo que había en juego. No nos dedicábamos precisamente a cosas irrelevantes y sin importancia. En tensión dejé la vista ida, hasta que me pronuncié.

—Averiguad qué es lo que falló. Quiero encima de mi mesa, lo más pronto posible, toda la información clara y concisa y, sobre todo, necesito saber de qué empresa secundaria nuestra salió lo que ha provocado el fallo mecánico —pedí girándome lentamente, viéndolos de cara.

—Me pongo a ello —respondió rápido Grace, asintiendo.

—Te ayudo, seremos más rápidos los dos juntos porque son muchas llamadas las que tenemos que hacer. Se nos van a echar encima —comentó Yago poniéndose a su lado.

Se despidieron los dos de Álef, uno con efusividad, la otra, digamos que fue muy sutil el detalle de querer el mínimo roce con él. Mi primo en ese instante no se dio cuenta porque no había salido todavía del asombro de la noticia que nos había traído, pero para mí fue más que evidente porque la conocía muy bien. Cuando nos quedamos a solas me pasé las manos por el pelo, agobiado por lo que representaba el incidente. En cuanto supiera el nombre de la empresa tendría que paralizar la cadena de trabajo y hacer una inspección exhaustiva y a conciencia.

—Siento no poder ayudarte —habló Álef y dejé las manos en la cabeza, parando los movimientos.

—Con que estés aquí, conmigo, es más que suficiente. No puedes hacer nada más —comenté y asintió acercándose al sofá, sentándose en él.

—¿Cómo crees que ha pasado?

—Podría responderte muchas cosas, pero sería especular y como que no estoy ahora mismo para eso —dejé salir un suspiro, centrándome otra vez en la cristalera.

—Seguro que ha sido un pequeño fallo y que lo arreglarás rápido.

—Por muy pequeño que haya sido no puede haber ninguno, Álef.

—Lo sé, es que no se me ha ocurrido otra cosa. No era mi intención…

—Está bien…

Nos quedamos en silencio mientras en mi cabeza daban vueltas todas las especulaciones que no le había comentado. A pesar de la situación debíamos dar gracias a que no teníamos que lamentar pérdidas. No lo entendía, gastaba todas mis energías para que los procesos siguieran los pasos rigurosamente.

No podía estar presente en todas las empresas, lógicamente, pero al final del día tenía los informes de cada una de ellas en mis manos. Cuatro se dedicaban a producir las piezas que componían los aviones, la quinta era en la que se montaban y adecuaban para dejarlos preparados para empezar a funcionar. Esta última también se utilizaba de taller para las revisiones de todos los que estaban activos y las reparaciones que fueran necesarias.

Desde que estaba al cargo del puesto, al mando, solo una vez había vivido un problema grabe que, al menos a mí, me costó asumir, a pesar de que fue durante el periodo de prueba obligatorio, haciendo los primeros rodajes. No tuvimos que lamentar la pérdida del piloto y el copiloto que eran los únicos que ocupaban el avión, pero de igual manera fue prioridad para mí por la importancia que tenía y la gravedad que suponía.

Nos iba a costar mucho dinero paralizar la empresa entera para llevar a cabo la inspección, pero era necesario para saber de dónde había salido el fallo y cortarlo de raíz mirando todos los registros.

—Te iba a proponer ir a cenar, para eso he venido, pero visto lo visto… —Escuché la voz de Álef lejana, me centré en él.

—Para otro momento. Tendrías que esperar porque no me voy a ir de aquí hasta que no tenga toda la documentación e información para revisarla en casa —dije caminando hacia la mesa.

—Por eso no hay problema, es viernes y no tengo ninguna prisa —asentí mientras me sentaba.

Justo en ese instante la puerta volvió a abrirse y apareció Grace, caminando hacia mí rápido con una carpeta en alto.

—Lo tenemos, al menos ya sabemos qué parte del fuselaje falló y qué empresa es la destinada de fabricarlo, solo falta averiguar el motivo. —Deslizó la carpeta sobre la mesa, acercándomela.

La abrí mientras continuó hablando, diciendo con palabras lo que ya estaba leyendo.

—El ala de estribor falló. Los alerones principales no reaccionaron a las maniobras del piloto, desestabilizando la nave porque el comandante no pudo compensar el peso y la resistencia en pleno vuelo. Debido a la fuerte presión varias partes importantes se dañaron y se desprendieron.

»Algo también incomprensible es que el armazón que envuelve al motor se fracturó, provocando que la sujeción de él se deteriorara en poco tiempo, lo que encadenó que se descolgara y dejara de funcionar, incendiándose.

»Al menos, el sistema de apagado sí funcionó como debía y pudieron anularlo. Fue un fallo general a media hora de iniciarse el vuelo. No lo entiendo, ¿qué posibilidades hay? Nuestro

control es exhaustivo y todo fue en cadena dejándolos desprotegidos. Yago está hablando con las autoridades.

Había dejado de mirar la documentación, centrando solo en ella y sus palabras. Me retiré de la mesa, deslizando la silla hacia atrás, pensativo y en tensión porque lo que había sucedido…

—¿Cómo mierda es posible? No estamos hablando de que una pieza falló. Toda la puñetera ala se desmanteló —hablé cortante.

—No lo sé, nunca me he encontrado con un caso igual, ni siquiera parecido —negó preocupada.

—¿Empresa? —Cuando escuché el nombre apreté en la mandíbula poniéndola al instante en mi punto de mira.

—¿Esa no es la que me mencionaste el otro día? ¿A la que querías ir? —intervino Álef.

—Sí —me froté la barbilla—, y por lo visto lo voy a hacer antes de tiempo. —Me levanté de golpe.

—¿Lo preparo todo para mañana? —Quiso saber Grace.

—No muevas ni un dedo para ello.

—¿No? —Se extrañó porque lo habitual era que todo estuviera programado y planificado, aunque fuera repentino.

No era lo que me interesaba, primero de todo quería ver reacciones ante mi presencia porque ya debían estar al tanto de lo sucedido.

—Iré de sorpresa —comenté mientras me ponía la americana y estiraba de las mangas para acomodármela.

—Ya iba a ser una sorpresa —habló Álef. Lo miré de reojo.

Grace lo hizo también, directamente, con una ceja levantada. Los observé mientras apagaba el ordenador.

—¿Qué? —le preguntó Álef, incorporándose.

—No sé, tú sabrás. Por mi parte nada. —Fueron las palabras de Grace antes de dirigirse hacia la puerta—. Mañana estaré todo el día pendiente del móvil por si me necesitas, porque doy por hecho que no quieres que te acompañe, ¿no? —Se dirigió a mí antes de salir.

—Está vez será diferente en todos los sentidos —la avisé—. A las seis de la mañana paso por tu casa, para que estés preparada. Vete ya, Yago terminará y me dará el resto de la información. Te necesito descansada porque tenemos un largo camino por delante, en muchos sentidos.

La mirada que me devolvió durante los primeros segundos fue de sorpresa, pero terminó curvando los labios. Asintió y desapareció mientras yo cogía la carpeta que me había traído, para llevármela. Aproveché para llamar a Yago, informándole de que tanto Grace como yo nos íbamos y el motivo. Antes de colgar le dije que estaría esperando a que me enviara toda la información para ir con los deberes hechos al día siguiente a la otra empresa, con su confirmación de que contara con ello, fuera la hora que fuera.

—¿Le pasa algo conmigo? —Quiso saber Álef, refiriéndose a Grace.

—¿Por qué lo preguntas? —Dejé salir un tono divertido al decirlo, a pesar del remolino que tenía en mi interior.

Caminé hacia la salida seguido por él.

—Joder, ¿no te has dado cuenta ahora? Intenta evitar mi mirada, pone caras raras depende de lo que diga, me habla lo justo… no sé, tío, hemos estado buena parte de nuestra vida juntos, todos. Sé cómo es.

—No soy yo el que no se da cuenta, lo pillo todo al instante. —Lo miré de reojo mientras recorríamos el pasillo de la sala principal para salir de la planta—. Más bien el que no se entera ni se da cuenta, eres tú.

—¿De qué hablas…? —Hizo una pausa y continuó al ver que no le respondía— ¿Sigue molesta por mi acercamiento? —Agrandó los ojos.

—Tú —remarqué— acercamiento de hace muchos meses fue el detonante de lo que vino después, hasta este momento. —Me paré enfrente del ascensor—. No puedes recriminarle nada. Te advertí de que si no tenías las cosas claras no movieras ficha, pero de igual manera la moviste, y fatal, porque peor no lo pudiste hacer. La dejaste tirada en la primera cita.

—No le estoy recriminando nada, nunca haría eso. Grace es muy importante para mí. —Apretó la mandíbula.

—Ya, lo es tanto que no haces nada para solucionarlo y para colmo, cada vez que das un paso hacia ella, lo empeoras —negué.

—Me lo dice el hombre de hielo.

—Este hombre de hielo sabe muy bien lo quiere cuando se le presenta la ocasión y cómo llegar hasta ello.

Bajamos en silencio y salimos del edificio de la misma forma.

—No me va a perdonar, ¿verdad? —habló desanimado cuando llegamos a nuestros coches. Tenía el suyo aparcado al lado del mío.

—La cuestión no es esa. —Capté toda su atención—. Si es tan importante como dices, que no lo

pongo en duda porque sé lo que hay mejor que vosotros, en vez de preguntarlo haz algo para conseguirlo.

—No quiero…

—No quieres hacerlo porque hablas mucho de que te evita, de sus reacciones más que justificadas, pero tú eres el primero que haces lo primero.

—Eso no es verdad. —Frunció el gesto.

—Álef. —Dejé salir el aire lentamente—. No te das cuenta, pero no te atreves porque entonces, si lo haces, tus sentimientos saldrían a la luz. No sé por qué cojones los retienes.

»Desde la primera vez que la viste se te fueron los ojos hacia ella y llevas todos estos años poniéndolos bizcos cada vez que coincidís, al querer evitar que se lleve toda tu atención. Piénsalo, ya va siendo hora de que tomes medidas sobre al asunto. Para todo hay un principio, y ese principio se puede repetir tantas veces como sea necesario hasta conseguir el final que deseas y necesitas.

»La cena la dejamos para otro día, ¿de acuerdo? Tengo mucho trabajo por hacer en cuanto Yago me envíe la información.

Con esas palabras lo dejé callado y pensativo, despidiéndome de él. Lo quería, lo adoraba, era una extensión de mí, pero jamás iba a ponerme de su parte en algo que no fuera correcto ni tuviera sentido. Él lo sabía de sobra porque actuaba de la misma forma hacia mí. Eso era querer con todas las consecuencias, alabar las cosas buenas y hacer ver a la otra persona los fallos que cometía, al menos, desde mi punto de vista.

Somos humanos, estamos recubiertos tanto de virtudes como de incapacidades, pero todo es saber llevarlo y potenciar lo bueno para mejorar lo menos favorable. He ahí el kit de la cuestión, rectificar es de sabios, dicen, y es una gran verdad porque no todo el mundo tiene el valor de llevarlo a cabo.

Montado en el coche me alejé del aparcamiento sin mirar atrás, con muchas sensaciones recorriéndome, las que se acentuarían al día siguiente, en muchos aspectos.

Capítulo 14



Everly

Entré por la puerta principal de mi empresa. Mi empresa, me repetí sonriendo porque ya la podía considerar así. Era sábado, ese día solo se trabajaba hasta mediodía, lo que sucedía dos veces al mes. Hacía cuatro días que me había incorporado y estaba más que satisfecha con el recibimiento, las personas que había conocido hasta el momento y por el trabajo que realizaba. Aún estaba adaptándome, pero todo marchaba mejor que bien.

Para mi tranquilidad después de la reunión que tuve con todos los directivos, con los que trabajaba de cerca, me dieron margen para hacer las cosas sin tener que ir a la carrera. Tuve casi dos semanas para organizarlo todo y cuando volé de regreso a Escocia, lo hice con dos maletas grandes, llenas al completo de lo más necesario.

Saludé a Sophie sin pararme. Era la chica que estaba en la recepción, la que me atendió la primera vez amablemente y con la que había hablado varias veces desde que me incorporé, acortando distancias. Era muy simpática y encajamos muy bien desde el principio.

Subí en el ascensor hasta la tercera planta y cuando salí de él me dirigí hacia mi puesto de trabajo, recorriendo la sala principal que estaba llena de mesas de trabajo. Fui saludando con una mano a todos los que se dieron cuenta de mi presencia, hasta que Brodie se puso a mi lado, acompañándome. Fue el chico que vino a buscarme para hacer la entrevista y al día siguiente de empezar a trabajar, se presentó. Desde ese momento cada vez que teníamos un rato libre nos buscábamos. Habíamos iniciado una relación de amistad, la que esperaba que continuara y se afianzara porque era algo que agradecía al estar sola en el país.

En todo momento me había tendido la mano y yo se la había agarrado gustosa. Me hacía sentir segura, así se lo había transmitido, lo que le hacía gracia cada vez que se lo decía.

—¿Preparada para un nuevo día? —me preguntó.

—Más que eso, parece que he desayunado vitaminas —sonreí.

—Cómo se nota que es el principio. —Rio.

Llegamos hasta mi despacho y entramos. Sí, tenía uno propio lo que me sorprendió cuando me llevaron hasta él porque en un principio pensé que trabajaría desde alguna mesa que estuviera cerca de algún directivo.

—¿Quieres un café? —le propuse yendo hacia un pequeño armario donde dejaba la chaqueta y el bolso.

Todavía faltaban unos quince minutos para que el horario de trabajo comenzara, podíamos tomárnoslo con calma.

—Me viene perfecto porque esta mañana me he caído da la cama —dijo cerca de la puerta.

—Perfecto, yo ya llevo dos. —Reí.

—No has dormido, ¿o qué?

—Sí, como un bebé, pero me he despertado temprano. Me tienes que ayudar.

Salimos y nos dirigimos hacia la cafetería que estaba en la primera planta.

—Tú dirás. ¿Para qué necesita mis servicios, señorita? —preguntó divertido— Piensa que estoy dispuesto a todo, no te cortes. —Levantó las dos cejas varias veces.

Terminamos riendo, por la expresión que le devolví. A parte de lo que he comentado, si algo tenía Brodie es que era muy extrovertido y risueño, a todo le daba un toque de diversión y ponía las cosas muy fáciles.

—Quiero alquilar un coche o no sé —comenté pensativa—. ¿Cuál será la mejor opción? No quiero depender de taxis siempre. —Hice una mueca.

—¿Has conducido alguna vez por estas carreteras?

—Que va —negué.

—¿Y quieres arriesgarte a conducir por la izquierda con el volante a la derecha? —Sabía de sobra que había llegado de España, estábamos bastante al día.

—Tampoco tiene que ser tan difícil, ¿no?

—Para mí no, lo llevo viendo desde pequeño y he crecido con nuestras costumbres, pero para ti… —Tosió.

—Perdona, ¿estás insinuando algo? —Levanté una ceja.

—No insinúo, lo has entendido perfectamente. —Rio—. Antes de que te muevas para mirar alguna opción, tengo que darte algunas clases prácticas. Más que nada para saber si te llevas a alguien o algo por delante. —Me hizo un guiño.

En ese instante, debido a sus últimas palabras, tuve un *flashback* de un escenario concreto, con un hombre al volante de un vehículo.

—Estoy segura de que lo dominaré rápido y mucho mejor que algún que otro escocés —susurré.

—No lo pongo duda, hay de todo —asintió, sin saber hacia dónde había dirigido mi comentario —. También puedes animarte para venir en bicicleta, tendrías el extra de hacer ejercicio cada día.

—Para hacer ejercicio ya me las apaño de otra forma —negué con energía, descartando esa opción—. No quiero estar una semana en la que cada vez que me siente vea las estrellas. Hace siglos que no me subo a una, pero recuerdo perfectamente el dolor de culo o más bien en la zona de los huesos —sonreí de forma exagerada.

Llegamos a la cafetería riendo y nos acercamos a la barra para pedir dos cafés, el suyo largo y solo, el mío con leche. El chico y la chica que trabajaban detrás de ella, siempre eran los mismos, ya conocían cómo me gustaba porque el primer día que me acerqué a por uno les di una explicación que no olvidarían nunca.

—A ver cómo se presenta el día —comentó Brodie llevándose la taza a los labios.

—No sé cómo puedes tomártelo sin azúcar. —Arrugué la nariz mientras se la echaba al mío.

—Y yo no sé cómo puedes tomártelo con. —Curvó los labios.

—Desde que estoy aquí suelen ser tranquilos. —Me encogí de hombros, refiriéndome al comentario de cómo se presentaría el día.

Sophie apareció a los pocos minutos y la llamé para que supiera que estábamos allí. Me sonrió desde lejos, señalando hacia la barra y asentí. Cuando le prepararon el suyo se acercó hasta nosotros para acompañarnos, ocupando una silla.

—Hola —dijo sonriente y le devolvimos el saludo.

Empezamos a hablar un poco de todo, o más bien ellos lo hicieron al ponerme al día de todo lo que sucedía en la empresa. Yo me dediqué a mirarlos divertidos, estaban al tanto de hasta el más mínimo detalle. Lo que no sabían, pero terminé diciéndolo, es que poco me importaban los cotilleos y que en cuanto saliera de allí ya se me habrían olvidado porque pasaba de ellos.

Continuamos hablando de nuestras vidas, conociéndonos más. Fue más dirigido hacia mí porque entre Brodie y ella lo hacían de sobra. Al menos eso me pareció desde el principio y en ese instante, observándolos con atención mientras interactuaban, me quedó claro que había una base sólida que tiraba para un camino muy concreto, por las miradas despistadas que cruzaban. Motivo por el que mis labios se curvaron en más de una ocasión, disimulando mientras los escuchaba.

—Preciosas, os dejo. —Se levantó él, apurando el café—. Dentro de media hora tengo una reunión.

Asentimos y nos despedimos. Yo no tardaría mucho en verlo. Trabajábamos en la misma planta, Brodie era la mano derecha del director de compras, en él recaía mucha responsabilidad de ese sector.

—¿Os conocisteis aquí? —Me interesé cuando nos quedamos solas.

—¿Brodie y yo? —asentí sonriendo— Sí, cuando yo entré a trabajar, hace ya cinco años, él ya estaba.

—A mí me lo ha puesto muy fácil desde el principio, me ayuda mucho. —Fijé la mirada en la taza.

—Así es él. —Le presté atención a ella.

—También te sucedió lo mismo —dije convencida.

—Sí —sonrió desviando la mirada.

—Me gustaría que fuéramos amigas, Sophie. ¿Qué me dices? Pero no solo dentro de la oficina.

—Sería un placer, Everly —asintió con una sonrisa muy bonita.

—Lo sellamos. —Acerqué mi mano a ella.

—¿Cómo? —La miró extrañada.

—Cosas raras que hacemos en España. —Reí—. Para ser fiel a la realidad, sería cosas raras que hacemos mi amiga Naomi y yo en España —aclaré.

—Ah. —Rio aceptándomela—. La echaras de menos, ¿no? Tiene que costar adaptarse a un país nuevo y muy diferente, alejada de todos los que quieres y te conocen.

—Mucho, al igual que a mis padres —asentí con nostalgia—. Nos vemos por videollamada y hablamos mucho. No voy a decir que es fácil, pero el entusiasmo y la ilusión hacen que me lo tome de la mejor manera. —Me encogí de hombros—. Estoy viviendo mi sueño, he luchado mucho por él. Me adapto bien y las ganas son muchas.

—Lo imagino. Me alegro mucho de que lo hayas conseguido y estoy convencida de que la adaptación será completa en poco tiempo.

Seguimos hablando mientras nos terminábamos los cafés. Cuando lo hicimos nos levantamos y nos despedimos en la salida de la cafetería, tomando un camino diferente cada una.

Llevaba dos horas trabajando con la última documentación que me habían dejado encima de la mesa, cuando me despisté al escuchar un poco de revuelo fuera del despacho. Había dejado la puerta abierta.

Observé hablar a los compañeros que quedaban a la vista, sin enterarme de lo que decían por la distancia que me separaba. Brodie apareció de repente bloqueándome la visión mientras me pedía con un gesto que saliera.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada mientras lo seguía hacia la zona principal.

—No lo sé, pero han hecho correr la voz de que va a haber una reunión urgente —susurró—. Ha llegado uno de los jefazos de todo esto. —Me agarró de una mano y tiró de mí.

—¿Cómo se llama? Hasta ahora no lo he visto, ni escuchado hablar de él.

—Pocas veces lo harás.

—¿Por qué?

—Viene esporádicamente. Eso sí, cuando aparece como mínimo está un día entero. A veces se queda varios, según lo que lo traiga hasta aquí. Y escuchar de él, bueno, digamos que provoca que nadie lo mencione. Hay mucho silencio y respeto en torno a él, se da a respetar con su sola presencia. Ya lo entenderás cuando lo veas.

—No me has dicho cómo se llama.

—Se trata del señor Smith.

Para mí no significó nada, como si me dijera que se llamaba Pepito, pero al verlo serio, lo que no se había dado desde que lo conocía, me callé. Nos paramos juntándonos con el grupo que se había formado en medio de la sala. Cameron, el director de recursos humanos que me entrevistó, apareció con semblante serio, comunicándonos que la reunión tendría lugar en la nave contigua, donde estaba la fábrica. Todos empezaron a moverse para salir, Brodie los siguió y yo me dejé guiar porque sería la primera vez que iría hasta allí.

Formábamos un conjunto, estaba el edificio de oficinas en el que trabajábamos nosotros y en paralelo se encontraba el otro. Una nave mucho más grande e independiente en la que se llevaba a cabo la producción.

—Sophie tiene que estar por aquí. —Miré alrededor mientras salíamos del edificio.

—Seguramente, ya la encontraremos cuando lleguemos.

—¿Por qué tanta prisa? —Me extrañé.

—Algo referente a lo que te he comentado de que lo respetan… —Carraspeó—. Es que es muy cuadriculado y si marca una hora para una reunión, hay que estar un poco antes. No permite los despistes y mucho menos la impuntualidad, se lo toma como algo personal.

—No lo estás pintando muy bien. —Levanté una ceja.

Por fin curvó los labios, mirándome de reojo

—¿No sabes a qué se debe la reunión?

—No, pero desde que estoy trabajando aquí pocas veces se ha dado.

—Entonces es preocupante. —Me mordí el labio.

—No pienses de más, vamos a esperar a saber la información.

En silencio continuamos nuestro camino hasta que accedimos a la otra nave. La gente se había agrupado en el espacio grande y central que había, el que se encontraba nada más traspasar la puerta principal que se mantenía siempre abierta, día y noche porque se hacían varios turnos y la producción nunca se paraba.

—Ahí está Sophie —me dijo señalando hacia un lateral y levanté una mano para que nos viera.

Cuando lo hizo se acercó hasta nosotros mientras escuchábamos el murmullo de los corrillos que se fueron haciendo. Miré el reloj, faltaba poco para que marcara las once de la mañana. Un silencio inesperado me rodeó y levanté la cabeza para comprobar qué lo había provocado.

La reacción que tuve fue automática, en cuanto hice un recorrido por todos sin entender el motivo de que se hubieran callado, mi vista se centró en dos personas que se acercaban caminando con paso decidido hasta nosotros. Tragué saliva sin creerme lo que estaba viendo, o más bien a quienes. No podía ser…

Con unas gafas de sol puestas, el hombre de mis pesadillas porque lo de mis sueños húmedos lo negaría hasta la saciedad, pasó la mirada por cada uno de nosotros mientras seguía avanzando. Disimuladamente me escondí para que Brodie y Sophie me taparan, conteniendo el aire. Y para mi sorpresa también conocía a la chica que lo acompañaba, lo justo, pero lo hacía. Era Grace, la que cuando fui a hacer la primera entrevista que salió tan mal, me dio conversación y fue muy agradable, con la posterior llamada que recibí de ella pasados unos días.

Pensé que debía estar morada porque no me permití el lujo de respirar, y menos, cuando la mirada de él pasó por donde yo estaba. Cerré los ojos con fuerza y me desplacé disimuladamente hacia la espalda de Brodie, dando gracias a que la tuviera ancha y fuera mucho más alto que yo.

—¿Qué te pasa? —susurró hacia mí sin girarse.

—Nada —respondí rápido, de la misma forma.

—No tienes buena cara —se preocupó Sophie, hablando en el mismo tono para no hacerse notar.

Vi de refilón como todos nuestros jefes, incluido Cameron, se posicionan a los lados de ellos.

—Atención. —El sonido de una voz fuerte y seria nos hizo mirar hacia delante, centrándonos en el hombre que había hablado, el que por desgracia era la cuarta vez que me encontraba de golpe.

Capítulo 15



Kayden

—¿Cómo vas a encarar la situación? —me preguntó Grace.

Hacía casi dos horas que estábamos dentro del coche, acercándonos cada vez más hacia Inverness que era donde se encontraba la empresa y, sobre todo, la fábrica. A las dos necesitaba llegar con urgencia. Había dormido una mierda, viendo pasar todas las horas. Sobre las tres de madrugada dejé apartada toda la información que me envió Yago, sabiéndomela de memoria, con la intención de descansar un poco.

Una tontería, porque no lo conseguí para nada. El principal problema que me tenía alterado era evidente y entendible y el que le seguía, tampoco colaboraba para templar un poco mis nervios. ¿Cuál era el último? Que en la empresa en la que me iba a presentar de sorpresa, acompañado por Grace, estaba trabajando Everly.

No fue casualidad que recibiera la llamada de trabajo, aunque seguramente fue lo que pensó en el instante en el que sucedió porque dio la casualidad de que también había enviado su currículum para probar suerte. Nada que ver con la realidad, me había encargado personalmente de que lo gestionaran para que se pusieran en contacto con ella, arreglándolo todo para que la contrataran directamente sin necesidad de que la entrevistaran.

Igualmente hicieron todo el proceso habitual por petición mía para que ante sus ojos fuera lo más normal posible, pero sabiendo de antemano, todos los directivos, que ya estaba dentro si ella seguía interesada en el puesto. Era una espina que aún mantenía clavada y le puse remedio teniendo todos los medios a mi alcance.

Y supe que sí, que estaba interesada. Fue cuando propicié el encuentro en España, cuando comentó que volvía a viajar a Escocia. Ahí me dio la respuesta que me faltaba en ese instante porque debido al viaje no llamé para informarme de cómo había ido.

No es que se me fuera la cabeza solo por ese motivo, por lo de la espina, también tuvo mucho peso su historial y acreditaciones porque si no, no hubiera tomado una decisión tan importante referente al trabajo. Afiancé mi decisión cuando Cameron se puso en contacto conmigo, fue él el

que tuvo la primera toma de contacto con ella. Sus palabras fueron muy positivas con respecto a Everly.

De una forma diferente a la esperada, había limpiado el nombre de la empresa, o más bien, quedaba poco para hacerlo, en cuanto ella fuera consciente de quién era yo y a qué grupo pertenecía donde había empezado a trabajar, porque ni por asomo podía imaginarlo y relacionarlo, en ninguna de las dos cosas.

De cara a la gente eran negocios independientes. Los únicos conocedores de la vinculación eran los que trabajaban dentro de las cinco empresas, sumando aparte la que era la sede principal y el punto clave y neurálgico de todas, desde la que se controlaba el conjunto de las actividades y procesos, conmigo dirigiéndola, formando un grupo de seis en total.

Y ya que me estoy sincerando y aclarando el tema, vaya por delante que, en Safe Dreams Company, la empresa en la que había empezado a trabajar Everly, no necesitaban ninguna secretaria de dirección. Me lo había sacado de la manga añadiendo una pequeña, minúscula, cláusula al contrato.

¿Cuál era? Que su presencia y trabajo podían ser requeridos en cualquiera de las empresas que componían el grupo de la compañía por tiempo indeterminado, por lo tanto, en la mía, en la que yo trabajaba todos los días. Para mí sí que era necesaria su incorporación, para que fuera mi secretaria porque el puesto seguía vacante. Tiempo al tiempo, todo se andaría. Por el momento lo más importante lo había conseguido y era que ya estaba dentro, el resto… llegaría.

—Hablando —respondí a la pregunta de Grace.

—Muy gracioso. No se me ha pasado por la cabeza que, en cuanto lleguemos, te vas a liar a dar golpes a todos los que encuentres en tu camino —negó divertida.

—No, pero podría despedir a la mayoría y sería más que justificado.

—Tú nunca harías eso, no sin antes asegurarte bien de lo sucedido. —Me dio un golpecito en el brazo.

Asentí serio. Me sentía intranquilo por todo, algo que llevaba muchas horas intentando gestionar y digerir.

—Estoy deseando que Everly sepa realmente quién eres. —Rio y la miré de reojo.

—Te diriges a ella como si la conocieras.

—Fuiste tú el primero que te referiste a ella como mi amiga —soltó con guasa—. Y podría serlo perfectamente.

—Daríais miedo las dos juntas —dije centrando en la conducción.

—No lo sabes bien. —Volvió a reír—. Te haríamos caer y morder el polvo, amigo. Sé que es por

ella por lo que me has hecho acompañarte.

—El tema que nos lleva hasta allí es muy complicado. —Apreté la mandíbula.

—Lo sé, pero es algo que podrías gestionar y dirigir perfectamente tú. No necesitas ayuda para eso, ni apoyo de ningún tipo.

—Correcto. —Terminé aceptando, haciéndola reír otra vez.

—No tienes miedo a cientos de trabajadores y a varios directivos, y en cambio, te cagas ante la presencia de una mujer —dijo cantarina.

—No tengo miedo a nada, ni me cago como dices. —Solté un bufido.

—Lo que tú digas. —Se centró en mirar por la ventanilla—. Me has hecho pasar de la sorpresa, el asombro, la incredulidad… a la emoción y el interés por lo que te está pasando.

—No sé de qué hablas.

—No cuela, Kayden, aunque lo niegues mil veces. Es bonito todo lo que te has preocupado por ella, lo que has hecho y sigues haciendo. —Cerró los ojos recostando la cabeza.

—No me gustan las injusticias y con Everly en cierta forma se cometió, aunque yo no fuera responsable de ello —susurré.

—Lo sé —giró la cabeza hacia mí, sonriendo—, como también sé que hay algo muy fuerte dentro de ti que te ha impulsado a saltarte todas tus normas y reglas. ¿Sabes cómo hubieras actuado si algo no se hubiera removido dentro de ti? Claro que lo sabes, lo habrías delegado en otra persona, controlándolo, pero alejándote del asunto hasta darlo por cerrado en los dos primeros intentos fallidos…

—Me lo he tomado como algo personal —volví a susurrar.

—Es que lo es, esa es la base —murmuró dejando salir un suspiro, la miré de reojo.

—¿Estás bien? —Me interesé.

—Sí —respondió demasiado rápido.

—Ahora soy yo el que repite tus propias palabras, modificándolas un poco. No cuela, Grace, aunque lo afirmes mil veces.

—*Touché*. —Curvó un poco los labios, pero solo lo vi de refilón porque había vuelto a mirar a través de la ventanilla—. Deja de observarme y de estar tan pendiente de mí, se me pasará.

—Que tú digas eso referente a mí, sí que tiene gracia porque sabes perfectamente que es algo que no puedo evitar y que no sucederá.

No insistí ante su silencio. Subí un poco el volumen de la música y me centré en el poco recorrido que nos quedaba para llegar. Me jodía verla así porque era consciente de que no estaba bien, por mucho que lo ocultara día a día. Por mi naturaleza controladora haría tiempo que le habría puesto solución al problema que tenía, el que iba en una dirección: mi primo Álef.

Lo había pensado muchas veces, me refiero a encerrarlos en algún sitio e irme con la llave, para que de esa manera no les quedaran más cojones que hablar porque el tiempo hubiera sido indefinido hasta conseguir mi propósito. Pero no era nadie para meterme en temas de corazones ajenos por mucho que quisiera y adorara a las dos partes, bastante tenía con el mío, con el que me costaba lidiar muy a menudo y no dejaba de bombear más de la cuenta y acelerarse inesperadamente de un tiempo a esta parte.

A las diez y media llegamos a Invernes y sabiendo que quedaba poco hasta la empresa, hice una llamada a Cameron, sabiendo que no diría nada de mi inesperada presencia hasta que no lo hiciera yo mismo. Le pedí que reuniera, sin necesidad de dar detalles, a todos los trabajadores en la nave de la fábrica, porque disponía de espacio suficiente para albergarlos a todos, sin excepción.

—¿Preparado? —me preguntó Grace cuando paré el motor en un lateral del aparcamiento.

—Desde que nací. —Fue mi respuesta mientras abría y salía, provocando que soltara una carcajada.

—Chico, cualquiera te lleva la contraria. Con razón impones tanto. —Se puso a mi lado y empezamos a caminar.

En otra ocasión hubiera curvado los labios, relajadamente, pero en ese instante, viendo la entrada principal cada vez más cerca conforme avanzábamos, la tensión y la rigidez se apoderaron de mí. En cuanto la traspasamos hice un recorrido por todos los empleados a través de los cristales oscuros de las gafas, provocando con mi presencia que se quedaran en silencio al instante.

La incertidumbre y la curiosidad fue lo que predominó. Los observé a conciencia, uno por uno, y continué haciéndolo cuando nos paramos en el centro, con todas las miradas puestas en nosotros y en sus directivos, los que no tardaron en unirse a nosotros, colocándose al lado de Grace y mío.

El motivo por el que hice un recorrido tan exhaustivo fue para dar con Everly porque sabía de sobra que tenía que estar entre la gente, no para hacer un recuento por si faltaba alguien. No dudé ni por un segundo que hasta los camareros de la cafetería estaban presentes.

Y la vi, medio escondida y más intentó hacerlo cuando mis ojos pasaron por la zona en la que estaba. No mostré indicios de nada, pero interiormente sonreí por su reacción, por primera vez, desde hacía muchas horas. Se había quedado anonadada al verme, al menos así lo mostraba su expresión. Lo que ella no sabía es que solo era el principio de lo que estaba por llegar.

—Atención —dije en alto para que me escucharan todos, serio y con un toque de frialdad. Dejé pasar unos segundos antes de continuar, quitándome despacio las gafas de sol—. Primero de todo gracias por acudir tan rápido y pausar vuestro trabajo.

»Algunos ya estaréis informados, la mayoría os vais a enterar ahora mismo… mi visita de hoy no es como las que hago habitualmente de rutina y control, como ya habréis supuesto por esta reunión conjunta. Ha sucedido algo de mucha gravedad y estamos aquí para averiguar el porqué y el cómo.

»Si algo nos representa en nuestro trabajo es el control, la profesionalidad y la efectividad. Todo ello ha quedado en entredicho y no lo puedo permitir. —Apreté la mandíbula.

El murmullo a mi alrededor no se hizo esperar, pero lo frené rápido.

—Tendréis tiempo para hablar en otro momento, en este, os quiero centrados y atentos. Para mí, desde la limpiadora hasta el cargo más alto son importantes, por eso os he hecho venir a todos.

»Esta empresa y todas las demás vinculadas forman parte de nuestras vidas, las que nos dan el sueldo a final de mes, merecido por el trabajo que desempeña cada uno, independientemente del que sea. No quiero habladurías fuera de aquí, no permitiré que la información se distorsione con el boca a boca.

»Sabéis que siempre soy muy claro y voy directo al asunto y del que se trata hoy, es de un incidente que podría haber costado la vida de muchas personas, recayendo la responsabilidad absoluta sobre nosotros.

Esa vez no fue murmullo, directamente se escucharon jadeos por la impresión.

—Os notifico desde ya, que la cadena de producción se paraliza. Sabéis lo que ello significa, el coste desorbitado que tendremos que asumir, pero es muy necesario para llevar a cabo todas las investigaciones que debemos hacer para que no vuelva a ocurrir en la vida.

»Me conocéis, no en persona ni tan directamente algunos, pero me consta que sabéis que llegaré al fondo de todo y me llevaré por delante al o los responsables del asunto. No lo digo para meteros miedo, mi finalidad es hacer justicia para que no vuelva a repetirse que un avión comercial, en pleno vuelo, pierda la estabilidad por completo porque el ala de estribor, la derecha, no funcionó correctamente.

»No reaccionó a los mandos del comandante y se rompió dada la presión, pieza por pieza, poniendo en peligro el vuelo, con el añadido de que el motor se incendió debido a todos los fallos en cadena que hubo. Gracias a la pericia del comandante y a su manejo de la situación de emergencia hoy no estamos lamentando un mal mayor.

»Soy consciente de que un fallo, solo uno, puede darse por factores externos que salen de nuestro control, pero con lo que nos hemos encontrado es incoherente y pierde la lógica. En la vida, repito, en la vida he vivido algo así y no voy a consentir que vuelva a suceder una próxima vez, con posibles pérdidas humanas, bajo mi mando.

»Durante todo el tiempo que dure la investigación os mantendréis en vuestros puestos de trabajo, en el horario habitual, porque os necesitaré a muchos de vosotros para recabar información. Teniendo en cuenta que hoy es sábado y que se trabaja hasta mediodía en la parte administrativa, a los implicados os pido que estéis atentos al teléfono por si necesitamos de vuestra presencia o información.

»Referente al trabajo en esta nave que será el más afectado porque la parte administrativa seguirá el curso habitual durante el tiempo que dure, en mayor o menor medida, como decía, referente a aquí, me da igual si os paseáis con un café en la mano, si jugáis a las cartas, si estáis de cháchara, si ayudáis a compañeros de otros sectores que lo necesiten, pero en el momento en

el que solicite vuestra presencia os quiero delante de mí, al instante. ¿He sido claro? —Pasé la mirada por cada uno de los trabajadores, los que fueron asintiendo con caras de preocupación y angustia.

»Y sobra decir que todo este tema es confidencial y que no puede salir ninguna información fuera de las paredes de la empresa.

Después de las respuestas afirmativas y de los comentarios conformes de que lo mantendrían en secreto y ayudarían en todo lo que pudieran, dejé a sus directivos directos para que tuvieran el turno de dirigirse a ellos. Cuando lo hicieron me desplacé hacia un lateral con Grace, cruzando los brazos mientras observaba cómo se daba todo.

—Lo has hecho muy bien, me has dejado impresionada. —Levanté una ceja hacia ella. Apretó los labios, conteniéndose—. ¿La has localizado? Yo no, hay mucha gente.

—Sí.

—¡Qué visión, chico! ¿Y?

—Céntrate. —Intenté que dejara el tema mientras los ojos se me iban disimuladamente hacia la zona en la que estaba Everly.

—Estoy muy centrada, tanto que me mantengo pendiente de todo.

—Ya lo veo —negué casi imperceptiblemente.

—¿Cuándo vas a entrar a matar? Más de lo que has hecho ya porque estoy segura de que se ha quedado temblando al verte y al escucharte no te digo nada…

—Grace. —Carraspeé advirtiéndola, con la atención puesta en las palabras que decían los directivos.

Capítulo 16



Everly

Hasta que no dejaron de hablar los que consideraba mis jefes, no fui capaz de mover los labios para decir nada. Hasta la garganta se me había quedado seca y me costaba tragar. Primero, por la inesperada aparición y la sorpresa que me había llevado y segundo, y más preocupante, por el significado de todo lo que había escuchado.

—Podéis volver a vuestros puestos, si os necesitamos os lo haremos saber —nos comunicó Cameron.

Cuando los compañeros empezaron a dispersarse me pegué como una lapa al cuerpo de Brodie, motivo por el que me miró entre extrañado y divertido, sin entender a qué venían todas las reacciones que estaba teniendo. Contuve el aire cuando tuvimos que pasar muy cerca de los altos cargos y no pude evitar mirar de reojo, centrando la vista en la presencia del hombre que había aparecido junto a Grace.

Maldije interiormente cuando los suyos pillaron a los míos y más lo hice cuando lo vi seguir mi camino con la mirada, sin apartarla. Ello provocó que agarrara a Brodie y a Sophie de las manos y tirara de ellos, haciéndolos ir casi a la carrera para alejarnos lo más rápido posible y desaparecer.

Mierda que me ha visto, joder que me ha reconocido, la leche que era alguien importante en ese lugar y yo había terminado cayendo de cabeza en él… mi agobio iba en aumento, ampliándose. Me sobraba toda la ropa por los calores que me recorrían y eso que la temperatura ese día era más bien fresca. Pero interiormente me sentía incendiada, abrasada, ardiendo, consumida, a punto de ebullición… ya, os hacéis una idea, ¿no?

—A ver… —Carraspeó Brodie, tanto él como Sophie me miraban extrañados.

—¿Qué? Id más rápidos, tenemos que ponernos a trabajar. —Bufé cuando se pararon y seguí adelantándome por mi cuenta porque todavía no había salido de la zona de peligro.

—Quieta ahí. Explícanos qué está pasando —me pidió Sophie—. Estás muy rara, del blanco

translucido has pasado al rojo intenso. ¿Te encuentras bien? ¿Es por lo que nos han dicho?

—¿Yo? Estoy perfectamente —contesté rápido, medio girada hacia ellos, haciendo un gesto con la mano para no darle importancia a sus palabras.

—Claro, vemos estupendamente lo bien que estás —dijo con guasa Brodie.

—No es por la información que nos han dado, aunque haya sido preocupante. Es por otra cosa, ya os lo explicaré al detalle en otro momento, ahora mismo, no. Necesito que mováis los pies para meternos en nuestro edificio.

—Pero que…

El comentario que iba a hacer Brodie quedó en el aire porque una palabra, solo una, provocó que se quedara callado mientras retumbaba en mis oídos alta y clara, por detrás de ellos.

—Everly. —Fue la dichosa palabra.

—No puede ser, no puede ser… hay —me lamenté sin saber dónde meterme porque quién me llamó no fue otro que el «hombre».

¿Cómo narices sabía mi nombre? En mi cabeza fueron saltado los pensamientos, de unos a otros, sin entender la mala suerte que estaba teniendo referente a él. Terminé por responderme a mí misma al unir todos los cabos. No era complicado, pero para mí en ese instante fue difícil por los nervios que sentía, los que no me dejaban pensar con rapidez y claridad. Conseguí llegar a la conclusión de que, si él tenía algo que ver con la empresa en la que yo trabajaba, porque eso había quedado más que claro, pues…

Brodie y Sophie se giraron hacia él, al principio sorprendidos porque supiera quién era yo.

—Si nos disculpáis —volvió a hablar dirigiéndose a ellos, pasando la vista de uno a otra.

—Tengo mucho trabajo por hacer. —Las palabras salieron rápidas de mis labios sin poderlas contener, en un intento de evitar lo que él quería.

¿Me sirvió de algo hablar? Ja…

—Yo soy el primero que dispongo de poco tiempo y no te imaginas hasta qué punto, pero me urge dejar varios puntos claros. Ahora —exigió con la vista puesta en mí.

Me froté las manos en los pantalones, por hacer algo porque lo que me hubiera gustado hubiera sido girarme y caminar ligera hacia el interior del edificio para no tener que verlo más. O mejor aún, ni entrar y alejarme de allí. Cosa complicada siendo quien creía que era, aunque no lo tuviera del todo claro.

—Por supuesto, señor Smith —le contestó Sophie.

Él asintió sin mirarla directamente, manteniendo los ojos en mí. Brodie también dijo algo, pero sinceramente no os puedo decir el qué, porque mi audición se bloqueó, mi visión se nubló, mi respiración se desestabilizó un poco mientras un sudor frío me recorría de los pies a la cabeza. Mi temor fue que pudiera echarme, despedirme, así, de la nada, pero quise aferrarme a su buen hacer sin conocerlo realmente. Cualquier pensamiento positivo era bueno para quitarme de la cabeza lo que había empezado a atormentarme, debido a los choques que habíamos tenido hasta ese momento.

Mis nuevos amigos se fueron, lanzándome miradas desconcertadas cuando pasaron por mi lado. Asentí hacia ellos y conseguí decirles que enseguida nos veríamos, intentando no mostrar todas las emociones y reacciones que me habían asaltado, las que empeoraban por momentos.

—¿Sorprendida? —Escuché la voz del señor Smith y parpadeé varias veces para centrar la vista en él.

—Es evidente que sí, sobra la pregunta. —Ah, los nervios, no los pude controlar. Levantó una ceja ante mi respuesta.

—Acompáñame. —Se giró y empezó a caminar.

—¿A dónde? —Quise saber nerviosa, sin moverme mientras tomaba la dirección de alejarse de las dos naves de la empresa.

Se paró medio girándose hacia mí. Serio, con las facciones marcadas, las manos en los bolsillos del traje, que por cierto le quedaba como un guante y era un espectáculo para la vista. Que todo hay que decirlo, porque lo que es, es, y así os ayudo a haceros una idea de la percha tan perfecta e inigualable que tenía ese hombre, y ya no digamos de su apariencia en general porque todo el conjunto era…

Ya me centro, ya me centrooo… como decía, más distante no podía mostrarse, lo que me llevó a actuar por reflejo, automáticamente. No iba a quedar por debajo de él fuera quien fuera, que para algo ya había un pelín de confianza, sobre todo en esas situaciones que por lo visto se habían convertido en un ritual para nosotros, inesperado y desconcertante, pero habitual, al fin y al cabo, contra todo pronóstico. Igualé su postura, poniéndome rígida y seria, negándome a dar un paso para seguirlo hasta que no me lo aclarara.

—A un lugar donde podamos hablar con calma —respondió con un tono de voz frío y cortante, mostrando que no le gustaba que lo contradijeran.

Pues va apañado, fue lo que pensé porque, aunque me controlara, las reacciones y palabras salían flotando de mi cuerpo hacia fuera. Respiré profundo varias veces para intentar controlarlo todo, no podía arriesgarme sabiendo que tenía algo que ver con mi empresa… baja de intensidad, Everly, me repetí con fuerza para no fastidiarla.

Una decisión de él podía suponer verme en la calle y no precisamente caminando a su lado como pretendía en ese instante, sino en la calle de que me echara del trabajo. ¿Qué posición tendría dentro de los altos cargos? Todos los directivos que conocía y para los que hacía poco que

trabajaba, le habían cedido el mando directamente. Mientras el señor Smith tomó el control de la situación desde el principio, el resto se mantuvieron en un segundo plano.

—¿Por qué no en la empresa? —Tanteé el terreno, a ver si algo se ponía a mi favor.

—¿Vas a cuestionar todo lo que diga? —Levantó una ceja, cruzándose de brazos.

—¿Yo? No cuestiono nada, señor Smith —remarqué—. Simplemente doy mi punto de vista. Igual que usted sugiere, lo hago yo.

—Prefiero conversar fuera de los límites de la empresa.

—¿Entonces no es nada referente al trabajo? Porque si lo fuera no tendría problema en llevarme a alguna sala del edificio, en privado. —Las dudas podían conmigo— ¿No me diga que todavía va a seguir con el tema de su manera de conducir? —Agrandé los ojos. No podía ser, ¿o sí?

—¿Realmente quieres que te encierre quedándonos tú y yo a solas? ¿En privado?

—Eh, hombre si lo plantea con ese tono de voz. —Carraspeé y por unos segundos una pequeña, pequeñísima curva apareció en sus labios.

—Mi forma de conducir es perfecta. —Quiso dejar claro, levanté una ceja—. Eso que vaya por delante, otra cosa es la opinión que te has creado sobre ello por unos pequeños incidentes. Y no, no tiene nada que ver con lo que comentas.

—Señor Smith…

—Kayden —me corrigió—. Deja las formalidades.

Pronuncié su nombre en silencio, repitiéndolo varias veces en la cabeza. Oye, pues qué bien sonaba y bonito era, ¿eh? Diferente porque no lo había escuchado nunca, pero debía reconocer que mucho mejor que Smith. Imaginé que ese era su apellido.

—No sé ni quién eres… me ha quedado claro que estás relacionado con la empresa, pero…

—Si me dejas aclarártelo sabrás la información de primera mano. No soy dado a repetir las cosas, pero contigo voy a hacer una excepción cambiándolo a una orden. Acompáñame. —Levantó un brazo para que me adelantara.

¿Le respondía? ¿Qué decís y opináis? ¿Me lanzaba? Porque oh, cómo me costó retener el impulso que tiró de mí ante sus palabras, me refiero a las de «repetir las cosas» y a lo de «orden». Manteniéndome en silencio lo observé a conciencia, meditando sobre su forma de ser. Dejé salir un suspiro mientras mis pies se movían solos hacia él.

Vi una pizca de satisfacción en su expresión y volví a morderme la lengua porque, que hubiera aceptado no implicaba nada, estaba por ver lo que tenía que decirme. Hablando con sinceridad accedí porque el interés y la curiosidad pudieron conmigo, ante tanta insistencia por su parte.

¿Qué le iba a hacer? No podía quedarme con las ganas y menos perder la oportunidad de enterarme de lo que fuera, ni idea de lo que sería, pero esperaba que me lo aclarara pronto.

Caminando junto a él cuando volvió a andar, vi de refilón a Grace. Estaba apoyada en la fachada de la entrada, con una sonrisa en los labios. Levanté la mano hacia ella y me correspondió al gesto, añadiendo un guiño. Terminó riendo al distinguir mi expresión descolocada, hasta que desapareció en el interior.

—¿Quién eres realmente? —susurré sin desviar la vista de delante.

Ya habíamos salido del recinto de la empresa, nos habíamos alejado del aparcamiento. Conocía la zona por las vueltas que di con Naomi cuando vinimos para la entrevista, porque desde que había empezado a trabajar iba directa hacia la empresa. No me movía mucho más.

—Responderé en breve a todas las preguntas que tengas. —Hice una mueca.

—¿Por qué tanto misterio? Nunca hablas claro. —Bufé por instinto y me arrepentí al instante.

—No hay ningún misterio. —Me miró de reojo—. Y más claro no puedo ser cada vez que abro la boca.

—Eso bajo tu punto de vista, pero para el resto…

—¿Qué no has entendido de que quiero tener una conversación privada contigo? —Me sobresalté cuando se paró de golpe y se giró hacia mí, quedando cara a cara.

Os pongo en situación. Iba un poco adelantado debido a que sus piernas eran mucho más largas que las mías y no podía igualar sus zancadas, a no ser que me pusiera al trote y como que no iba a hacerlo llevando en los pies zapatos de tacón. Ahí estaba yo, intentando seguir su ritmo, negándome a decir algo al respecto.

A lo que iba, debido a la pequeña distancia que nos había separado, me lo encontré justo delante de mí y faltó poco para que chocara con su pecho. Por suerte paré a tiempo, pero mi cara se quedó demasiado cerca de su cuerpo, percibiendo perfectamente el olor que desprendía.

Levanté la cabeza despacio, encontrándome con sus ojos atentos a mí. Por unos segundos retrocedí en el tiempo, justo al instante en el que estuvimos de la misma forma en España. Tragué saliva sintiendo cómo los nervios se me descontrolaban.

—Es que no entiendo el motivo —susurré sin poder despegarme de su mirada. Le brillaba mucho y transmitía tanta intensidad…—. Soy una trabajadora como otra cualquiera, muy reciente porque no hace mucho que me he incorporado a la plantilla.

—¿Y?

—Que no le has pedido a nadie más que te «acompañe» —remarqué— para hablar. Si no se trata de lo que ha sucedió varias veces entre nosotros, por lo que nos tenemos visto, no comprendo a

qué se debe esto. Algo que forma parte de mí es la necesidad de saber, en general. Saber a lo que me enfrento, con lo que me encuentro…

—Es que no me interesaba hablar con nadie más —dijo en tono bajo, inclinándose hacia mí.

Me tembló todo, sin sentido. Como pude y cuando encontré las fuerzas di un paso hacia atrás, pero para mi sorpresa, la que mostré en los ojos abriéndolos al máximo, volví a quedarme pegada a él cuando me agarró de un brazo y me acercó otra vez.

—El resto de los trabajadores han recibido el mensaje que quería, desde que he llegado —continuó—, pero me queda uno que también es importante y ese, es dirigido exclusivamente hacia ti. Es algo que me ha acompañado desde hace un tiempo y ahora tengo la oportunidad de poder expresarme porque me dejaste con la palabra en la boca. —Apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres decir? —negué sin comprenderlo.

Esa vez fue él el que se separó, haciéndome perder su cercanía y agarre. Más asombrada me quedé ante mi reacción porque lo lamenté, lo que me provocó inseguridad respecto a él, aunque no mostrara nada.

—Vamos. —Me dio la espalda y continuó caminando.

Hice una mueca porque no había manera de conseguir lo que quería a mis tiempos, él los marcaba todos. Lo seguí acelerando un poco el paso, pero viendo que no conseguía alcanzarlo cuando cogió buen ritmo, terminé por saltar sobre ese tema.

—Podrías ir más despacio… —siseé—. Sería todo un detalle, por lo visto no te has dado cuenta de que soy más bajita que tú, lo que supone que mis piernas son más cortas y para colmo, voy con tacones. Me llevas a la carrera.

Volvió a pararse ante mis palabras.

—Lo lamento. Tengo muchas cosas en las que pensar y no me he dado cuenta.

Pasé por su lado, con la ventaja que me dio, mirándolo de reojo mientras me tragaba otra sorpresa por su disculpa. No me la esperaba.

No tardó en ponerse a mi lado, siguiéndome más lento, lo que agradecí y exterioricé, con un susurro. Esa fue la última vez que hablé, hasta que llegamos a una cafetería que estaba bastante apartada y entramos, ocupando una mesa.

El local estaba vacío al no ser el horario habitual en el que se llenaba de personas que salían de sus trabajos para desayunar.

Capítulo 17



Kayden

Por fin estaba sucediendo, la tenía donde quería desde hacía tiempo. Me llevé la taza a los labios, dando un sorbo al café que nos habían traído mientras observaba cómo le echaba azúcar al suyo. Mis reacciones internas no habían variado referente a ella, lo había podido comprobar de buena mano.

Aunque me había mantenido, en cierta forma, serio y distante, había tenido que tragarme la diversión en varios momentos. Era consciente de que estaba muy nerviosa. Apreté la mandíbula, para no sonreír, cuando una buena parte del azúcar se le cayó en el plato en vez de en la taza.

—¿Qué? —Ahí estaba otra vez.

Lo de mantenerse callada y sin reaccionar no iba con ella. No era algo que hubiera descubierto ese día, precisamente. La superaba, no podía contenerse, aunque en muchas ocasiones después se arrepintiera por la espontaneidad con la que le salía. Como fue en ese caso que desvió la mirada rápido y recogió un poco de azúcar con la cucharilla, vertiéndola donde debía estar según ella, en el café.

Al hacer una mueca cuando bebió un poco, levanté un brazo para llamar la atención del camarero.

—No hace falta.

—¿Qué necesidad tienes de tomártelo a disgusto? —Fruncí el gesto.

—Lo puedo soportar —asintió haciendo con un gesto para que lo dejara.

No lo hice, por lo que terminó resoplando.

—Es innecesario cuando tienes la solución al alcance.

El camarero se acercó y le pedí que trajera suficiente. Lo tuvimos al instante.

—Gracias —susurró cuando estuvo a su gusto.

—Los amantes del café lo disfrutan al natural —comenté.

—Ya… es que yo soy amante del café y del dulce, por lo tanto, la mezcla de los dos, en su justa medida, es la combinación perfecta. Me encanta —asentí—. Eso sí, como me pase no puedo tomármelo.

—¿En qué quedamos entonces? —Levanté una ceja.

—En mi justa medida —repitió encogiéndose de hombros—. ¿Vamos a hablar todo el tiempo del café y los gustos? —Desvió la conversación hacia lo que la tenía nerviosa—. No es que me desagrade, pero no sé, imagino que no me has traído hasta aquí para saberlo.

—Estoy dejando pasar el tiempo para que apartes a un lado la tensión. —Me recosté en la silla.

—No hace falta. —Movió las manos para que me animara a comenzar.

—Está bien… voy a empezar sobre tu pregunta de quién soy. Tu jefe, aunque mi presencia sea esporádica en la empresa. De ahí que sepa tu nombre, con algún matiz que comentaré a continuación.

—Es increíble —negó desconcertada por la coincidencia, a pesar de que ya lo imaginaba al haber visto cómo me había hecho con el mando nada más llegar—. Un momento. —Arrugó la nariz de una forma muy graciosa—. Vale que por ser el jefe estés al tanto de las incorporaciones, pero ¿cómo sabías quién era yo? A mi nombre me refiero, te has dirigido a mí directamente.

—Conozco a todos los empleados —me justifiqué—, aunque para darte la respuesta a esa pregunta, el matiz que he comentado tiene mucho peso.

—¿Cuál es?

—Ahora llegaré a eso. —Hice una pausa—. Dirijo toda la actividad, al completo, pero lo hago desde otra sede.

—No sabía que había otra empresa —susurró.

—En total son seis.

—¿Seis? —Se sorprendió.

—Correcto. Independientemente de la parte administrativa, cuatro de ellas se complementan con fábricas en las que se lleva a cabo la producción y en la quinta se realiza el montaje final. La sexta, en la que suelo estar habitualmente, es la base central. Desde ella lo dirijo y controlo todo en el cargo de CEO.

—¿Cómo se llaman? —Ladeó un poco la cabeza.

Se las nombré una por una, dejando para la última la que al escuchar el nombre fiscal la haría atragantarse con el sorbo de café que estaba tomando. Y así fue en cuanto pronuncié: Blue Sky Company. El líquido salió propulsado de sus labios hasta llegar a mí, a pesar de que intenté retirarme arrastrando la silla hacia atrás.

—No puede ser… —murmuró observándome desconcertada y por su apariencia dio a entender que esperaba que rectificara mis palabras.

No dije nada al respecto mientras negaba limpiándome con servilletas. En la americana no se diferenciaba mucho porque el traje era de color azul marino, pero la camisa pasó a ser a topos marrones, al ser originalmente blanca.

—Lo siento —se disculpó cuando reaccionó, nerviosa al ser consciente de lo que había provocado. Dejó la vista fija en mis manos y lo que hacían.

—Tendría que haberte avisado de alguna forma porque lo esperaba —volví a negar.

—CEO, Blue Sky Company… —repitió tragando saliva.

—Yo tendría que haberte hecho la entrevista el día en el que todo se torció.

Se levantó de la silla, de golpe, queriendo hacerme desaparecer por la mirada que me dedicó…

—Siéntate.

—No me da la gana.

—Everly he hecho todo lo posible para que me escuches, para que sepas la realidad de lo que sucedió y no te vas a ir de aquí hasta que la oigas. Siéntate. —La última petición, por decirlo de esa manera porque en realidad fue una orden, imposición, o como querías decirlo, la pronuncié con voz fría y cortante.

Lentamente ocupó otra vez la silla, sin perder el contacto visual conmigo.

—Si no me quisiste o no te interesó recibirme en aquel momento, ¿por qué narices estoy trabajando en una de tus empresas? —siseó— No se supone que lo controlas todo.

—Nada de lo que has dicho al principio es correcto y en todos los intentos que hice para ponerme en contacto contigo, te negaste a saber la verdad. —Dejé la última servilleta dentro de la taza que ya tenía vacía, acomodándome la americana.

—Ahora me tienes aquí.

—Lo mío me ha costado.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si estás aquí, en Escocia, contratada por Safe Dreams Company, es porque así lo propicié para que ocurriera.

—¿Cómo? —Agrandó los ojos.

—Lo que te sucedió, con lo que te encontraste, fue un error que no he podido quitarme de la cabeza desde aquel momento, Everly. Puedo descartar a una persona en cuanto la tengo delante en una entrevista, en cuestión de segundos, en un pestañeo, pero jamás lo haría sin darle la oportunidad que se merece.

»La imagen que te llevaste de la empresa y de mí, no se corresponden con la realidad. Ante todo, mi control es exhaustivo y con tu actitud, después de lo que pasó, provocaste que me lo tomara como algo personal, aparte de que no quería ni iba a permitir, que el nombre de la empresa en la que consumo mis días se ponga en entredicho, de ninguna de las maneras.

»Supongo que al escucharme hablar al llegar aquí te ha quedado claro que es así, como también que llego al fondo de todo. Esto no lo podía dejar pasar.

—¿Por qué no me recibiste? Esperé mucho tiempo, nadie vino a por mí… —Se removió en la silla—. ¿Tantas molestias te has tomado?

—Tantas molestias por ti, sí —repetí serio, dejándoselo claro—. Tu entrevista la programaron para uno de los días en los que no podía aplazar mis responsabilidades. Hacía más de una semana que en mi agenda constaba la visita e inspección de rutina a una de las cinco empresas que te he mencionado.

»No pude anularla porque cada vez que las llevo a cabo, la producción se paraliza y ello conlleva muchos gastos. Todo estaba preparado para mi asistencia y después de quedarme descolocado al saber de tu presencia para la entrevista, intenté que la empleada que cometió el error al programártela y no avisarte con antelación, lo solucionara.

»Aquel día todo salió mal, Rhona, que así se llama mi empleada, no dio contigo, tú desapareciste y ya no volviste a querer saber nada de nosotros. Por ninguna vía.

—¿Y lo de los casi atropellos? —Entrecerró los ojos.

—No fue así. —Puse los ojos en blanco porque continuaba pensando lo mismo, a pesar de mis explicaciones.

—Lo que tú digas, lo sabré yo. —Bufó.

—Esos momentos fueron aislados, inesperados. La primera vez no sabía quién eras, la segunda, sí. La última fue el mismo día que debiste hacer la entrevista. Te reconocí por la forma en la que me enteré de tu presencia en la empresa, al verte dentro del ascensor. Creo que Grace te dijo algo sobre ello.

—Sí, en cuanto salimos y pasaste por nuestro lado, pero yo no te vi —susurró.

—Tuve ventaja, aparte de que tu fotografía estaba en tu currículum.

—Por eso siempre me has dicho que te dejé con la palabra en la boca… no para excusarte por los

intentos de atropello —habló más para ella que para mí, pensativa. Pasé por alto el motivo de la supuesta excusa porque, dijera lo que dijera, no la haría cambiar de opinión, al menos por el momento.

—Correcto. Necesitaba disculparme y no me diste opción a ello y, sobre todo, ponerle remedio.

—¿Qué hacías en España?

—Propiciar un encuentro dadas las circunstancias.

—No puede ser… —volvió a decir— ¿Provocaste que chocáramos? ¿En serio? ¿No se te ocurrió otra forma de hacerlo? —habló con voz ahogada.

—Si hubiera llamado a tu puerta, ¿qué hubieras hecho? —Repiqueteé los dedos en la mesa.

—¿De verdad lo preguntas? Cerrártela de golpe en la cara en cuanto la hubiera abierto, pensando que ibas a por mí y que me tenías en el punto de mira, para nada bueno. —Levanté una ceja—. Un desconocido, que en cierta forma no lo es porque lo reconozco de varias situaciones dudosas, que da la sorprendente casualidad que llama a la puerta de mi casa dejándome loca por su presencia a muchos kilómetros de distancia de Escocia, donde lo vi… pues sí, mi pensamiento y reacción hubieran sido las más lógicas, y me quedo corta. —Se encogió de hombros.

—El tiempo fue en mi contra y no lo pude preparar mejor. Me surgió una reunión importante para el día siguiente y tenía que regresar a Escocia ese mismo día. De ahí la prisa que me di.

—Esto suena muy mal, pero que muyyy mal —negó.

—Sé lo que parece. —Me froté la frente—. Si supe dónde estabas es porque te seguí, sí.

Volvió a levantarse de golpe, esa vez no dije nada al respecto porque entendía su reacción. A mí también me hubiera puesto en alerta saberlo. No aparté la mirada de ella, viendo el desconcierto, las dudas, un cierto temor…

—Nunca actúo así, Everly.

—Eso lo dices tú. —Apretó los puños—. ¿Quién me dice a mí que no eres un acosador o algo peor? Mierda y he caído en tu red enrevesada.

—Entiendo que mi palabra no sea convincente ahora mismo, pero solo soy un hombre que dirige un conjunto de empresas que necesitaba cerrar tu capítulo. He intentado en todo momento solventar lo que tuviste que afrontar.

—¿Por qué? —susurró.

—No lo sé —respondí.

—¿Por qué tantas molestias? —insistió— Quiero saberlo o cuando regrese a la empresa recojo

mis cosas y me largo, pasando por la policía para ponerte una denuncia.

Me levanté despacio, al menos no retrocedió cuando lo hice. De pie, frente a ella, volví a hablar.

—¿Quieres la verdad? —Mi voz salió ronca y profunda. Tragó saliva, pero asintió.

—En la vida me he visto en una situación igual o parecida, Everly. ¿Qué por qué? Me ha costado mucho entenderme a mí mismo por ese mismo motivo, pero terminé siendo sincero, reconociéndolo.

—¿En qué sentido? —Quiso saber en tensión.

Me incliné un poco hacia ella, no mucho dado lo que le había confesado, pero sí lo suficiente para quedar muy juntos. Volvió a tragar saliva y vi la reticencia en sus ojos, dudando en si apartarse que era lo que tiraba de ella, o en mantenerse quieta mientras esperaba mi respuesta. Optó por lo segundo, lo que me hizo respirar un poco más tranquilo.

—Me desconcertaste, provocaste que te tuviera en el pensamiento día y noche. —Agrandó los ojos—. No soy un acosador, Everly. Si me conocieras realmente sabrías que me giraste la cabeza por completo, quitándome el raciocinio porque soy y actúo totalmente opuesto a como lo he hecho.

»A estas alturas eres consciente del control que ejerzo, el que llevo también al terrero personal. Me preocupo por las personas con las que me relaciono porque soy humano, por mucho que mis barreras siempre estén levantadas, pero con los únicos que soy yo, en mi esencia, es con mis allegados directos y, aun así, muchas veces tienen que descifrarme muy bien en muchos aspectos, por mi carácter.

»No me muestro ante nadie, cuestiono y analizo todo al detalle, me mantengo al margen de lo que sé que no me corresponde, pero contigo…

—¿Qué…? —susurró.

—Contigo no pude hacer nada de lo que acabo de decir, desde el principio, Everly —hablé en tono bajo y continué—. Ilógico, lo sé, más lo es para mí y me ha costado muchos dolores de cabeza al no comprenderme, pero así fue y es la realidad.

»Una imperiosa necesidad, más fuerte que yo, a la que nunca me había tenido que enfrentar, se apoderó de mí. Si quieres dejar el trabajo lo lamentaré porque he hecho todo lo posible para subsanar el daño que te provoqué, sin ser el responsable directo de él.

»Lo entenderé si es la decisión que tomas, pero si optas por mantenerlo, si lo meditas con calma y es lo que quieres realmente, no tendrás que verme más, a no ser que se dé cuando reúna a todos los trabajadores para alguna reunión. En tu mano está la opción por la que te decantes, la importancia que tenga para ti.

»Piénsala bien porque puede que no estés en esta empresa por casualidad, pero sí que te puedo asegurar que, si tus credenciales y estudios no hubieran sido los adecuados, no te habría contratado. Me hubiera dado igual el peso de conciencia, mis sentimientos, todo, porque este trabajo es mi modo de vida, lo que soy y por lo que me desvivo día y noche. Jamás jugaría con él.

Me incorporé poniéndome recto, sin dejar de observarla con atención. Una fina capa de brillo cubría sus ojos. Por mi parte ya había puesto todo sobre la mesa y era consciente de que necesitaba tiempo. Se lo di sacando de un bolsillo de la americana, la cartera y de ella, un billete, dejándolo encima de la mesa.

Con todo lo que podía hacer hecho, me giré dándole la espalda, alejándome de ella para salir de la cafetería. No apartó la vista en ningún momento de mí, viendo cómo me iba sin que saliera ninguna palabra de sus labios. De pie, sin haberse movido, en tensión y sin apenas haber respirado en los últimos instantes, así se mantuvo.

A mí me recorrían dos sentimientos contradictorios: alivio porque por fin había conseguido decirle la verdad, y, por otro lado, incertidumbre por la posibilidad que había quedado en el aire. Para mi sorpresa conforme caminaba por la acera se añadió a esos sentimientos una pincelada de miedo, porque tomara la opción que yo no quería, lo que me dejó desconcertado.

Hice hincapié para conseguir bloquear todo ello en cuanto los edificios de la empresa quedaron a la vista. Tenía mucho trabajo por hacer, demasiado. Con la necesidad de centralizar todos mis esfuerzos en él, automáticamente entré en modo jefe, para averiguar qué cojones había fallado en la producción y construcción del fuselaje del avión accidentado.

Capítulo 18



Everly

Sintiendo las piernas temblorosas, repitiendo las últimas palabras de Kayden en mi memoria, agarré el respaldo de la silla en la que había estado sentada y la ocupé otra vez. Aún estaba procesando todo lo que había escuchado, alucinada por muchas cosas. Llevé la vista hasta donde hacía poco él había estado, dejándola parada en su taza vacía con las servilletas que utilizó para limpiar el desastre que salió de mis labios. Ese había sido el comienzo de todo, llegándome el resto de la información correlativa.

—Perdón —dije levantando la cabeza.

No me había dado cuenta de que el camarero se había acercado hasta mí y me había hablado.

—Le preguntaba si quería tomar algo más.

—Eh, sí, claro. ¿Una tila? ¿Tiene?

—Lo siento, no sé qué es —me respondió sonriendo.

—Es una infusión para calmar los nervios.

—Oh, entiendo —asintió—. La que ha nombrado no la conozco, pero puedo ofrecerle varios tés.

—Me vale —asentí.

—Ahora le traigo la carta, en ella se detalla la variedad que tenemos.

Se alejó de mí, pero no tardó en estar otra vez a mi lado. Eché un vistazo rápido a la carta que me ofreció y elegí el que pensé que me sentaría mejor. Cuando volví a quedarme sola me froté las manos con una servilleta, las tenía sudorosas por los nervios. Dejé salir un suspiro llevando la vista hacia la cristalera.

Lamenté no tener el móvil conmigo, lo había dejado en el despacho dada la prisa con la que se dio todo para la reunión. Necesitaba hablar con Naomi, explicarle las últimas novedades

sorprendentes, con las que pondría el grito en el cielo. Eso primero, después pasaría a los suspiros, lo sabía de sobra.

El camarero volvió a acercarse a mí y fue en ese instante en el que me di cuenta de que no tenía con qué pagarle.

—¡Qué vergüenza! He salido del trabajo sin nada, no tengo la cartera —me mordí el labio—. Puedo ir a buscarla y regreso enseguida. —Me levanté intranquila.

—No se preocupe, con esto hay de sobra —comentó cogiendo el billete que Kayden había dejado encima de la mesa.

—Ah, vale. —Me llevé una mano al pecho, haciéndole sonreír antes de que se fuera.

Me senté y rodeé la taza con las manos, para calentármelas. Ese día de por sí la temperatura era fresca, la que se había acentuado al no llevar puesto el abrigo y la que había sobrepasado todos los niveles en mi interior, por cómo me sentía.

Me tomé un tiempo que no me pertenecía, pero necesario para ordenar mis ideas. Daba por hecho que a Kayden no le molestaría ni diría nada al respecto. Solo faltaría, me dije, por su culpa estaba así y lo necesitaba.

—Regresar al trabajo… —susurré mientras removía el azúcar que acababa de echar.

Todo era tan raro… me estaba costando asimilar lo que había hecho por mí, hacia una desconocida. Se había tomado muchas molestias para arreglar el error que tuvieron. Por una parte, decía mucho de él, de su profesionalidad y también llevándolo al terreno personal porque había querido hacer justicia para resolverlo.

¿Pero hasta el punto de todo lo que me había contado? Joder, que había ido hasta España, expresamente por mí, sin conocerme de nada me había localizado y para colmo, seguido, provocando el choque que tuvimos. Era lo único que me escamaba y no podía quitarme de la cabeza, porque el resto de su confesión y aclaración quedó en nada referente a eso. Me refiero a su explicación de cómo se dio y qué provocó que el día de la entrevista nadie me recibiera, perdiendo importancia.

—Perfecto —dije haciendo una mueca, al ver unas gotas de agua chocar con la cristalera.

Solo me faltaba mojarme para el frío que seguía teniendo. Me bebí el té sin dejarlo enfriar, en un intento de templarme. No lo conseguí mucho, solo calenté o más bien me quemé la lengua con los primeros sorbos. Al terminar me levanté más recompuesta y me despedí del camarero, recibiendo lo mismo de él.

Parada en la puerta, antes de dar el primer paso hacia el agua, llevé la vista alrededor. Las calles estaban casi vacías, lógico por la hora que debía ser, todos los trabajadores estaban en sus puestos. Cogí varias bocanadas de aire y me animé a salir de la protección de la entrada de la cafetería, empezando a caminar ligera, notando el agua encima de mí.

El último tramo lo hice corriendo, viendo la entrada del edificio de las oficinas mientras arriesgaba al máximo. Al estar el suelo mojado resbalaba mucho, o, mejor dicho, las suelas de mis zapatos lo hacían al contacto con él.

—Joder —me lamenté expulsándome la ropa en cuanto estuve a cubierto, quitando el exceso de agua. Tenía mucho frío.

—Madre mía, ¡cómo estás! —Me sobresalté al escuchar la voz fuerte de Sophie. Ni la había visto acercarse desde la recepción.

—Ya ves, me ha dado por ducharme antes de tiempo. Me lo ahorro para cuando llegue a casa —negué.

Quien dice casa, dice piso. El último era lo que había alquilo para mi estancia allí. Lo había conseguido por muy buen precio, no era muy elevado. El único problemilla que había es que quedaba bastante lejos y apartado, a las afueras de Inverness. De ahí que quisiera prescindir de moverme en taxis para todo, porque si no, terminaría gastando el mismo dinero en los trayectos que si hubiera elegido un piso en pleno centro de la ciudad.

Esperaba que, si todo salía e iba bien en el trabajo, poco a poco pudiera ir aproximándome a la zona más céntrica y de más movimiento. Por el momento no era algo que me preocupara, estaba feliz con todo lo que tenía en ese país.

—Tienes que secarte, te gotea el pelo.

—Si solo fuera eso —dije con un suspiro—. Tengo hasta las bragas pegadas al cuerpo —susurré inclinándome hacia ella, provocando que soltara una risilla.

—¿Dónde estabas? Has tardado mucho. Hace un rato que he visto al señor Smith.

Señor Smith, repetí en mi cabeza con retintín.

—Teniendo un momento trascendental en mi vida.

—¿Cómo? —Arrugó el gesto.

—Ya hablaremos, ahora me urge empezar a trabajar. He perdido mucho tiempo entre unas cosas y otras. —Empezamos a caminar hacia la recepción. Sophie para quedarse en ella, yo porque tenía que pasar por al lado para llegar hasta el ascensor.

—Sí, me puede la curiosidad para saber cómo te conocía el jefe superior y qué quería. —Sus ojos brillaron conforme lo dijo y yo me tragué lo que pensé en ese instante.

Lo único que hice fue asentir curvando un poco los labios. Nos despedimos y cada una nos dirigimos hacia nuestros puestos. Cuando llegué a la planta en la que trabajaba varios ojos de compañeros se posaron en mí, normal con las pintas que debía tener. No por ello me paré, dirigiéndome a ellos con una mano levantada a modo de saludo.

Llegué al pasillo en el que estaba mi despacho. No era cerrado completamente, era como un túnel con arcos que daban a la zona principal, de esa manera desde el mío podía ver varias mesas de compañeros. Caminando por él maldije al ver salir de una puerta alejada a Kayden acompañado por Grace, Cameron y otros dos directivos. Empezaron a caminar hacia mí o yo hacia ellos, porque terminaríamos encontrándonos en un punto del pasillo. Lamenté que la puerta de mi despacho no quedara más cerca, de ese modo me hubiera colado dentro sin tener que hacer ni siquiera un gesto hacia ellos.

Intenté hacerme la distraída, procuré no mirarlos directamente llevando la vista de un lado al otro. Bah, ¿a quién quiero engañar? Lo de mirarlos era una mentirijilla porque mis ojos solo se iban hacia una dirección concreta. Los muy traicioneros tenían vida propia. Gracias a ello me fijé en la expresión de Kayden quedando cada vez más cerca de mí. Gesto fruncido, facciones marcadas, mirada intensa puesta en mí en cuanto entré en su campo de visión.

—¿Qué te ha sucedido? —Fue su pregunta cuando llegamos a la misma altura del pasillo.

—Señor Smith —Acompañé a mis palabras con un gesto de la cabeza—. No he calculado bien y al abrir el grifo del baño el agua ha salido disparada, esparciéndose hacia todos los lados. —Curvé los labios, recordando lo de esparciéndose, pero dirigido hacia el café con el que lo había manchado.

Ya no quedaba rastro de los topitos tan monos con los que había decorado su camisa blanca que fue lo que más destacó, en su lugar tenía colocada otra impoluta. Qué suerte tener ropa de recambio, me dije, porque eso precisamente era lo que necesitaba yo, y con urgencia. Al menos solo tendría que aguantar una hora más porque al ser sábado la jornada terminaba al mediodía y en el ascensor había comprobado la hora que era, la una y media.

Ese día no había hecho casi nada. Las reuniones inesperadas, tanto en el trabajo como fuera de él, habían provocado que no desempeñara mi trabajo.

Ante mi contestación Kayden levantó una ceja, sin creerme. Mira, al menos las pilla al vuelo, me dije. Grace no dejaba de mirar mi aspecto, mezclando un poco de preocupación con diversión, el resto de los directivos se mantuvieron callados.

—Ve a solucionarlo —volvió a hablar Kayden.

—Será para más tarde. Necesito ponerme a trabajar —negué para dejarlo más claro—. No queda mucho para salir y… ¿qué haces? —dije sorprendida, mostrándolo en mi cara.

Me había agarrado de un brazo y empezado a caminar, dejando a todos atrás.

—¿He dicho que qué haces? —siseé— Suéltame, se van a dar cuenta los compañeros de la sala.

—Lo haré cuando te deje en el baño. ¿Piensas que puede preocuparme que nos vean? —Me miró de reojo—. Nadie va a decir nada al respecto, no se atreverían. Y si se dan cuenta es porque no dejas de hablar.

—¿Quién te crees que eres? —Bufé siendo casi arrastrada por él porque oye, no os vayáis a pensar que no opuse resistencia. Claro que sí, ahí estaba yo intentando frenarme con los pies. ¿Lo conseguí? Para que os voy a responder, ¿verdad? Pero, aun así, os digo lo que ya interpretáis, no, no pude pararlo.

Me ignoró por completo. Di gracias a que, en el mismo pasillo, al final de él, había un baño y no teníamos que ir muy lejos.

—¿Contento? —hablé mosqueada cuando llegamos frente a la puerta, separándome de él.

—Cuando entres y salgas en condiciones. —La señaló para que lo hiciera.

—Una cosita señor Smith…

—Kayden.

—Como decía señor Smith —carraspeé haciendo caso omiso—, a lo de la «cosita» —remarqué — me iba a referir a que agradecería que no se tomara tantas confianzas. Usted es mi jefe y yo su empleada. A no ser que trate a todos por igual… —Me crucé de brazos y un escalofrío me recorrió al sentir la frialdad de la ropa mojada pegarse a mi cuerpo.

—Estás empapada. —Apretó la mandíbula recorriéndome con la vista—. Como bien has dicho soy el jefe. Tienes que acatar mis órdenes y he sido muy claro.

—Uy, ¿esas tenemos señor Smith? —Por cada vez que me refería a él de esa forma su tensión iba en aumento.

—Everly, no provoques que pierda la paciencia —susurró.

Nuestros ojos se quedaron enganchados durante unos segundos, a corta distancia, rodeándonos el silencio al no volver a hablar ninguno de los dos.

—Te acompaño. —Apareció de repente Grace, provocando que saliéramos del estado en el que nos habíamos metido—. Yo también necesito entrar y así hablamos un poco, no he tenido la oportunidad hasta ahora.

Mientras lo decía me apartó un poco y abrió, agarrándome de una mano. Me dejé guiar por ella al interior y vi cómo le cerró la puerta en la cara a Kayden. Él no se inmutó.

—¿No te dará problemas? —La seguí con la vista hasta que llegó delante del espejo.

—¿Quién? ¿Kayden? ¿A mí?

—Sí. —Señalé la puerta para que entendiera a qué me estaba refiriendo.

—¿Por cerrársela en la cara? —asentí— Está acostumbrado. —Soltó una carcajada, provocando que mis labios se curvaran.

Capítulo 19



—Los problemas los voy a tener yo. —Reí nerviosa.

—No lo creo —dijo convencida Grace, apoyándose en la encimera del baño con los brazos cruzados.

—Me alegro de volver a verte —sonreí.

—Y yo —asintió con el mismo gesto—. Me encanta que fueras tú quien consiguieras el puesto, Everly. Enhorabuena.

—Que esté aquí, es un poco raro —susurré acercándome al secador de manos.

Me siguió con la mirada. Lo activé y puse la cabeza bocabajo para quitarme el exceso de agua del pelo. En cuanto sentí el calor dejé salir un suspiro por la sensación. Conseguí dejarlo medio decente, todavía un poco húmedo, pero con eso ya tenía más que suficiente hasta que llegara a casa.

—Quítate la camisa y ponla debajo, vas a coger una pulmonía.

—Da igual, cuando esté en el despacho lo hago y me pongo la chaqueta.

—¿Segura? Puedo bloquear la puerta mientras lo haces.

—Sí, no te preocupes —sonreí—. Además, no queda mucho para irme. No sé ni para que he venido hoy, no he trabajado nada —negué.

—Está bien. Yo no lo veo de esa forma porque creo que has hecho más de lo que crees y te ha servido de mucho.

Me había puesto frente al espejo para alisarme el pelo con las manos y ante el tono divertido que utilizó, llevé la vista hacia ella a través del espejo.

—Puede ser… ¿Conoces desde hace mucho tiempo al señor Smith?

—Sí.

Retuve el siguiente comentario, girándome y centrando la vista en la puerta. Si lo conocía como había confirmado, tan rápido, ella debía saber cómo era en realidad. Eso precisamente necesitaba, una persona que pudiera mitigar las dudas que no me abandonaban, pero en ese instante aumentaron, por la indecisión de si era correcto preguntar sobre él o no.

—No te cortes. Aquí solo estamos las dos y necesitas que te diga cualquier cosa positiva sobre él, para no tirarlo todo por la borda, ¿me equivoco? —Me interpretó perfectamente.

Haciendo una mueca asentí despacio, manteniéndome en silencio.

—Eh, lo entiendo. Visto desde tu perspectiva puede resultar un poco…

—Un poco, no, muy raro y escalofriante. He tenido un acercamiento con él como has visto, en el que me ha explicado cosas y no sé, me he quedado…

—Impresionada, loca, medio ida, intranquila, rabiosa por la información que te habrá dado y porque es una torre muy alta que cuesta saltar. Ni siquiera se alcanza a llegar arriba, casi todos se quedan a medio camino y tiran la toalla sin poder acceder a él. Lo sé. —Me hizo un guiño.

—Pues sí que lo conoces bien. —Puse los ojos en blanco, haciéndola sonreír.

—Somos amigos, y yo, de las pocas personas que tienen el privilegio de comprender cómo es realmente. Con esto no quiero decir que lo que aparenta no forme parte de él, eso lo lleva por bandera. —Se encogió de hombros.

»Pero te puedo asegurar que no tienes nada que temer referente a Kayden, Everly. Puede que su actitud, todo lo que ha hecho… sí, estoy informada al detalle y me consta de buena mano —aclaró antes de continuar, al ver mi expresión—. Como te decía, puede que la forma en la que se ha comportado hacia ti te choque y te cueste entenderla, créeme, no eres a la única que le ha sucedido…

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca lo había visto reaccionar de la forma en la que lo ha hecho, ni hacer todo lo que ha movido para que tú estés hoy aquí.

—No lo entiendo… —murmuré.

—Cariño, bienvenida al club. Sé que cuesta. —Rio—. Una cosa está clara, se ha desvivido para corregir un error del que él no tuvo la culpa, así que, quédate con eso, lo demás lo irás descubriendo a su tiempo.

—¿Tú lo has hecho?

—¿El qué?

—¿Descubrirlo?

—Ya te he dicho la relación que me une a él. Sí, desde hace tiempo, pero no me pertenece a mí decírtelo. Lo único que puedo hacer es hablarte de los dos Kayden que se esconden debajo de los trajes que lleva, el que todo el mundo conoce y el que solo está reservado para la intimidad de las personas que él quiere.

»El primero es autoritario, reservado y muy analista, necesita el control en su rutina porque con él se siente a gusto y seguro. Es frío ante los ojos de la gente, distante, serio, recto, marca siempre las distancias, pero, por ejemplo, para que te hagas una idea, a pesar de todo lo anterior, sus empleados se desviven por él y le tienen mucho respeto porque son conscientes y así lo ha demostrado Kayden, que, si necesitan algo, si tienen algún problema del tipo que sea, saben que pueden acudir a él y que les tenderá una mano siempre que esté a su alcance.

»Es justo, impone, pero bajo su mando y presencia tienes asegurada la estabilidad. Hasta aquí es la careta con la que inicia los días, una que en cierta forma lo es y no lo es, porque forma parte de su personalidad desde siempre.

»Por otro lado, está el Kayden familiar, el que sus amigos adoramos, a pesar de que muchas veces alzamos el grito al aire o ponemos los ojos en blanco. —Rio haciéndome sonreír—. Esa parte no la muestra fácilmente, protegiéndola. Es su manera de ser, pero todos sus allegados lo tenemos en un pedestal y sabemos de sobra que es un trozo de pan blandito y recién salido del horno, solo que se necesita llegar hasta él.

»Todo lo que he comentado del primer punto de vista frío, muchas de esas cosas y actitudes, también se hacen presentes en este segundo punto, pero con menos intensidad, no se acentúa tanto. Sé que tú y yo solo nos conocemos de momentos esporádicos, pero espero que confíes en lo que te estoy contando y, sobre todo, en lo que voy a decir a continuación porque es lo que más necesitas oír —asentí nerviosa.

»No es una mala persona, Everly, para nada. No es un acosador, no se le va la cabeza en ningún momento ni traspasa líneas que no sean correctas. Si hizo todo lo posible para dar contigo, incluso viajar hasta España por muy sorprendente que parezca, fue porque tú lo superaste, desde el principio, esa es la única verdad.

»A su modo de ver solo tenía la necesidad imperiosa de hacer las cosas bien, de impartir justicia referente a ti. Para que te des cuenta de hasta qué punto su trabajo es importante y es justo, como te he comentado anteriormente. Otra cosa es el motivo escondido que hay detrás de lo que hizo, porque pasó por encima de todo su control, normas y raciocinio para conseguirlo.

—¿Lo último…?

—Hasta aquí puedo llegar —sonrió—. Date una oportunidad para conocerlo y lo averiguarás por ti misma.

Con el último comentario se acercó a la puerta.

—Gracias, Grace. Desde que nos vimos la primera vez siempre me has ayudado mucho —dije antes de que abriera, tenía el pomo agarrado.

Se giró hacia mí sin perder la sonrisa, asintiendo.

—No hay de qué, Everly. Hoy he descubierto una cosa referente a ti.

—¿El qué? —Fruncí el gesto.

—Que contigo me sucedió desde el inicio lo mismo que a Kayden, con algún matiz que marca mucho la diferencia. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites, estaré ahí sin dudar.

—Gracias —susurré—. Lo mismo te digo por mi parte.

Con una gran sonrisa abrió y desapareció, dejándome sola en el interior. Me apoyé en la encimera del baño, sintiéndome temblorosa. Me había aclarado muchas cosas, pero otras se habían quedado en el aire. Me giré hacia el espejo y viendo mi reflejo mucho más relajado decidí salir también.

Con la puerta abierta miré hacia el pasillo, viéndolo despajado. Solté un suspiro al estar vacío y me dirigí hacia mi despacho. Me urgía quitarme la camisa que era la única prenda que podía sustituir en ese momento. Cuando llegué fue lo primero que hice, yendo hacia el armario. Me desprendí de ella y me coloqué la chaqueta agradeciendo la sensación porque tenía pelito por la parte interna.

Estaba caminando hacia la mesa, encajando el enganche de la cremallera para subirla, cuando la puerta se abrió de golpe, sobresaltándome y sin darme tiempo a reaccionar. Solté un jadeo por la impresión, anonadada y maldiciendo interiormente porque estaba a medio vestir, con mucha piel expuesta y con el sujetador visible porque la cremallera seguía abierta.

Rápido la subí de golpe ante los ojos de Kayden, que era quién había entrado y había visto perfectamente el espectáculo de cerca.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes llamar antes de entrar por una puerta que está cerrada? —Las palabras sonaron ahogadas porque me faltó la respiración mientras sentía un calor repentino e intenso, debido a la vergüenza.

—Lo lamento, no era mi intención… Soy el jefe. —Carraspeó y levanté una ceja porque para mí, en ese instante, esa «explicación» carecía de importancia—. A partir de este momento, ya sabes que no suelo llamar antes de entrar. —Terminó con voz ronca.

—Perfecto —dejé salir un suspiro y desvié la atención para no darle importancia, sentándome en la silla.

—Levanta, se acabó por hoy.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Por mucho que te hayas cambiado necesitas hacerlo en condiciones. Te vas para casa. —La intensidad de sus ojos me dejó paralizada por unas milésimas de segundo.

—Necesito cerrar unas cosas que he desatendido por la reunión.

—No se van a mover de ahí hasta que te incorpores el lunes. —Metió las manos en los bolsillos del traje.

—Ya…

—Haz caso, Everly, tómatelo como una orden —continuó.

—¿Todo lo solucionas dando órdenes? —Levanté una ceja.

—No me va mal haciéndolo de esa forma.

Sin querer alargarlo y sabiendo que tenía buena intención, apagué el ordenador y me levanté yendo hacia el armario. Cogí el bolso y la camisa que me había quitado, lo primero me lo colgué al hombro, la segunda la doblé para llevarla en la mano. Cuando me volví hacia él asintió conforme, lo que provocó que yo pusiera los ojos en blanco. Siendo sincera necesitaba irme y llegar a casa.

Cuando estaba acercándome a él, o más bien a la puerta, porque se había quedado cerca de ella, esta volvió a abrirse. Esa vez fue Brodie el que apareció y se quedó mirándonos por unos instantes sin saber qué decir, hasta que rompió el silencio que se había creado.

—Menos mal que no te has ido todavía. Venía a por ti, para llevarte a casa. Así no tienes que coger un taxi, está lloviendo mucho. —Se dirigió a mí.

—Oh, gracias —le sonreí y me hizo un guiño como respuesta.

—No hará falta, Grace y yo la acercamos. —Las palabras de Kayden me dejaron desconcertada. Me giré hacia él mostrando sorpresa.

—No hace… —Empecé a hablar, pero me calló con una simple mirada que de simple tuvo bien poco, ya os lo digo. Podía dejar petrificado a cualquiera.

—Para mí no supone ninguna molestia, señor Smith —intervino Brodie.

—Lo imagino —respondió serio—, pero para nosotros tampoco y nos coje de camino hacia donde tenemos que ir.

Me mordí la lengua para no decir nada al respecto, porque él no tenía ni idea de adónde había alquilado la vivienda. No quise tensar más la cuerda entre nosotros, ya había tenido bastante ese día y sinceramente necesitaba sellar un poco la paz para intentar lo que me había pedido y aconsejado Grace, conocer al hombre que era. Opté por mantener silencio.

—Vale. Entonces nos vemos el lunes, preciosa. —Se despidió de mí Brodie y le correspondí—. Señor Smith, hasta el próximo día. —Kayden asintió como respuesta.

—Vamos —me pidió cuando nos quedamos solos, caminando para salir.

—No había necesidad —susurré fuera de juego—. No sabes ni en la zona en la que vivo.

—Lo sé porque lo notificaste en recursos humanos para que tuvieran tu información actualizada, lo han hecho constar en el registro. —Agrandé los ojos cuando me miró de reojo—. Me tienen al tanto de todo, incluyendo la información de las modificaciones y reajustes de los trabajadores. Ya te he dicho que lo controlo todo al detalle —aclaró.

—Ah, joder, ¡qué nivel! —solté descolocada.

Me gustó que sus labios se curvaran. Un poco, no creáis que fue una sonrisa en condiciones, pero mejor eso que nada. Grace nos esperaba cerca del ascensor. Salimos del edificio sintiéndome fuera de lugar. Iba a estar dentro del coche del jefe, mierda, los nervios volvieron con fuerza.

Durante los cuarenta minutos que duró el trayecto, las miradas de Kayden a través del espejo retrovisor me acompañaron constantemente. La conversación que me dio Grace me ayudó a llevarlo mejor y agradecí que ocupara el asiento trasero, poniéndose a mi lado.

—Muchas gracias. Hasta el lunes —dije con la manilla agarrada, acabábamos de llegar frente a mi edificio.

Kayden asintió hacia mí, Grace me apretó una mano correspondiendo a mi despedida. De esa forma salí y caminé ligera hacia el portal. Todavía estaba lloviendo, pero ya no me importó por lo cerca que estaba de la ducha, a la que iría en cuanto entrara en el piso.

Lo primero que hice fue quitarme los zapatos, caminando descalza hacia la habitación con ellos en una mano. Los dejé a un lado para limpiarlos más tarde y colgué el bolso en una percha que había en un lateral. Fui hacia el baño y encendí un pequeño calefactor que había, poniéndolo en alto para sentir el calor directo en el cuerpo. Se me erizó la piel ante el contraste de temperatura, sintiéndome bien por la sensación.

Capítulo 20



Everly: *¿Has llegado ya a casa?*

Le estaba escribiendo a Naomi. Eran la siete de la tarde, había esperado hasta este momento porque supuestamente hacía media hora que había salido del trabajo. Cómoda en el sofá, tapada con una manta porque no había conseguido quitarme el frío del todo, esperé a ver si se ponía en línea.

La ducha me calentó cuando me la di, pero al pasar el tiempo tuve que abrigarme a conciencia y poner la calefacción. Seguía lloviendo y la temperatura se había desplomado. Era la primera vez desde que estaba en Escocia.

Naomi: *Entrando por la puerta, cariño, dame unos minutos.*

Everly: *Ok.*

Dejé el móvil a un lado y me centré en la televisión, en la película que estaba viendo e iba por la mitad. Para ella unos minutos equivalían a bastante más, lo del tiempo y las distancias no eran lo suyo. Lo último lo pudisteis comprobar cuando se equivocó en lo del casco antiguo de la zona en la que estaba trabajando, cuando me acompañó a la entrevista.

A las ocho, sin tener noticias de ella, me levanté para ir hacia la cocina para prepararme algo rápido de cena. No me apetecía liarme por lo que opté por prepararme un sándwich. Volví al sofá con él y empecé a comérmelo mientras buscaba algo nuevo en la tele. Todavía no me había acostumbrado a los canales del país y me costaba encontrar algo que me convenciera.

Cené, volví a acomodarme en el sofá, todo ello sin que Naomi se pusiera en contacto conmigo. Cuando los ojos se me estaban cerrando fue cuando la melodía de mi móvil sonó.

—A buenas horas —dije soñolienta.

—Que conste que hoy tengo excusa. —Rio—. Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Bien, creo. ¿Cuál es la excusa? Sorpréndeme. —Me espabilé sentándome.

—Tu queridísima madre —dijo divertida.

—¿Cómo?

—Estaba saliendo de la ducha y me ha llamado. Tu padre todavía no había llegado del trabajo y chica, no me preguntes cómo, pero ha desconfigurado la televisión. Se habrá puesto a darle a todos los botones del mando, total, que me ha pedido que fuera para ayudarla, para no tener que escuchar a tu padre cuando apareciera.

—¿En serio? —Reí porque no era la primera vez.

—Y tanto. Hace nada que estoy en casa, ya me he puesto el pijama. ¿Hacemos una videollamada?

—Vale —confirmé animada y colgamos. No tardamos en vernos las caras.

—¿Hace frío?

—Eres muy perspicaz —negué sonriendo, ajustándome la manta al cuerpo, cubriéndome entera.

—No se me escapa una. —Reímos—. Cuéntame cómo han ido estos días, las pocas veces que hemos hablado ha sido a la carrera —soltó un suspiro.

—Tienes que estar cansada. —Hice una mueca porque llevaba tres días muy intensos, descansando solo lo justo—. Hasta esta mañana muy bien, la relación con Brodie y con Sophie va genial. Me apoyan mucho.

—No lo sabes bien, en cuanto colguemos no volveré a la vida hasta que mi reloj interno me despierte. Me alegro, cariño, espero que no me sustituyas, ¿eh? Que voy para Escocia y te enteras. —Rio.

—No digas tonterías. Te echo de menos.

—Y yo. ¿Sabes?, creo que dentro de una semana podré tener cuatro días libres, lo mismo me lanzo y voy a verte.

—¿En serio? —Me ilusioné mientras ella asentía con energía.

—Ahora aclárame bien lo que has dicho. —Dejó el móvil apoyado y empezó a moverse por la cocina.

—¿Necesitas explicación? Si no te he contado nada. —Acercó la cara a la pantalla, levantando una ceja.

—Everly Sáez que a mí no me la das. Has dicho, «hasta esta mañana muy bien» —repitió—, habla.

—Tengo muchas novedades —dije en tono bajo.

—¿Sobre el trabajo? ¡No me digas que te han avisado de que no has pasado el periodo de prueba! —habló de carrerilla, con voz ahogada.

—No —reí—, va en otra dirección el tema.

—Espera, voy a meter una *pizza* en el horno y me pongo cómoda en el sofá como tú, para que me lo cuentes al detalle.

Sonreí con nostalgia viéndola de espaldas. Cómo hubiera necesitado tenerla a mi lado. Llevábamos poco tiempo alejadas, pero su ausencia pesaba, al igual que la de mis padres. Sería que estaba más sensible ese día, pensé.

—Ya soy toda tuya —confirmó sentándose—. ¿Qué ha pasado? Estás muy pensativa.

—No lo estoy, solo estaba esperándote —negué—. Voy al principio de todo —asintió concentrada—. Ponte en situación, vuelve al pasado… —Así empecé y continué refrescándole la memoria sobre lo que me pasó en la primera entrevista que hice en el país, las situaciones que viví cerca del hotel en el que estuve y remarqué la sorpresa que me llevé al encontrarme con el mismo hombre en España, cerca del gimnasio.

—Me acuerdo perfectamente. ¿Y? ¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que hoy he vuelto a ver al mismo hombre —carraspeé—, en el trabajo.

—¡No fastidies! —Se sorprendió—. Joder, qué coincidencia, chica.

—Eso no ha sido lo más asombroso —negué.

—Vale, dale, suéltalo ya. En el sofá estoy segura, no hay peligro de que me desplome cuando escuche muerta de envidia y teniéndote rabia, que ese impresionante escocés te ha tirado la caña, que te ha acorralado exigiendo una explicación del porqué estás en todos los lados para él, en distintos escenarios.

»Dime que has caído en sus redes y os habéis comido a besos, o algo más fuerte y jugoso, mmm... Diosss que lo he visto, que te vas a asentar ahí y me vas a hacer la mujer más feliz del universo, dilo, dilo… —soltó efusiva, creándose su propia historia mientras aplaudía.

—¿Qué dices? —Reí.

—¿No? —Hizo una mueca desanimándose al instante—. Pues ilumíname porque estoy perdida. Chica qué decepción, si es que, si no me tienes a tu lado te despistas y no vas a lo más importante. —Se llevó las manos a la cabeza, haciéndome reír otra vez.

—Es mi jefe.

—¿¡Qué…!? —gritó mientras acercaba la cara a la pantalla— Repite eso, por tu madre, padre,

por mí, vuelve a decirlo. Yaaa…

—Lo que has oído, es mi jefe. —Me tapé la cara.

—¡Qué fuerteee! No me lo puedo creer —dijo con un jadeo.

—Así me he quedado yo cuando lo he visto y he sabido quién era. —Bufé.

Para que supiera toda la información le conté la implicación de Kayden en la empresa, lo que me llevó al inicio de todo, dejándola con la boca abierta mientras le explicaba la conversación que había tenido con él. Así estuvo durante un buen rato, sin poder reaccionar. Añadí también la que había mantenido con Grace en el baño y la implicación que tenía con él.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Se llevó una mano al pecho.

—La *pizza* —la avisé.

—¿Qué…? ¡Oh, mierda! —Desapareció corriendo, saltando.

Unos minutos después se puso otra vez delante de la pantalla, con la cena entre las piernas.

—Me has dejado…

—Loca, fuera de juego, lo sé —asentí con energía.

—¡Qué hombre! —soltó un suspiro.

Si ya lo sabía, la conocía tan bien… superada la impresión con los gritos y la excitación correspondientes, pasó a la expresión de emoción y soñadora.

—Eres consciente de lo bonito que suena, cariño. Ese tal Kayden se lo ha currado.

—Al principio no me lo ha parecido, no lo he visto así. —Desvié la mirada—. Al escuchar la verdad me ha chocado, ha sido muy raro, Naomi.

—Pues lo es, mírame. —Lo hice—. Sé cómo habrás reaccionado, es lógico porque me pongo en tu situación y reconozco que hubiera tenido la misma ante un desconocido. Ya no lo es, sabes su nombre, quién es, tienes la información suficiente para no tener que preocuparte por cómo actuó por un motivo muy concreto.

»No está loco ni te persigue, bueno lo último me refiero en sentido malo porque en sí, lo ha hecho hasta hace poco. La finalidad era buena, Everly y ha conseguido lo que él necesitaba y lo que tú anhelabas. Él encontró paz en ello, tú ilusión y alegría de llevar a cabo tu sueño.

»Joder, al decir todo esto acabo de enamorarme perdidamente de ese hombreee… —Terminó gritando y después soltando una carcajada a la que me uní.

—Es que, si lo pintas así, suena muy bien.

—¿Cómo quieres que lo pinte? A brochazo limpio lo hago. Ayyy si yo lo pillara, se iba a enterar ese hombre cómo son los agradecimientos españoles.

—Españoles, no, los tuyos —negué divertida.

—Eso lo sabes tú que me conoces, él no tendría ni idea —asintió seria mientras se llevaba un trozo de *pizza* a la boca.

—Hay algo más. —Carraspeé captando su atención—. Me ha visto sin la parte de arriba de la ropa.

—¿Qué me estás contando? Me has engañado, te has lanzadooo… —gritó—. Ay, que me da, te la has quitado delante de él.

—No, ha sido antes.

—Así me gusta, adelantándote al momento y tomando la iniciativa. —Aplaudió emocionada.

—No tienes remedio. —Reí con ganas, contagiándola.

Le conté cómo se había dado la situación, pero de nada sirvió para que aflojara su emoción. Estuvimos riendo un rato por todas las preguntas que quiso saber, una de ellas fue que, si llevaba puesto un sujetador en condiciones, no como muchos de los que tengo que no pasan su nivel de exigencia. Que conste que todos son cómodos y bonitos, otra cosa es que no sean muy vistosos porque oye, los tenía de todo tipo. Pudo respirar tranquila cuando le confirmé que sí, que ese día había elegido uno más que aceptable.

—No se te habrá pasado por la cabeza dejar el trabajo, ¿no? —Quiso saber masticando.

—No he llegado a tanto —me encogí de hombros—, aunque sí que las dudas me han hecho pensar de más.

—Pues nada, te las acabo de aclarar todas, súmalo a las palabras de la tal Grace y tienes todo el conjunto completo para quedarte pegada a la silla de tu despacho indefinidamente.

—No me acuerdo si se lo he agradecido a Kayden. Ha sido tan inesperado y estaba tan nerviosa…

—Un gracias siempre llega a tiempo, aunque sea a destiempo, cariño. Abre bien las orejas y escúchame atentamente porque lo que voy a decir ahora es vital. —Levantó un dedo.

—Vital para ti, ¿no? —Reí.

—Sí, pero tú vas incluida en el lote. Mira, el lunes cuando llegues al trabajo… ¿él seguirá ahí no?

—No lo sé, creo que no se moverá de la empresa en todo el fin de semana. —Ante su mirada

extrañada le conté el motivo que lo llevó hasta ella, informándola de lo que lo había provocado, el accidente de avión.

—¡La leche! —Agrandó los ojos— ¿A Escocia se puede ir en tren?

—¿Por qué?

—¿Cómo qué por qué? Chica, pocas ganas me han quedado de subirme a un pájaro que sobrevuela el cielo después de lo que me has contado. La virgen. —Reí.

—Es un caso aislado y se están tomando medidas ya. Dudo de que te montaras en ninguno de nuestra compañía.

—Lo que tú digas, pero mi estómago tiene vida y decisión propia y ahora mismo me está pidiendo que vaya con urgencia al baño.

Conforme lo dijo dejó el plato con la *pizza* a un lado y salió disparada del sofá. La perdí de vista mientras me doblaba en el mío sin poder parar de reír.

Al regresar la acompañé mientras terminaba de cenar, porque el motivo que la hizo correr no impidió que se acabara la *pizza* al completo, como tampoco que me dijera lo que me había pedido que escuchara atenta. Según Naomi, tenía que empezar la semana buscando a Kayden, con la excusa de agradecerle todo lo que había hecho por mí, y ya de paso, llevarlo a cabo sentada enfrente de él, encima de la mesa cruzando las piernas ante sus ojos. Los pantalones quedaban descartados, según su lógica, así, se sacó toda la situación de la nada, porque a ver qué racionamiento tenía que yo actuara de esa forma de repente, pero para ella tuvo mucho peso la sugerencia. No alargamos mucho la videollamada porque el bajón por el cansancio no tardó en llegarle, quedando para hablar para rematar el plan al día siguiente, el domingo.

Seguí sus mismos pasos, me notaba rara y me apetecía meterme en la cama, por lo que apagué el televisor y bajé la temperatura de la calefacción antes de dirigirme a la habitación. No sabía si la rareza era por los nervios que había pasado durante la mañana o porque el remojón me iba a pasar factura.

Bien tapada y acurrucándome, cerré los ojos en la oscuridad. Fue inevitable que hiciera un repaso de todo, lo que no impidió que me quedara rápido dormida, pero sí propició que mi último pensamiento fuera uno concreto, Kayden.

Capítulo 21



Kayden

—Podrías haber venido más tarde —negué mirando de reojo a Grace.

Eran las seis de la mañana del domingo. No habíamos dormido mucho porque llegamos al hotel de madrugada. Cuando dejamos a Everly donde vivía, hicimos una parada para comer y descansar, regresando a la empresa por la tarde para seguir con la evaluación e inspección de todo. Al mismo lugar al que nos estábamos dirigiendo en ese instante.

—Da igual, durante el tiempo que tardemos en llegar ya estaré despierta del todo.

—Queda media hora —la informé.

—Perfecto. —Bostezó cerrando los ojos.

Me centré en la carretera, no había dejado de llover desde el día anterior. No sabía cuánto tiempo nos llevaría dar por terminada la investigación, teniendo en mis manos el resultado y las respuestas que necesitaba, pero debíamos apurar al máximo el tiempo porque por cada minuto que pasaba la pérdida aumentaba.

Yo también estaba cansado, no había conseguido cerrar los ojos, a pesar de cómo me sentía. Imposible por todos los pensamientos que rondaban mi cabeza, teniendo la mente activa. Intenté ponerle freno, pero de nada sirvió viendo pasar las pocas horas que supuestamente eran para descansar y dormir.

Cuando faltaban cinco minutos para llegar desperté a Grace para que se activara. Había tenido el impulso de no hacerlo, para dejarla dentro del coche hasta que abriera los ojos por ella misma, pero opté por preguntarle directamente porque sabía que si aceptaba no tardaría en coger el sueño otra vez, rápido. Era algo que envidiaba, en el buen sentido, pero envidia, al fin y al cabo, porque ya me gustaría a mí quedarme dormido en cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia y situación.

—¿Ya estamos? —Se removió en el asiento.

—A punto. ¿Por qué no te quedas aquí un rato y sigues descansando? En cuanto entre por la puerta voy a encerrarme en el despacho con Cameron, Arran y Harris, para revisar la documentación que dejaron encima de mi mesa antes de irnos anoche.

—No, quiero ayudarte —negó cabezota.

—Como quieras —acepté sin rechistar.

El aparcamiento estaba casi vacío, solo lo ocupaban los coches de los directivos que acabo de mencionar y los trabajadores que hacían el turno de mañana ese día, según el *planing* que terminaba esa semana porque era rotatorio y variaba cada quince días. No haría mucho que habrían llegado a la empresa.

Os pongo al día de con quién nos íbamos a reunir: Cameron era el director de recursos humanos, a parte de la persona en la que depositaba toda mi confianza ya que nos conocíamos de fuera de la empresa. Arran era el director de operaciones, se ocupaba de estar al frente de todas las actividades diarias, buscando siempre mejorar los procesos y siguiendo de cerca el desarrollo de la producción. Harris era el director de gestión de sistemas, definía la estrategia tecnológica y de seguridad, supervisando los trabajos que se llevaban a cabo centralizados en la fábrica, en la construcción de las piezas de las que Safe Dreams Company se encargaba.

Bajamos del coche y caminamos directos hacia la fábrica, el primer lugar que quería revisar. Los trabajadores nos esperaban sentados tomando un café ya que no podían hacer otra cosa por el momento.

—Buenos días. —Los saludé a todos, me correspondieron con los suyos—. Ahora que solo estáis vosotros y el grupo es más reducido, necesito saber si de un tiempo a esta parte habéis percibido algo anómalo que os haya llamado la atención. —Pasé la vista por cada uno de ellos, eran doce.

Todos negaron ante mis palabras y asentí porque así debía ser. Les pedí individualmente que se desplazaran a su zona habitual de trabajo y me explicaran a conciencia todo lo que solían hacer, al detalle. Ya era conocedor de ello, pero mi intención fue ver cómo reaccionaban ante mi presencia dirigida en exclusividad hacia cada uno, imponiéndoles, con Grace a mi lado, atenta a sus actitudes y a todo lo que fueron diciéndome por separado.

—Perfecto —dije hacia el último empleado, Elliot, después de que terminara de hablar.

—Señor Smith.

—¿Sí?

—Sabe que soy de los últimos que trabajan en la cadena de montaje y que dan el visto bueno al finalizar el proceso, antes de que se envíen las alas a la empresa que se encarga de amar todo el fuselaje del avión…

—Así es —hablé serio, con las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Hay algo que deba saber?

—No lo sé. —Pasó la mirada de Grace a mí. Se le notaba intranquilo.

—Ahora nos vamos a ir de aquí —empecé a hablar con tranquilidad, refiriéndome a ella y a mí —, dentro de diez minutos haz lo posible para entrar por la entrada principal del edificio de oficinas. Si necesitas más tiempo para pasar desapercibido no hay problema, nosotros esperaremos el que haga falta —asintió.

Le di la espalda y caminé junto a Grace.

—¿Crees que no quiere hablar aquí dentro? —susurró.

—No es que lo crea, es que lo ha dejado claro con su actitud e inseguridad —respondí de la misma forma.

—Joder. —Miró disimuladamente hacia los lados mientras seguíamos avanzando.

Cerca de la salida nos despedimos del resto que habían vuelto a agruparse, hablando animadamente entre ellos. Nos mostramos con la actitud de siempre, como si todo estuviera bien. Una vez llegamos al edificio de oficinas, que estaba vacío, porque solo lo ocupaban los directivos que estarían en sus despachos a la espera de nuestra aparición, caminé hacia un lateral y me apoyé en una mesa donde reposaba una gran maqueta de un avión. Crucé los brazos viendo a Grace ir de un lado al otro delante de mí, nerviosa.

—Relájate —le pedí.

—Kayden, ¿y si Elliot tiene la respuesta? —Se paró enfrente de mí.

—Pues lo habremos solucionado antes de tiempo.

—Ya —hizo una mueca—, miedo me da lo que tenga que decirnos. Cómo me gustaría ahora mismo saber actuar como tú.

Asentí estando de acuerdo con ella. Por mi parte no iba a perder los nervios ni el control, al menos, en lo que se refiere a exteriorizarlo porque por dentro ya estaba a la expectativa de volver a tener delante de mí a Elliot. Miré el reloj, no quedaba mucho para…

El sonido de unos pasos nos hizo girar las cabezas hacia la entrada, viendo a Elliot avanzar hacia nosotros.

—Señor…

—Aquí no, sígueme. —Me incorporé dirigiéndome hacia la puerta que había detrás de la recepción.

Abrí y les di paso, quedándome el último para cerrar.

—¿Has tenido problemas para llegar hasta aquí? —negó y asentí conforme. continué— ¿Qué

sucede? ¿Qué te tiene así? Es evidente que estás nervioso.

—Señor… —repitió.

—Kayden mejor.

—Está bien, no sé si me saldrá siempre, pero… Kayden, llevo un tiempo notando algo raro en la materia prima que manipulamos.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el gesto.

—Nosotros mismos supervisamos las gestiones de todo el proceso. No hemos variado en nada —intervino Grace extrañada.

—Verán, cuando las alas llegan a la última parte del montaje, en la que estoy yo, me he dado cuenta de que la resistencia del fuselaje y del armazón no son las mismas…

—Sigue —le pedí al verlo hacer una pausa. Apreté la mandíbula.

—La aleación del aluminio y la densidad con la que se revisten varias partes de las alas, cada vez que pasan por mis manos, las noto más débiles e inestables. Eso no debería de suceder porque unido a las piezas de plástico reforzado con fibras de carbono y de acero, tendría que ser lo contrario.

»El refuerzo y la resistencia en la parte final es muy notable y nunca ha variado. Tenga en cuenta que, en el proceso de fabricación, yo, junto a varios compañeros, somos el último paso antes de que el ala esté compuesta por completo, por lo tanto, la estructura ya viene casi armada cuando llega a nosotros. La consistencia y la fuerza tienen que ser máximas al manipularla.

—¿Alguno más de los que están contigo se han dado cuenta? —preguntó Grace y él asintió.

—Nosotros no somos entendidos en el material, en su composición. Pensamos que podría ser debido a algún cambio en el producto que mejorara la seguridad. Como algo más innovador —aclaró intranquilo.

—Relájate, esto no va en contra de ti. —Mi voz sonó ronca y profunda por el significado de lo que estaba escuchando.

—Gracias —asintió.

—¿Desde cuándo has notado que sucede? ¿Cuántas alas habrán salido de esta empresa en esas condiciones? —Quise saber.

—No le sabría decir la cantidad exacta, pero sí el tiempo que hace desde que empecé a extrañarme.

—¿Cuánto?

—Casi dos meses —dijo en tensión.

—Dos puñeteros meses. —Les di la espalda, empezando a moverme por la pequeña sala sintiéndome enjaulado y agobiado.

—Eso es mucho tiempo —habló Grace sin salir del asombro.

—La construcción de un ala se lleva a cabo en una semana y media —murmuré descolocado por la gravedad.

—El último cargamento aún no ha salido de aquí —comentó Elliot.

Me paré de golpe, centrándome en él.

—¿Qué cantidad hay para enviar a la empresa que monta el fuselaje?

—Yo diría, si no me equivoco, que tres —asentí.

—¿Ha habido rumores de algo? ¿Sabes si alguno de tus compañeros fuera de tu zona ha podido darse cuenta también?

—No lo sé, pero todos tenemos antigüedad en esta empresa. Llevamos muchos años manipulando y trabajando lo mismo, señor, quiero decir, Kayden.

—Por eso no querías hablar allí… —Tanteó Grace.

A mí no me hacía falta aclaración, ni que respondiera porque lo tenía muy claro.

—Así es, quería evitar problemas. Por eso me he mantenido callado hasta que he estado a solas con ustedes. Entiendo que nadie se ha atrevido a expresar las mismas dudas que tengo yo.

—Ya puedes irte. Gracias por tu implicación y preocupación, Elliot. Utilizaré la información que me has dado muy bien, y ten por seguro que tu nombre no constará en ningún lugar. Nadie sabrá que nos has informado.

Asintió agradecido, así lo mostró su expresión. Cuando estaba a punto de salir de la sala lo frené con mis últimas palabras hacia él.

—Elliot.

—¿Sí?

—Que no haya una próxima vez. No estoy dándote un toque de atención, ya te he dicho que agradezco inmensamente tu sinceridad. Me refiero a que, si vuelves a notar algo raro, por mínimo que sea, te pido que se lo notifiques a Cameron, el director de recursos humanos. Solo a él, ¿de acuerdo? De esa forma estaré al tanto al instante y podré solucionarlo antes de que todo se descontrole.

—Así lo haré. Gracias, señor.

—¿Cómo ha podido pasar? Nosotros somos los últimos en dar el visto bueno a toda la gestión de los materiales —habló Grace cuando nos quedamos solos.

—El visto bueno desde la distancia, sin ser conocedores realmente de lo que hay porque confiábamos en las personas que realizaban el trabajo desde aquí, Grace. Yo puedo aprobar un presupuesto, hacer llamadas a los distribuidores y acordar el producto final para asegurarme de la fiabilidad y calidad, pero ¿quién nos dice que en el transcurso de todo ello alguien no se inmiscuye para hacer alguna modificación?

—Pero los números están claros, los que tú pactas, Kayden. Si hubiera alguna variación lo sabríamos porque… —Se quedó callada de golpe, comprendiendo a lo que yo había llegado al escuchar las palabras de Elliot— No puede ser, quien sea se está quedando con la diferencia de dinero al adquirir material a más bajo coste. —Dejó salir un jadeo.

—Eso es un problema que resolveré más adelante, ahora lo que más nos urge es ponernos en contacto con la empresa que hace el montaje de aviones para que lo paralicen todo. No quiero que salga ni un puñetero avión de allí sin las pruebas pertinentes y de que me aseguren que todo es correcto.

—El tema es… ¿cuántos habrán salido ya? —susurró descompuesta.

Asentí y empecé a hacer cálculos mentales. Si hacía casi dos meses, me centraré en números redondos tomando de partida dos meses enteros, si hacía ese tiempo que Elliot y sus compañeros habían notado las diferencias, y si en la quinta empresa, que era donde se llevaba a cabo el montaje y la preparación, tardaban un mes en tenerlo adecuado para salir al mercado, con las correspondientes pruebas de vuelo…

—Las cuentas son exactas, solo han podido montar dos en esas condiciones. El resto de las alas que les hayan llegado estarán a la espera de ser utilizadas. Uno de los aviones es el accidentado, del otro necesito los puñeteros registros en los que se detalla qué empresa fue la compradora porque están poniendo en peligro muchas vidas —confirmé en tensión y con voz fría, con un nivel de cabreo que me superaba por momentos, pero estando junto a Grace no tenía problema en mostrarlo.

—Me pongo ahora mismo con ello —asintió caminando ligera hacia la puerta.

—Grace…

—No hace falta que me lo digas, seré toda sonrisas de cara a los que me encuentre. Aquí no ha pasado nada.

Asentí y la seguí para salir de allí porque me faltaba hasta el aire. Subimos en silencio hacia la tercera planta tomando caminos diferentes cuando accedimos a ella. El mío se dirigió hacia el despacho de Cameron, para reunirme primero con él, a puerta cerrada.

—Me ha extrañado no verte cuando he llegado, he pensado que se te habían pegado las sábanas —sonrió cuando entré, pero no tardó en cambiar de expresión al fijarse en la mía.

—No he dormido una mierda esta noche.

—¿Qué ocurre? —Se levantó de la silla, extrañado.

—He estado en la fábrica —dije caminando hacia la cristalera, dejando la vista fija hacia fuera.

—Ah, ya decía yo. ¿Y por qué parece que quieres comerte o destrozar a alguien? ¿Qué ha sucedido allí? ¿Has visto algo en concreto?

—Visto no, obtenido. —Me giré despacio hacia él—. Ya sé lo que está pasando.

—¿De verdad? ¿Cuáles son los fallos que se han cometido para el error tan grave que hemos tenido?

—La confianza.

—Tío, no te sigo…

—Nos la están jugando desde dentro, tomándonos por idiotas.

Su cara de asombro y consternación no se hizo esperar, ni siquiera pudo decir algo al respecto en ese instante, ni preguntó si estaba seguro porque cuando yo exteriorizaba algo y, sobre todo, de tanta magnitud y gravedad, era porque así era. Mientras digería y gestionaba lo que acababa de decirle, volví a darle la espalda, quedando de frente hacia la cristalera.

—¿Sabes lo que eso significa? —susurré pasados unos minutos.

—Sí, pero no quiero pensar en ello. —Imitó mi tono de voz—. Salgamos de aquí, por lo que has dicho no me fio. Vamos al bar de Athol, siempre está abierto y allí podrás explicarme cómo se ha dado todo y de qué te has enterado.

Capítulo 22



Everly

—Buenos días, preciosa —dije hacia Sophie, apoyándome en el mostrador de recepción.

—Buenos días, Everly. —Animada me devolvió el saludo.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, muy tranquilo. Como no ha dejado de llover… ¿y tú? Si hubiera hecho buen tiempo te hubiera llamado para quedar un rato.

—A mí me ha venido perfecto el tiempo que ha hecho, he descansado mucho. A ver si este que viene tenemos suerte y lo hacemos —sonreí.

—No tienes buena cara, ¿te encuentras bien?

—¿Se me nota? —Fruncí los labios—. Pensaba que con el maquillaje pasaría desapercibido.

—Algo disimula, pero al menos yo te lo he notado.

—Ayer tuve fiebre, la ducha que me di bajo la lluvia no me sentó muy bien —negué—. Acabo de tomarme una pastilla y vengo equipada para salir victoriosa del día, llevo un cargamento de ellas en el bolso. —Le hice un guiño.

—No me extraña, con el frío que hacía…

—¿Se sabe algo de lo que se dijo en la reunión que tuvimos? No sé si aún continuarán por…

—Siguen aquí, sí. —Curvó los labios—. He visto al señor Smith cuando he llegado.

—Ah, vale —asentí haciéndome la distraída—. Voy al despacho ya, el sábado no hice nada y se me ha acumulado el trabajo. —Hice una mueca.

—Venga, ánimo. Seguro que te lo quitas de encima rápido.

—Hasta que tenga más —sonreí.

Nos despedimos hasta que nos reuniéramos en la cafetería sobre las diez y media, para tomar un café. Nada más acceder a la sala principal de mi planta miré disimuladamente alrededor mientras iba saludando a los compañeros. Con el camino libre, llegué a la puerta de mi despacho, pero la dejé entreabierta al escuchar mi nombre a la espalda.

—Hola, buenos días. —Saludé a Cameron que era quien me había llamado. Me correspondió al saludo.

—¿Todo bien? —Era algo que siempre me preguntaba, cada día desde que empecé a trabajar.

—Sí —sonreí.

—Perfecto, sabes que para cualquier cosa solo tienes que buscarme. —Me devolvió el gesto.

—Lo sé, gracias —asentí—. Cameron…

—Dime.

—Ka… —Rectifiqué a tiempo, conteniendo el mencionarlo por su nombre—. ¿El señor Smith está en la planta? El sábado me quedó algo por decirle y me gustaría hacerlo ahora, antes de dejar pasar más el tiempo.

—Siento decirte que no, ha tenido que salir para hacer unas gestiones.

—Ah, de acuerdo. Pues voy a… —Señalé hacia el interior del despacho.

Con una sonrisa se alejó de mí. Cerré la puerta para aislarme de todo y para encontrar la concentración que necesitaba. Al dejar el abrigo en el armario me vino un *flash* de la inesperada aparición de Kayden, de cómo me pilló a medio tapar. Negué apartando el recuerdo al sentir un escalofrío recorrerme.

Me senté encendiendo el ordenador y me olvidé de todo, menos de las carpetas que fui trasladando poco a poco al montón de trabajo hecho. Con el paso del tiempo fui encontrándome peor. Varias veces me toqué la frente para comprobar si me había subido la fiebre. No fue así, aunque la sensación que notaba en todo el cuerpo indicaba lo contrario.

Me recosté en la silla frotándome la frente y enfoqué la vista en la pantalla para comprobar la hora que era. Me levanté de golpe al ver que pasaban cinco minutos de las diez y media, hora en la que me veía con Brodie y Sophie en la cafetería. Hacia ella me dirigí sabiendo que me sentaría muy bien algo caliente por el dolor de garganta que tenía. Cuando llegué saludé a los chicos con una mano mientras me dirigía a pedir.

—No me había dado cuenta de la hora —dije al sentarme en la mesa.

—¿A ti se te ha pasado la hora del café? —Levantó una ceja Brodie, divertido—. No estás bien.

—Lo último lo dijo confirmándolo, mirándome con atención.

—Te brillan mucho los ojos —comentó Sophie haciendo una mueca.

—A las tres cosas sí —dejé salir un suspiro mientras ponía el café a mi gusto y me llevaba la taza a los labios.

—Tómate algo.

—Todavía no puedo, no hace el tiempo. —Me encogí de hombros hacia Sophie.

—Lo que tendrías que hacer es decírselo a Cameron, te enviaría a casa al momento —negó Brodie.

—No es para tanto. Todavía no tengo fiebre, más que nada son las sensaciones que tengo. —Descarté la posibilidad.

—Ya veremos cómo te encuentras cuando terminemos aquí —habló Brodie y asentí.

—Por cierto, el señor Smith no está. Me lo han notificado hace un rato, lo digo porque como lo hemos hablado antes…

—Lo sé, Cameron me ha informado nada más llegar.

—Ya que habéis sacado el tema… —Carraspeó Brodie.

—Nos tiene en ascuas —añadió Sophie, divertida.

—¿Qué queréis saber? —Los miré mientras me calentaba las manos con la taza.

—Lo que puedas contarnos y quieras. —Me hizo un guiño él.

—Está bien —asentí sonriendo.

Les expliqué de qué conocía a Kayden y las coincidencias que nos habían rodeado a los dos, aparte de todo lo que había hecho él para dar conmigo y hacer que terminara trabajando junto a ellos. Hablé relajada y con confianza, la que ellos me habían dado desde el principio de conocerlos.

—Ostras. —Fue la primera reacción de Sophie.

—Con razón quiso encargarse de ti el sábado. —Repiqueteó los dedos en la mesa Brodie.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Sophie.

—Se empeñó en llevarla a su casa cuando yo se lo propuse porque llovía mucho —respondió él, sonriendo.

—¿En serio? ¿El señor Smith te llevó? —Fijó los ojos en mí Sophie, asombrada.

—No fue para tanto —negué quitándole importancia—, Grace también venía con nosotros. Fueron muy amables.

—Nadie dice lo contrario —rio Brodie—, pero no deja de ser interesante. —Levantó las dos cejas de forma graciosa.

Entre comentarios divertidos, los que yo fui frenando para que no se vinieran arriba, se pasó el tiempo de desconexión. Me guardé para mí lo que sucedió en mi despacho, de esa intimidad solo era conocedora Naomi. Sophie se despidió de nosotros y Brodie y yo subimos hacia nuestra planta para continuar con el trabajo.

—No vayas a hacer el tonto y fuerces más de la cuenta. Si empeoras dilo —me pidió.

—Lo haré —asentí.

—Claro, voy a hacer como que me lo creo —negó mientras se alejaba de mí—. En un rato voy a ver qué tal estás.

Cuando me dejé caer en mi silla, porque fue lo que sucedió, solté varios suspiros. Me encontraba sin fuerzas, pero igualmente volví a centrarme en el trabajo, más lenta de lo normal, adelantando a paso de tortuga, pero me sirvió para tranquilizarme al ver que iba avanzando. Dos horas después me levanté con pesadez, dirigiéndome hacia el armario para coger una pastilla del bolso.

De pie junto a la mesa, tomándomela, me atraganté con el sorbo de agua. El motivo fue que la puerta se abrió de golpe, sobresaltándome al no esperarlo. Otra vez sucedió y si no hubiera estado de frente a ella no habría dudado en saber quién había entrado. Cuando me recompuse los ojos se me pusieron en blanco ante Kayden. Se acercó hasta mí, quedándose parado al otro lado de la mesa.

—¿Qué te ocurre?

—Buenos días, jefe —dije con guasa.

—Buenos días. —Carraspeó.

—Se me ha ido el agua por donde no debía. —Me senté despacio sin dejar de observarlo.

—Te has tomado algo —afirmó.

—No te pierdes un detalle, ¿eh? —negué.

—¿Qué era?

—Una simple pastilla para el dolor de cabeza. —Mentira no fue, aunque no dijera la verdad completa. Me dolía bastante.

Me miró con intensidad, lo que provocó que desviara la atención hacia los papeles y me pusiera a ordenarlos.

—¿Querías algo? —le pregunté al notar que se mantenía quieto y sin volver a hablar.

—Nada en especial. He llegado ahora mismo y Cameron me ha dicho que has preguntado por mí. —Llevé la vista hacia él.

—Sí. —Me incorporé despacio para quedar de pie frente a él.

—¿Has tomado una decisión sobre el trabajo? —Se guardó las manos en los bolsillos del traje—. Me refiero a si ha afectado en algo la conversación que tuvimos para que continúes aquí. ¿Se trata de eso?

—Eh, no. Sobre ese tema no tengo nada en lo que pensar. Este es mi sueño, lo he conseguido de una forma no esperada, pero conseguido, al fin y al cabo. Y si no hay ninguna pega en que me quede, por mi parte quiero hacerlo.

—Ya te dejé claro lo que opino al respecto —asintió y pude ver satisfacción en su expresión.

—He preguntado por ti porque el sábado, después de todo y por cómo me quedé, no fui capaz de reaccionar dándote las gracias.

—Las gracias… —repitió.

—Así es, por lo que hiciste para subsanar el malentendido y por hacer posible que esté hoy aquí —aclaré por si tenía alguna duda, aunque no lo creía por cómo me observó.

—No tienes que dármelas, es lo que debía hacer —habló serio.

—Bueno —carraspeé—, cualquier otra persona en la misma situación no se hubiera tomado tantas molestias para…

—No soy uno cualquiera —me cortó.

Nuestras miradas se quedaron unidas mientras el silencio nos envolvía durante un tiempo porque no dijimos nada más.

—Solo era por ese motivo —susurré.

Ocupé otra vez la silla sintiendo las piernas temblorosas, entre cómo me encontraba, su presencia y la intensidad que transmitía…

—¿Has avanzado en el trabajo?

—Sí, por ahora solo me quedan estas dos carpetas. —Puse una mano encima de ellas.

—Perfecto —asintió—, pues recoge. Te vas para casa —Se giró y caminó hacia la puerta.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué? —Mi voz salió más alta de lo normal, por el asombro de lo que acababa de decir.

—Me las sé todas, Everly, y si piensas que la excusa del dolor de cabeza me la he creído, es que tienes mucho que aprender de mí todavía… no dudo de que te duela, pero solo hay que mirarte bien —dijo medio girado hacia mí—. Tienes los ojos brillantes, tu expresión es de cansancio, tus movimientos son más lentos de los habituales y tu tono de voz dista mucho del normal, aunque no te hayas dado cuenta o lo quieras disimular… ahora dime si estoy o no en lo cierto. —Levantó una ceja.

—No te has equivocado —susurré.

—No me hacía falta la confirmación, pero te agradezco que no vuelvas a engañarme —asintió serio—. Recoge, en cinco minutos te espero en la entrada principal para llevarte a casa.

—No, no… no hace falta. Cogeré un taxi.

—No te he dado elección, es lo que va a ser. —Frunció el gesto—. Yo mismo te llevaré a casa para que descanses. Cinco minutos. —Abrió la puerta.

Nerviosa dejé los ojos fijos en ella, sin creerme que otra vez fuera a estar dentro de su coche y aún peor, a solas con él. La puerta volvió a abrirse de repente, provocando que diera un pequeño respingo.

—No vuelvas a mentirme ni a ocultarme nada. —Su seriedad y frialdad me dejaron por unos segundos sin saber qué decir. Tragué saliva.

—Lo siento, no era mi intención…

—Sé por qué lo has hecho, pero no tiene lógica que estés aquí encontrándote de esa manera. Tendrías que haber sido tú la que hubiera puesto en aviso a Cameron desde el principio, o no venir directamente.

—Hace pocos días que empecé a trabajar aquí…

—¿Y? Otra cosa que debes tener muy clara desde ya, Everly, es que una vez que una persona entra a formar parte de nuestra empresa, sea cual sea de ellas, es prioridad para nosotros porque esperamos que el trato sea recíproco.

»Sé muy bien a quiénes elijo para formar parte de todo esto, desde la personalidad, la actitud y hasta el valor que puede suponer su trabajo y experiencia, todo lo analizo al detalle. Al igual que no tolero las injusticias y las malas artes, no permito que alguien que esté a mi cargo se sienta mal por la circunstancia que sea. ¿Queda claro? Ni una mentira más, por piadosa que sea.

—Sí —susurré.

—Te espero en la salida. —Cerró tan rápido como había abierto.

—Joder —dije para mí cuando me quedé sola, sintiendo los nervios recorrerme—. La leche, cómo impone. —Hice una mueca.

Capítulo 23



Kayden

—Kayden. —Escuché la voz de Grace y me paré girándome hacia ella—. ¿Adónde vas? ¿A reunirte con alguien? Quería comentarte algo.

—¿Es urgente?

—No va de unos minutos, puede esperar. —Ladeó la cabeza con toda la atención puesta en mí —. ¿Desde cuándo retrasas algo del trabajo?

—Se trata de prioridades —respondí serio.

—Peor me lo pones, porque… ¿en qué momento el trabajo no lo es para ti? —Se cruzó de brazos.

—Dame una tregua, Grace —negué.

Desvié la vista detrás de ella, viendo a Everly acercarse a nosotros. Maldije interiormente. No es que quisiera ocultarle nada a Grace, pero no me apetecía en ese instante que supiera el motivo por el que estaba intentando esquivarla. Me lo comí de pleno cuando Everly habló, al llegar a nosotros.

—Si tienes algo que hacer y te lo has pensado mejor no hay problema, cojo un taxi —fue lo que dijo.

—No —respondí rápido.

—¿Qué pasa aquí? —Los ojos de Grace pasaron de uno a otro, mostrando diversión, hasta que se fijó bien en la cara de Everly— ¿Qué te ocurre? —Se centró en ella.

—No me encuentro muy bien —sonrió—. Kayden se ha ofrecido a llevarme a casa.

—Jolines. —Reaccionó mirándome de reojo—. Qué buen jefe tenemos, ¿verdad?

—Grace. —Le di un toque de atención, el que no tomó en cuenta, para variar.

—No te preocupes Kayden, ya hablaremos cuando regreses. —Me hizo un guiño con mucha intención, al menos hacia mí que la conocía muy bien—. Ahora lo más importante es que dejes a Everly en su casa, cómoda y segura. —Les di la espalda poniendo los ojos en blanco.

—Vamos —pedí mientras caminaba.

Las escuché despedirse, con el añadido de Grace de que descansara y que se recuperara del todo antes de regresar. Everly enseguida se puso a mi lado, caminando. Aflojé el paso al recordar el comentario que me hizo en la calle, yendo a la par de ella. En silencio entramos en el ascensor y con el mismo silencio llegamos a la planta baja, saliendo de él. La llevé hasta el coche y nos montamos.

Para que se relajara porque era evidente que estaba nerviosa, subí el volumen de la música y me puse en marcha sin hacer ningún comentario. De esa forma recorrimos gran parte del trayecto, en el que estuve atento mirándola de reojo, en cuanto recostó la cabeza con un pequeño suspiro y cerró los ojos.

—Este no es el camino habitual —susurró cuando los abrió y se fijó bien en el paisaje que nos rodeaba.

Habíamos salido de la ciudad, la vegetación, de un verde intenso se llevaba toda la atención miraras hacia donde miraras.

—He tenido que desviarme y dar un rodeo. —Señalé hacia el móvil—. Es una aplicación que me avisa del tráfico y las retenciones que hay. Ha habido un accidente y la carretera principal y muchas de las secundarias que llegan hasta ella están bloqueadas.

—Ah —dijo con la vista centrada en la pantalla, viéndolo por ella misma porque aparecían marcadas en rojo para evitarlas—. El lago Ness está cerca de aquí. El nombre del pueblo que pone en ese cartel lo recuerdo. —Lo señaló antes de que lo dejáramos atrás—. A Naomi y a mí nos hacía mucha ilusión ir y casi memorizamos las rutas que llevaban hacia él.

—¿Quién?

—Mi mejor amiga. Me acompañó los días que vine a Escocia para la entrevista en Safe Dreams Company —me aclaró.

—Entiendo —asentí sin perder de vista la carretera—. ¿Lo pudisteis ver de cerca?

—No, el tiempo no acompañó y nos quedamos con las ganas. Planeamos ir al día siguiente de la entrevista, pero como me llamaron el mismo día, por la noche, notificándome que me habían cogido, tuve que regresar a la empresa para una reunión con todos los directivos. —Se encogió de hombros—. Ese día y los posteriores que estuvimos aquí llovió mucho. No tuvimos la oportunidad porque en el hotel nos aconsejaron que no nos aventuráramos con las condiciones como estaban.

—Es algo normal en este país y más en la época en la que estamos.

—Lo sé, como para no hacerlo. Naomi es una apasionada de todo esto —sonrió y pude ver la nostalgia que le produjo referirse a ella.

—Si quieres puedo acercarte ahora un momento, aunque no nos bajemos del coche —las palabras me salieron antes de poder retener el impulso—. Olvídalo, te encuentras mal —negué.

—Puedo aguantar un poco más, aún no me ha subido la fiebre. Me sintiendo floja, pero me gustaría mucho.

—¿De verdad? —Me quise asegurar y la miré directamente por unos segundos.

Su expresión habló por ella y el asentimiento de cabeza que hizo, repetido hacia mí, lo confirmó. No tuvo ni que hablar para que estuviera seguro de ello.

—Está bien, te voy a llevar a un lugar desde el que lo verás bien.

—Gracias —susurró.

—Deja de dármelas —negué.

Me desvié hacia el pueblo que ella había recordado y antes de acceder a él, tomé un camino paralelo que nos llevó frente a un castillo. Paré el coche cuando ya no pude ir más lejos. El paisaje lo decoraba de fondo el lago rodeado de vegetación, con la construcción que en su época fue una fortaleza, situada a su orilla y complementando el panorama delante de nosotros.

—¡Qué bonito! Es precioso. Cuando Naomi se entere de que he estado aquí le va a dar algo —murmuró llevando la vista de un lado al otro.

—Este es el castillo de Urquhart y como ves está en ruinas, fue parcialmente destruido en mil seiscientos noventa y dos por los ingleses para evitar que fuera capturado por los jacobitas, en la guerra de independencia con Escocia, al ser un punto estratégico. Nunca lo reconstruyeron y poco a poco, al quedar abandonado, cayó y se deterioró hasta el punto en el que lo estás viendo.

»A pesar de su estado conserva el encanto porque lo mantienen y cuidan para que permanezca, por la importancia que tuvo y lo que representa para la historia. Es patrimonio de Escocia, pasó a manos del estado por parte de la familia Grant, una muy importante e influyente por aquellos tiempos.

»Es una parada obligatoria y el tercer lugar más visitado, al ser una de las fortalezas más icónicas y famosas del país, con un paisaje espectacular que toma fuerza por el mito del lago Ness. Se puede hacer una ruta por el lago y desde él se ve aún más impresionante.

»Dado al temporal que ha habido últimamente, ahora mismo no hay personas por aquí visitándolo, pero te sorprendería venir a este mismo lugar un día soleado, estaría lleno de turistas que quieren descubrirlo. La historia que lo envuelve es muy interesante, pero no te cuento más para que termines de descubrirla por ti misma junto a tu amiga —sonrió hacia mí.

—¿Podemos bajar para verlo un poquito más de cerca?

—¿Me lo preguntas? —Levanté una ceja—. Ya has agarrado la maneta.

—Era por quedar bien. —Rio y curvé un poco los labios. Terminé negando mientras la seguía porque no tardó en salir.

—No sé si es buena idea. —Carraspeé al llegar a su lado.

—Solo será un momento, rapidito.

Caminamos por el sendero que llevaba hasta el castillo, sin ninguna intención de llegar hasta él porque nos separaba bastante distancia, al menos por mi parte.

—Tiene una magia especial —habló concentrada en todo lo que veía y su vista alcanzaba.

—Así es —confirmé susurrando.

La diferencia entre los dos fue que ella estaba atenta a todo menos a mí, cuando la mía, mi atención, solo estaba centrada en ella en ese instante. Se mostraba emocionada, a pesar de su estado, porque visualmente cada vez aparentaba que se encontraba peor, no podía ocultar las sensaciones que le provocaba el lugar.

—Voy a hacer fotos para enviárselas después a Naomi, va a flipar.

—¿A qué? —Fruncí el gesto sin entender la última palabra porque en esa ocasión habló en español y no la encajé en ninguno de los significados que conocía, haciéndola reír.

—Quiere decir que va a alucinar, que se va a volver loca poniéndose histérica cuando las vea.

—Vale, va a flipar —repetí interiorizándolo, provocando que volviera a reír, soltando una carcajada.

Al escucharla sentí una sensación cálida en mi interior. La observé manipular el móvil mientras sacaba fotografías hacia todos los detalles sin perder la sonrisa. En silencio, sin perturbarlo, nos dejamos envolver por el paisaje y lo que transmitía.

—Quiero volver aquí —habló al cabo de un tiempo.

—Podrás hacerlo cuántas veces quieras —aseguré—. Por ahora ya está, volvamos al coche.

—Si no mandas o exiges no te quedas a gusto, ¿eh? —Se dirigió a mí divertida.

—No he hecho ninguna de las dos cosas, solo lo he sugerido —aclaré levantando una ceja—. A estas alturas deberías saber la gran diferencia que hubiera supuesto haber optado por esas opciones.

—Las bromas tampoco son lo tuyo, ¿no? —Apretó los labios.

—¿Era una broma?

—Sí —rio—, no soy la única que tiene que aprender hacia el otro. No me coges el punto.

—Tendré que ponerle remedio y cogértelo rápido. —La voz me salió más ronca y profunda, marcando la diferencia.

Tanto la marcó que interpretó perfectamente el conjunto al completo. La dejé callada de golpe mientras nuestros ojos se mantenían en el otro. En ese instante, en el que me centré en ellos con detalle, me di cuenta de que el brillo había aumentado, por lo que maldije temiendo que hubiera empeorado.

Acorté los pasos que nos separaban y me aventuré a tocarle la cara con una mano. Contuvo el aire ante mi gesto, yo apreté la mandíbula al tener la respuesta.

—No me has avisado de que tienes fiebre. Cuando hemos salido de la empresa no era así —dije serio.

—Solo un poco, pero la experiencia ha valido la pena —susurró.

—Lo ha hecho —dije en tono bajo, sin perder el contacto con ella—. Es hora de irnos.

—Sí. —Aceptó con un murmullo.

Ninguno de los dos nos movimos y terminé reaccionando como deseaba, sin pensar en la lógica de separarme de ella, en ese momento ni existió ni la encontré. Mi mano se movió en su mejilla, acariciándola, hasta llevarla detrás de la nuca, siguiendo con las caricias en esa zona. Sentí el calor que desprendía su cuerpo, por la temperatura que le provocaba la fiebre, mientras la acercaba hacia mí. Nos quedamos a pocos centímetros de distancia.

—Tendrías que habérmelo dicho —dije en tono bajo y profundo.

—No quería que terminara. —Tragó saliva—. Kayden…

—No sé lo que estoy haciendo, Everly. Desde que apareciste en mi vida me descolocaste por completo, haciéndome actuar de una forma… ¿Lo deseas? —Me incliné hacia ella para que interpretara bien mi pregunta, sin margen de error porque me quedé a pocos centímetros de sus labios— Si me dices que no es lo que quieres me apartaré y no volverá a suceder nunca más, respetándote —susurré.

—No es el mejor día para…

—¿Para qué?

—Besarme, besarnos porque es lo que va a suceder, ¿o no?

—Estás en lo cierto. ¿Y según tú hay días buenos o malos para hacerlo? Nunca había escuchado esa excusa.

—No lo es. Me refiero a que estoy mala y puedo…

Cómo si me importara que pudiera contagiarme porque era la insinuación que quedó en el aire. No dejé que terminara uniendo mis labios a los suyos, rozándolos y tanteando su reacción. Ante el agarre de sus manos en mi chaqueta, acercándome a su cuerpo para que no quedara espacio entre nosotros, mi boca se movió sobre la suya con unas ganas desorbitadas que arrasaron todo mi interior.

Se me fue la puñetera cabeza, totalmente, pero ignoré todas las alertas que suponía lo que estaba haciendo y me dejé llevar por la necesidad imperiosa de sentirla de esa forma. Nuestros labios buscándose, nuestras lenguas descubriéndose por primera vez, nuestras manos aferrándose al otro…

Cuando nos separamos con las respiraciones agitadas no la solté, recorriendo todos los detalles de su cara.

—Has provocado lo impensable —susurré sobre sus labios.

—¿Yo? ¿El qué? —Me imitó.

—Volverme loco hasta este punto —confirmé con sinceridad.

Era una realidad que me perseguía desde hacía mucho tiempo y a la que había terminado claudicando sin poderme resistir.

—¿Al gran Kayden, señor Smith? —murmuró sonrojada, asentí despacio.

—Soy un hombre normal —dije separándome, poniéndome recto dada la diferencia de altura.

—Nunca lo has sido. —El rubor cubrió aún más su cara, pero bien mereció la pena por lo que escuché.

La agarré de una mano y tiré de ella para llevarla hasta el coche. A pesar del motivo que nos había llevado hasta allí no podría haberse dado mejor, ni por asomo, o sí, porque mi necesidad se había incrementado y si no se encontrara mal…

Capítulo 24



Everly

Tres días completos estuve sin salir del piso, recobrando fuerzas y esperando a que la fiebre desapareciera. Al cuarto fue cuando salí por la puerta para retomar mi rutina, sintiéndome floja, pero sin síntomas y notando que quedaba poco para la recuperación completa.

Después de lo que sucedió con Kayden frente al lago Ness, me trajo rápido a casa. Aturdida por su cercanía y el beso que nos dimos, me mantuve en silencio, por eso y porque poco a poco me vine abajo al sentir que la fiebre despuntaba. Le puse remedio en cuanto llegué, tomándome una pastilla ante su presencia porque se empeñó en acompañarme.

Tenerlo donde vivía, en mi espacio, pendiente de mí porque hasta que no me tumbé en el sofá y me cubrió con una manta no se quedó conforme, me dejó embobada hacia él. En aquel momento entendí las palabras de Grace, las que me dijo en el interior del baño, aclarándome cómo era Kayden en las distancias cortas y más íntimamente, sin el peso de ser el controlador autoritario de siempre.

No se apartó de mí. El último recuerdo que tuve fue el sentir sus manos recorriendo mi cara para comprobar mi temperatura y ajustándome la manta al cuerpo para que no cogiera más frío al empezar a sudar la fiebre por el efecto de la medicación. Cuando abrí los ojos con pesadez después de varias horas de descanso, por la tarde, estaba sola.

Ni cuenta me di cuando se fue y me llevé una gran sorpresa cuando con pereza me dirigí hacia la cocina para comer algo, con la intención de tomarme otra pastilla. Encima del fuego apagado había una olla y me acerqué hasta ella porque por la mañana, antes de salir de casa para ir al trabajo, lo había dejado todo recogido.

Asombrada vi una sopa preparada en el interior. Se tomó su tiempo para hacerla con todo lo que encontró en la nevera, para dejarme algo caliente para la noche o para cuando me apeteciera. Sonreí emocionada, como una tonta, ante otro de los detalles que tuvo conmigo. Uno muy bonito y que seguía diciendo mucho de él.

Esa noche Naomi me llamó, pero no tuve fuerzas para hablar mucho. Quedamos en que al día

siguiente por la mañana lo haríamos porque ella hacía turno de tarde. Después de repetirme varias veces lo que tenía que hacer para recuperarme y de que si me encontraba peor la llamara fuera la hora que fuera, nos despedimos, por mi parte agotada y sin ganas de nada, solo con la necesidad de seguir con los ojos cerrados como llevaba haciendo desde que me tomé la sopa caliente que me preparó Kayden.

Me reservé el contarle las últimas novedades y el enviarle todas las fotos que había hecho del lago Ness y de los alrededores, para no ponerla alterada porque tenía claro que terminaría gritando de la emoción. Lo que no sabía por cuál de las dos cosas lo haría más, si perdería importancia dónde había estado para centrarse en lo que había sucedido con Kayden.

✣ ✣ ✣

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué maravilla! ¡Y yo me lo he perdido! —gritó, lloriqueó y saltó, todo al mismo tiempo.

Eran las once de la mañana y hacía pocos minutos que estábamos en videollamada. Sus reacciones se debían a que acababa de enviarle todas las fotografías de golpe, sin avisarla antes. De ahí que me dejara sorda y no tuviera más remedio que reír al verla.

—La verdad es que sí, me encantó. No te preocupes que en cuanto vengas iremos a pasar un día completo, bien lo merece —aseguré.

—Jo —hizo un puchero—, qué mala suerte tuvimos. —Se refirió al tiempo que hizo cuando me acompañó al país.

—Así lo coges con más ganas —sonreí.

—Tú mejor que nadie sabes que de eso voy sobrada, cariño. —Rio—. ¿Cómo has pasado la noche? ¿Cómo te encuentras?

—Regulín. Me he despertado muchas veces cubierta en sudor y con molestias —solté un suspiro.

—Tendrías que ir al médico —negó preocupada.

—Es un simple resfriado por el frío que pasé cuando me mojé. —Me encogí de hombros.

—¿Ahora cómo estás?

—Más o menos bien, la última pastilla que me he tomado está en pleno efecto. Deja de poner esa cara que me has visto muchas veces así —sonreí con cariño.

—Ya, pero estábamos cerca —hizo una mueca—, para cuidarte y para darte collejas si no me hacías caso.

—Suerte que nos separan muchos kilómetros ahora, por lo de las collejas. —Reímos.

—Descríbeme todo lo que viste ayer, anda, ponme los dientes largos. —Aplaudió.

Así lo hice, le detallé todo lo que descubrí y mostraban las imágenes. Emocionada me escuchó atenta sin interrumpirme en ningún momento.

—¿Y cómo terminaste allí? Con lo mal que te encontrabas… —Quiso saber extrañada.

—Bueno —carraspeé—, es que hay algo importante que tengo que contarte.

—Ya estás tardando en hacerlo —dijo con las dos cejas levantadas.

Le expliqué cómo se dio para que me fuera del trabajo, por la aparición de Kayden que me obligó a salir de él, ofreciéndose a llevarme a casa. Toqué muy rápido y por encima el motivo que nos llevó a dar un gran rodeo para llegar hasta donde vivía, lo que provocó que pasáramos cerca del lugar de las fotografías. Dejé de hablar antes de llegar a la última parte, con el lago Ness de fondo como protagonista, siendo testigo del acercamiento que tuvimos Kayden y yo.

—¡Qué majo es ese hombre, leches! Está en todo. —Aplaudió, haciéndome sonreír.

—Pues sí, lo es —confirmé con convicción.

—Uyyy, ¿y esa vocecilla que te ha salido?

—Es que ahora viene lo más impactante. —Me sonrojé.

—¿Te has puesto colorada? —Acercó la cara a la pantalla, mirándome con atención y con los ojos abiertos al máximo para asegurarse y descifrarme.

—Es por la fiebre. —Apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—Claro, la que no tienes ahora, ¿no? —Entrecerró los ojos—. Suéltalo ya porque creo que mi desmayo viene ahora, con lo que vas a decirme. ¿Me equivoco?

—Caerás en blando, estás en la cama. —Terminé riendo sin poder retenerme más.

—Tú sigue alargándolo… lo que quieres es que me dé algo. —Bufó.

—Ayer me besé con Kayden —lo solté rápido.

—¿Cómo? —gritó— Espera, espera, voy a limpiarme los oídos porque no he escuchado bien.

De un salto desapareció de delante de la pantalla, haciendo la broma como si fuera a hacerlo, pero apareció a los pocos segundos con cara de expectación.

—Explícame eso bien, por tu madre —me pidió nerviosa.

Le conté cómo se produjo, lo que sentí ante su contacto y continué diciéndole todo lo que hizo por mí una vez que aparcó cerca del portal del bloque.

—Dios, es que no sé ni qué decir. Me falta hasta el aire. —Se abanicó con una mano, soltando un jadeo, mientras con la otra se apretaba el pecho.

—Por eso lo he dejado para lo último —negué nerviosa.

—Mierda, tenías que estar mala y dormirte. —Bufó.

—Pues sí, pero era lo que había. —Me encogí de hombros—. Cuando llegamos aquí no tenía ni fuerzas para andar —dije haciendo una mueca.

—Me he enamorado más de ese hombre, que lo sepas. —Lloriqueó haciéndome reír—. Jolines, necesito otro escocés porque ese ya lo tienes pillado. —Cerró el puño mostrando por dónde.

—No seas exagerada. —Desvié la mirada.

—Nena, ¿en serio? Después de todo lo que ha hecho y de que fuera él el que se lanzara a ti, a pesar de como estabas…

—Sobre lo primero estamos de acuerdo, pero referente a lo segundo… sí, se comportó de maravilla preocupándose por mí y hasta dejándome la cena hecha, pero lo del beso pudo ser provocado por un impulso si se siente un poco atraído por mí. Yo qué sé, no he querido pensar mucho en ello.

—Que no has pensado dices, ja, ja, ja… —Continuó riendo de verdad—. Lo que no has dejado de darle vueltas, te conoceré.

—Jo, es que no es para menos. —Hice una mueca.

—Escúchame, lo de la atracción te lo compro, estoy de acuerdo, pero eso de un poco no te lo crees ni tú. Por toda la información que sé por ti de ese hombre, con el que podría irme de copas porque es como si lo conociera de toda la vida… ya te digo que no es de los que se deja llevar por impulsos a no ser que le superen.

»Y querida, eso solo sucede cuando algo tira fuerte dentro de uno. Apuesto y estoy convencida de que no me equivocaría, de que él tiene sentimientos hacia ti, aunque tú no quieras pensar en ello ni darle importancia al ser quién es —asintió satisfecha.

—Lo has dicho bien, no quiero pensar en ello —susurré—. Naomi, es mi jefe y no uno cualquiera, lo dirige todo.

—¿Y? ¿Qué pasa, que por serlo no tiene una vida fuera de sus obligaciones?

—Pues claro que la tendrá, pero como no lo conozco a fondo no sé cuál es.

—Eso tiene fácil solución, cariño —sonrió—. Solo tienes que seguir acercándote a él y estoy segura de que él mismo te la mostrará.

—Estamos hablando de esto cuando no sé ni si me saludará cuando me vuelva a ver —negué.

—A ti la fiebre te ha consumido las neuronas más importantes. —Rio—. ¿Cómo no te va a saludar? Ay, la virgen, necesitas urgentemente tenerme a tu lado, vamos que sí.

—Referente a eso… ¿al final podrás venir en los días libres?

—¡Perdona! —Se hizo la indignada—. ¿Acaso lo dudas?

—Vale, ha sido una tontería. —Reí.

—Ya puedes recuperarte del todo porque este fin de semana estoy ahí.

—¿De verdad? Es más pronto de lo que me dijiste. —Me ilusioné.

—He movido un poquito de aquí, otro de allá, añadiendo mis artes de persuasión y tachán, he obrado el milagro. Mi jefe hasta me ha hecho el paseíllo para salir del hospital. —Soltó una carcajada a la que me uní.

Emocionadas planeamos lo que haríamos cuando llegara. Mis fuerzas fueron decayendo al pasar el tiempo, lo que notó sin problema.

—¿Te toca otra pastilla?

—Faltan casi dos horas. —Hice una mueca frotándome la frente, la tenía caliente otra vez.

—Adelántala una, no pasa nada si alguna vez lo haces. Si la fiebre se descontrola es mejor, después te costará más bajarla.

—Vale.

—Colgamos ya y te tumbas para descansar, lo necesitas.

—Tengo muchas ganas de que estés aquí —sonreí con nostalgia.

—Yo también, cariño. Ya lo sabes y no precisamente porque estás en Escocia —respondió de la misma forma.

Esa fue la conversación que tuvimos al día siguiente de que Kayden me llevara a mi piso. De vuelta al presente, al cuarto día en el que encontré las fuerzas para volver a la rutina… Entré por la puerta principal con una sonrisa, viendo a Sophie detrás de la recepción.

Durante el tiempo que había estado fuera, cada día había recibido llamadas de ella y de Brodie, interesándose los dos por mi estado, lo que les agradecí enormemente.

—Por fin, ¡qué alegría! —Me recibió levantándose.

—Sí, ya tocaba. —Me incliné sobre el mostrador para darle dos besos, a los que la tenía acostumbrada porque hasta que yo no aparecí en su vida solo daba uno como saludo, así me lo dijo entre risas una de las primeras veces.

—¿Cómo sigue todo? ¿Alguna novedad? —Quise saber porque había desconectado de todo.

—No se sabe nada nuevo, pero la fábrica lleva funcionando como siempre desde hace dos días y aquí el ritmo no ha parado en ningún momento.

—Vaya, eso tiene que ser buena señal, ¿no?

—Imagino que sí —asintió.

—Miedo me da entrar en mi despacho y encontrarme con lo que me han ido dejando. —Hice una mueca.

—No te agobies porque no tendrás casi nada —negó con una sonrisa pícara.

—¿Por qué? —Arrugué el gesto.

—El señor Smith se ha encargado de todo, al menos en parte porque Cameron también colaboró cuando él no podía.

—¿Ha hecho mi trabajo? —Agrandé los ojos.

—Sí.

—Pero… otra cosa que agradecerle. —Terminé hablando en susurros, pero me escuchó igualmente.

—Date prisa en hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—He oído rumores de que hoy es el último día que el señor Smith y la señorita Grace estarán aquí.

Me quedé sin saber qué decir, descolocada y fuera de lugar, a pesar de que sabía que en algún momento tenía que suceder. Pero no pensé que fuera tan pronto y dado a que había estado desaparecida… yo, porque el resto del mundo había seguido su rutina habitual.

—Si todo funciona otra vez con normalidad y ellos se van… habrán averiguado lo que querían —murmuré.

—Seguramente, aunque sea secreto para el resto, al menos por ahora.

Asentí desanimada, evitando que fuera muy evidente de cara a Sophie. Me despedí de ella con la excusa de ponerme con el trabajo, quedando como siempre, a las diez y media en la cafetería. Cuando llegué a mi despacho, sin encontrarme a nadie en el camino con el que pararme, me encerré desmoralizada.

Lo que había sucedido entre Kayden y yo iba a quedar en nada, esa fue la sensación que tuve y

se afianzó en mi interior, sabiendo que solo estaba de paso y que su rutina y vida estaban a kilómetros. Gran parte de la energía con la que me había despertado esa mañana se evaporó ante las nuevas noticias.

Le envié un mensaje a Naomi, desahogándome. Sabía que tardaría en verlo porque lo tendría en la taquilla del vestuario en el hospital. Cogiendo varias bocanadas de aire, dejé el móvil a un lado y fijé los ojos en la puerta, deseando que se abriera de golpe con la aparición de Kayden, pero por mucho que la observé no sucedió. Me sentí sobrepasada por los sentimientos que se habían desbordado en mi interior.

La línea interna sonó y parpadeé varias veces para enfocar la vista en el teléfono fijo.

—¿Sí? —respondí sabiendo que era Cameron, por el número de extensión.

—Bienvenida de nuevo —habló animado.

—Gracias —susurré.

—¿Todo está bien?

—Sí, claro. Acabo de llegar.

—Perfecto, ven a mi despacho cuando puedas para ponerte al día.

—Enseguida voy.

Capítulo 25



Kayden

Dándole un sorbo al café observaba a través de la cristalera. Era el primer día que me daba un respiro, los anteriores habían sido bastantes intensos y un no parar de ir de un lado al otro. Lo que había descubierto seguía manteniéndolo en secreto, todavía no era el momento de hacer saltar las alarmas ni de poner delante de mí al o los responsables.

Eso precisamente estaba intentando averiguar. Necesitaba asegurarme de la implicación de las cinco personas que se encargaban de gestionar el material, de forma directa, antes de dar un paso que fuera en falso. El tema que me traía de cabeza era si tenía que enfocarme en una sola persona o, por el contrario, debía ampliarlo.

Varios golpes en la puerta sonaron y me puse en tensión dando paso a quien estaba al otro lado de ella. Sabía perfectamente quién iba a hacerlo, no tardé en escuchar su voz dirigiéndose a mí, sorprendida por mi presencia.

—¿Kayden? Cameron me ha llamado, pensé…

—Lo sé, le he pedido que lo hiciera. No es él el que quería verte —comenté sin girarme después de apurar el café—. Me alegro de que estés de vuelta.

—Gracias.

—¿Cómo han ido estos días? —Me interesé.

—Bien —respondió en tono bajo—. Me ha costado un poquito recuperarme, pero ya ha pasado —asentí.

Me moví quedándome frente a ella para confirmar sus palabras por mí mismo. Nada me hizo dudar al ver la apariencia que tenía. Le pedí que se sentara en la silla que quedaba a su lado y lo hizo despacio mientras yo caminaba hacia la mesa de Cameron y hacía lo mismo, dejando la taza a un lado.

—Mi trabajo aquí ha concluido. —Apoyé los brazos encima y crucé las manos.

—Algo se rumorea. —Levanté una ceja.

No fue por su comentario porque yo mismo me había encargado de que el rumor se expandiera. Me interesaba que el o los responsables se confiaran al saber que Grace y yo estábamos a punto de irnos de allí, por la amenaza que suponíamos para quien fuera el responsable de lo que había sucedido.

Había medido al detalle todos los pasos, queriendo alejar a Grace del conflicto y tomar cartas yo desde mi zona segura, con el apoyo de Cameron desde dentro. Todo lo que necesitaba lo tenía para seguir trabajando en ello.

Mi reacción fue porque no hacía ni diez minutos que estaba en la empresa y ella ya lo sabía, aunque teniendo en cuenta la amistad que había creado con Sophie que sería la primera que habría visto…

—No soy cotilla, solo ha llegado a mis oídos. —Quiso dejar claro, removiéndose en la silla.

—Esas palabras no han salido de mí, ni el pensamiento tampoco. —Me eché hacia atrás, recostando la espalda en la mía.

—Vale. —Se frotó las manos en la ropa.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—No lo estoy. —Fruncí el gesto—. Oh, vale, sí que lo estoy. —Bufó e interiormente sonreí, lo que no mostré—. Es que…

—¿Sí?

Mis ojos no se separaron de los suyos, aparte de seguir todos sus movimientos y gestos. Sabía que algo del nerviosismo que mostraba era debido a ello, ante la intensidad que recibía de mí, el resto se centralizaba en lo que suponía el rumor que le habían contado y yo acababa de confirmarle.

No me hacía falta que verbalizara ninguna de las dos cosas. No es que me lo tuviera creído ni nada por el estilo, pero normalmente iba siempre un paso o varios por delante, sabiendo descifrar perfectamente a la gente y a ella, hacía tiempo que la tenía calada, aunque me diera algunas veces de frente con que me sorprendía por sus actitudes y reacciones.

—Solo que me ha chocado enterarme nada más incorporarme. —Desvió la vista.

—No vas a dejar de verme por mucho tiempo. —Capté su interés al momento.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que habías acabado con lo que te ha traído hasta aquí más días de los normales. Por lo que sé, siempre que vienes para hacer un control es durante un día completo y después vuelves a irte.

—Veo que estás bien informada.

—Eh, bueno, todo el mundo lo sabe. —Carraspeó.

Me levanté de la silla, notando que no podía estarme quieto durante mucho rato. Caminé de vuelta hacia la cristalera con su atención puesta en mí.

—Ven aquí —le pedí.

—No me gustan las alturas. —Sentí la duda e inquietud incluso en el tono de su voz. Ladeé la cabeza, buscándola.

—¿No te has asomado a la que tienes en tu despacho? —pregunté extrañado porque para mí era muy necesario, me hacía desconectar dejando vagar la vista hacia fuera.

—¿Yo? —negó varias veces como si la impulsara un muelle— ¿Para qué? Con saber que la tengo a mi espalda y bien lejos, ya estoy bien.

—Ven —insistí.

—Kayden, de verdad, es que se me aflojan las piernas y se me revuelve el estómago.

—Estaré a tu lado y si eso sucede, te serviré de apoyo —aseguré dejándola callada.

Con una mueca tardó en levantarse y rodear la mesa le costó aún más. Se quedó a cierta distancia de mí, sin acercarse del todo.

—¿Qué te da miedo? Nos separa un enorme cristal, de un grosor considerable.

—Tú lo has dicho, un cristal y para colmo transparente, ¿entiendes? ¡Qué más da el grosor que tenga! Quién dice que no se puede rajar, que cosas raras e inexplicables suceden cada día, o peor aún sería que se me doblaran las piernas, me cayera encima de él y si te he visto no me acuerdo porque desaparecería en cuestión de milésimas de segundos precipitándome al vacío. Ya me ha dado al imaginarlo, ayyy… —Se tapó la cara.

Contuve el reír y caminé hacia ella, poniéndome a su espalda mientras la empujaba con el cuerpo para ponernos enfrente. Nos quedamos a una distancia prudencial para que no entrara en pánico. El que entré fui yo al inhalar su aroma y al sentirla tan cerca de mí, con su espalda apoyada en mi pecho.

—¿Ves cómo no sucede nada? —susurré inclinado hacia ella— Los miedos hay que enfrentarlos, está bien que no sea de golpe, pero cada paso que das a favor tuyo es un avance para superarlos. Si dejas que ganen se apoderan enteramente de ti. —Conforme lo fui diciendo la agarré de las manos y se las retiré de la cara, con fuerza porque se resistió a ello.

Cuando tuve sus brazos extendidos hacia abajo, mantuve la sujeción, sin soltarla, llevando la vista hacia la cristalera como hacía ella, con la diferencia de que su expresión era de apuro y

miedo.

—Eso que dices está muy bien, pero hay sentimientos y sensaciones que no tienen lógica ni se pueden controlar, simplemente superan a las personas haciéndolas entrar en pánico —susurró intranquila, pegándose más a mí.

—El cristal está intacto.

—¿Eh?

—Que no se ha rajado por obra de arte, ni lo hará. Ni mucho menos si apoyas tu peso, que pasaría inadvertido ante su resistencia, reaccionaría como has pensado.

—Ya —hizo una mueca que vi de reojo—, hasta que las cosas más increíbles suceden. No me pillará a mí cerca para comprobarlo —negó y volví a contenerme para no reír porque para ella era algo importante y no quería hacerla sentir peor.

A mí me encantaban las alturas, de hecho, era un experto en practicar parapente y saltos con paracaídas. Hacía bastante que no disfrutaba de ninguna de las dos cosas, la poca libertad que tenía fuera del trabajo de un tiempo a esta parte la ocupaba en intentar relajarme con actividades más simples y cotidianas que eran más rápidas de hacer.

—Un día tienes que lanzarte conmigo en un parapente o paracaídas, lo que prefieras. La experiencia es única y bien merece la pena —dije sabiendo por anticipada su respuesta, la que no tardó en llegar con jadeo incluido.

—Se te ha ido la cabeza definitivamente —negó rápido—. Solo con escucharte he perdido todas las fuerzas. Lo que quieres es deshacerte de mí y si es así, con solo que me digas que me vaya de la empresa regreso rápido a España, pero no hay necesidad de morirme en el transcurso porque es lo que sucedería. Ay, me está dando otra vez. —Lloriqueó, pero pasó a las risas nerviosas.

Coloqué un brazo por encima de su cintura, apretándola a mí, lo que provocó que pusiera su atención en ello y dejara todo lo demás apartado.

—Solo has tenido que centrar y enfocar la mente en otra cosa para dejar de temblar, esa es la meta que tienes que conseguir para que el pánico no pueda contigo —susurré sobre su pelo.

—No es fácil. —Tragó saliva.

—Nadie dice que lo sea, las cosas importantes y que merecen realmente la pena nunca lo son.

—¿Qué has querido decir antes? —Quiso saber hablando en tono bajo.

Curvé los labios, satisfecho, cuando puso las manos en mi brazo, aferrándose a él.

—¿Referente a qué?

—Sobre lo de que no voy a dejar de verte durante mucho tiempo.

—Cuando fui sincero contigo, en la cafetería, solo me quedó una cosa por aclarar.

—¿Cómo? —Levantó la cabeza ladeándola hacia mí.

Al seguir inclinado hacia ella nuestras caras quedaron casi rozándose, sintiendo la respiración del otro, calentándonos. Retuve las ganas de eliminar la poca distancia que había entre nosotros.

—La vacante de secretaria de dirección realmente está en Blue Sky Company, la empresa en la que estoy diariamente. Tu presencia es requerida allí y necesaria para mí, no en esta empresa.

—¿Qué? —Agrandó los ojos, descolocada.

—Cameron lo tiene todo controlado, junto a varios empleados de confianza para él. Si empezaste a trabajar aquí fue porque te habrías negado en rotundo a hacerlo en la empresa que no te dio la oportunidad, ¿me equivoco? —Levanté una ceja, haciendo presión con el brazo en su cuerpo.

—No lo haces —murmuró—. Pero ahora no puedo irme, pagué por adelantado dos meses de alquiler. —Tragó saliva.

—Asumiré los gastos.

—De eso ni hablar. —Reaccionó rápido.

—¿Me estás retando? —Rocé mi nariz con la suya.

—Simplemente digo lo que va a suceder —murmuró nerviosa—. Si tengo que perder el dinero, así será.

—¿De cuánto se trata? —me lo dijo y asentí— Estarás el tiempo que estimes oportuno aquí, pero te quiero conmigo sin que lo alargues mucho. Yo debo irme mañana, pero necesito pedirte un favor antes de hacerlo porque confío en ti.

—¿De qué se trata?

—Luego.

—¿De qué?

—De esto. —Acaricié sus labios y los apresé con los míos, besándola con las ganas que tenía acumuladas desde la última vez que me supo a poco.

La tensión de su cuerpo se relajó ante el contacto, su respiración se agitó por un motivo muy diferente hasta ese momento, sus pulsaciones se descontrolaron mientras nuestras bocas se buscaban y se comían, literalmente, con necesidad. No era a la única que se le había disparado el pulso, el mío se puso por las nubes como solía sucederme cuando practicaba los deportes que he

detallado anteriormente, sintiendo la adrenalina recorrerme.

La empujé para que caminara hacia la cristalera, sin despegarme de ella ni dejar de hacer lo que estábamos haciendo. Cuando la tuve donde quería dejé de rodearle la cintura y la agarré de las manos, llevándoselas al cristal para que las apoyara en él. Noté un poco de tensión al ser consciente de donde estaba, pero más me afané para que lo olvidara, profundizando el beso, dejándola sin respiración mientras la agarraba de la nuca para que no se alejara de mí.

—Esto es lo que sucede cuando confías en que todo va a salir bien, la inercia del deseo por conseguirlo difumina las dudas y los temores —susurré cuando me separé de sus labios, pero no de ella porque la aprisionaba contra el cristal con el cuerpo—. Mira hacia delante.

—No —susurró porque todavía seguía mirándome a mí.

—Estoy contigo, no voy a dejar que te pase nada. —Le acaricié la mejilla y sentí satisfacción ante el brillo de sus ojos.

Lentamente, tomándose su tiempo, ladeó la cabeza hacia el cristal. Por unos segundos cerró los ojos e hizo fuerza con las manos en él, poniendo resistencia. Puse las mías encima de las suyas para que no dejara de ser consciente de que estaba junto a ella. Fue abriéndolos a intervalos cortos de tiempo, hasta que consiguió centrar la vista hacia delante.

—No mires hacia abajo, no hace falta. Enfoca la mirada donde más seguridad te dé —susurré.

—Esto se merece un aumento de sueldo, como mínimo, los riesgos son muchos —soltó nerviosa y sonreí, gesto que vio en el reflejo tenue de los dos en el cristal.

—Un aumento, ¿eh?

—Eso he dicho. Tú lo estarás pasando bien, pero yo estoy por dejarme caer al suelo y ponerme a llorar.

—No permitiría ninguna de las dos cosas. —Contuvo el aire cuando mi mano se posó sobre su barriga y se deslizó hacia abajo, sin llegar a traspasar ningún límite, pero muy cerca de él.

—Kayden…

—¿Sí?

—¿Qué haces? —dijo con un jadeo cuando le desabroché el botón del pantalón— Por Dios que estamos en el despacho de Cameron, a saber si hay cámaras o si entra alguien.

—Ni lo uno ni lo otro —confirmé sin cesar en lo que necesitaba hacer—. No hay cámaras y a nadie se le ocurriría abrir la puerta sin una orden directa mía.

—Claro, porque solo tú las abres libremente. —Se mordió el labio al sentir el contacto de mi mano sobre su piel.

La había introducido por debajo de su ropa, deslizándola hacia mi objetivo con la facilidad de tener el pantalón abierto. En ese instante había parado el movimiento sobre su pubis, midiendo cada paso que daba y sus reacciones.

—Exacto, ese poder solo lo tengo yo —susurré en su oído—. ¿Sabes las ganas que tenía de tenerte así? —continué y apreté la mandíbula mientras de sus labios salía un jadeo. Mis dedos habían llegado a su zona íntima, por dentro de su ropa interior—. Estás mojada… —confirmé con voz ronca, haciendo presión en ella hacia el cristal mientras mis dedos se cubrían de sus fluidos.

Ni una queja obtuve al dejarla abrazándolo, a pesar de que para ella era motivo de pánico. Ni un comentario al respecto hizo cuando se removió al notar la dureza de mi miembro clavándose en su trasero, con mis dedos acariciándola. Le separé las piernas con un pie, lo que provocó que tuviera libre acceso para jugar con ella.

Su respiración se descontroló. Apoyó la frente en el cristal con los ojos cerrados, sintiendo todas las sensaciones que le proporcionaban las caricias insistentes de mi mano, abarcando cada parte de su zona íntima y enfocándome en su punto de placer mientras yo buscaba aplacar el mío haciendo presión contra ella.

Difícil conseguirlo por como estaba, solo lo conseguiría yendo un paso más hacia delante, desprendiéndome de la ropa que ese instante era una molestia para perderme en su interior una y otra vez, sin descanso hasta que saciara el deseo que me recorría y tiraba fuerte de mí, el que hacía palpitar a mi miembro ante la anticipación, aunque no fuera a suceder en ese instante. Lo único que necesitaba aparte de sentirla de esa manera, es que me recordara antes de irme. La necesidad de que ese fuera uno de los últimos recuerdos que tuviera de los dos juntos hasta que volviéramos a vernos, me consumió.

—Kayden… —gimió removiéndose inquieta.

—Córrete —le pedí con voz ronca por la excitación o exigí, porque sonó más a lo último.

Unos segundos después se deshacía entre mis brazos, aplacando los sonidos del orgasmo que la asaltó. Con la cabeza echada hacia atrás sobre mí, mientras estabilizaba su respiración resbalé los dedos por última vez por su excitación y saqué la mano del escondite, llevándola a su boca. Le giré la cabeza hacia mí y le froté el labio inferior con parte de su esencia, para besarla después desesperado, lamiéndolo y degustando por primera vez su sabor. Me recibió con un jadeo que quedó amortiguado en mi boca.

Después de las últimas caricias para finalizar el momento, me aparté dando un paso hacia atrás, manteniéndola agarrada con las manos por la cintura.

—¿Te suelto? —negó y la llevé conmigo hacia atrás. Hasta que no se sintió segura no lo hice, quedando en el centro del despacho— Ocupa una silla, voy a explicarte el favor que necesito. —Carraspeé dándole la espalda, acomodándome la erección sobre la ropa.

—¿Cómo puedes pasar de una cosa a otra tan rápido? —dejó salir un suspiro.

Sentando en la silla de Cameron la vi rodear la mesa y cuando quedó frente a mí se acomodó la ropa interior y se arregló dejando el pantalón como lo tenía antes, todo ello bajo mi atenta mirada. Mi miembro dio una sacudida en represalia por no haber entrado en juego, el que ignoré mientras me limpiaba la mano con un pañuelo.

—Habilidades que tengo —respondí mientras me lo guardaba en un bolsillo de la americana para no dejarlo en la basura de un despacho que no era el mío.

—Ya —negó cogiendo una bocanada de aire—. ¿De qué se trata?

—He averiguado cuál es el problema que me ha traído hasta aquí. —Me apoyé en la mesa, dejando todas las sensaciones que sentía apartadas—. No voy a detallarte cuál es, no por nada, ya te he dicho que confío en ti porque si no, esta conversación no se estaría dando. El motivo es que quiero mantenerte en la ignorancia y apartada, por tu bien.

»Lo que necesito es que estés atenta hacia las personas que voy a nombrarte a continuación. Hasta que no te vayas de aquí, eres la secretaria de dirección, lo que te lleva a acceder a ellos sin problema formando parte de sus rutinas. Intenta evitar acercarte más de la cuenta, y, sobre todo, no te pongas en el punto de mira de nadie activando su curiosidad, ¿de acuerdo? —asintió.

»No estoy pidiéndote que te arriesgues, solo que pongas toda tu atención hasta en los más mínimos detalles. Si notas algo diferente, si das con cualquier cosa que veas que te descuadra, sobre todo, en la documentación que llega a tus manos… ponte en contacto conmigo inmediatamente, incluso antes de comentárselo a Cameron porque él es mi persona de confianza y te ayudará en lo que esté a su alcance, está informado de todo.

»Si eso sucede, apareceré aquí lo antes posible. Los nombres son los siguientes… —mencioné a las cinco personas que estaba investigando, dejándola descolocada por la implicación que tenían en la empresa—. Ni un riesgo, Everly, como me entere de que has querido…

—No haré nada que destaque en lo que vengo haciendo hasta ahora, solo mi trabajo habitual estando más pendiente de todo —me cortó nerviosa.

—Está bien —asentí sin dejar de observarla con intensidad.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, lo que interpretó como que por mi parte había terminado de hablar. Se levantó indecisa.

—Kayden…

—¿Sí?

—Se me olvidaba darte las gracias por las molestias de prepararme el caldo, fue un detalle muy bonito. —Se sonrojó, curvé un poco los labios.

—Te dije que no me las dieras más. Lo hice con gusto, lo necesitabas para recuperarte y porque no tendrías fuerzas cuando te despertaras —asintió.

—Otra cosa… —Cambió el peso de su cuerpo, mostrándose intranquila.

—Dime. —Crucé los brazos.

—Lo que pasó en el lago y ahora aquí… —susurró.

—Esto no ha hecho más que empezar, Everly. —Le dejé claro—. Hoy trabajarás hasta el mediodía.

—¿Y eso por qué? He faltado mucho. —Se sorprendió.

—Porque será cuando yo me vaya y te vendrás conmigo, a mi hotel. Está más cerca que tu casa, pero si lo prefieres podemos desplazarnos hacia tu piso para terminar lo que hemos empezado aquí —dije tranquilo y serio, expectante por escuchar sus siguientes palabras—. Si no quieres… —añadí.

—La gente se va a preguntar por qué falto tanto, pero no me importa. Hasta el mediodía, Kayden. —Se giró hacia la puerta y caminó hacia ella, decidida.

Con una sonrisa de oreja a oreja me quedé cuando cerró.

Capítulo 26



Everly

Nerviosa regresé a mi despacho, encerrándome en él. Con la espalda apoyada en la puerta dejé salir un suspiro y sonreí. Tenía motivos para sentirme feliz, y a la vez no. Lo positivo era lo que acababa de suceder, sumándolo a lo del día del lago y lo que estaba por llegar, lo negativo, es que faltaba muy poco para dejar de tener a Kayden cerca, no lo vería a saber por cuánto tiempo. Pero en ese instante lo último perdía fuerza e importancia porque en breve…

Soltando un suspiro fui hacia la mesa y me puse a trabajar, para adelantar el trabajo ya que la jornada sería más corta. Agradecí que Kayden se hubiera encargado de minimizármelo porque me habría puesto nerviosa si las carpetas estuvieran agolpadas. Sin perder la sonrisa y más relajada de lo que había pensado desde bien temprano, me concentré para dejarlo todo listo.

A las diez y media, como cada mañana, me reuní con Sophie en la cafetería. Nuestro compañero y amigo no apareció.

—¿Y Brodie? Me extraña que no esté aquí, tampoco lo he visto desde que he llegado —dije después de ponernos al día de los que había faltado.

—Ha salido al poco de llegar, tenía que hacer unas gestiones.

—Ah, vale —asentí—. ¿Cómo te va con él? —El café se le fue por mal sitio y tosió. La observé divertida.

—¿A qué viene eso? —dijo extrañada cuando se recuperó— ¿Cómo me va a ir? Pues como siempre.

—Ese es el problema, que no hay ninguna novedad y se mantiene dentro de una normalidad —comenté inclinándome sobre la mesa, a modo de confidencia.

—Estás rara —continuó sin cambiar el gesto.

—¿No te gusta ni sientes atracción por él? Lo mismo he interpretado mal las señales. —Apreté los labios.

—¿A mí? ¿Brodie? Definitivamente la fiebre te ha afectado.

—De él estamos hablando, sí. —Reí—. Si no quieres hablar del tema lo dejo ya. —Moví las manos.

—No es eso, es que… —susurró.

—Lo llevas tan en secreto que no te atreves ni a exteriorizarlo, ¿no? —Ladeé la cabeza.

Esperé en silencio a que volviera a hablar, dándole tiempo. Fuera cual fuera su siguiente comentario yo le seguiría la corriente para no incomodarla si es lo que quería y necesitaba, respetándola. Pero no fue así…

—No te equivocas, en nada. —Aceptó en tono bajo, con un suspiro—. Lo que no sabía es que se me notaba. Si tú te has dado cuenta… —Jugó con la cucharilla.

—Lo sé, aunque lo hubieras negado seguiría pensando igual —sonreí con cariño—. Desde que os vi juntos, lo tuve claro. —Le pedí calma con las manos cuando agrandó los ojos—. No creo que él lo sepa, bastante tiene con lo suyo.

—¿Estás segura? ¿Qué has querido decir con lo último? Ay, Dios mío. —Se tapó la cara.

—¿Por qué te pones así? Te trata con mucho cariño, con intimidad y acercamiento. No tienes que avergonzarte por sentir lo que sientes, Sophie. Es un hombre atractivo, amable, simpático y que te cuida, lo noté desde el principio y queda a la vista de cualquiera.

—Precisamente porque no quiero perder todo eso que dices —negó nerviosa, con los ojos brillantes—. Si se diera cuenta, si lo supiera… no concibo que se aparte de mí, Everly, el no tenerlo en mi día a día… porque sería lo que sucedería. Se alejaría de mí por mi bien, para no hacerme daño. Está claro que ese tipo de sentimientos no los tiene hacia mí, de eso no tengo dudas, más allá de la amistad que nos une.

—¿Por qué te aferras tanto a esa idea que te has creado? —Repiqueteé los dedos en la mesa, pensativa—. ¿Sabes qué ocurre la mayoría de las veces?

—No.

—Que nos acostumbramos a una rutina y nos dejamos llevar por ella, adaptándonos a lo que es, sin querer perturbarla. El problema viene con el paso del tiempo y la pérdida de oportunidades, cuando a veces es demasiado tarde y cada uno toma un camino diferente creyendo que es la mejor opción.

»¿Y si él piensa como tú? ¿Y si estuviera poniéndose las mismas excusas y trabas para no perderte si da un paso más allá de la amistad? Hasta ahora te ha tenido a su lado. Os habéis conformado con la relación que mantenéis porque el miedo a los cambios pesa, Sophie, y más cuando implica algo que puede trastocarte hasta el punto de modificar la estabilidad que conoces.

—Estoy segura de que no —negó convencida—. Nunca he visto en él algo que no sea el cariño y

la compresión de la amistad.

—¿Y si te digo que yo sí lo he visto? —Curvé los labios ante el jadeo que soltó.

—No es verdad.

—No hace falta prestar mucha atención, solo es necesario veros interactuar. —Me encogí de hombros—. En ocasiones hay detalles, cosas que se notan desde lejos y esta es una de ellas. Juntos transmitís más de lo que os imagináis.

—¿En serio lo piensas? ¿Tú crees que…? —Se removió nerviosa.

—Si no te sinceras y lo intentas nunca lo sabrás, y si lo haces y se aparta de ti, el problema mayor lo tendrá él por perder de su lado a una persona increíble. —Le hice un guiño.

—Da miedo…

—Mucho —asentí—. Lo sé de sobra —cogí aire—, pero como hace poco me dijo una persona en la que confío y que ha empezado a ser importante en mi vida… —Carraspeé— «Los miedos hay que enfrentarlos, está bien que no sea de golpe, pero cada paso que das a favor tuyo es un avance para superarlos. Si dejas que ganen, se apoderan enteramente de ti. Lo único que tienes que hacer es centralizarte en un objetivo, esa es la meta que debes conseguir para que el pánico no pueda contigo».

»Yo logré gracias a la ayuda de esa persona hacer algo impensable para mí, y estoy segura de que, con el tiempo, si se mantiene a mi lado, me guiará para hacer algunas más. Otra cosa es que yo muera en el intento —solté una carcajada, a la que se unió.

—El señor Smith, ¿no? —dijo con una risilla.

—¿Cómo lo has sabido? —Le hice un guiño y volvimos a reír.

—Porque como dices, hay cosas que se ven a simple vista.

—Pues ahí lo tienes —asentí provocando que me imitara.

Vi la decisión y determinación en su expresión, lo que no pudo hacerme más feliz. Esperaba de corazón no estar equivocada y que todo saliera bien entre ellos. Dejamos el tema apartado y terminamos de tomarnos los cafés, despidiéndonos en la puerta de la cafetería.

—Esta tarde no vendré —la informé antes de tomar cada una dirección.

—¿Y eso? ¿Te encuentras mal otra vez? —Se preocupó.

—No. —Apreté los labios—. Kayden y yo tenemos un asunto pendiente, el que vamos a solucionar antes de que se vaya.

—Oh. —Se tapó la boca y me alejé riendo después de ponerme un dedo sobre los labios,

pidiéndole silencio.

✣ ✣ ✣

—Según tú, esta dirección queda cerca de mi piso. Está de paso, ¿no? —hablé mirando de reojo a Kayden.

Acababa de aparcar cerca de la entrada del hotel en el que se quedaba desde que llegó, al igual que Grace. Mi comentario se debía a que cuando se empeñó en llevarme la primera vez, motivado por la lluvia que caía y por la aparición de Brodie que vino a por mí para hacerme el favor de acércame, comentó que, a ellos, a Grace y a él, les cogía de camino. Nada que ver con la realidad.

De la empresa al hotel al que acabábamos de llegar había cierta distancia, menos que para llegar a donde yo vivía, pero en sentido contrario hacia mi piso, con lo cual, los kilómetros se multiplicaban.

—Rara vez digo alguna mentira piadosa —carraspeó—, pero fue lo que sucedió en el recuerdo que acabas de tener.

—Tendrías que habérmelo dicho.

—¿Para qué? Lo iba a hacer igual. —Puse los ojos en blanco cuando se bajó, dejándome sola en el interior.

Hice lo mismo y llegué a su lado, empezamos a caminar hacia el ascensor. Una vez dentro, pulsó en el tablero el cuatro, el número de la planta a la que nos dirigíamos.

—Ya no comentas nada sobre mi conducción.

—Porque estoy dentro y no fuera del coche. —Apreté los labios.

—¿Eso qué quiere decir? —Frunció el gesto.

—Que corro más peligro siendo un peatón que yendo de copiloto. —Reí al ver su expresión.

—Pensaba que era porque habías cambiado de opinión —negó.

—Tal vez sea por eso también.

—¿Es otra broma?

—No. —Lo miré divertida—. Esta vez es sinceridad, más sobre lo último.

—Eres incapaz de decir claramente que te equivocaste y que conmigo al volante estás segura.

Me mordisqueé el labio. Su voz había salido más profunda y había hablado mientras me

aprisionaba contra una de las paredes del ascensor.

—Para confirmar eso necesito mucho más tiempo —murmuré.

Mentira, ya os digo que lo fue. Con una única vez que me montara en el coche de alguien y viera los primeros minutos cómo lo manejaba, ya sabía perfectamente a lo que atenerme y el nivel que adjudicarle. Kayden había pasado la prueba con honores, desde la primera vez que me subí a su coche, junto a Grace.

—¿Me estás pidiendo tiempo? —Se inclinó hacia mi cara.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero no nos movimos ni apartamos la atención del otro.

—¿Me lo vas a dar? —pregunté en tono bajo, deseando que fuera así.

Me quedé embelesada en el brillo de sus ojos y en la intensidad que transmitían, sintiendo su respiración en la cara. Lamenté que se apartara de mí y más lo hice al no obtener respuesta, quedándome con la duda. Agarrados de la mano tiró de mí, guiándome hacia la puerta de su habitación.

—¿Grace está? No la he visto en la empresa.

—No, llegará más tarde. Está haciendo unas gestiones de última hora. Adelante. —Me ofreció entrar.

Hasta ese momento había conseguido controlar los nervios, pero una vez a puerta cerrada, junto a él, como sucedió en cuanto escuché el ruido a la espalda, sentí que se me desbordaban y todo me temblaba.

—Ponte cómoda. Encima de la mesita de noche hay una carta —habló mientras se quitaba el abrigo y la americana, quedándose con la camisa y el pantalón porque los zapatos no tardaron en quedar apartados en un lateral—. Mira a ver qué te apetece, pediré para que nos suban la comida, ¿te parece bien?

—Sí —confirmé sentándome en la cama.

Cuando desapareció en el baño cogí la carta. Después de varias pasadas leyéndola no llegué a decantarme por nada. Ningún plato llamó mi atención, lo que no quería decir que no fueran buenos. No lo dudé por la categoría del hotel, no era precisamente como en el que nos quedamos Naomi y yo, en ese país ni en ningún otro cada vez que viajábamos. Los nervios tuvieron la culpa porque se me había formado un nudo en el estómago y ni siquiera podía pensar en llevarme algo a él.

—¿Ya lo tienes claro? —Su voz me sobresaltó y me giré rápido hacia él.

Si hubiera reaccionado como me quedé interiormente tendría la boca y los ojos abiertos al máximo, sin poder parpadear para no perderme detalle de un Kayden en el centro de la

habitación, con la camisa arremangada y los primeros botones desabrochados. Descalzo y enrollando con las manos el cinturón que se había quitado, tenía toda su atención puesta en mí. Se había revuelto el pelo, dejándoselo más desenfadado e informal. El conjunto lo complementaba su pose y expresión, nunca lo había visto tan relajado y cercano, aportando un toque final al que era difícil resistirse.

—No. —Conseguí responder.

—¿No porque no lo has mirado o es que no has visto nada que te apetezca? —Se acercó a mí.

—Pide tú, no sé qué elegir. —Me encogí de hombros.

Me quitó la carta de las manos, pero no la miró, la dejó donde había estado, encima de la mesita de noche. Pasó casi por encima de mí, dejando una mano apoyada por detrás mientras se inclinaba. Contuve la respiración al no apartar la vista mientras agarraba el teléfono. De esa forma marcó a la recepción.

—¡Has pedido un poco de todo de lo que hay en la carta! —hablé con tono alto cuando colgó, sin creerme lo que acababa de escuchar.

—Así se acabaron las dudas.

—Pero ¿tú sabes cuántos platos hay? Va a sobrar mucho.

—Tendremos la comida, la merienda y la cena para dar buena cuenta de ello. —Me vi arrastrada hacia él, con su mano agarrándome la nuca—. Nos lo terminaremos todo, Everly, absolutamente todo, sea comestible o no —susurró sobre mis labios.

—Pensaba que me iría por la tarde. —Tragué saliva.

—Error, y no añado el desayuno porque tengo que dejar el hotel de madrugada, el vuelo sale muy temprano. No habría problema en que te quedaras aquí, pero doy por hecho que prefieres estar en tu piso para arreglarte para el trabajo. Si estoy equivocado, solo tienes que decírmelo y despertarás en esta cama.

—No lo estás. —Cerré los ojos al sentir la caricia de su lengua en mis labios.

Capítulo 27



Kayden

Pasé un brazo por su cintura y la moví, atrayéndola hacia mí para tenerla donde necesitaba: encima. Sin dejar de besarnos, se sentó sobre mis piernas dejando las suyas a cada lado de las mías, quedándose encajada en la posición perfecta. Mis manos la agarraron de la cabeza profundizando el contacto de nuestras bocas, deslizándolas después por su espalda hasta llegar a su glúteo, el que apreté llenándome las manos con él.

Me tragué su jadeo cuando la apreté a la dureza de mi miembro, haciendo presión en él, moviéndola a mi antojo, lo que incrementó mi excitación y el placer, al sentirla corresponderme en todo con la misma necesidad. Perdí la noción del tiempo entre sus brazos, en su boca y toda ella al completo, notando cómo la ansiedad tomaba el control.

Nos giré para quedar tumbados en la cama, con su espalda apoyada y mi cuerpo cubriendo el suyo, negándome a separarme de sus labios mientras los lamía, mordisqueaba y me apoderaba de ellos sin descanso, con nuestras lenguas fusionándose al encuentro del otro. Cuando me aparté nos costaba respirar, agitados.

—Estás preciosa. —Le acaricié los labios.

—Ahora mismo lo dudo —susurró aferrándose a mi cuello.

—Tienes la boca sonrojada por lo que ha provocado la mía —me incliné para darle un beso rápido—, al igual que las mejillas. —Pasé la yema de los dedos por ellas, despacio—. Tus ojos brillan y tus pupilas están dilatadas por la excitación y el placer. Como he dicho, preciosa —la besé con fuerza—, estoy deseando comprobar el resto —murmuré mientras deslizaba una mano hacia abajo.

Se removió inquieta cuando puse la palma sobre su zona íntima, extendida y abarcándola toda, haciendo presión después de haberle separado las piernas con las mías.

—Kayden…

Dispuesto a tener ante mis ojos, entre mis manos y en mi boca su cuerpo desnudo, a punto de llevarlo a cabo, varios golpes sonaron en la puerta. Everly se lamentó, yo la miré divertido mientras me incorporaba, a pesar de que interiormente también me estaba quejando, o más bien, maldiciendo por la interrupción.

Me acomodé la erección caminando para abrir, pero antes de hacerlo me giré para comprobar que se había recompuesto. No la encontré en la cama, se dirigía hacia el baño y me dispuse a recibir la comida cuando despareció en él.

—Hola. —Saludó el chico que traía los carros. Le correspondí y me aparté dándole paso.

Cuando Everly salió me encontró colocándola en la mesa baja que había frente a un sofá que estaba en un lateral de la habitación.

—Madre mía. —Fue su reacción, llevando la vista hacia ella, en la que ya no cabía nada más, y hacia el segundo carro, el que todavía no había tocado.

—No es para tanto. Abultan más los platos que lo que es en sí, no hay mucha cantidad.

Negó sin hacer ningún comentario y se acomodó en el sofá, imitándome al hacerlo primero.

—Ve a mirar lo que no he sacado, a lo mejor hay algo que te apetezca —comenté.

—Está bien así. La verdad es que ahora viendo la buena pinta que tiene todo, se me ha abierto el apetito.

—Más se te va a abrir —comenté como si nada, llevándome el primer bocado de comida a la boca.

Me miró de reojo, pero volvió a optar por el silencio. Comimos acompañados por la música de fondo que había puesto antes de ponerme a prepararlo. Con los estómagos llenos, me levanté para guardar la comida que sobró en la parte baja del carro, donde había una caja metálica que mantenía la temperatura, con su ayuda porque no tardó en unirse a mí.

Cuando volvió al baño me dirigí hacia la cómoda para dejar el reloj que me quité. Me apoyé en ella, pensativo, hasta que caminé hacia el sillón que acompañaba al sofá y me desabroché la camisa, dejándola encima de él. Desnudo de cintura para arriba lo rodeé para volver al sofá y me senté a la espera de que apareciera. En cuanto abrió la puerta y vio cómo estaba, se paró de golpe recorriéndome con la vista.

—¿Todo bien? —La voz me salió ronca.

—Mejor que eso —respondió en tono bajo, acercándose a mí, despacio.

Se quedó entre mis piernas y aparté con una mía la mesa, arrastrándola para que estuviera más lejos de nosotros.

—Quítate la parte de arriba —le pedí refiriéndome a su ropa, acomodando la espalda en el respaldo.

—Mientras que no me pidas que lo haga con baile incorporado… —Se mordió el labio—. Ahora mismo mi coordinación es nula. —Rio nerviosa.

—Hazlo como quieras, pero te quiero desnuda —le pedí sin dejar de observarla.

Con movimientos lentos fue desabrochando los botones de la camisa, dejando poco a poco la piel al descubierto. Era la segunda vez que admiraba todo lo que fue quedando a la vista, pero en condiciones y bien de cerca. Mantuve la calma y el control para no intervenir antes de tiempo. Cuando la tuvo abierta la deslizó. La prenda quedó en sus manos, la que no tardó en hacer compañía a la mía, en el sillón.

De la misma forma se desabrochó el sujetador, haciéndolo desaparecer también. Dejé salir el aire lentamente, mirando fijamente sus pechos y pezones erectos, debido al cambio de temperatura y a la anticipación.

—No sigas, de lo demás me encargo yo. —Fue mi petición, parando los movimientos de sus manos al llegar al cierre del pantalón.

Separé la espalda del sofá, llevando las manos a su cadera para acercarla más a mí. Lo primero que hizo contacto con su piel directamente fueron mis labios, los que besaron su barriga y subieron hacia el encuentro de sus pechos, los que apresé con las manos antes de llevármelos a la boca. Un gemido salió de su garganta ante mis lamidos, succiones y pequeños mordiscos, pasando de uno a otro, atendiéndolos a los dos. Se agarró de mis hombros para mantener la estabilidad y mis ojos buscaron los suyos mientras jugaba con uno de sus pezones.

Ruborizada, pero no por la vergüenza, si no por el calor que le estaba provocando, con los labios entreabiertos y la mirada puesta en mí, en lo que le hacía, la cogí de los brazos para que bajara a mi encuentro, después de la última succión. Besé su boca con ganas y ansiedad, profundizando todo lo que pude, queriéndomela comer y que no terminara nunca.

Una sensación desconocida me atravesó, dejándome desconcertado interiormente. Durante los segundos que duró no exterioricé nada, interiorizando las consecuencias que tuvo. Nos separamos con las respiraciones sofocadas, sintiendo las caricias de sus manos sobre mi pecho. La dejé hacer durante unos minutos, hasta que la incorporé. Recta otra vez, mis manos se fueron hacia el botón de su pantalón.

—Vamos a ver cómo sigue —dije con voz profunda, refiriéndome a su humedad. Se mordió el labio inferior sin poder apartar la atención de mí.

Conforme se lo desabroché y lo fui bajando, fui besando el recorrido que la prenda de ropa hizo al caer a sus pies, incluyendo por encima de la ropa interior. La ayudé a quitarse los zapatos y me deshice del penúltimo impedimento para tenerla como deseaba. Mi miembro hacía tiempo que estaba duro y en tensión, palpitando con fuerza. Notaba las primeras gotas de excitación, mojándome el bóxer.

Abrí más las piernas, atrayéndola hacia mí, hasta que la frenó el sofá. Cuando se colocó donde quería, llevé los dedos al borde de la braguita y los colé por dentro, arrastrándola despacio. En cuanto su pubis quedó ante mis ojos, a muy corta distancia, apreté la mandíbula por la sacudida que tuve, en la que la felicidad y expectación de mi miembro habló por él mismo, esperando el momento para entrar en acción.

Desnuda delante de mí, por unos segundos me eché hacia atrás, apoyándome en el respaldo. Recorrí con la vista todo su cuerpo, deleitándome ante la visión que me daba y tomándome mi tiempo para memorizarla a conciencia, porque tendría que echar mano a los recuerdos durante los días que no la tuviera a mi alcance. Y ya os digo que no sucedería pocas veces.

Moví un pie, metiéndolo entre sus piernas para que las abriera más. Al tenerla como necesitaba mi mano se desplazó hacia su zona íntima, para comprobar lo mojada y excitada que estaba. Con satisfacción mis dedos se impregnaron de sus fluidos, arrastrándolos. Sin dejar de observar todas sus reacciones y expresiones, soltó un pequeño jadeo por el contacto, cerrando los ojos cuando deslicé los dedos hasta cubrir cada pliegue con su humedad. Tanteé la entrada por la que no tardaría en colarme, introduciendo un dedo en su interior sin dificultad por su excitación.

—Kayden… —susurró removiéndose.

No abrí la boca para decir nada, seguí con mi inspección, jugando con todo lo que me iba encontrando, incluyendo su clítoris inflamado. En el momento en el que me centré en él, quiso agarrarse a mí para no perder las fuerzas, pero lo evité dejando lo que estaba haciendo ante una queja silenciosa por parte de ella. La agarré de las manos y rápido, con fuerza calculada, la llevé hacia el sofá, dejándola tumbada bocarriba, lo que provocó que por la sorpresa soltara un jadeo.

Me giré hacia ella y dirigí sus piernas a mi antojo, quedándome de rodillas entre ellas. Una la coloqué en alto, por encima del respaldo, la otra al lado de una de mis piernas. Expuesta y abierta para mí, mi erección palpitó y la boca se me hizo agua al ver el brillo de la humedad que le había esparcido, teniendo una visión perfecta de sus labios inferiores, de su clítoris y de la entrada que me esperaba con necesidad. Así lo comprobé cuando levanté la cabeza y busqué sus ojos, al distinguir la expresión en su cara.

Volví a mojarme los dedos al colocarlos en el mismo sitio, para después llevármelos a la boca y lamérmelos uno a uno. Su tensión se incrementó al observarme y más lo hizo cuando soltó un gemido al ir directo a su encuentro. Agarrándola de la cadera subí su cuerpo a la altura que necesitaba y mi boca se posó cubriendo parte de su zona íntima. Se removió inquieta mientras mi lengua recorría los mismos rincones que mis dedos habían tocado, sin prisa, tomándome el tiempo que consideré necesario.

—Kayden… —gimió echando la cabeza hacia atrás, agarrándose al reposabrazos con las manos.

Con los labios y la lengua me centré en su punto de placer, lamiéndolo, resbalando entorno a él y succionándolo con toda la necesidad que tenía acumulada. Perdió la batalla, dejándose vencer por el orgasmo que la asaltó. No por ello cesé en mis movimientos, pero sí bajando la intensidad mientras hacía mío su placer.

Acariciándole las piernas me separé, inclinándome para besar la parte alta de su cuerpo, hasta regresar a los pechos. Toda ella me atraía como un puñetero imán, como si algo más fuerte que yo me hiciera no poder dejar de tocarla, olerla, besarla, lamerla y recorrer la piel expuesta, lunar o peca que adornaban su cuerpo.

—No ha hecho más que empezar —dije con voz profunda cuando me incorporé, rozando con la yema de los dedos su piel.

—Queda lo mejor. —Carraspeó para aclararse la voz.

Antes de dar el siguiente paso, me sorprendió incorporándose y empujándome hacia atrás. Me dejé caer de espaldas y gateó sobre el sofá viniendo hacia mí. Contuve la respiración cuando se puso encima, dejando una mano en mi miembro, apretándolo por encima del pantalón. Eso hice yo con la mandíbula, apretarla ante el gusto que me dio su provocación.

Supe que esa vez el vencido iba a ser yo en cuanto sus labios se curvaron, al menos durante el tiempo que la dejara. Provoqué que su peso cayera sobre mí, buscando su boca con desesperación al no apartar la mano de mi erección, rodeándola con fuerza todo lo que la situación la dejaba. La moví sujetándola del trasero, frotándola con mi cuerpo, buscando saciar la necesidad con la fricción mientras sentía el calor de sus pechos apoyados en el mío.

Me sentía al límite de todo: de emociones, de sensaciones, de necesidades… Corté el beso para ponerle remedio, con la intención de incorporarme para desprenderme de la ropa, pero me frenó con las manos en el pecho, quedándose sentada en mi cadera.

—Ahora me toca a mí. —Se mordisqueó el labio inferior.

A la mierda la puñetera cordura porque estaba a punto de perderla.

Capítulo 28



Everly

Estaba tan caliente, tan excitada… el orgasmo me había servido para mitigar un poco la ansiedad de sentir su intensidad por cada parte de mi cuerpo, pero no tuve bastante, necesitaba más, mucho más y con esa intención le pedí, con mi gesto y mis palabras, que me dejara descubrirlo como deseaba.

Le acaricié el pecho, despacio, deslizando las manos sobre él mientras mis ojos no perdían detalle de cada zona por la que pasaban. Era de admirar, si vestido ya destacaba por su porte y elegancia, dejando ver una pequeña pincelada de cómo era, por como los trajes se amoldaban a su figura… sin ningún obstáculo a la vista, sus músculos definidos y marcados hacían la diferencia, sin exagerar, pero en la medida justa para captar toda la atención.

Me incliné para lamerle los labios. Intentó buscar los míos, pero se lo impedí moviéndome rápido hacia abajo. En ese instante me urgía descubrirlo, como había hecho él conmigo momentos antes. Pasé la lengua por su cuello, deslizándola mientras iba dejando besos cortos que marcaban un camino descendente.

Sobre su pecho, lamí sus pezones llevando la mirada hacia la suya. En tensión me observaba, hice más presión sobre su miembro, lo que provocó que la rigidez aumentara y apretara la mandíbula. No se movió, me dejó hacer, por lo que después de demorarme en sus pectorales al ver la reacción que le provocaba, continué deslizándome hacia abajo.

En el recorrido, mis labios y lengua siempre mantuvieron el contacto con su piel, la que olía de maravilla y estaba erizada por las sensaciones. Acaricié por última vez su miembro por encima de la ropa y cuando besaba la zona de su ombligo, calentándolo con mi respiración, llevé las manos al botón del pantalón del traje, metiendo los dedos entre la ropa, rozando la piel directamente.

Me incorporé con necesidad, centrando la vista en lo que estaba a punto de hacer para no perderme detalle. Desabroché el botón y bajé la cremallera, el bulto que escondía era tan visible… por unos segundos busqué su mirada, la que continuaba atenta a mí y expectante. Volví a centrarme en lo que tiraba de mí mientras con las manos apresaba la cinturilla de toda la ropa,

incluido el bóxer.

Con su ayuda, al incorporar un poco la parte baja para que pudiera quitárselo todo, los deslicé, arrastrándolos hasta hacerlos desaparecer. Me mordí el labio inferior al hacerse visible, acariciándole las piernas, subiendo las manos hasta quedar muy cerca de él. Duro, con las primeras gotas de semen mostrándose, no pude apartar los ojos del espectáculo que era.

Volví a unir mis labios a su piel, esa vez sobre los muslos, haciendo el proceso inverso, dirigiéndome hacia arriba. Besé y lamí todo el recorrido que me llevó hacia sus partes íntimas. Dejó salir el aire tenso, ante mi contacto con los testículos, a los que me presenté en condiciones. Sin quererlo retrasar más, la punta de mi lengua arrastró las gotas de semen del glande, lamiéndolo y acogiéndolo en mis labios.

Me agarró de los brazos, transmitiéndome la necesidad que le recorría. Abrí la boca para hacerlo desaparecer en mi interior, lo que provocó que contuviera el aire y sus manos abandonaran mis brazos para terminar en mi cabeza, recogiéndome el pelo con ellas, manteniéndose en esa postura. Sin dejar de probarlo ni separarme, busqué sus ojos.

Estaban puestos en mí, observando cómo su erección entraba una y otra vez en mi boca mojada, cómo mi lengua jugaba con cada parte de él y se humedecía con su placer, cómo mis labios lo succionaban… Tomó parte del control empezando a moverme al ritmo de su necesidad, dirigiendo mi cabeza en cada movimiento que realizaba, mientras mis manos se posicionaban en sus testículos y hacían la presión justa, acariciando de vez en cuando el final de ellos.

El conjunto provocó que se descontrolara, echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, dejando salir varios jadeos. Mi intensidad se incrementó en todo lo que le hacía, acompasándome con él. No solo continuaba marcándome con el agarre del pelo, su cadera se elevaba al encuentro de mi boca sin descanso, en la que su miembro resbalaba y se deslizaba sin esfuerzo por la mezcla de sus fluidos y mi saliva.

Mi excitación me sobrepasó, impulsándome a apartarme de él y colocarme en posición para que se perdiera en mi interior, pero de otra manera diferente. Pareció que lo supo interpretar porque me separó de golpe de un brazo y del pelo. Me relamí los labios, recogiendo todo lo que había quedado en ellos. Sus ojos se incendiaron más, su expresión se tornó dura con las facciones marcadas y más lo hizo cuando con un dedo recogí unas gotas de semen de la punta y me lo llevé a la boca, tal y como él había hecho conmigo.

Hasta ahí llegó mi momento individual, lo supe por el cambio que dejó ver. No me equivoqué cuando me vi arrastrada por su fuerza hacia arriba, al encuentro de sus labios. Nos besamos con desesperación, uniendo y fusionando nuestros sabores, hasta que nos separamos con las respiraciones agitadas.

Me hizo incorporarme para hacerlo él, dejándome de rodillas en el sofá.

—No te muevas —me pidió con voz ronca y asentí mordiéndome el labio inferior.

Lo vi caminar hacia la cama, dándome un plano perfecto y espectacular de su espalda, glúteos y

piernas. Se paró al lado de la mesita de noche y abrió el cajón, regresando a mí con un preservativo en alto.

—Obsequio de la casa —comentó.

—¿En serio? —Agrandé los ojos porque no lo había visto nunca, ni escuchado, pero claro, en el hotel en el que estábamos muchas cosas variaban a las que yo estaba acostumbrada. Allí no faltaba ni un detalle, pero hasta el punto de poner al servicio del cliente la protección para practicar sexo… pues sí, me lo aclaró sin que saliera del asombro.

—En esta cadena de hoteles cuidan mucho a los huéspedes, hay hasta geles y no me refiero a los del baño. —Su tono de voz al hablar fue de diversión, claramente. Abrí más los ojos—. Y esto —movió el preservativo—, nos viene perfecto porque yo no suelo llevar nunca encima.

—¿Nunca? —Carraspeé.

—No mantengo relaciones porque sí, cuando sé que va a suceder o puede darse la oportunidad, voy preparado, pero si no… y concretamente en los viajes de trabajo no entra en mi cabeza esa opción, es inviable. —Volvió a moverlo delante de mí.

Asentí ante su explicación y no tardó en rasgar el envoltorio y colocárselo mientras yo me dejaba caer en el respaldo porque todavía continuaba de rodillas.

—Apoya las manos y las rodillas en el sofá. —Sonó a exigencia, pero esa vez, bien gustosa iba a obedecer, deseando lo que estaba a punto de suceder.

Me giré y me coloqué tal y como me había pedido, mirando por encima del hombro cómo se posicionaba detrás. Cerré los ojos al contacto de sus manos en mi espalda, la que recorrió acariciándola, hasta pararse en el glúteo. Inquieta, me removí al sentir besos en la zona, con pequeños mordiscos que no hacían daño, todo lo contrario.

—Kayden… —Cogí aire cuando llevó su miembro a mi entrada y lo resbaló, tanteándola, humedeciendo la protección. A estas alturas no hace falta que diga cómo estaba, ¿no?

Y el momento llegó, entró fuerte y duro dentro de mí, provocando que de mis labios saliera un suspiro de placer y me agarrara al reposabrazos con fuerza.

—Si pudieras estar dentro de mí… —susurró con voz profunda, conteniéndose porque se mantuvo quieto, llenándome— La presión es perfecta, el calor, la humedad… vas a terminar por volverme loco, Everly, y eso que hay una barrera entre nosotros.

—Es lo que quiero —murmuré buscándolo por encima del hombro.

Como represalia o no, porque me gustó, me apretó el trasero. Ese fue el inicio para que el baile empezara, el que acompañé en todo momento, llevándonos al límite mutuamente. El sonido de nuestros cuerpos chocando cada vez que íbamos al encuentro del otro nos acompañó, el que fue incrementándose sin cesar, con insistencia y fuerza.

Gemí apretándome al reposabrazos cuando sin frenar, llevó una mano a mi clítoris. Lo apresó y acarició igualando el ritmo a sus embestidas, haciéndome desesperar. El orgasmo no tardó en llegarme, imposible retenerlo, quedándome desmadejada mientras él se llevaba más al límite, guiándome de las caderas para alcanzar su propio placer.

Y sucedió, se corrió en tensión, balanceándose hasta las últimas sacudidas. Sonreí cuando sentí sus brazos rodearme la cintura y su boca besar mi espalda. Vencidos por igual salió de mi interior y nos dejamos caer de lado en el sofá, con Kayden manteniendo el abrazo. Solté un suspiro sintiendo el calor de su cuerpo en la espalda, la sensación era tan…

—Como ya he dicho en alguna ocasión, esto no ha hecho más que comenzar…

Sus palabras me hicieron girar la cabeza para mirarlo, lo que aprovechó para besarme. En esa ocasión, en el contacto de nuestros labios no hubo intensidad, en cambio sí que hubo caricias llenas de calma y sosiego, habiendo obtenido lo que tanto deseábamos. Saciados emocional y físicamente, así terminamos.

Entre sus brazos me quedé adormilada, hasta que dejé de ser consciente de todo, notando su respiración pausada en mi cabeza. Me removí un poco, a gusto, cuando sentí que algo me cubría el cuerpo, lo que motivó a que me dejara atrapar antes por el sueño.

Las sensaciones se repitieron durante la tarde y hasta bien entrada la noche. Los orgasmos se sumaron, la excitación nos volvió a llevar al límite con el transcurso de las horas. Kayden parecía no tener fin, se tomaba el tiempo de recuperación necesaria mientras descansábamos y reponíamos fuerzas con la comida que los carros mantenían a buena temperatura, y volvía al ataque, uno que yo recibía más que satisfecha, lamentando que al día siguiente ya no estaría con él.

✣ ✣ ✣

Pasada la medianoche aparcó cerca de mi edificio y me acompañó hasta mi piso. Abrí la puerta y le ofrecí entrar, aunque sabía que se negaría por lo tarde que era.

—Mañana madrugas, tienes que descansar. —Me acercó a él y lo abracé.

—En cuanto caiga en la cama, voy a dormir como una bebé —sonreí y cerré los ojos al sentir sus manos acariciarme el pelo y las mejillas—. Tú vas a dormir menos que yo porque en nada tienes que estar en el aeropuerto. —Los abrí haciendo una mueca.

—No suelo hacerlo mucho —negó—, y aunque no fuera así, el motivo ha merecido la pena. —Se inclinó dándome un beso en la frente y volví a sonreír como una tonta al sentirlo tan mimoso. ¿Quién me lo iba a decir? Pues ale, en toda la frente, como el beso que acababa de darme—. Me voy ya, descansa. —Ante su despedida me puse de puntillas buscando sus labios y los encontré a medio camino porque hizo el mismo movimiento.

—No…

—¿Qué? —Frunció el gesto al notar mi indecisión.

—No tengo tu número de teléfono, aunque no sé si quieres que lo tenga para que no te moleste, o yo que sé —hablé rápido, sintiendo vergüenza de repente.

—No hace falta —comentó y contuve el aire, notando una sensación que no me gustó nada.

Bajé la mirada hacia su pecho mientras aflojaba el agarre de mis manos, con la intención de separarme de él, pensando que había hablado y supuesto de más y que lo que había sucedido… levanté la cabeza cuando me apretó.

—No lo has entendido —dijo con una ceja levantada—. Cuando he dicho que no hace falta es porque yo tengo el tuyo desde el principio. ¿Acaso no te llamé muchas veces cuando sucedió lo de la entrevista fallida? Pensaba escribirte un mensaje mañana a primera hora desde el aeropuerto, para que memorizaras el mío.

—No había pensado en eso. —Tragué saliva.

—Soy tu jefe, igualmente lo tendría a mi disposición —apretó los labios—, pero dispongo de todos tus datos desde mucho antes de serlo.

—Vale —dejé salir un suspiro, pero sonreí sintiendo regresar la confianza.

—Así que, vuelve a pensar como lo has hecho, y tú y yo tendremos un problema, ¿me oyes? Esto no es una despedida, Everly, ya te he dicho que te quiero conmigo en Blue Sky Company, trabajando para mí, a mi lado, eso durante las horas de trabajo —se inclinó rozándome los labios con los suyos— porque fuera de él, te quiero y te necesito en mi vida y en mi cama. ¿He sido claro? ¿Te queda alguna duda?

—Cristalino —susurré emocionada—, solo falta que solucione una cosilla para que pueda recibir tus mensajes… —Desvié la mirada, intentando no reír.

—¿Qué quieres decir? —Se extrañó.

—Es que… —Carraspeé—. Como fuiste tan insistente y yo no quería saber nada de ti ni de tu empresa, por el trato que recibí, pues te bloqueé por todas partes —sonreí de forma exagerada.

—¿En serio? —dijo sorprendido, con las dos cejas levantadas.

—Sí, pero en cuanto entre le pongo rápido solución. —Apoyé la mejilla en su pecho—. Desbloquearé todos los que corresponden a este país, ni idea de cuál será el tuyo porque fueron varias líneas móviles, aparte de fijos.

—Por tu bien espero que así sea. —Me dio un beso en la cabeza—. Sobre lo que te comenté del trabajo…

—Tendré cuidado y estaré atenta a todo —asentí.

—Más lo primero, ¿de acuerdo? —Me agarró la barbilla para mirarme a los ojos.

—Cambia la cara, jefe, que te van a salir arrugas. —Reí ante su gesto fruncido, preocupado.

—Desde que te conocí has provocado que me salieran algunas.

—¿Me estás echando la culpa? Claro, no tiene nada que ver la edad. —Tosí.

—Mi edad es perfecta —llevó las manos a mi trasero y me lo apretó— y sí, la responsable eres tú, por el inicio que me diste.

—Si no te lo hubiera dado, no estaríamos aquí ahora mismo. —Me mordí el labio inferior.

—Entonces puedes provocarme todas las quieras. —Me besó.

Dejé de notar el suelo bajo los pies al levantarme por donde me tenía agarrada. Cuando se fue y cerré la puerta me dirigí hacia la habitación para darme una ducha. Ya había pasado por ella en el hotel, pero a continuación utilicé la misma ropa, por lo que no me quedé cómoda. Media hora después estaba tumbada en la cama, calentita debajo del nórdico mientras desbloqueaba divertida todos los números escoceses que hacía tiempo me llamaron.

Con todo en orden y deseando tener noticias de Kayden al día siguiente, dejé en la mesita de noche el móvil y apagué la luz. Notaba el cuerpo pesado y dolorido, no era para menos. Cada parte que destacaba era un recordatorio de las últimas horas que había pasado junto a él.

Me dormí profundamente, con un último pensamiento de Kayden en mi mente.

Capítulo 29



Miré el reloj, eran las seis y media de la tarde. Había salido del trabajo a las cinco, haciendo tiempo para dirigirme al aeropuerto que era donde estaba esperando a que Naomi llegara. Estaba deseando verla, emocionada. Al final había podido alargar los días que se quedaría conmigo, un poco más de una semana. Con todos los que le debían de vacaciones, pocos eran, pero así lo había preferido ella para disponer del resto más adelante.

Solté una carcajada en cuanto la vi salir por la puerta, rodeando y adelantando a la gente para ir más rápida, arrastrando la maleta. Al verme pegó un grito y empezó a correr moviendo el brazo en alto por si cabía la posibilidad de que yo no me hubiera fijado en ella. A pocos pasos de llegar soltó la maleta y se lanzó hacia mí, nos abrazamos riendo y saltando, dándonos besos.

—¡Kayden te dejó consumida! Estás más delgada. —Se llevó las manos a la cara y volví a reír.

Estaba al tanto de todo lo que había sucedido entre nosotros.

—No grites.

—¿Qué más da? Como si me fueran a entender. —Pasó un brazo sobre mis hombros después de recoger la maleta—. Llévame a tu palacio, nena, la aventura real empieza ahora. —Me dio un golpe con la cadera.

—Espero que hayas traído el sol de España. —Apreté los labios.

—¡No me digas que hace mal tiempo! Argg… leches qué mala suerte tengo. No me he fijado al aterrizar.

—¿No estabas mirando por la ventanilla? Me extraña.

—Sí, pero solo veía corazones. —Reímos.

—Por cierto, las alas se han mantenido en su sitio, ¿no?

—Muy graciosa, pero mira, ahora mismo me da igual lo que me digas sobre ese tema. —Me sacó la lengua.

Menuda noche la anterior, por la que me dio enumerando todo tipo de situaciones que podía encontrarse en el viaje. Hasta se despidió de mí para siempre por si le sucedía algo, pero no en broma, no, fue muy en serio, tanto que hasta lloró. Yo pasé de la incredulidad a las risas constantemente.

Al salir del aeropuerto se quejó diciéndome que eso no se hacía, el motivo fue porque hacía sol. Sí que estaba un poco nublado, pero nada que ver con lo que había insinuado. Cogimos un taxi que nos llevó hasta mi piso, con el pensamiento de que se librara del equipaje antes de enseñarle la zona en la que vivía. Por las horas que eran y yo teniendo que trabajar al día siguiente, no nos daba tiempo a mucho más.

—Oh, cuánto verde —dijo con un suspiro cuando el taxi se fue, mirando los alrededores mientras estábamos paradas cerca de mi edificio.

—Ventajas de vivir a las afueras de Invernes —sonreí.

—Me súper encanta. —Aplaudió.

—En tu línea. —Reímos.

Subimos en el ascensor y en cuanto abrí la puerta me apartó a un lado para hacer una inspección de todo. Como sabía que se tomaría su tiempo me senté en el sofá, divertida y feliz por tenerla otra vez junto a mí. Muchas veces era la energía que me faltaba, mi vitamina cuando lo necesitaba.

—Es perfecto —comentó saliendo al salón.

—Está apartado, pero estoy muy satisfecha —asentí.

—Tienes que empezar a mirar otro medio de transporte, cariño. —Se puso cerquita.

—Sí, pero no aquí. Por si no te acuerdas mi puesto de trabajo está en Glasgow. No sé cuándo será, pero no voy a alquilar un coche hasta que no esté allí.

—¡Es verdad! Chica es que me traes loca con tanta información de golpe y tantas emociones —sonrió pícara—. ¿Qué tal con Kayden?

—Bien —sonreí negando—. Ya lo sabes, me lo has preguntado cada día desde que te lo conté.

—¿Y qué? Mis oídos necesitan oír constantemente todo lo referente a ese hombre, para adorarlo más. Venga. —Rio mientras movía las manos.

—Nos escribimos mensajes durante el día, en los momentos que podemos, y por la noche, cuando no está en el trabajo, hablamos —repetí poniendo los ojos en blanco.

—¡Mira que cara de tonta se te pone! Por eso necesitaba escucharlo en vivo y en directo, no tiene desperdicio. —Soltó una carcajada y más rio cuando le di varios manotazos, sin fuerza, en plan

broma—. Te entiendo, cariño, ¡qué hombre! Me tiene conquistada —suspiró.

—Como para no saberlo, es tu mantra —dije con guasa.

—¿Salimos? —Se levantó de un salto.

—Sí. —La imité, pero no con tanta energía.

Volví a reír cuando me agarró de la mano para sacarme rápido del piso, según sus palabras iba muy lenta y tenía mucho por descubrir. Paseamos por las calles, tranquilas, disfrutando de la paz que se respiraba en toda la zona. La verdad es que, si no tuviera que irme de allí, prefería estar en un lugar de esas características, aunque los trayectos en coche fueran mucho más largos. De todas maneras, no se hacían pesados.

A las nueve de la noche ya nos habíamos duchado y estábamos terminando de preparar la cena, dos sándwiches muy completos.

—Por mí no te preocupes, cuando el taxi te deje en el trabajo le dices que me lleve al centro. Me las apañaré bien —comentó.

Me acerqué a ella con la sartén y puse el último huevo frito encima. Ella se encargó de taparlo con el pan.

—¡Qué pinta! Tengo un hambre.

—Está bien —contesté a lo del taxi—. Saldré puntual, a las cuatro y media, para ir a tu encuentro.

—Estupendo —sonrió.

Con los platos en las manos fuimos hacia el sofá. Nos sentamos elevando la mesa pequeña que había enfrente y empezamos a comer.

—Antes de irte puedes acompañarme y conocer a Sophie. Le he hablado mucho de ti y le hará ilusión, así te la presento. Con Brodie no sé si coincidiremos —dije mientras abría una bolsa de patatas chips y echaba en los dos platos.

—Me gusta —dijo con la boca llena después de dar el primer mordisco, asintiendo.

—¿El qué? ¿La comida o mi propuesta? —Reí.

—Las dos cosas. —Se unió a mí cuando tragó.

Eran las once cuando nos despedimos en el pasillo hasta el día siguiente. El piso tenía otra habitación con una cama pequeña, de la que se apropió en cuanto la vio al llegar.

—Mierda. —Me dejé caer en la cama, enfada conmigo por no haberme dado cuenta hasta ese

momento de que dejé el móvil en silencio, cargando en la habitación.

Pero es que normalmente sobre la hora que era Kayden me hacía la última llamada del día, o yo a él. Por lo visto esa noche me iba a quedar con las ganas… tenía dos llamadas perdidas y un mensaje de texto, al que accedí rápido. Mis ojos fueron agrandándose poco a poco conforme lo fui leyendo, lo que tuve que hacer varias veces porque con una no tuve suficiente, sin creerme lo que ponía.

Kayden: *Buenas noches, preciosa. No insisto más porque doy por hecho que estás entretenida con tu amiga Naomi. Por hoy desconecto ya, tengo que levantarme muy temprano para ir a la empresa donde se montan los aviones, o más bien, dentro de pocas horas. El trayecto es bastante largo y no quiero regresar muy tarde porque estaré entretenido allí. Nos vemos mañana, sí, como estás leyendo. Te he enviado al correo dos billetes de tren con destino a Glasgow, para ti y para tu amiga. En él están todos los detalles. Debido a lo que te he comentado primero, mi visita a la empresa, no podré recogeros en la estación. No te preocupes, Yago, mi amigo, estará esperándoos, le he dado tu número de teléfono por si tiene que ponerse en contacto contigo por algún retraso o por si surge cualquier inconveniente. Sabrá quién eres, le he hecho memorizar la fotografía de tu currículum. No sé a qué hora verás este mensaje, espero que con el tiempo suficiente para que prepares la ropa que vas a necesitar. Como sé lo que estás pensando ahora mismo, te informo de que Cameron ya está avisado, para el resto de la empresa estarás trabajando en otra ubicación, así le he pedido que lo comente si le preguntan. A mí poco me importa que especulen por tus ausencias, pero sé que para ti es importante y haré todo lo que esté a mi alcance para cubrirte. Tienes que empezar a acostumbrarte a estar conmigo, lo que ello conlleva, me refiero a que te guste o no, voy a hacer excepciones de cara a ti porque eso equivale a que me las hago a mí mismo. Te necesito conmigo el fin de semana, estos días separados no me están gustando y mi necesidad por estar juntos tira más que mi cordura. Tranquila que te daré trabajo, pero no dentro de la empresa, otro muy específico y mucho más satisfactorio y placentero. Ni se te ocurra perder el tren porque iré a por ti, si no os da tiempo a preparar nada venid con lo puesto, ya lo solucionaremos aquí. Hasta mañana por la tarde, Everly.*

—¡Naomi! —grité dejándome la voz cuando salí de la impresión.

Me giré sentada en la cama para mirar hacia la puerta, esperando que apareciera. Lo hizo a los pocos segundos, con cara de susto, con el cepillo de dientes en una mano y con la boca llena de pasta. Casi se atraganta al hablar.

—¿Qué pasa? No me digas que al estar rodeadas de tanta vegetación se ha colado algo y has visto algún animalito porque me da, que yo nunca he sido capaz ni de echar a una hormiga de mi piso, nena —habló de carrerilla, con voz ahogada.

—No. —Reí sin poderme contener.

—Joder, ¿y a qué ha venido ese grito? Has sonado apurada, asustada o qué sé yo… —Entró acercándose a mí.

—Antes enjuágate la boca que te vas a tragar la pasta de dientes cuando te lo diga.

—Lo sigues pintando muy mal, que lo sepas —resopló y hasta burbujitas le salieron de la boca.

Continué riendo hasta que entró en el baño del pasillo. Llevé la vista a la pantalla y mientras regresaba volví a leer el mensaje de Kayden, anonadada por el cambio de planes, pero, sobre todo, feliz, muy feliz porque estaba deseando verlo. Mis labios se curvaron, a pesar de que era verdad que no me gustaba mucho tener privilegios y menos en el entorno del trabajo. Lo que dijeran o cómo me miraran me daba exactamente igual, pero interiormente no me agradaban las distinciones.

—Ya estoy lista para morir. —Me centré en Naomi—. Cuidadito que no es en sentido literal, ten piedad de mí por tus padres porque tendría guasa que regresara a este país para quedarme otra vez a dos velas. —Volví a reír mientras se sentaba a mi lado—. Habla ya, leches. —Me metió prisa.

—Mañana no voy a trabajar. —Cogí aire.

—¿Cómo qué no? ¿Y eso?

—El jefe me ha dado el día libre. —Apreté los labios.

—¿Qué jefe? ¿El de aquí o el de más allá? ¿Por qué? Que no me quejo, ¿eh? Porque así tenemos tres días completos para estar juntas, hasta que te incorpores el lunes. Un momento, ¿no será una estrategia para despedirte? —Se levantó de un salto, señalándome—. Pídele explicaciones ahora mismo a ese, a ese… ¿era Camel?

—Eso es una marca de tabaco. —Me doblé de la risa, sin poder parar.

—Y también un camello, no te fastidia —dijo seria, poniéndose las manos en las caderas, hasta que se unió a mí.

Nos costó poner a raya el ataque que nos dio, hasta que me incorporé retirándome las lágrimas de la cara.

—Se llama Cameron, no Camel —negué—. Y no ha salido de él.

—Coño y de quién si no, porque… ¡Ohhh! Dios no me digas que ha sido idea de Kayden porque le como los morros en cuanto lo vea —dijo en alto, casi gritando, dejando salir la emoción que le producía todo lo referente a él.

—El mismo —asentí varias veces.

Dramática se dejó caer, eso sí, en la cama porque se acercó expresamente. Se quedó tumbada a mi lado.

—No es todo —dije distraída mientras entraba en el correo.

Vi su mensaje y lo abrí, encontrándome con los dos billetes.

—¿Por qué me tienes todavía en la ignorancia? Hablaaa…

—Mañana nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde?

—Lejos de aquí.

—Pero ¡si no me ha dado tiempo a ver nada! Joder, que a este paso se seca el lago Ness y me quedó sin poder verlo. —Abrió la boca, sorprendida.

—Kayden me ha enviado dos billetes para Glasgow, para las dos —sonreí de oreja a oreja porque sabía que…

—¡¡Ahhh…!! Que me daaa… —Se levantó de un salto y empezó a correr por la habitación, literalmente. Solté otra carcajada.

—Cuando regresemos aquí todavía quedan días para que te vayas, podremos ir al lago Ness y adónde te apetezca, juntas. Y mientras yo trabajo puedes ir a otros lugares.

—Tengo ganas de llorar —dijo con un puchero.

—No —me levanté señalándola—, ni se te ocurra porque estoy sensible y me vas a contagiar. Esto es motivo de alegría.

—Jooo…

—Mejor ves a la habitación —dije caminando hacia el armario, abriéndolo y sacando de la parte de abajo una mochila lo suficientemente grande para la ropa— y prepáralo todo. —Se la lancé y la cogió al vuelo.

—¿Cuántos días? ¿A qué hora salimos?

—No lo he mirada, espera. —Volví a la cama y cogí el móvil, abriendo el documento con los billetes—. Madre mía.

—¿Qué?

—Cuatro días, regresamos el martes por la mañana. —La miré emocionada—. El tren sale a las nueve y media y el recorrido dura tres horas y media.

—Menuda noche me espera, no voy a poder dormir. —Sus palabras las escuché a distancia porque salió corriendo de mi habitación hacia la suya.

Nerviosa entré en la conversación y le respondía al mensaje, para que lo viera nada más despertar.

Everly: *Lo siento, tenía el móvil cargando en la habitación y no me he acordado de quitar el*

modo silencio. Acabas de alegrarme la noche, tengo tantas ganas de verte… todos los sentimientos y sensaciones que has escrito yo también los he sentido durante estos días. Gracias, por todo. Naomi también está muy ilusionada, no te asustes si cuando te conozca se cuelga de tu cuello. —Puse varios emojis sonriendo y con corazones—. *Estaremos a tiempo en la estación. Ten cuidado en los trayectos y espero con ganas volver a verte, nerviosa me has dejado con la sorpresa. Buenas noches, Kayden, que descanses. Te veo en mis sueños y pronto en persona.*

Pues no que me he emocionado, pensé con una sonrisa tonta. Aproveché para avisar a Sophie y a Brodie, enviándoles un mensaje al grupo en el que estábamos los tres. Les informé con sinceridad y después de esperar varios minutos por si alguno se conectaba, puse la alarma y apagué el móvil dejándolo en la mesita de noche porque no sucedió. Di por hecho que ya estarían descansando por la hora que era y me puse en movimiento para preparar las cosas que me iba a llevar.

Capítulo 30



—Qué bonito es todo. Es que mire el paisaje que mire, da igual la ubicación, me enamora más —dijo Naomi soltando un suspiro, mirando por la ventana del tren.

—Cierto —confirmé con la vista en la misma dirección que la tenía ella.

—¿Cuánto queda?

—No mucho, un poco más de diez minutos porque hemos salido más tarde —confirmé.

—¿Conoces al amigo de Kayden? ¿El que nos viene a buscar?

—No, pero me confirmó que él me reconocería —asintió.

—Qué ganas tengo de llegar. —Se frotó las manos.

—Hay muchas —sonreí.

—Las igualamos, pero por motivos diferentes. —Reímos porque era la realidad en ese instante, por mucho que me gustara el país y todos sus rincones.

La voz que anunciaba la llegada a las paradas sonó por los altavoces y nos levantamos cogiendo las mochilas de la repisa de arriba, dirigiéndonos hacia la salida que teníamos más cerca. Cuando el tren dejó de moverse y la puerta se abrió, lo dejamos atrás, animadas y agarradas del brazo.

Una vez en la calle nos paramos mirando alrededor, sin que ningún hombre captara nuestra atención.

—A ver si se ha olvidado o ha encontrado tráfico para llegar puntual —comentó pensativa Naomi.

—Lo primero seguro que no. En los mensajes que he intercambiado durante el trayecto con Kayden me ha confirmado varias veces que su amigo nos recogería, y lo segundo, ni idea —respondí.

—¿Everly? —Escuchamos a nuestras espaldas una voz profunda y fuerte.

Nos sobresaltamos agarrándonos más fuerte, girando las cabezas despacio. Sin lógica porque el hombre que vieron nuestros ojos había pronunciado mi nombre, por lo que no había margen de error. Aun así, el susto nos los llevamos al esperarlo de frente.

—Leches, tenías que estar por ahí. —Reaccionó Naomi, señalando hacia donde habíamos estado mirando.

—¿Cómo? —preguntó en español, cambiando de idioma porque la pronunciación fue idéntica a la de Kayden.

—Uy, ¡qué mono! —soltó ella.

No lo dijo por su aspecto ni por su imagen, que bien podría haberlo hecho, porque tenía una planta impresionante, pero mi amiga reaccionó de esa forma porque al escucharlo se lo pareció. Apreté los labios conteniéndome para no reír, al ver la expresión del que imaginaba que era Yago mientras le hacía un repaso rápido a Naomi, sin interpretarla bien.

—Soy yo, sí —confirmé hacia él. Desvió la atención fijándola en mí y curvó los labios.

—Encantado, Everly. Soy Yago, uno de los mejores amigos de Kayden. —Me ofreció la mano y se la acepté, respetando sus costumbres.

Si la cosa marchaba como deseaba y esperaba, ya le enseñaríamos y se acostumbraría a nuestras muestras de afecto. Aunque no tardó en tener anticipadamente una pincelada de ello…

—Hola Yago —le habló pizpireta—. Yo soy Naomi, la mejor amiga de Everly. Mira qué casualidad, la primera coincidencia que tenemos, los dos somos mejores amigos de nuestros amigos que ya son tuyos y míos también, por lo que ya lo somos nosotros también —habló rápido, dejándolo descolocado por unos segundos.

Y no solo fue por sus palabras y el pequeño trabalenguas que hizo, sino también porque conforme habló se fue acercando hacia él y se puso de puntillas, por la diferencia de altura, agarrándose de sus hombros para darle dos besos, uno en cada mejilla. Debo decir que no perdió oportunidad en alargarlos, sin intención de dejar pasar la ocasión.

—Eh… Encantado. —Carraspeó cuando se separaron y terminé riendo. Ya me dio igual que pensara que no estábamos muy bien de la cabeza, no me pude contener más.

Como era habitual y de esperar, Naomi se unió a mí. Riendo las dos, delante de un Yago contrariado, así estuvimos durante un rato. Los minutos que duró el momento, aunque sus labios terminaron curvándose un poco, mientras no dejaba de mirarnos con atención, pasando la vista de una a otra.

—Perdona, de vez en cuando con nosotras son normales estas cosas —le sonreí.

—¿De vez en cuando? —soltó con guasa Naomi.

—Me gusta —asintió él.

—Ayyy, ¡qué mono! —repitió Naomi, emocionada.

—Perdona, una duda que me has creado. —Se dirigió a ella.

—¿Sí? —Juntó las manos, expectante.

—¿Te estás refiriendo a mí en todo momento como un animal? —Su pregunta en un tono de voz diferente y su levantamiento de ceja la dejaron con la boca y los ojos abiertos.

—La virgen, que no lo ha pillado. —Giró la cabeza hacia mí, rápido.

—Eso parece. —Miré hacia cualquier lado menos a ellos, para no soltar la carcajada que necesitaba exteriorizar.

—No, no, nada de eso —le habló gesticulando delante de él—. Verás, en nuestro país, en España —remarcó cada palabra como si no la entendiera, pronunciándolas despacio. Continuó de la misma forma—, o al menos en el idioma de Everly y el mío, decirle a alguien mono es como, bueno en este país ni tengo ni idea de cómo lo haríais, pero para nosotras si te digo que eres mono es porque me has parecido muy bonito, lindo, achuchable, tierno, encantador… ¡Everly! Ayúdame que no sé qué más adjetivos decirle. —Se giró hacia mí nerviosa, tirando de la manga de mi chaqueta.

—Creo que ya te ha entendido. —Al final tuve que soltar la carcajada, sobre todo cuando Yago se lo aclaró directamente, mostrando un poco de diversión.

—Puede que algunas palabras o expresiones se escapen de mi entendimiento, que necesite alguna aclaración según el significado diferente que les deis, pero como ves, me estoy dirigiendo a ti en tu idioma y no tengo ningún problema en que hables normal, comprendo lo que dices. Ya me ha quedado claro con el primer adjetivo, gracias.

—¡Oh! ¿Has visto qué bien se expresa? —Se dirigió a mí.

—Maravillosamente —negué.

—¿Tenéis hambre? ¿Habéis comido algo? —Desvió el tema Yago, mirando de reojo a mi amiga.

—Sí y no, pensábamos hacerlo una vez llegáramos. Es que en el tren no hay muchas opciones calientes —respondí y asintió.

—Perfecto, pues vamos al coche y será la primera parada que hagamos —nos pidió que le diéramos las mochilas.

Lo seguimos después de una pequeña batalla dialéctica en la que nosotras nos empeñamos en

llevarlas, pero terminó ganando Yago haciéndose con ellas, más que nada porque aceptamos que así fuera por las expresiones que fue poniendo.

—¿Dónde nos quedaremos a dormir? —Se interesó Naomi cuando estábamos montados en el coche y Yago arrancaba para ponerse en marcha.

—En casa de Kayden —respondió él.

Yo no lo sabía, no había preguntado, pero algo había podido intuir y lo daba por hecho. Desvié la mirada hacia la ventanilla, desde el asiento del copiloto que había ocupado, al sentir los tirones de Naomi en el brazo, llamando mi atención. Cuando me giré hacia ella tenía una sonrisa pícara y movía las cejas de forma graciosa, no pude evitar volver a reír mientras negaba.

Un espectáculo fuimos para Yago, el que no dejaba de observarnos interactuar, interiorizando todas nuestras reacciones. Entretenido lo íbamos a tener, de eso no me cabía duda, sobre todo estando Naomi allí.

Durante los veinte minutos que estuvimos en movimiento escuchamos atentas todas las explicaciones e información que nos fue dando, sobre las zonas por donde pasábamos. Llegado a un punto del recorrido aminoró la velocidad y se desvió hacia un *parking*, accediendo a la planta subterránea.

Subimos en el ascensor hasta la segunda en la que estaba el restaurante, el que se mostró ante nosotros en cuanto las puertas se abrieron. Era muy elegante, con música de fondo creando un ambiente relajado. Las mesas estaban decoradas al detalle y nos dejamos guiar hasta una de ellas, al ver a Yago levantar un brazo, comunicándose silenciosamente con un camarero.

—Nos hubiéramos conformado con un McDonald's, o cualquier comida rápida, ¿verdad? —comentó Naomi mirándome mientras ocupábamos las sillas. Asentí.

—Es el primer encuentro que se da entre nosotros y dada la implicación que tenéis con Kayden… no, esas posibilidades estaban descartadas desde el principio —negó él con seguridad.

—Ya me gustaría a mí tener algo que ver con ese hombre. —Rio Naomi.

—¿Cómo? —Se centró en ella, extrañado.

—Me refería a que no lo conozco personalmente. —Carraspeó.

—Eso carece de importancia, eres la mejor amiga de Everly. Es suficiente y toma el peso necesario para nosotros.

—Oh…

—Qué mono, ¿no? —La cortó él, diciendo la expresión que había escuchado de ella varias veces.

Apreté los labios sin estar pendiente de ellos, al menos visualmente porque tenía los ojos

centrados en la carta que había cogido para entretenerme. Lo de escucharlos atentamente ya era otro tema a parte.

—Mira cómo me va cogiendo el punto. —Aplaudió emocionada y rio.

—Cuando termine el día ya tiene matrícula de honor hacia ti —negué cerrando la carta.

—¿Vas a estar con nosotras todo el rato? —le preguntó Naomi. Apoyó el codo en la mesa y la cara en la mano, soltando un suspiro profundo hacia él.

—Por supuesto, no os voy a dejar solas.

—No pasaría nada, lo digo por si tienes que hacer algo y lo has dejado por nosotras —comenté.

—Está todo controlado —asintió.

—Vale. —Dejé el tema porque por lo poco que lo conocía me había quedado claro que se tomaba muy a pecho y en serio las responsabilidades hacia nosotras, lo que equivalía también hacia Kayden.

—Cuando salgamos de aquí os llevaré a casa de Kayden, para que dejéis el equipaje. Después si queréis descansar me mantendré acompañándoos en la casa hasta que llegue él, aunque vayáis por libre y no me haga notar. O si optáis por algo diferente, como salir a ver la zona…

—Lo segundo —lo interrumpió rápido Naomi—. No tienes que hacernos de niñero. —Le di un toque en el pie con el mío, para que no dijera nada al respecto. Me miró por unos segundos de reojo, extrañada, hasta que me entendió—. Pero nos encantará seguir conociéndote y que estés a nuestro lado. —Rectificó.

—Pues así será —asintió con una pequeña curva en los labios, muy pequeña.

—Te tengo que enseñar muchas cosas. Mira, se hace así. —Ni corta ni perezosa, se llevó dos dedos a la comisura de los labios y forzó una sonrisa en condiciones, imitándola.

Yago referente a ella, por las salidas que tenía y las reacciones espontáneas, pasaba por muchos estados, todos ellos se reflejaban en su cara. Entre la curiosidad, el desconcierto, la diversión, la seriedad, y como en ese instante, la sorpresa al ver la mueca que estaba haciendo porque distaba mucho de una sonrisa natural.

Dejamos que él pidiera, por lo que nos comentó cuando el camarero se fue, Kayden y él solían ir a menudo, por lo que eran conocidos. Comimos hablando un poco de todo, conociéndonos. En más de una ocasión, cuando Yago hablaba, a Naomi se le caía la baba entre pequeños suspiros. Casi dos horas y media después estábamos de vuelta en el coche, con los estómagos llenos. Toda la comida estuvo deliciosa, a la que nos invitó él y no pudimos decir nada al respecto.

Me quedé impresionada en cuanto se paró enfrente de una gran puerta metálica. Cuando se abrió despacio, dándonos paso, entró accediendo a un camino que nos llevó hasta una casa de medidas

muy considerables. Estaba rodeada por un espacio muy amplio cubierto de vegetación, de un verde muy intenso.

—¡Qué pasada! —exclamó Naomi, emocionada, llevando la vista hacia todos los lados.

—La verdad es que sí —confirmé susurrando.

—Bienvenidas, hasta que el anfitrión os lo diga personalmente —comentó Yago.

Lo miramos sonriendo y lo imitamos cuando se bajó. De pie, delante de la vivienda, observé con atención la fachada, asombrada por lo bien que se integraba y complementaba con el exterior. Hasta que la puerta principal se abrió de golpe y llevé los ojos hacia ella. Grace apareció con una sonrisa de medio lado y abriendo los brazos como recibimiento. La reacción de Naomi fue de emoción. Le había hablado mucho de ella y dio por hecho quién era. Si hubiera tenido confianza ya se abría lanzado a sus brazos, pero se contuvo manteniéndose a mi lado.

Mi expresión igualó a la de Grace mientras nos acercábamos a ella. Sintiendo la confianza que me transmitió desde el principio la abracé, gesto que me correspondió con fuerza.

—Ella es mi amiga Naomi. —Se la presenté.

—Encantada, lo que quiere decir que desde ya es mía también. —Le hizo un guiño antes de saludarla.

Las observé interactuar satisfecha, porque la afinidad no pudo ser mejor desde el inicio. Desvié la atención hacia el interior de la casa, viendo a través de la puerta abierta lo impresionante que era la entrada principal, para después enfocarme en el exterior otra vez. Tragué saliva, no estaba acostumbrada a tanto de todo, la verdad, lo que me llevó por unos instantes a pensar que, qué estaba haciendo allí, sintiéndome fuera de lugar.

—Sé lo que significa esa cara. —Escuché la voz de Grace y me centré en ella.

—¿Cuál? —Me hice la despistada.

—Para no conocerte realmente, lo hago más de lo que puedes pensar. —Curvó los labios—. Ya hablaremos —asentí—. Acompañadme, os llevo a las habitaciones que vais a ocupar —nos pidió con Yago a nuestra espalda, al que también había saludado.

Entramos todos y después de darnos nuestras mochilas, las que se había encargado de sacar del coche, él se quedó en salón y nosotras tres subimos por unas escaleras hasta llegar a la primera planta. Llevé la vista hacia arriba porque continuaban.

—Para ti, Naomi —habló después de abrir una puerta.

—Dios, no quiero irme nunca de aquí. —Soltó un jadeo ella al entrar, dejando la mochila en el suelo y empezando a dar vueltas, riendo. Risas que nos contagió.

—Vamos —me pidió a mí.

La seguí hasta pararnos frente a otra, en la que repitió el mismo proceso.

—No te acomodes mucho, no creo que dures demasiado tiempo aquí —comentó divertida.

Me giré hacia ella porque había entrado, quedándome en el centro de la habitación. Apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, su diversión también se reflejaba en sus facciones.

—¿En esta casa o en la habitación? —Quise aclarar levantando una ceja.

—En la habitación —aclaró riendo—, la de Kayden es la siguiente. —Me hizo un guiño—. Referente a la casa, tómate todas las libertades que quieras porque mi intuición y sabiduría me dicen que vas a salir lo justo y necesario de ella.

Con esas palabras me dejó sola después de añadir que nos veríamos en el salón cuando estuviera lista. Escuché su risa cada vez más lejana. Cogí aire varias veces y solté la mochila encima de cama, sentándome en ella, pensativa. Estaba en la casa de Kayden, en su zona privada e íntima, sonreí emocionada e ilusionada, con ganas de que apareciera. Saqué el móvil del bolso y le escribí un mensaje…

Everly: *Acabamos de llegar a tu casa. Por cierto, es preciosa e impresionante. Me encanta, aunque yo personalmente tendría suficiente con la planta baja, en el resto me perdería. ¿Cómo va? ¿Ya estás de camino? Ahora vamos a salir un rato, Grace está aquí y nos acompañará junto a Yago. Lo has planeado todo para que no nos perdamos señor controlador, ¿eh? Gracias, hasta pronto.*

Capítulo 31



Kayden

—¿Alguna reacción destacable o novedad? —le pregunté a través del móvil a Cameron.

El día de inspección en la quinta empresa había finalizado, pero antes de montarme en el coche para regresar lo llamé para que me pusiera al día de cómo iba en Safe Dreams Company.

—Todo como siempre —contestó.

—Está bien. —Apreté la mandíbula.

—¿Cómo ha ido ahí?

—Bien, los he reunido a todos y me han puesto al corriente de lo que ha entrado en los últimos diez días, visualmente, porque la información de las recepciones ya la sabía, por las llamadas que me han ido haciendo. Lo he comprobado por mí mismo junto a ellos, evaluando en persona la calidad con las máquinas.

—Perfecto, tío —dijo satisfecho—. ¿Sabes algo nuevo de la empresa que compró el avión defectuoso?

—Sí —dije pensativo, con la mirada perdida hacia uno de los aviones que estaban a medio montar—. Para nuestra suerte lo han mantenido sin actividad y a cubierto. He dado la orden de que lo traigan de vuelta y cuando suceda, regresaré para estar presente.

—Habrá que reponerlo.

—Ya estoy en ello, he acordado que el siguiente va a ese destino. En una semana lo tendrán.

—Pues todo controlado.

—Sobre este tema sí.

—¿Y el de aquí?

—Lo haré en breve, quiero dejarlo todo bien atado antes de dar un paso —confirmé—. ¿Algún comentario sobre la ausencia de Everly?

—No que haya llegado a mis oídos. Nadie me ha preguntado —asentí—, otra cosa es lo que piensen.

—Como si me importara o me preocupara.

—Lo sé, pero te digo lo que hay. Yo pienso como tú. —Hizo una pausa—. Pero esta me la guardo.

—¿A qué te refieres?

—Joder, me había acostumbrado a que, sin necesitarlo, Everly me hiciera la vida más fácil dentro de las paredes de la empresa, durante los pocos días que ha estado —se quejó, pero en broma. Negué divertido—. Y conociéndote no vas a tardar en sacarla de aquí.

—Mala suerte para ti, desde el principio sabías lo que había y las condiciones.

—Ya, pero pensé que moverías los hilos más adelante. —Rio.

—Nunca entró en mis planes hacer eso. —Curvé los labios.

Después de varios comentarios más, nos despedimos y colgué mientras me dirigía hacia el coche, para no retrasarme más porque me quedaba bastante recorrido por delante. Eran las cinco y media de la tarde, por lo que calculaba que llegaría a casa y hasta Everly, pasadas las diez de la noche.

Por mucho que había querido adelantarlo porque ese fue mi pensamiento desde que el día anterior que tomé la decisión de traer a Everly y a su amiga Naomi hasta Glasgow, comprando los billetes, no había podido evitar liarme, ni querido, la verdad, por la importancia de saber de buena mano cómo seguía funcionando todo.

Hay tiempo, me dije arrancando. La oscuridad no tardó en cubrirlo todo y a mitad de camino el sonido de un mensaje me hizo fijar la vista en la pantalla del móvil, comprobando que era de Everly. Pulsé la notificación y accedí a él, leyendo satisfecho que ya estaba en mi casa y acompañada por Grace y Yago.

Pisé más el acelerador con la necesidad de acortar lo máximo posible el tiempo. A las diez y cuarenta estaba abriendo la puerta metálica, la que me dio acceso al interior. Ni esperé a que se cerrara, aunque controlé el movimiento por el espejo retrovisor. Al saber que estaba a solo unos metros de distancia, mi necesidad se incrementó.

Cuando paré el coche en un lateral dejé la vista fija en las ventanas del salón, de ellas salía luz iluminando el exterior. Quité la llave del contacto viendo el coche de Yago hacia el otro extremo y salí del mío, escuchando el sonido característico que se repetía cada vez que llegaba.

Caminé hacia la entrada principal mirando hacia los lados, con la poca claridad que salía del interior de la casa, para saber por dónde aparecería Mór, mi perro. Hasta que no estuvo casi encima no lo distinguí y me giré en el momento justo en el que levantó las patas para ponerlas sobre mí. Sonreí acariciándolo y saludándolo, como él lo hacía, feliz por mi regreso y con el recibimiento.

Nunca se quedaba dentro de la casa si yo no estaba en ella, no os preguntéis el por qué, yo no tenía ni idea y lo había intentado averiguar incontables veces. Desde que lo tuve conmigo, desde cachorro cuando lo saqué de una protectora de animales, había hecho muchas pruebas para que sucediera, de formas diferentes, pero con todas ellas había fracasado y había terminado abriéndole la puerta cuando me iba, para que estuviera a su aire, como deseaba y lo ponía contento.

Por ese motivo habilité una pequeña caseta que quedaba en un lateral de la casa, para él. En ese instante no era visible por la oscuridad. Con Mór siguiéndome me dirigí hacia la puerta. El murmullo de voces llegó a mí una vez dentro y continuamos avanzando hasta hacernos presentes en el salón. Fue Mór el que los avisó de que estábamos allí con un ladrido porque nos daban la espalda y la cerradura apenas había hecho ruido.

La reacción no se hizo esperar, se levantaron rápido, girándose hacia nosotros.

—Kayden… —dijo Everly.

Me gustó ver el brillo en sus ojos mientras nos acercábamos a ellos. Aunque no fue la primera que me encontré, fue hacia la primera que me dirigí. Le rodeé la cintura y me incliné para hacer lo que tanto deseaba, besarla con varios ladridos de Mór a nuestros pies. Lo miré de reojo, él nos observaba sentado con curiosidad, con la cabeza ladeada.

—Bienvenida —susurré cuando nos separamos, me correspondió con una sonrisa preciosa.

Con lo principal hecho me centré en el resto y fui saludándolos, hasta que me quedé delante de la amiga de Everly, era la única desconocida.

—Encantando de conocerte. —Le ofrecí la mano, pero mi gesto se quedó en el olvido cuando se pegó a mí y me abrazó, tal cual, apretándome fuerte con los brazos.

Llevé la vista hacia Everly, comprobando lo divertida que estaba. Asentí recordando el detalle al que había hecho referencia en el último mensaje, sobre Naomi.

—Es un placer Kayden, tenía muchas ganas de verte en persona—dijo cuando se separó, con una gran sonrisa—. Muchas gracias por lo que has hecho y por tener a mi amiga feliz.

—No hay de qué. —Carraspeé sin saber qué más decir en ese momento.

—¿Y tú de dónde has salido? —La voz de Everly se escuchó cortando el silencio que se había creado y todos nos centramos en ella. Le estaba hablando a Mór.

Sentada otra vez en el sofá, como hacia él en el suelo, se quedaron cara a cara. Los dos se observaban con atención y apreté los labios.

—Ha estado aquí todo el tiempo, pero fuera de la casa. No habréis coincidido —comenté.

—La última vez que lo vi estaba persiguiendo algo, alejándose y como el terreno abarca mucho… —intervino Grace que era la que llegó antes para recibirlas.

—Le gusta ir a su aire —continuó Yago, divertido.

Everly se levantó y Mór la imitó, moviéndose a la par que ella, sin dejar de mirarla.

—¿Qué le pasa? —Quiso saber cuándo llegó a mi lado, riendo.

—Está conociéndote, intrigado —respondí.

—No mientas, ha caído igual que su dueño —dijo como si nada Grace, sacudiéndose algo imaginario de la ropa para evitar mi ceja levantada.

—Es que nunca ha presenciado una escena como la que acaba de ver —continuó Yago.

—¿Cómo se llama? —preguntó Naomi, agachándose para que fuera hasta ella. Lo hizo enseguida, olisqueándole las piernas mientras lo acariciaba.

—Mór —respondí y al decirlo puso su atención en mí y volvió a acercarse rápido, sentándose junto a mis piernas.

—Qué mono, ¿no? —habló rápido Yago y lo miré extrañado por las palabras que utilizó.

Dejó a la amiga de Everly con la boca abierta, pero no por sorpresa ni nada por el estilo, sino porque había estado a punto de comentar algo y él se le había adelantado. La carcajada que soltó Naomi, a la que se unió Everly, me dio a entender que por lo visto acertó de pleno quitándole las palabras de la boca. Por mi parte no entendí nada, mirando la escena. Al menos no fui el único, Grace estaba igual que yo.

—Ya has pillado el concepto, me encanta —dijo Naomi y hasta pareció emocionada.

Sorprendido vi la reacción de Yago, sonriente hacia ella. No fue solo por ese motivo, que podía considerarse normal, mi asombro fue dirigido hacia su pose, expresión y la intensidad con la que la miró.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —susurró Grace, inclinada hacia mí.

—Tengo ojos en la cara y estoy delante —negué.

—Interesante. —Rio.

—¿Lo suyo o lo mío? —La miré de reojo.

—Un completo. —Puse los ojos en blanco.

—¿Habéis cenado? —les pregunté al cabo de unos segundos.

—No. Hemos querido esperar a que llegaras, para hacerlo todos juntos —respondió Everly.

—No te preocupes ni hagas nada —me pidió Grace cuando me vio sacar el móvil, interpretando que iba a llamar a algún restaurante o como último recurso a una pizzería, por lo tarde que era—. Como sabíamos que vendrías tarde, nos hemos encargado de llamar nosotros. Hace media hora que han traído la cena, todo está en el horno a baja temperatura.

—Perfecto —asentí.

Me pidieron que subiera a la habitación a cambiarme mientras se encargaban de prepararlo. Así lo hice necesitando desprenderme del traje, demasiadas horas con él puesto. Me dirigí hacia las escaleras al mismo tiempo que ellos iban hacia la cocina y Mór se tumbaba en la cama que tenía en el salón. Al subir los primeros escalones me paré.

—Everly. —La llamé y no tardó en asomarse por la puerta.

—¿Sí?

—Ven conmigo —continué subiendo.

—Claro, jefe. El por favor ya me lo digo yo misma, no malgastes saliva. —La ironía y la diversión estuvieron muy presentes en sus palabras, reaccionando al tono de voz que me salió. Fue una exigencia, sí, provocada por una necesidad imperiosa.

Poco me importó mientras me siguiera, lo que hizo hasta llegar a mi habitación. Frente a la puerta esperé a que se pusiera a mi lado y la agarré de la mano. Tiré de ella en cuanto la abrí de golpe, quedándonos los dos dentro. No perdí el tiempo, acorralándola contra la pared, aprisionándola con el cuerpo y buscando su boca, la que atrapé provocando que soltara un jadeo.

—No sabes lo que he deseado y esperado este momento —hablé desacompasado, sin dejar de besarla, con una mano agarrándola de la mandíbula.

—Yo también —gimió al notar el inicio de mi erección clavarse en su estómago.

Cuando me calmé, en cierta manera, me separé apoyando la frente en la de ella, con los ojos abiertos sin querer dejar de observar el brillo de los suyos.

—¿Cómo has pasado el día? —susurré.

—Muy bien, tus amigos son muy simpáticos y agradables, han estado con nosotras todo el rato. Yago estaba en la estación y nos ha llevado a comer antes de venir hasta aquí. Grace nos ha recibido y no hemos tardado en salir para dar una vuelta. Al final hemos ido en coche alejándonos un poco, todo perfecto —sonrió.

Asentí porque no lo había dudado ni por un segundo. Volví a buscar sus labios, esa vez rozándolos para no activarme más de la cuenta ya que no podíamos retrasarnos.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido en la empresa?

—Trabajo y más trabajo, pero todo en orden —respondí.

—Me alegro. —Me rodeó con los brazos—. Ahora a olvidarte hasta el lunes.

—Quizás un poco más. Me haré presente en la oficina con llamadas aparte de las que recibiré, pero quiero aprovechar el tiempo antes de que te vayas. Hace mucho que no me tomo un descanso y ha llegado el momento.

—¿Sí? ¿Para qué exactamente señor Smith? —Se mordisqueó el labio inferior.

—Para hacerla trabajar señorita Sáez, tengo que seguir evaluándola.

Antes de caer otra vez en la tentación, porque cada vez me costaba más parar, me separé de ella dirigiéndome hacia el baño que se comunicaba con la habitación.

—¿Dónde está tu equipaje? —Me paré al fijarme en que no había nada que llamara la atención.

—En la habitación de al lado. —Me giré hacia ella, frunciendo el gesto.

—¿Por qué?

—Es a la que me ha llevado Grace. —Se encogió de hombros—. Me ha dicho que seguramente no la utilizaría mucho, pero que dejara las cosas en ella.

—No es lo que le comenté —negué sabiendo que lo había hecho a propósito.

—Pues no sé, lo mismo no se ha acordado.

—Lo ha hecho. Lo que ha querido es propiciar que sea yo quién te pida que te quedes conmigo. Como si no estuviera ya claro. —Puse los ojos en blanco—. Es lo que buscaba.

—Ah. —Apretó los labios, conteniendo la diversión.

—Ves a buscarlo todo y tráelo —le pedí entrando en el baño.

Me mojé la cara y me la sequé, parándome unos segundos para observar mi reflejo en el cristal. Mi expresión era de cansancio, así me sentía, pero sabía que no tardaría en activarme. Fui a la habitación quitándome la americana. La dejé sobre el respaldo de un sillón y me acerqué a la cómoda para desprenderme del reloj. Lo siguiente que reposó en el mismo lugar que la americana fue toda la ropa que llevaba, junto con los zapatos.

Con el bóxer solo me encontró Everly cuando regresó con sus pertenencias. Cerró despacio sin apartar los ojos de mí, haciéndome un recorrido exhaustivo.

—Como sigas mirándome así, no salimos —le advertí abriendo un cajón de la cómoda.

Saqué un pantalón de chándal y una camiseta de manga fina, la temperatura en la casa era agradable.

—Difícil no hacerlo. —Carraspeó—. Estoy por tentar a la suerte a ver si lo consigo.

Me puse frente a ella, empezando a vestirme lentamente. Hasta que apartó la mirada y se dirigió hacia un lateral de la cama, soltando la mochila, la chaqueta y el bolso.

—Déjalo así, vamos —le pedí al verle la intención de recogerlo.

Con un suspiro llegó hasta a mí y la agarré de la mano, dirigiéndonos a las escaleras para darle encuentro al resto.

—¿Está todo bien? —Quise saber.

—Mejor que eso —susurró.

Asentí satisfecho acercándola a mí, pasando el brazo por encima de sus hombros y dándole un beso en la cabeza. Los labios se me curvaron al escuchar un suspiro, mientras me rodeaba la cadera apoyándose más en mí. Interioricé la sensación, la que había echado de menos los días que hacía que no estaba junto a ella.

Capítulo 32



Everly

—¡Qué no joder! ¡Para! —Todo ello lo grité hacia Kayden. Había perdido la cuenta de cuántas veces las mismas palabras salieron de mi boca.

Una pesadilla estaba viviendo y yo que pensé que iban a ser unos de los días más felices de mi vida cuando recibí el mensaje de Kayden, en el que me dio la sorpresa del viaje para vernos… Una mierda muy grande. Debo de decir que hasta hacía unas horas así había sido. La cena, la noche que él llegó de trabajar y nos encontramos, fue muy amena y divertida, la disfrutamos mucho todos, sin excepción.

Fue un preámbulo para lo que llegó cuando nos metimos en la cama y pudimos darle rienda a la pasión y a la necesitad que habíamos acumulado, al igual que el sábado porque nos llevó a Naomi y a mí a ver los lugares más emblemáticos de la ciudad, alargándolo hasta bien entrada la tarde. Para de contar porque estábamos a domingo, más concretamente eran las diez y media y todo había cambiado, de forma radical, al menos para mí.

Os pongo en situación, para que me entendáis porque no imagináis a qué venían mis reacciones y pensamientos. Sobre las nueve de la mañana salimos de la casa de Kayden, yendo al centro de Glasgow para desayunar en una cafetería en la que nos encontraríamos con su primo, siendo la primera presentación, y con Grace y Yago. Todos al completo, lo que me remarcó durante el trayecto.

Hasta ahí todo perfecto. Cuando llegamos ya nos estaban esperando y Álef que así se llamaba el primo de Kayden, se presentó a nosotras enseguida, risueño y amigable desde el inicio. Disfrutamos del día soleado mientras dábamos cuenta de los desayunos en la terraza y es ahora cuando viene lo más gordo, lo que opacó, enturbió y ennegreció todas las sesiones de sexo que había mantenido con Kayden hasta ese momento, a la conversación relajada que tuvimos la noche anterior en el sofá, delante del fuego de la chimenea, con una copa de vino en la mano y con Mór a nuestro lado, y a todas las risas y diversión.

La conversación que iniciaron cuando el camarero retiró todo lo que ocupaba la mesa fue la siguiente, a la que no le di importancia al comienzo, pensando que estaban de broma. Ni mucho

menos me lo tomé en serio, incluso sonreí varias veces hacia todos, escuchándolos hablar, hasta que Kayden puso la puntilla definitiva, serio, con la que por poco me sale disparada la comida del estómago.

—No lo estás diciendo de verdad —negué sin creerme lo que acababa de oír.

—¿Qué palabra de toda la frase no has entendido? —me preguntó, recostando la espalda en la silla.

—Ninguna de las «nos esperan a las doce y media». Por muy simples que sean engloban mucho. —Los miré a todos.

—¿No te gusta la idea? No se me había pasado por la cabeza la posibilidad —intervino Álef que era quien lo había iniciado, con dudas.

—Es evidente —soltó Grace, repiqueteando los dedos en la mesa—. Lo primero que tendrías que haber hecho es informarte porque precisamente no es dar un paseo relajado en coche o en barco.

—No lo he sabido hasta ahora —se justificó él, con el gesto fruncido.

En otra ocasión los hubiera analizado con atención, pero en ese instante no estaba para mucho, con estar centrada en Kayden tenía más que suficiente, esperando escuchar que era una broma. Miré de reojo a Naomi que tenía una expresión preocupada, por mí, sin saber dónde meterse.

—Por si todavía tenéis alguna duda, yo no pienso hacerlo —negué retirando la silla de la mesa, separándome dispuesta a salir corriendo si hacía falta. Pillarme no me iban a pillar si yo no quería, fue lo único que tuve claro—. Lo siento, pero conmigo no contéis. Si tengo que pagar algo para asumir el gasto…

—Vas a tirarte conmigo. —Las palabras de Kayden provocaron que soltara una carcajada espontánea.

Fue el chiste más gracioso que había escuchado en mi vida y escucharía, porque ninguno se podría igualar. Naomi se contagió, nerviosa, el resto pasaba la mirada de uno a otro.

—Yo de ti empezaría a asumirlo desde ya —dije cuando me calmé, señalándolo—. Y a rectificar ese pensamiento, redirigiéndolo hacia el de «yo me voy a tirar y tú me esperas en tierra firme».

—No estoy de acuerdo.

—¿Y eso tiene que significar algo para mí cuando a ti no te importa que yo esté de acuerdo con esto o no? —Me levanté despacio—. Eres consciente de que no puedo con ello, de que me supera y aun así, estás insistiendo y lo das por hecho, importándote bien poco. Siento decirte que no me conoces —negué triste.

»Es posible que pudiera soportar acercarme a una cristalera a bastante altura del suelo y mirar a través de ella, pero de ahí a lanzarme en paracaídas, vayas conmigo o no, porque sinceramente para mí eso carece de importancia por el miedo que tengo al vacío a mis pies…

Cogí el bolso y di varios pasos hacia atrás, queriendo desaparecer porque no me apetecía ver a nadie, hasta me había entrado mal cuerpo y me sentía indispuesta. La decepción mezclada con los nervios y el pánico fueron los causantes. Les di la espalda y empecé a caminar, alejándome de ellos.

—Everly. —La voz profunda de Kayden tuvo la intención de pararme.

Iba apañado si creía que lo iba a conseguir. Había pensado en todo momento solo en él, pues que siguiera haciéndolo, me dije sintiendo cómo de la tristeza pasaba al cabreo.

—Cariño —añadió Naomi.

Hacia ella sí levanté un brazo sin volverme, diciéndole adiós en silencio. Fue lo máximo que pude hacer y ella no insistió, conociéndome perfectamente. Giré en la primera esquina sin saber hacia dónde iba, como si me importara, lo mismo me daba. Mi única finalidad era la de calmar la decepción que me había llevado referente a Kayden, en el sentido de que no había mirado por mí en una cosa tan importante y crucial, una en la que ni podía pararme a pensar porque me entraba de todo.

—No sé ni cómo mierda se le ha pasado por la cabeza —siseé.

—No lo he sabido hasta que Álef nos ha dicho que nos lo ha regalado. —Pegué un brinco y grito por la impresión, al escuchar a la espalda la voz de la última y única persona que no quería oír. Pensaba que estaba sola.

—¿Qué haces aquí? Déjame tranquila. No me interesa si lo has sabido o no, yo te hubiera apoyado desde el principio si estuvieras en mi lugar y sintieras el pánico que siento. Esa es la diferencia Kayden, lo que lo marca.

»Nunca he pedido nada de lo que has hecho por mí, todos los esfuerzos y preocupación que te has tomado, pero se supone que hemos empezado algo, que se está creando un sentimiento que tiene que primar para mirar por el otro.

»Pero, por lo visto, estaba equivocada porque has pasado por encima de mí, importándote solo tú. —Me giré después de soltarlo rabiosa y di varios pasos para dejarlo atrás, pero pocos más di porque me frenó agarrándome de un brazo—. Suéltame —siseé haciendo fuerza. Terminé dando un tirón, haciéndolo yo.

—Everly, lo estás exagerando todo.

—Lo que tu digas. —Levanté la barbilla—. No me interesa escuchar nada más, vete a disfrutar de las alturas que yo lo haré reptando por el suelo si hace falta. —Ante mi sorpresa soltó una carcajada. Abrí la boca por su reacción—. Cállate. —Lo señalé y más se rio—. Lo digo en serio. —Bufé—. ¿Qué haces? No, no, bájame, joder.

La vergüenza y más la rabia pudieron conmigo, cuando me cogió como si fuera un saco en la calle. Empecé a darle golpes en la espalda para que me soltara. ¿Lo hizo? El señor controlador me ignoró completamente, como cuando él lo creía conveniente.

—Para —me pidió y todavía pude detectar diversión.

—Te vas a enterar —murmuré.

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer? —Se paró guiándome para dejarme tocando el suelo, pegada a él—. Quiero que me escuches y que no me interrumpas.

—Según lo que oiga. —Desvié la mirada.

—Lo siento. —Ante la disculpa dudé, no en mi decisión, esa iba por delante y estaba muy clara, sino en cómo me estaba comportando. Agarrándome de la barbilla me hizo mirarlo otra vez—. No pensaba que te lo tomarías como lo has hecho. Siempre, siempre he pensado en ti hasta ahora, Everly, ¿me oyes? Sabes que es cierto, solo quería intentar dar un paso más hacia tus miedos.

—Esta no es la forma. —Fruncí el gesto.

—Ya me he dado cuenta. —Me acarició la frente para que dejara de hacerlo—. Vamos, te prometo que no tienes de qué preocuparte —dijo separándose, lo miré desconfiada.

—Si no quieres que terminemos mal, espero que así sea —susurré.

—Relájate. —Pasó un brazo sobre mis hombros y lo miré de reojo.

Su expresión mostraba lo que me había pedido, la que intenté tomar yo confiando en su palabra. Me había demostrado muchas veces que podía hacerlo, pero era inevitable que me costara controlar la tensión. Me dejé llevar por él, hasta que regresamos a la mesa. Todos estaban de pie, esperándonos. Agradecí que ninguno dijera ningún comentario. Naomi se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Le sonreí agradecida cuando se agarró de mi brazo, al otro lado del que estaba Kayden.

De esa forma nos dirigimos hacia el coche, quedando con los demás en el dichoso lugar en el que se iban a lanzar en paracaídas.

—¿Tú lo vas a hacer? —susurré hacia mi amiga, con dudas porque nunca le había interesado ni habíamos hablado de ello. Lógico porque para mí era un tabú.

—Todavía estoy pensándolo —respondió con una mueca—. Me da mucha cosita, pero Yago se ha ofrecido a lanzarse conmigo. Me ha dicho que lo domina. ¿Es verdad? —le preguntó a Kayden, asomándose por delante.

—Lo es, llevamos muchos años practicándolo.

—Mejor deja que se tire él solo y si llega al suelo estable, aterrizando de pie, en la siguiente lo haces con él —solté.

Los dos me miraron y soltaron una carcajada. Yo no lo entendí porque mis palabras habían

tenido mucha lógica y sentido.

Menudos nervios pasé cuando se despidieron todos de mí, dejándome en la zona en la que iban a aterrizar. Sin excepción aceptaron hacerlo. Hacia Naomi mantuve la intriga hasta el final, porque Grace tampoco era la primera vez que lo hacía. Mi amiga terminó decantándose hacia un lado de la balanza cuando Yago, preparado ya, le preguntó si quería ponerse delante de él, enganchada.

Se arrepintió arriba, en el aire, fue lo primero que me dijo en cuanto la abracé al aterrizar, explicándome a la carrera que casi le da un ataque cuando Yago le pidió que lo imitara en unas respiraciones que empezó a hacer antes de que fuera el turno de los dos. Eso fue el después, porque al inicio salió corriendo hacia él, quedándose de espaldas y emocionada. Todos empezaron a reír porque por lo visto eso se hacía en el último momento, antes de saltar, no en tierra firme. A pesar del miedo y de los nervios, pasó la prueba victoriosa y muy feliz por sentir el impresionante cuerpazo de Yago, según sus palabras textuales susurradas con una sonrisa pícara.

Antes de irse, Kayden me dijo que enseguida regresaba, que estuviera atenta. Empecé a respirar tranquila cuando bastante tiempo después, de uno en uno fueron tocando tierra. Me los comí a besos a todos incluso antes de que se desprendieran el agarre del paracaídas, sin dejarme a ninguno, provocando risas en ellos.

El día finalizó en condiciones, terminando por aniquilar todas las sensaciones negativas que había tenido. Iluminados por el poco fuego que quedaba en la chimenea hasta que se consumiera, pasada la medianoche, Kayden y yo nos besábamos en el sofá. Naomi hacia rato que había subido a su habitación y Mór dormía en su cama, en un lateral.

—Vamos a ponerle solución a esto —susurró sobre mis labios, elevando la cadera.

Volví a besarlo con necesidad, frotándome contra su miembro en el punto exacto que necesitaba. Mis movimientos provocaron que él soltara un pequeño gruñido y que yo me agarrara fuerte a su cuello cuando se incorporó, llevándome con el movimiento. La noche se presentaba calentita, más que el fuego que nos había estado calentado, así me lo había adelantado y repitió subiendo las escaleras. No me soltó en ningún momento y me aferré a él, apoyando la cabeza en su hombro, sintiéndome muy a gusto entre sus brazos.

Capítulo 33



—¿Has pensado dónde vas a ir? —le pregunté a Naomi.

Sentadas en un taxi nos dirigíamos a mi trabajo. Yo me quedaría allí y ella iría a visitar Inverness. Me había costado mucho madrugar esa mañana, sabiendo que regresaba a la rutina en la empresa. Primero porque apenas había dormido, llegamos bien entrada la noche y cuando nos metimos en la cama era pasada la una.

Ese motivo no tendría que haber supuesto un problema para conciliar el sueño porque estaba cansada, pero mi cabeza estaba muy activa por el torbellino interior que tenía desde la despedida de Kayden en la estación, a la que nos llevó. Me dejó tocada y durante todo el trayecto estuve cabizbaja, lo que continuó en la soledad de mi habitación, potenciándolo en medio de la oscuridad.

—Si vas al centro puedes ver de cerca el río Ness, cruzarlo por uno de sus puentes que conectan la ciudad —continué al verla dudar—. Si lo haces busca el puente Infirmary, dicen que se balancea y se mueve bajo los pies si hay afluencia en él. Por eso lo memoricé, para no pasar en la vida por él. —Reímos.

»Muy cerca de *High Street* hay un museo y galería de arte que es gratuito. Sophie me dijo que es pequeñito y se ve rápido, pero interesante porque en él se expone la historia de las Highlands. Te gustará. También puedes visitar el castillo de Inverness, por lo que me comentó Brodie cuando le pregunté sabiendo que venías, tiene un observatorio en una de sus torres, desde la que se observa el río en primer plano.

»Aparte de pasear por las calles porque todas tienen un encanto especial y te llevan hasta rincones que no son tan conocidos, pero que tienen su magia e historia.

—Ya me has animado —sonrió de medio lado.

—Lo sé. —Le hice un guiño.

—Cuando salgas por la tarde llámame y te digo dónde estoy, para que vengas —comentó cuando el taxi paró frente al edificio de las oficinas.

—Tranquila —le pedí antes de darle dos besos—. Tu disfruta, haz muchas fotos y luego me lo

cuentas todo. ¿Qué le digo al taxista? ¿Adónde quieres ir primero? —Ella no dominaba el idioma.

—Cerca de la calle esa que has dicho, la Street. Primero iré al museo.

—Eso significa calle, quédate con el otro nombre, High que es lo que la identifica —le aclaré divertida.

—Ah —asintió y rio.

Hablé con el taxista que terminó asintiendo a mi petición, sonriente.

—Disfruta mucho, cariño y aprovecha el tiempo al máximo. —Fue mi despedida saliendo del taxi, con su confirmación emocionada.

Vi divertida cómo se alejaba, moviendo la mano en el aire como hacía Naomi a través de la luneta trasera, girada hacia mí. Caminé hacia el edificio, más animada para empezar el día de trabajo. Me quedé con las ganas de saludar a Sophie ya que en ese instante no estaba en su puesto de trabajo, detrás de la recepción.

Continué dirigiéndome hacia el ascensor y pocos minutos después accedía a la planta, saludando a los compañeros que fui encontrándome. Me recibieron con una sonrisa, lo que agradecí. Antes de ir a mi despacho me desvié hacia el de Brodie, para saludarlo antes de que fuera la hora del descanso para desayunar.

Frente a su puerta abrí, sin llamar porque nunca lo hacía por petición suya, más de una vez así me lo había remarcado, que no hacía falta. Un pequeño *flash* pasó por mi cabeza, recordando a Kayden, el que se evaporó en cuanto mis ojos se agrandaron y me quedé sin saber reaccionar, faltándome la respiración por unos segundos.

—Perdón, perdón… Diosss. —Cerré de golpe dando un paso hacia atrás.

Me costó salir del asombro y cuando lo hice me tapé la boca para no soltar una carcajada. ¿Qué pasó? ¿Qué vi? ¿Qué me encontré? Algo que me hizo sonreír de oreja a oreja, más que satisfecha, mezclándolo con la vergüenza y el apuro por haber visto una intimidad que no debía.

Os pongo en situación: Brodie estaba sentado en su silla, un dato normal y muy común pensaréis, pero es que no era el único que estaba en ella. Sophie estaba sentada sobre él, en una pose y con unos movimientos con los que no quedó ninguna duda de lo que estaban haciendo, mientras se comían a besos. Todo eso hasta mi interrupción, claro, si hubiera salido sin hacerme notar ni habrían sabido de mi presencia, pero es que mi sorpresa había provocado que hablara sin pensar, nerviosa.

—Si que ha dado de sí estos días de ausencia —susurré dentro de mi despacho, apoyando la espalda en la puerta—. El juego que dan estas paredes oye… —recordé lo que sucedió en el de Cameron, con Kayden.

Solté una carcajada que duró bastante tiempo. Así me encontró Cameron, arrastrando mi cuerpo de la puerta cuando la abrió.

—Vaya, sí que empiezas a trabajar con energía y buena vibra. Así da gusto —dijo divertido.

—No lo sabes bien. —Apreté los labios.

Fui hacia el armario para dejar el bolso y quitarme la chaqueta.

—¿Me traes trabajo? ¿Vienes a ponerme al día? o ¿para saludarme? —sonreí hacia él cuando terminé.

—Un poco de todo. —Me hizo un guiño—. Bienvenida de nuevo y buenos días.

—Buenos días, jefe. Soy toda tuya —asentí.

—Hacia mí no has dicho eso —negó.

—¿Cómo?

—Que como se te escape alguna vez delante de Kayden, mi integridad está en juego y peligra —aclaró divertido.

Levanté una ceja, pero acabamos riendo.

—Prepara todo lo que tengas que hacer aquí y ven a mi despacho.

—Vale.

Se fue y me senté, encendiendo el ordenador. Mientras se ponía en marcha extendí las carpetas que habían ido dejándome encima de la mesa, organizándolas por prioridad. Las coloqué en un montón en el lateral, tecleé la contraseña en el ordenador y me levanté para ir al encuentro de Cameron.

No llegué a abrir la puerta porque se abrió sola, cerca de darme en la cara. Retrocedí a tiempo y contuve el reír con todas mis fuerzas al ver a una Sophie cerrarla de golpe, con los ojos brillantes, pero avergonzada, apurada y mostrando que no sabía dónde meterse, a pesar de haber sido ella la que había venido hasta mí.

—Si te hubiera visto en la recepción, nada más llegar, mi pregunta habría sido: ¿qué tal estos días? Pero visto lo visto… —Carraspeé.

—Ay, qué vergüenza, Everly. —Se tapó la cara y no pude contenerme más, reí.

—Nahh, es una tontería. Me has alegrado el día, en el sentido de veros juntos. Si hubiera podido elegir me habría decantado por una explicación al detalle, antes de ver ciertas cosas, perooo…

—Te he hecho un resumen muy rápido sin hablar, pero extenso. —Se removió nerviosa.

—Ya te digo que sí. —Apreté los labios—. Tienes que contarme cómo se ha dado —le sonreí con cariño.

—Esta noche por llamada —asentí—. En el desayuno estará Brodie y cuando salga del trabajo tengo que llevar a mi madre a varios recados.

—No hay prisa. —Me acerqué a ella, agarrándola de las manos—. No sabes cómo me alegro. Enhorabuena. —La abracé.

—Gracias —susurró apretándome—. ¿Sabes? No fui yo, fue él.

—¿Qué me dices? —Me separé sorprendida—. ¿En serio? —asintió con una gran sonrisa— Pensaba que después de la conversación que tuvimos…

—Pues no, me sirvió mucho y en aquel momento tomé una decisión, pero no me dio tiempo a llevarla a cabo porque al día siguiente Brodie me sorprendió cambiando de actitud.

—Qué fuerte. —Me tapé la boca.

—Al principio por cada cosa que hacía y palabra que me dedicaba, lo miraba extrañada, como si no estuviera bien y le hubieran salido dos cabezas. —Reímos—. Eso provocó que riera mucho, pero no evitó que continuara.

—Es una sorpresa, pero muy bien recibida. —La miré con cariño.

—Sí. Perdona lo que has visto, ha sido la primera vez que lo hemos hecho. Se nos ha olvidado cerrar la puerta, pero no te creas que estábamos en pleno… —negó ruborizada.

—Nada mujer, yo solo os he visto en una posición muy interesante. Ha sido chocante por la impresión, al no esperarlo ni imaginarlo, pero a estas alturas de mi vida sé lo que sucede cuando la atracción y la necesidad ponen a jugar dos cuerpecitos, con pasión —dije seria.

Volví a reír moviendo la cabeza en un intento de borrar la imagen porque la tenía muy viva. Sophie se unió a mí.

—Voy al despacho de Cameron para empezar a trabajar. ¿A la misma hora de siempre en la cafetería? —comenté pasando por su lado, me siguió.

—Vale. Que te cunda mucho y no te agobies.

—Espero conseguir las dos cosas.

Cada una tomó un sentido diferente, pero me paré en mitad del pasillo cuando me llamó.

—¿Sí? —dije girada hacia ella.

—Ayer preguntaron por ti Rory y Archie.

—¿Sabes para qué? —Me extrañó.

—Ni idea, solo te puedo decir eso porque vinieron a mí con la misma pregunta, a diferentes horas.

—Vale, cuando termine con Cameron iré a ver qué querían —asentí.

Pensativa volví a caminar, parándome en la puerta.

—Adelante. —Me dio paso la voz de Cameron—. ¿Por qué tocas?

Cierta su duda porque entre nosotros, al trabajar muchas veces mano a mano, ese detalle no era importante y nos lo saltábamos.

—A partir de ahora lo voy a hacer siempre —negué ocupando una silla, frente a él.

—¿Y eso? —Apoyó los codos en la mesa.

—He aprendido una lección muy importante de buena mañana. —Me encogí de hombros.

—No me vas a decir cuál es, ¿no? —Levantó una ceja.

—Cuando me suceda contigo, solo en ese instante, quizás, solo quizás, puede que me anime. —Apreté los labios, rezando para que no sucediera más.

—Está bien. —Movió la cabeza, divertido—. Esto es para ti. —Puso una pila de carpetas delante de mí.

—¡Qué guay! —Me hice la emocionada.

—Si le pones tanta pasión, añado algunas más de las que he apartado para mí. —Rio.

—Por pasión y entusiasmo que no quede, otra cosa es que algunas veces sea un disfraz que tapa la realidad, la de no cagarme en todo. —Me uní a él porque más rio.

Nos pusimos serios cuando empezó a ponerme al tanto del trabajo. Durante quince minutos estuvimos mirando documentación y atentos a su pantalla, mostrándome varias novedades que habían añadido los informáticos al programa interno que utilizábamos.

—Es de mucha ayuda —comentó referente a eso.

—Ahora empezaré a trastear —sonreí, levantándome.

Me despedí de él con las carpetas, hasta más tarde y me dirigí hacia la puerta, quedándome con el pomo en la mano.

—Cameron…

—¿Sí?

—¿Sabes por qué ayer Rory y Archie preguntaron por mí? —Lo miré de frente.

—No. —Frunció el gesto—. ¿Lo hicieron?

—Sophie me lo ha dicho antes de venir. —Se levantó despacio, pensativo.

Sus nombres eran dos de los cinco que me dijo Kayden, hacia los que tenía que estar más atenta. En conjunto, pero individualmente, eran los encargados de las compras de todo el material que se manipulaba en la empresa, el que daba vida a las alas. Tenían las mismas competencias e importancia en su trabajo, manipulándolo todo.

—Llámalos para saber de qué se trata —me pidió.

—Pensaba ir a sus despachos.

—No. —Rodeó la mesa—. O lo haces como te he dicho, o que sea en un espacio abierto en el que no se pueda poner en duda nada, ¿me oyes?

—Kayden no me ha querido explicar el problema que hay, por mi bien —asintió—. Pero sé que tú estás al corriente de todo, por eso te lo he comentado.

—Exacto y yo tampoco voy a explicarte nada. Confío en ti, ya lo sabes, desde el principio, y con más peso por la seguridad que tiene Kayden, pero mi motivo es idéntico al de él para actuar así. No es que quiera ocultarte…

—Lo entiendo —corté su justificación.

—Actúa siempre con cabeza referente a quienes te mencionó, no provoques alguna situación en la que te veas en inferioridad.

—No suena muy bien todo lo que estás diciendo sobre el tema —hice una mueca.

—Prefiero hacerlo así porque te mantendrá en alerta y pendiente de todo.

—Está bien, pues los llamaré ahora desde el despacho —solté un suspiro.

—Cuando termines coméntame qué te han dicho, ¿de acuerdo?

—Claro —sonreí.

Dispuesta a empezar por lo primero, fui a encerrarme y a desconectar de todo lo demás. Nada más entrar dejé en otro montón la documentación que me había dado Cameron porque era prioritaria y ocupé mi silla, descolgando el teléfono fijo. Marqué la extensión de Rory primero, después de buscarla en una pequeña lista que me había hecho para tener todos los números a mano.

No tuve suerte porque no descolgó, lo que me hizo intentarlo con Archie.

—¿Sí? —preguntó distraído nada más descolgar.

—Archie, soy Everly. Me he incorporado hoy y me han informado de que ayer me buscaste. ¿Necesitas alguna documentación?

—Everly… —repitió— perdona, no estaba atento a la pantalla del teléfono. Así es, pero olvídalo. Lo solucioné yo porque me urgía.

—Ah, entonces ¿está todo bien?

—Sí, por ahora. Aunque nunca se sabe…

—De acuerdo. Que vaya bien el día. —Después de su igualmente colgué.

Pensativa dejé la mirada en el teléfono, repiqueteando los dedos en la mesa. Desvié la atención hacia la pantalla y me acerqué para comprobar una cosa, accediendo a varias carpetas y pestañas, hasta que se mostró ante mis ojos el historial de todos los trámites nuevos y pasos de cada departamento. Entré en la carpeta del de compras porque quedaba todo registrado en el sistema, por pequeña que fuera la información buscada.

Con la vista fija en el registro de actividad que apareció, primero me centré en localizar la fecha del día anterior y luego en el nombre de Archie porque se detallaba también. Leí con atención todos los enlaces a los que accedió, tantas veces como lo hizo utilizando el programa y fui abriendo los que podían interesarme. Llevaba unos diez cuando al siguiente, me fijé en un número que apareció en la pantalla.

Lo apunté en un pósit que me guardé en un bolsillo del pantalón, minimicé la pantalla y rodeé la mesa para ir hacia el archivo físico. Me sobresalté porque al salir casi choqué con un cuerpo, al ir distraída y concentrada en lo que quería comprobar. Era Rory, al que había llamado y no me lo había cogido, para más sorpresa mía.

—¿Venías aquí? ¿Me buscabas? —Quise saber sin mostrar nada.

—No, pasaba por delante de la puerta. —Lo analicé a conciencia.

—Vale.

—¿Otra vez te vas? —Su pregunta me frenó de golpe porque me había separado de él y continuado mi camino. Me giré despacio, quedando cara a cara.

—¿Provoca tu interés que lo haga? —Levanté una ceja—. No sabía que tengo que notificar cada vez que me muevo de mi despacho.

—No mujer. —Rio, pero yo no lo acompañé porque no me salió de las narices. Escamada por el tono de voz que había utilizado y la risa tan rara que le salió. El conjunto lo podía definir como

de guasa y… hasta podría decir que, con alguna pincelada de asco, rabia, ironía, o qué sabía yo… no voy a aventurarme tan rápido en una suposición, pero como no me gustó nada, era lo que había. Eso sí, ya lo tenía en mi punto de mira y se me había cruzado—. No te lo tomes tan en serio, era una broma.

—Las bromas provocan gracia a los demás, ¿me ves reír? —continué en mi línea, sin poderme contener.

—Lamento que te hayas puesto así, no era mi intención.

—Ya —asentí—. De acuerdo —acepté recordando lo que me había pedido Kayden, que no provocara más de la cuenta el interés y curiosidad de los que me mencionó—. No pasa nada, perdóname tú. Hoy me he levantado un poco irascible —solté un suspiro peliculero, de mentirijilla para darle más énfasis a mi disculpa.

—El trabajo es lo que provoca. —Me hizo un guiño—. ¿Te puedo invitar a un café?

—Te lo agradezco, pero ahora no puedo. ¿Quizás más tarde?

Mi pregunta fue para que no le sentara mal el rechazo, pero con ninguna intención de que sucediera. Ya me inventaría cualquier excusa para que no se diera, o tal vez no… me dije pensándolo mejor. Lo mismo me interesaba acortar un poco la distancia con él en la cafetería porque por el movimiento de personas que había siempre, no supondría gran cosa.

—Perfecto, así será —asintió sonriendo—. Hasta luego, Everly.

Mi nombre lo alargó más de la cuenta, o al menos esa fue mi sensación. Sacudí un poco el cuerpo al sentir una sensación extraña, sin que se notara mucho, aunque ya me daba la espalda. Para hacerla desaparecer me puse otra vez en movimiento y salí de la sala, subiendo por las escaleras dos plantas más porque el archivo estaba allí.

Capítulo 34



Kayden

Pensativo, mirando hacia la pantalla del ordenador, así estaba desde hacía un rato. Había esperado a que mi móvil sonara desde bien temprano, en cualquier momento, pero no sucedió. Repiqueteé los dedos en la mesa.

—Aquí está tu segunda chica preferida porque la primera ya sabemos quién es. —Apareció Grace y desvié la vista hacia ella.

—¿Has programado y planificado el desplazamiento del avión? —Me referí al que teníamos que reponer cuando estuviera preparado para salir de la quinta empresa.

—Estoy en ello, son muchos trámites —asentí.

Así era, para desplazar un avión por carretera, dadas las dimensiones y complicaciones que conllevaba, se tenía que coordinar todo a la perfección, obteniendo mucha ayuda extra para que sucediera y seleccionando la ruta al detalle porque no todas las vías y accesos eran viables para hacerlo. Normalmente lo llevábamos a cabo por aire, los mismos pilotos y copilotos que hacían todas las pruebas y comprobaciones pertinentes en el aire antes de llevarlo al comprador, se encargaban de hacer la entrega. La quinta empresa estaba ubicada en un entorno que facilitaba hacerlo, con varias pistas, y los destinos a los que los llevaban igualaban las condiciones. Después, lo que los dueños hicieran con ellos ya no nos pertenecía.

En esa ocasión había hecho una excepción porque el comprador me pidió como favor que nos encargáramos nosotros de dirigirlo hacia una nave en concreto que no tenía las condiciones necesarias, de su propiedad, en la que había estado parado el defectuoso ya que ellos fueron los que lo trasladaron la primera vez. No pude negarme por ser los responsables del error, por las molestias ocasionadas y porque estaba en juego el nombre de la empresa.

—Mañana no vendrás, ¿no? —Se sentó frente a mí.

—Correcto. Saldré temprano hacia la quinta empresa. No sé a qué hora llegará el que devuelven y quiero estar presente —asentí.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, te necesito más aquí.

—¿Por qué tienes esa cara? —Ladeó la cabeza.

—¿Cuál se supone que tengo? —Levanté una ceja.

—De pocos amigos —respondió intrigada.

—Estaba esperando una llamada que no se ha dado. —Desvié la mirada a la pantalla otra vez.

—¿Y por qué no la haces tú?

—Era mi intención antes de que llegaras.

—Vaya manera más sutil de echarme. —Rio y negué.

—Si fuera mi objetivo ya estarías fuera. ¿Cómo estás?

—¿A qué viene eso? —Quiso saber, divertida.

—A que la última vez que nos vimos no te despediste de mí con muy buena cara. —Me crucé de brazos—. Te he dado de margen hasta ahora para hablar.

El día al que me estaba refiriendo era en el que quedamos todos en el centro de Glasgow, con Everly y Naomi, y Álef nos sorprendió con lo de los saltos en paracaídas porque a todos nos gustaba y éramos aficionados. Todos menos las visitantes, sobra decirlo, enfocado más en una única dirección, Everly. Como para que se me olvidara por todas las sensaciones que me recorrieron ante la reacción que tuvo.

Lo que me reprochó cuando la seguí, lo de que no la tuve en cuenta y no me preocupaba por ella, me sentó como una patada en el estómago. Reconozco que mi reacción lo propició, pero ya le aclaré el motivo de mis palabras y actitud, en aquel instante y posteriormente, mientras entraba y salía de su interior con fuerza, dejándoselo cristalino para que no volviera a dudar nunca. Conseguí mi objetivo con mucho placer.

—Estaba bien.

—Claro, como ahora al sacar el tema.

—Sabes cómo me pongo siempre que…

—Que Álef está presente o es el tema de conversación. —Terminé por ella.

—¿Entonces para que me preguntas? —Hizo una mueca.

—Porque necesito que te enfrentes de una vez por todas a ello, que te alejes de lo que te hacer

ponerte mal si es lo que deseas realmente, para encontrar la tranquilidad. Y no me estoy refiriendo a que te alejes en sentido literal, sino a que cambies la visión para que toda tú puedas descansar y encontrar paz.

»O, por el contrario, que te acerques tanto a ese sentimiento negativo que lo hagas transmutar. Sea como sea, no puedes continuar así cada vez que lo ves, Grace. Estás en mi vida, formas parte de ella y no quieres alejarte —negó con los ojos brillantes—. Esa posibilidad no existe, te lo advierto. —Curvó un poco los labios.

»Pero Álef es mi familia, una muy cercana, presente y activa. No quiero tener que preocuparme por ti cada vez que coincidís. ¿Por qué no haces algo al respecto? Creo que va siendo hora de que seas sincera contigo misma. Perdónalo si no tienes intención de plantarte delante de él con la verdad, para desahogarte.

»No es para beneficiar a Álef, mi petición está enfocada a ti, para que dejes de sufrir porque es a lo que te lleva toda la situación. Las personas cometemos errores constantemente y la mayoría de las veces son sin una intención escondida. Simplemente nos equivocamos, pero disponemos de un poder único y especial, el de rectificar las cosas provocando que cambien, aunque sea a destiempo.

»Sobre lo que estamos hablando, tú no cometiste ningún error. La solución para ti es más simple de lo que crees, tienes que ampliar la visión de que somos humanos y sin maldad hacia las personas que queremos, en ocasiones, les hacemos daño.

»Álef te adora, hemos recorrido mucho los tres juntos. En tu mano está si eso tiene el valor necesario para hacer un intento de entenderlo o no. Hagas lo hagas, tomes la decisión que tomes, piensa solo en ti, pero analízate bien. Llega hasta el deseo escondido bajo todas las capas de dolor, para no equivocarte.

Recosté la espalda en la silla sin apartar la mirada de ella.

—¿Cuántas veces al año te pones tan profundo?

—Me sobran dedos de una mano. —Curvé un poco los labios.

—Pues que sepas que me caes muy mal en esos momentos, no te soporto. —Bufó.

—Mala suerte porque igualmente me tienes que escuchar. —Levanté una ceja—. Piénsalo, solo te pido eso.

—Sabes que no me puedo negar a nada de lo que me pides —negó con el gesto fruncido.

—Por eso lo estoy haciendo.

—Oh, lo que yo digo, insoportable. —Se levantó de golpe, caminando hacia la puerta.

Me dejó solo, pero sabía perfectamente que mis palabras habían hecho su función y la harían recapacitar. Fuera en una dirección u otra, pero llegaría al punto clave en el que tomar la decisión que había postergado y que la perturbaba.

Cogí el móvil de la mesa, busqué el número al que quería llamar y marqué, llevándomelo al oído.

—Kayden… —respondió rápido Everly.

—Hola preciosa. —Me levanté para ir hacia la cristalera.

—Te iba a llamar más tarde, he estado muy ocupada. Después de tantos días fuera…

—He estado esperando que lo hagas desde hace rato —comenté serio, pensativo.

—¿Sí?

—Desde que has entrado en la base de datos de Safe Dreams Company. —La dejé callada de golpe, durante largos segundos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en tono bajo.

—Está vinculada a mi móvil, al igual que las del resto de empresas. Me llega toda la información en tiempo real. Normalmente no le doy importancia, son muchos informes al día y antes de acostarme les doy un repaso rápido, pero mira por dónde unos en concreto me han llamado la atención, al ver tu nombre junto al de Archie, en bastantes de los enlaces que él entró ayer. Explícame a qué es debido y, sobre todo, por qué cojones no te has puesto en contacto conmigo porque si lo has hecho es por algún motivo.

—Te lo iba a explicar cuando saliera de aquí —soltó un suspiro—. No estoy escondiéndote nada, ni siquiera he hablado con Cameron todavía. Ahora estoy revisando una información.

—No he insinuado eso, ni lo pongo en duda, confío en que lo ibas a hacer. Pero que no se repita que lo retrases porque puedo pensar que sucede algo entorno a ti y salir pitando para allí.

—Si hubiera sabido que estabas tan informado…

—Movimiento que hagas en el sistema, movimiento que sabré. Diferente es si no se utiliza el sistema informático —le aclaré—. Explícamelo todo —le pedí con la vista fija hacia el exterior.

Me hizo un repaso de las horas que llevaba en la oficina. Desde lo que se encontró nada más llegar, comentándoselo Sophie, referente a Archie y a Rory, saltando a explicarme la conversación que tuvo con Cameron sobre ello y las llamadas que les hizo por petición suya, de lo que sí le informó y, por último, de la posterior búsqueda que había hecho en la base de datos motivada por un impulso y el casi choque que tuvo con Rory al salir del despacho.

—Olvídate de lo que te pedí. —Caminé hacia la mesa mosqueado, maldiciendo interiormente.

—¿Por qué? No ha pasado nada, ni he hecho algo que salga de lo habitual.

—Te quiero fuera, Everly. No me hagas repetirlo porque lo puedo convertir en una orden y si te la saltas, tendrá consecuencias. —Apreté con fuerza el respaldo, con una mano.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

—Para zanjar este tema contigo, dime qué estás revisando.

—En uno de los enlaces a los que accedió Archie encontré un número de expediente. Por eso he ido al archivo, para buscar la carpeta original, a la que corresponde. Eso estoy mirando porque me ha extrañado. En la base de datos consta que ese expediente lo lleva desde el inicio Braden, no él.

—¿Cuál es?

—Se cerró hace unos días, varios antes de que viajara hasta Glasgow. Se trata de una reposición de material.

—Especifica qué material.

—Detalla que se trata de las láminas del fuselaje que recubren las alas, las que se cortan a medida aquí.

—Dime el número de expediente, lo buscaré.

—Lo tengo en las manos, ¿cómo lo vas a ver? —negué.

—Todo lo que está en físico también está en la base de datos, lo único que solo yo tengo acceso a esa parte para que nadie toque el sistema, para que no haya fallos en las secciones.

—Ah, vale.

Me incliné en la mesa para anotar el número cuando empezó a decírmelo.

—Lo tengo. Devuelve el archivo a su sitio y olvídate de lo que te pedí. Sigue con tu trabajo normal y relajada.

—¿Seguro? —Tanteó.

—Everly…

—Vale... —Hizo una pausa—. Cuando salga de la oficina iré a buscar a Naomi, he quedado con ella en el centro de Inverness. Lo digo porque te llamaré cuando llegue al piso y será de noche.

—Estupendo, no te preocupes. Disfrutad. —Mi tono de voz se modificó, mostrándome más relajado.

—¿Cómo te está yendo a ti el día?

—Soportable —respondí.

—¿Se te ha acumulado mucho el trabajo? Déjalo, es una tontería. Si yo lo tengo…

—No es por eso, estoy acostumbrado.

—¿Entonces?

—No me gusta que estés ahí.

—Me trajiste tú.

—Me vas a hacer decir que, porque no me dejaste otra opción. —Levanté una ceja, aunque no pudiera verme.

—Aquí hace un día precioso, no hay ni una nube. —Cambió de repente la dirección de la conversación, para no responderme. Curvé los labios.

—Chica lista, has sido rápida.

—Como para no serlo. —Rio, haciéndome sonreír.

Después de varios comentarios más, colgamos. Ocupé la silla y me centré en el ordenador, metiéndome en el núcleo de Safe Dreams Company. Accedí a la carpeta del número que me había facilitado Everly y cogí el móvil, llevándomelo a la oreja después de marcar.

—Eh, ¿qué tal? —me respondió Cameron.

—Podría estar mejor.

—Anda y yo. Con una hamaca en un paraíso y tumbado en ella, me conformaría —soltó con guasa. Negué.

Queriendo ir al tema que me preocupaba lo puse al corriente de la conversación que había mantenido con Everly, la que le pilló de sorpresa. No fue una novedad porque ella misma me había confirmado que no le había comentado nada.

—Necesito que te hagas con los registros de llamadas que se hicieron ayer desde la extensión de Archie, y desde su móvil de la empresa, en el intervalo de las doce del mediodía y la una y media, para ampliar el margen. En el ordenador marca que entró a las doce y diez en el enlace, para mirar el número de expediente. Si no encuentras nada raro amplia la búsqueda.

—Me pongo con ello ahora mismo. En cuanto lo tenga te lo envío por correo y te llamo.

—De acuerdo. —Hice una pausa—. Por cierto, he apartado a Everly de todo esto, de lo que le pedí para que estuviera más atenta. Estoy pensando en trasladarla ya.

—Me parece bien, es lo más lógico. Tú mandas, tío.

—Controla la situación hasta que suceda.

—Sabes que no tienes ni que decirlo, estaré pendiente de ella.

—Gracias. Espero tu llamada. —Colgamos.

Me recosté en la silla y me froté la cara, hasta que volví al trabajo. Releí el expediente detallado que tenía ampliado en la pantalla, anotando en una libreta los datos que podía necesitar cuando Cameron se pusiera en contacto conmigo, por si no me pillaba en la oficina.

Necesitando un respiro para desconectar, me levanté y salí del despacho, dirigiéndome hacia el de Yago. Una distracción era lo que buscaba y él era especialista en conseguirlo.

Capítulo 35



Everly

—¿Estáis seguras de que no queréis que me quede? —preguntó Cameron hacia Naomi y hacia mí.

—No, ya es bastante que nos hayas acercado. En el camino he reservado un taxi para la vuelta, estará aquí dentro de una hora y media —le sonreí.

—No sé. —Dudó llevando la vista a lo que nos rodeaba.

Estaba dentro de su coche, de él acabábamos de bajarnos. Era el último día de Naomi en el país y después de dar vueltas por Inverness mientras yo trabajaba, cerca de la hora de salida había llegado a mi empresa en taxi para ir juntas a visitar el lago Ness. Entre unas cosas y otras lo habíamos estado aplazando. Como en más de una ocasión me había repetido mi amiga, era capaz de no coger el vuelo de regreso a España si no lo veía.

El día anterior estuvo lloviendo hasta bien entrada la noche, chafándonos los planes y provocando que los modificáramos. Por fin estábamos allí, gracias a Cameron que se había ofrecido y empeñado a acercarnos.

—Pero ¿no me has dicho esta mañana que tenías la tarde liada? —dije divertida, sin entender su indecisión.

—Podría dejarlo para mañana. —Centró la mirada en mí.

—No digas tonterías, no quiero que cambies nada. ¿Cuál es el problema? —insistí.

—Tranquilo que la única amenaza es el monstruo y no creo que salga a darnos la bienvenida. —Rio Naomi.

—Hay más gente por aquí. —Señalé a las personas que estaban cerca del castillo que vi la primera vez junto a Kayden, cuando me encontraba mal.

—Está bien —aceptó—. Que disfrutéis —nos sonrió.

—Gracias —respondimos a la vez, las dos.

Lo vimos alejarse.

—¿Qué haces? —negué divertida— Me vas a romper la chaqueta.

Ese fue el motivo de mi pregunta, después de varios tirones fuertes.

—Es que no me lo creo. Era esto o pellizcarte para saber que no estoy soñando —dijo emocionada.

—Qué graciosa eres, ¿no? Eso te lo tienes que hacer a ti misma, no a los demás. —Reí.

—Bah, siempre poniendo la puntillita. —Movió las manos descartando la posibilidad.

—Anda, vamos. —Empecé a andar por el camino que llevaba al castillo.

—¡¡Síii…!! —Me adelantó corriendo y me entró la risa floja.

—¡Qué te vas a caer! —Exclamé cuando se resbaló.

El camino más o menos estaba en condiciones, pero la hierba que lo rodeaba todavía estaba mojada porque las temperaturas habían bajado bastante.

—¿Y qué más da? Me habré caído en el lago Ness, nena. Como si me revuelco en el barro. —Soltó una carcajada volviendo a coger ritmo, cuando se estabilizó.

Negué divertida, sintiéndome feliz por ella. Transmitía tanto… la pena es que a la mañana siguiente se iría dejándome otra vez sola. No quise pensar mucho en ello en ese instante, para que no notara ningún cambio en mí. En esa ocasión sí que me acerqué al castillo, junto a Naomi, viendo los restos de cerca y en condiciones porque habíamos comprado las entradas para acceder a la que un día fue una fortaleza robusta y resistente.

Nos hicimos muchas fotos, individuales y conjuntas, en todas ellas las sonrisas de oreja a oreja no faltaron. Media hora después salimos del recinto y nos dirigimos hacia el lago, para estar más cerca de él. Caminamos por la orilla, disfrutando del paisaje. La experiencia bien mereció la pena y más en su compañía porque su entusiasmo era contagioso.

—Tendríamos que regresar ya. Quedan unos veinte minutos para que el taxi llegue y estamos bastante lejos —sugerí—. ¿Qué haces? —Quise saber extrañada porque estaba muy en silencio para lo que era habitual en ella.

A parte de ese detalle, estaba agachada a varios pasos por delante de mí, con la mirada fija en el lago.

—Naomi ¿me escuchas? Es mejor que nos…

—Shhh… —me pidió silencio.

—¿Qué es tan interesante? —Me acerqué a ella y la imité, quedándome en la misma posición— ¿Qué estás mirando?

—Creo que he visto algo —susurró.

—¿A qué te refieres? —Giré la cabeza hacia ella.

—Oh, ahí está —pegó un grito y se levantó de golpe.

Eso ella porque yo del susto y por el sobresalto me caí de culo en la hierba, sintiendo la humedad traspasarme el pantalón. Con expresión de interrogación la miré porque no entendía el motivo de su reacción ni de sus palabras.

—¿El qué se supone que está ahí?

—No sé si irme o quedarme. Ayyy… ¿Qué hago? Quiero una foto.

—Pero ¿qué dices? Habla en condiciones para que sepa de que va porque chica, no hay por dónde pillarte —dije sacudiéndome el trasero con las manos, poco arreglo tenía.

—Ha asomado la cabeza hacia nosotras, Everly. ¿Entiendes?

—Pues no. —Llevé la vista al lago y poco a poco empecé a atar los cabos sueltos que se me habían escapado, sabiendo por donde iba—. No lo estás diciendo en serio. —Agrandé los ojos volviendo a mirarla.

Imposible no tener mi reacción porque a lo que se estaba refiriendo es que supuestamente, el animal mitológico que se escondía en el lago había decidido ese día y en ese instante, nada más y nada menos, que sacar la cabeza para saludarnos. Solté una carcajada fuerte.

—Cállate que lo vas a asustar.

—¿De verdad? No me lo puedo creer. —Más me reí.

—Búrlate lo que quieras, pero mira ahora, corre —me pidió nerviosa, señalando hacia un punto.

Lo hice siguiendo la dirección de su dedo y contuve la respiración al distinguir algo grande, bastante grande, sobresaliendo del agua. No supe diferenciarlo porque estaba muy lejos, pero la impresión fue…

—La virgen. —Solté un jadeo—. ¡¡¡Corre!!! Que nos va la vida. —Empecé a hacerlo como si fuera así. No tardó en seguirme, poniéndose a mi lado.

—Seguro que no hace nada —dijo entre jadeos—. Everly, ¿te das cuenta? Acabamos de descifrar el misterio, Diosss…

—¿Tú me has visto con cara de querer comprobarlo? No, ¿verdad? Pues no pares de mover las piernas. —Bufé por la situación y por el esfuerzo.

—Cómo te pones por un animalito. —Rio entrecortada.

—¿Y me lo dices tú? Que cuando grité en mi habitación y apareciste con la boca llena de pasta de dientes, poco te faltó para subirte en la cama por si era por algún bichillo o algo parecido… anda qué. —Apreté la carrera, queriendo llegar al camino del castillo que nos llevaría hasta la carretera.

—Joder, me vas a comparar una cucaracha con el monstruo del lago Ness —se indignó—. Párate, me ha entrado flato —me pidió agarrándome de un brazo, provocando que lo hiciera.

—Naomi, se va a hacer de noche y quiero llegar ya —dije sofocada, intentando controlar la respiración mientras miraba de reojo hacia el lago—. Y perdona que te diga, no sabes ni lo que dices. ¿Cuánto tiempo tiene que llevar ese animal sin comer? —Me puse las manos en la cadera.

—Esa sí que es buena. —Soltó una carcajada, doblándose, teniendo que apoyar las manos en las rodillas—. A ver cómo te piensas que ha sobrevivido, será que no habrá comida en el lago. Vamos digo yo, peces debe haber.

Nos quedamos observándolo durante unos segundos, hasta que el agua hizo unas ondas cerca de nosotras, a poca distancia de la orilla. Pegamos un grito a la vez, agarrándonos de las manos con fuerza, asustadas, y salimos pitando de allí, con mucha más velocidad que con la que habíamos corrido anteriormente.

Alteradas, gritando e intentando recuperar un poco el aire, de esa forma llegamos al castillo y pudimos respirar tranquilas, al quedar apartadas del lago.

—No vuelvo a venir más, en la vida —negué sentándome en el suelo, sin fuerzas.

—Me he cagado —dijo seria, reconociéndolo.

—Normal —respondí igual, pero al final reí y con ganas, provocando que se uniera a mí.

Sabía que era imposible lo que habíamos imaginado, pero la incertidumbre, la situación y los nervios me habían jugado una mala pasada, al menos a mí porque estaba segura de que Naomi no pensaba igual que yo, ella estaba convencida de que se trataba del monstruo.

Que había algo dentro estaba claro, lógicamente. Era un lago y estaría lleno de especies acuáticas, como era normal.

—Me tiemblan las piernas. —Me las froté.

—Manda narices que voy a llegar a España con agujetas, yo que no pestañeo muy seguido para no cansar los párpados —dijo soltando un suspiro.

Volvimos a reír y terminamos por perder las fuerzas en el ataque de risa que nos entró. Cuando nos recompusimos nos quedamos en silencio mirando hacia el frente, observando la imagen perfecta porque era de admirar, de postal. En ese instante fui consciente de que ya no quedaba nadie en la zona, éramos las únicas que aún no nos habíamos ido. Llevé la vista hacia los laterales, teniendo el mismo resultado.

Miré la hora en el móvil, eran las seis y media de la tarde, ya empezaba a oscurecer. A punto de levantarme y de decirle a Naomi que teníamos que llegar hasta la carretera porque el taxi no tardaría en llegar, un ruido muy sutil captó mi atención, seguido por otro más pronunciado. Giré la cabeza hacia atrás para saber de qué se trataba, hacia nuestras espaldas, de donde había salido.

Con el gesto fruncido llevé la vista hacia todas las direcciones, sin encontrar nada. Solo unos metros nos separaban de donde pararía el taxi, era visible y como no lo vi, descartando esa opción, me levanté despacio, sin decir nada para seguir observando la zona.

Durante un tiempo no le dije nada a Naomi porque en sí no tenía importancia y porque estaba haciendo fotos al paisaje, entretenida. Sacudí la cabeza por la tontería que se me había quedado en el cuerpo con lo del monstruo. ¿Qué esperaba? ¿Qué apareciera un león o algo peor? Por unos instantes contuve el reír por la paranoia y mis pensamientos, hasta que volví a escuchar el mismo ruido, más cerca, desplazado hacia un lateral.

—Naomi —la llamé—. Naomi —repetí al no responderme.

—¿Sí? —Reaccionó.

—Levántate y vámonos —le pedí sin mirarla y sin apartar la vista mientras hacía un recorrido observando con atención.

—¿Ya ha llegado el taxi? —Se incorporó poniéndose a mi lado

—No.

—¿Qué pasa? —Quiso saber al fijarse en mí.

—Nada —respondí centrándome en ella, pero en mi interior la verdadera respuesta fue, «ni idea, pero quiero irme de aquí».

La agarré de una mano y empecé a caminar, llevándola conmigo. Llegamos a la carretera y sentí alivio al ver un taxi a lo lejos, acercándose cada vez más. Sin poder estarme quieta y pendiente a todo, hice que caminara conmigo en el sentido en el que venía el coche.

Pude respirar tranquila cuando se paró a nuestro lado, más lo hice cuando nos montamos y el taxista nos saludó, saludo que le correspondimos antes de darle la dirección de mi piso. No sabía qué me había sucedido para actuar de la forma en la que lo había hecho, teniendo una sensación rara que me había puesto en alerta, pero así había sido y algo que vi de refilón cuando el taxi se adelantó en la carretera para hacer un cambio de sentido, me removió todo por dentro, dejándome estática en el asiento.

Lo que vieron mis ojos, que unos segundos más y no lo hubieran hecho, fue la presencia de alguien meterse rápido entre unos árboles. Podía ser cualquier rezagado de la visita a la zona, pero lo que me provocó rechazo fue la forma en la que lo hizo porque distaba mucho de alguien que estuviera paseando, o hasta corriendo, haciendo deporte si era del pueblo que había cerca de allí. Desapareció detrás de un árbol y ya no salió de allí, no se movió, como si se estuviera escondiendo.

—Everly, ¿estás bien? —Escuché la voz de Naomi, lejana.

—Sí, claro. —Reaccioné poniendo toda mi atención en ella—. Cansada y con ganas de llegar, solo es eso —le sonreí mostrando mi mejor sonrisa.

—Yo también estoy igual, voy a caer a plomo en la cama en cuanto cenemos. Mañana me voy. —Hizo un puchero.

—Sí. —La imité.

—Jo, me va a costar mucho otra vez. Después de tantos días juntas… —dejó salir un suspiro.

—Y a mí. —Me acerqué y apoyé la cabeza en su hombro, ella lo hizo dejando caer la suya en la mía.

Entre la tensión, el cansancio y la música de fondo en un volumen bajo, me quedé adormilada, sintiendo que mi amiga hacía un rato que se había dejado vencer y estaba dormida.

—Ha sido un cúmulo de circunstancias —me dije susurrando—. Seguro que hay alguna explicación lógica. —Bostecé.

Me aferré a ello, sin querer dejar la mente volar porque si lo hacía… lo que pasaba por mi cabeza no tenía sentido, ninguno, por lo que eché mano a la lógica mientras me dejaba llevar por un sueño profundo, el que se alargaría casi cuarenta minutos hasta que el taxista nos avisara de que habíamos llegado.

Capítulo 36



Hacía cuatro días que Naomi se había ido. Miré mi imagen a través del espejo del baño, dando el visto bueno a mi aspecto antes de salir para el trabajo. Acababa de arreglarme, sin muchas ganas la verdad. Me sentía cansada, agotada y las ojeras que había conseguido tapar con el maquillaje eran una muestra evidente de ello.

La noche que sucedió lo del lago dormí profundamente porque lo hice junto a Naomi al trasladarse a mi cama. Pero a partir de ahí, no había conseguido conciliar el sueño en condiciones. Solté un suspiro y me eché perfume antes de dirigirme hacia la cocina, para prepararme un café.

Podía tomármelo con calma porque era temprano, así lo hice sentándome en el pequeño balcón que daba al salón. Me apreté al cuerpo la manta que había cogido del sofá, al sentir el cambio de temperatura. No apetecía mucho estar fuera a esas horas, pero era una costumbre que había cogido varios días atrás y me sentaba bien sentir el aire fresco en la cara, me despejaba y calmaba.

Comprobé la hora en el móvil mientras daba el primer sorbo, las siete y diez. Apoyé la taza en la mesa y la rodeé con las manos, para calentármelas, llevando la vista hacia la calle. Todo estaba en silencio, no había nadie fuera de sus casas, pero eso no tardaría en cambiar. Hice una pasada rápida por la calle, mirando con atención cada detalle. Era algo que se repetía desde el susto que me llevé, aún me duraba la sensación extraña.

A Naomi no le dije nada, me callé y disimulé delante de ella. Asumió que estaba rara porque se iba, sin preguntarme si había algún motivo más. Muchas veces había intentado echar mano a los recuerdos, buscando en mi memoria la imagen de la persona que vi desde el taxi, pero no había conseguido visualizarla con claridad porque todo sucedió muy rápido y porque la impresión que me llevé me impactó. Incluso me había enfadado conmigo misma por las reacciones que tenía desde que sucedió, sin entenderme porque no había por dónde cogerlo, no tenía sentido.

Al final me había dado una tregua a mí misma, para no atormentarme por el instinto que me nacía. Era lo que había y estaba digiriendo las emociones para que no me afectaran en mi día a día. Varios sorbos más al café y media hora después me levanté yendo al interior. Fui a la cocina, fregué la taza y me dirigí hacia la habitación para ponerme la chaqueta y coger el bolso, lo único

que me faltaba para poder salir por la puerta. El taxi estaba a punto de llegar.

Fuera del portal, mirando hacia el sentido de la carretera en el que tenía que aparecer mi transporte, me abracé por la cintura. Sonreí cuando vi unas luces a lo lejos y empecé a acercarme a la acera, pero me paré al darme cuenta de que no era lo que esperaba. Un coche pasó por delante, un detalle muy normal, lo que no lo fue es que al poco tiempo volviera a verlo en sentido contrario, circulando más lento.

No aparté la vista de él ninguna de las dos veces, hasta que giró al final de la calle. A pesar de verlo perfectamente, no conseguí distinguir quién conducía para saber si era algún vecino de la zona. Todavía estaba oscuro, a esas horas tendría que haber amanecido ya, pero el cielo más gris oscuro e intenso no podía estar, privando de la claridad habitual. Iba a sacar el móvil del bolso para mirar en la aplicación de la reserva del taxi la ubicación aproximada del mío, porque daba todos los detalles con una variación de pocos minutos, cuando me quedé a medio camino de hacerlo, al centrarme otra vez en la carretera.

Di un paso hacia atrás, extrañada cuando volví a ver el mismo coche, esa vez pasando a bastante velocidad ante mis ojos. Giré rápido la cabeza, siguiéndolo otra vez.

—¿Qué mierda hace? —Fruncí el gesto.

No buscaba dónde estacionar, primero por la velocidad a la que circulaba, segundo porque había muchos sitios vacíos dado que casi todas las viviendas que había cerca eran casas de dos plantas y disponían de garaje privado. Con el pensamiento de entrar en el portal y refugiarme en él hasta que apareciera el taxi, por si iba con retraso, saqué el móvil para comprobarlo. Asentí cuando vi que estaba llegando. Pocos minutos después se paró frente a mí.

—Buenos días —saludé nada más entrar, rápido.

—Buenos días —me sonrió James, el taxista, por el espejo retrovisor.

Entre nosotros se había creado una especie de confianza. Desde la primera vez que vino a recogerme siempre solicitaba que fuera él quien se encargara de mis traslados, al menos para ir a Inverness, a la vuelta ya era diferente porque reservaba el que estuviera disponible en ese momento, para no retrasarme teniendo que esperar.

En silencio mientras arrancaba y se ponía en marcha, dirigí la mirada hacia la ventanilla. «Otro día más, vamos allá…», me dije para animarme.

—Pero ¡será posible! ¿Dónde le han dado el carné de conducir? —habló en tono alto James, sobresaltado, indignado y enfadado.

Yo me incorporé del asiento, me había resbalado porque cuando iba a abrocharme el cinturón de seguridad, pegó un volantazo y los asientos eran de piel, lo que provocó que me resbalara y cayera hacia un lado.

—¿Qué ha pasado? —Quise saber nerviosa, mirando hacia fuera después de escuchar el clic del

enganche del cinturón.

—Un coche se ha metido en nuestro carril, a bastante velocidad —dijo con rabia.

—¿Cuál? —Giré hacia atrás, mirando por la luneta.

—Ya no se ve. Ha desaparecido rápido —me aclaró—. ¿Cómo puede ir de esa forma por aquí? Es incomprensible.

Con movimientos lentos me puse bien sentada, pero en tensión, sin entender una mierda de si era una coincidencia. Pues claro que lo era, menuda tontería, pero como tenía los nervios a flor de piel mi mente no fue capaz de razonar y por ella pasaron un montón de pensamientos en pocos segundos, con muchas posibilidades sin sentido.

—Malos conductores hay en todas partes —comenté quitándole importancia—. ¿Estás bien?

—Está visto y comprobado que sí —soltó un suspiro—. Lo estoy, gracias —me sonrió por el espejo— ¿Y tú?

—Sí, solo he tenido un pequeño contacto directo con el asiento, besándolo. —Apreté los labios —. Ni se te ocurra decir nada que ya lo estoy pensando yo y me está entrando una fatiguita.

—No tengo nada que añadir —dijo divertido.

—Al menos dime que los has limpiado con algún espray desinfectante antes de empezar a trabajar. —Iniciaba el turno viniendo a por mí.

—No.

—Oh, por favor. —Puse cara de asco, sacando la lengua, haciéndole reír.

—Tranquila, lo hago, pero cuando termino el día.

—Te quiero, James. —Mi emoción rebosó hacia fuera mientras me llevaba las manos al pecho. Soltó una carcajada que me contagió.

El resto del trayecto fue con normalidad, llegando a la misma hora de siempre al trabajo, minuto arriba, minuto abajo.

—Muchas gracias —dije inclinada entre los asientos delanteros, acercándole la tarjeta para pagar.

—Gracias a ti, como siempre es un placer —me respondió sonriente.

Me despedí de él hasta el día siguiente y bajé del coche. Los últimos metros hasta la entrada principal los hice corriendo. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer.

—Por los pelos —dije apoyándome en el mostrador, hacia Sophie.

—Buenos días —me sonrió—. ¿Llueve ya? —Se ladeó para mirar hacia la puerta para ver la calle.

—Buenos días. Ahora comienza, sí. Prueba superada —levanté un puño—, que no quiero terminar como la última vez. ¿Vamos a por el café?

Últimamente habíamos cogido la rutina de tomarnos uno rápido cuando yo llegaba, porque salía con mucha antelación y teníamos tiempo de sobra.

—Espera que avise a Gladys para que ocupe el puesto unos minutos. —Se levantó entrando en una puerta que había detrás de la recepción.

Gladys era su compañera desde hacía muchos años, la diferencia es que Sophie estaba cara al público y Gladys en el pequeño despacho en el que se perdió Sophie.

—Buenos días, Everly —me sonrió cuando salieron las dos.

—Buenos días, Gladys. Mmm… tienes un brillo especial. —Ladeé la cabeza—. Has pasado una noche fantástica, ¿no?

—No digas tonterías —dijo con una risilla, sonrojándose—, mi brillo es el de siempre.

—Yo también se lo he notado —asintió Sophie, divertida.

—Niñas no tomarme el pelo, ¿eh? —Nos señaló.

—Yo como mucho puedo tocártelo, pero tomártelo no. —Reí—. Lo digo en serio, irradias luz hacia fuera. Me encanta.

—Será porque últimamente las cosas me van bien. —Jugó con un mechón.

Sonreí al verla, mirando de reojo a Sophie.

—El amor es lo que tiene. Te lanza a una nube y pasas los días como si flotaras o te tumba en el barro y te hace reptar por él hasta que te levantas de un salto —comenté.

—Lo sé de sobra, cariño. ¿Tanto se me nota? —Se sorprendió, ruborizándose.

—Es eso o que te ha tocado la lotería, y como estás a estas horas aquí, pues… —Carraspeé.

Sophie fue la primera en reír, después la seguimos nosotras dos.

—Disfrútalo, te lo mereces. —Le hice un guiño antes de rodear el mostrador y ponerme junto a Sophie.

—Gracias —respondió alegre y volvió a su puesto de trabajo.

Era una mujer de cincuenta y cinco años y sí, se lo merecía. El que fue su marido, con el que

compartió su vida desde la adolescencia, murió nueve años atrás por una enfermedad y hasta hacía poco había estado sola. Lo sabía por ella misma, me contó la historia un día de los que me acompaña a la hora de la comida cuando salía del edificio para desconectar. Sophie lo vivió junto a ella. Había vuelto a encontrar la ilusión del sentimiento que mueve el mundo y le da una visión diferente: el amor.

—Me gusta verla sí, me alegro tanto… —dije mientras esperábamos a que nos atendiera un camarero.

—Yo también. Ha sufrido mucho, durante bastante tiempo porque no solo fue la pérdida, también el proceso que tuvo que pasar antes de ella —negó Sophie haciendo una mueca.

Cuando nos dejaron los cafés delante, nos apartamos hacia un lateral de la barra y nos lo tomamos de pie para no retrasarnos mucho.

—Creo que voy a empezar a correr cada día, cuando salga del trabajo y llegue al piso —comenté.

—¿Y eso?

—Por donde vivo no hay gimnasios. En España iba a menudo y creo que ya me urge hacer cualquier otra cosa.

Llevaba un tiempo pensándolo y más había afianzado la idea por cómo tenía la cabeza últimamente. Necesitaba encontrar algo que me relajara y que me hiciera desconectar, que me dejara exhausta. Lo tuve claro, tomé la decisión de que ese mismo día iniciaría la rutina.

—Aquí cerca tampoco hay, sino podrías ir nada más salir —asentí.

Cuando terminamos nos despedimos tomando direcciones separadas. Antes de ir a mi despacho fui al de Camarón. Al abrir la puerta para saludarlo no lo encontré. Me dirigí al mío, dándome de frente con Rory. Me puse en alerta al instante, esperando a ver cómo se dirigía a mí y el tono que utilizaba en esa ocasión.

—Buenos días. —Lo saludé normal, sonriendo.

—Hola, Everly. —Me devolvió el gesto.

Pues parece que empezamos bien, me dije. Quizás la vez anterior no supe cogerle el punto.

—Al final no tomamos el café —continuó.

—Lo lamento, se me complicó el día.

—Quizás hoy, ¿no?

—Claro —asentí.

—Perfecto, pues en algún momento te sonará la línea interna —dijo mientras se alejaba.

—Pues vale —hablé para mí.

Entré en el despacho y no tardé en estar sentada delante del ordenador, encendiéndolo. Cogí la documentación de la primera carpeta del montón y la extendí sobre la mesa. Antes de ponerme con ella me dio por mirar los mismos enlaces que comprobé días atrás, por lo que Kayden me dejó fuera de la petición que me hizo.

Mi intención en ese momento no era acceder a ninguno, más que nada porque no quería hacer saltar las alarmas de Kayden, porque lo sabría al instante. Simplemente tuve el impulso de observarlos haciendo un repaso. Apoyé la mejilla en una mano mientras que con la otra movía el ratón, desplazándome hacia abajo. Me puse recta de golpe cuando vi que encima de los enlaces a los que entré siguiendo el rastro de Archie, su nombre estaba sobrescrito encima del mío, dejando constancia de que había vuelto a mirarlos, todos en los que aparecía mi nombre.

—Mierda, me ha pillado. —Llevé la vista hacia la puerta.

En uno podíamos haber coincidido, pero en once que fueron en los que entré, no. Indecisa pensé en qué hacer, si decírselo antes a Cameron o llamar a Kayden directamente. Opté por probar con la primera opción para no molestar ni alterar a Kayden. Marqué la extensión de Cameron. Los tonos sonaron y colgué, dando por hecho que todavía no había llegado.

Cerré todas las ventanas de la pantalla, removiéndome en la silla, incómoda. Me levanté y caminé hacia la cristalera, parándome a bastante distancia antes de llegar. Tragué saliva al recordar la escena junto a Kayden, cuando me hizo acercarme y hasta apoyarme en ella, con él a mi espalda. Cómo me hubiera gustado repetirlo, al completo por como terminó, cómo deseaba tenerlo a mi lado y más en ese instante…

—Cálmate —me dije y me lo repetí tantas veces como necesité, pero aun así no fue suficiente para frenar el remolino de emociones que me recorría.

Capítulo 37



Un paso, dos, tres… cogí aire al quedarme casi al lado de la cristalera, notando que se me aflojaban las piernas. Mi propósito era saltar sobre mi miedo y enfrentarme a él, necesitando tocar el cristal con las manos, demostrándome a mí misma que podía lograrlo, aunque fuera por unos segundos. Hice una pausa larga, pero daba igual el tiempo que me llevara hasta que lo consiguiera.

A punto de avanzar un poco más, no llegué a hacerlo porque el teléfono fijo sonó. Pensando que era Cameron porque las llamadas quedaban registradas y habría visto la mía, me giré con un suspiro y caminé rápido para atenderlo. Descolgué sin observar la pantalla digital, sin ver la extensión, dando por hecho quién era.

—Hola —respondí.

—Hola, Everly. —Se me cortó la respiración al identificar la voz de Archie—. ¿Puedes venir a mi despacho un momento?

—Ahora mismo no puedo —respondí recomponiéndome rápido de la impresión—. Tengo que entregar un trabajo dentro de una hora y estoy corriendo porque puede que no llegue a tiempo. —Me inventé una excusa sobre la marcha.

—Será solo un momento, necesito de tu presencia…

—¿De qué se trata? Lo mismo puedo ayudarte sin necesidad de ir. Si es para algo sencillo dejo apartado lo mío.

—No, prefiero que vengas —insistió.

—Pues lo lamento, tendrás que esperar —respondí normal, sin mostrar lo nerviosa que estaba.

Con mis negaciones buscaba encontrar tiempo hasta que llegara Cameron, para hablar con él sobre el tema y que actuará al ser mi superior. En cierta forma el cargo de Archie estaba varios peldaños por encima del mío, tocando directamente al director de compras.

—Cuando termines no lo retrases, ven a mi despacho.

—De acuerdo. —Colgué sin querer hablar más.

Me dejé caer en la silla, frotando las manos en el pantalón al sentirme vencida por los nervios.

—Tienes que tranquilizarte y pensar —me dije a mí misma—. Seguro que Cameron no tarda en llegar.

Fijé la vista en el móvil que estaba encima de la mesa y tragué saliva cogiéndolo. Accedí a la aplicación de mensajes y abrí la conversación de Kayden, releyendo los últimos mensajes que nos enviamos anoche.

Kayden: *¿En qué posición estás?*

Everly: *Estoy en la cama, ¿cómo quieres que esté?*

Kayden: *De cualquier forma, en todas estás apetecible.*

Everly: *Mmm… ¿quiere comerme señor Smith?*

Kayden: *No lo sabes bien, ni te imaginas hasta qué punto. Mis ganas se van acumulando y cuando te coja vas a tener que rogarme para que pare, otra cosa es que lo consigas.*

Everly: *Ahora mismo estoy pasando la yema de los dedos por mi piel. Mmm… acabo de llegar a los pechos, imaginándome que son los tuyos los que juegan con mis pezones.*

Kayden: *Continúa como si fuera yo.*

Everly: *Los estás deslizando hacia abajo, hacia mi pubis, jugando con él, acariciándolo como anticipo.*

Kayden: *Dirígelos hacia donde necesitas, dime lo mojada que estás.*

Everly: *Jadeo largo y profundo, eso acabo de soltar por el resultado del roce sobre el clítoris. Me encanta (suspiro). Los dedos resbalan solos y con facilidad, impregnados por mi humedad que no es poca.*

Kayden: *Dime cómo está la entrada.*

Everly: *Preparada para ti, lista para que entres en mí.*

Kayden: *Mierda, Everly. Joder…*

Everly: *Eso exactamente necesito que me hagas. Leches esto no ha sido buena idea.*

Kayden: *Estás cachonda, ha sido una idea perfecta porque era lo que quería conseguir. No eres la única, ¿sabes lo que estoy haciendo mientras te leo?*

Everly: *Dime que lo mismo que yo.*

Kayden: *Más que eso, he pasado directamente al plato fuerte. Mastúrbate, regálame un orgasmo. Voy a dejar de escribir y te llamo, quiero y necesito oírte, notar la desesperación a la que te vas a llevar. Pero antes, para que lo releas tantas veces como quieras… mi mano está jugando con el glande, dándole un respiro a mi miembro erecto porque he estado deslizando con fuerza la mano entorno a él, con necesidad y desesperación al imaginarte. Estoy deseando hacerlo desaparecer en tu boca, que me acojas completamente mientras dirijo tu cabeza en los movimientos y tú haces magia con tu lengua y labios… las gotas de semen que recubren mis dedos y mano están destinadas a ti. Acelera tus movimientos, llévate al límite hasta que estuche tus gemidos. Te llamo para llegar al final.*

Vaya mezcla de emociones contradictorias tenía en ese instante. Me había excitado y me picaban los ojos. Me los froté bloqueando el móvil, devolviéndolo a la mesa. Llevé la atención al teléfono fijo y marqué otra vez la extensión de Cameron, obteniendo el mismo resultado, nada. Con un suspiro llamé a Sophie.

—Hola preciosa —dijo nada más descolgar, sabiendo que era yo.

—Hola, bonita. ¿Sabes algo de Cameron? No ha llegado todavía.

—Sí, ha llamado hará unos veinte minutos para asegurarse de que todo estaba bien en el trabajo y por si había salido algo de última hora. Me ha dicho que está haciendo unas gestiones, lo que no sé cuánto tardará en venir.

—Ah, vale. Ok.

—Mira, Archie también está saliendo ahora mismo. Hoy es el día en el que hay más jefes fuera que dentro —comentó divertida.

—¿En serio?

—Sí. ¿Pasa algo? —Se extrañó por el tono que me salió.

—Nada, solo que me ha pedido hace poco que fuera a su despacho para algo del trabajo.

—¿Quieres que le pregunte si va a tardar? Por la hora que es no va a desayunar.

—No, no es urgente. Así adelanto con lo que tengo encima de la mesa.

—Pues aprovecha, no te entretengo más.

Cuando colgué lo hice aliviada, soltando un suspiro. Adelanté mucho trabajo con la serenidad de que lo que me inquietaba estaba lejos, al final el mal comienzo se redirigió y pude centrarme. Archie no regresó en todo el día, como Cameron, pero de él sí que supe. Me llamó a media mañana para saber qué tal me iba, explicándome las gestiones que estaba haciendo. No le comenté nada, preferí reservármelo para el día siguiente hablarlo en persona porque total, quedaban pocos minutos para que me fuera del trabajo.

Cinco minutos antes de la hora de salida el teléfono fijo sonó y lo miré extrañada. Antes de descolgar busqué en la lista que me había hecho, con los teléfonos de todas las extensiones, y comprobé que estaba en lo cierto, la llamada venía de la fábrica. No era habitual, vamos, que nunca recibía llamadas de ellos porque se comunicaban con otros departamentos.

—¿Sí? —dije al descolgar.

—¿Señorita Everly? —habló una voz de hombre.

—Soy yo.

—Mi nombre es Elliot. Quería pedirle el favor de si puede venir hasta aquí.

—¿Y eso? ¿Para qué? —Me levanté despacio.

—Verá es que… sé que no es lo común y es normal que se extrañe, pero es que he visto una cosa, una carpeta que me he encontrado por casualidad y el señor Cameron no está. Él me dijo hace un tiempo que usted es de confianza. También hablé anteriormente con el señor Smith sobre un problema grave que tenemos.

—¿De qué se trata?

—No quisiera decírselo por aquí.

Dudé en la respuesta, incluso después de dársela.

—En unos minutos estoy ahí —confirmé.

—Muchas gracias, la estaré esperando.

Con una sensación que me superaba, volví a coger el móvil y marqué el número de Kayden. Caminé por el despacho sin poder estarme quieta, pero me paré de golpe al escuchar que estaba apagado, maldiciendo porque justo tenía que ser en ese momento. Me acerqué al armario y me puse la chaqueta por el frío que haría en la calle, sin llevarme nada más porque tenía intención de regresar a la oficina para hacerlo después.

Antes de salir del despacho le envié un mensaje a Cameron con un hola y esperé a que lo viera.

—Joder, ¿qué pasa hoy? —Bufé cuando pasados varios minutos el mensaje seguía apareciendo como no leído.

Le escribí otra vez mientras salía del despacho, explicándole hacia dónde iba y por qué, haciéndole un repaso rápido de lo que todavía no le había comentado, para que estuviera al tanto. Me guardé el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y en vez de montarme en el ascensor, elegí bajar por las escaleras, haciéndolo casi a la carrera.

Al pasar por la recepción no vi a Sophie en su puesto, pero sí la puerta de Gladys entreabierta,

dando por hecho que estarían las dos dentro. No me paré, seguí avanzando hacia la salida. Me ajusté la chaqueta al cuerpo y me puse la capucha porque todavía llovía, aunque el agua caía con poca intensidad.

Accedí a la fábrica mirando hacia todos los lados, sin encontrarme con nadie. Me extrañó que todo estuviera en silencio, supuestamente el sonido característico del trabajo era la banda sonora del lugar. No es que hubiera estado allí muchas veces, concretamente solo lo hice el primer día de entrar a trabajar, junto a Cameron que me enseñó la fábrica, y después en la reunión improvisada por la llegada de Kayden, pero en esa última ocasión nadie estaba en su puesto de trabajo.

—¿Elliot? —Lo llamé en alto, parándome en el centro de la entrada principal— ¿Estás por aquí? Si no me respondes en unos segundos me voy.

Mi voz resonó entre las paredes, poniéndome el vello de punta.

—Mierda, tengo ideas horribles —me lamenté nerviosa.

Miré el reloj para controlar el tiempo porque no pensaba estar más de un minuto allí sino aparecía. Y lo hizo, sobresaltándome a llegar por la espalda pronunciando mi nombre.

—Perdone, no quería asustarla —se disculpó con las manos levantadas, mi cara debía ser muy esclarecedora.

—Ha sido una tontería. —Quise quitarle importancia—. Es que todo está tan silencioso… ¿por qué?

—No lo sé —respondió frunciendo el gesto—. Todavía tendrían que estar trabajando los del turno de tarde.

—¿Cómo que no lo sabes? Estabas aquí.

—Vengo de otro sector —Señaló hacia el lateral izquierdo.

La fábrica tenía un adosado que era el que hacía la función de almacén, donde estaba todo el material que utilizaban. Asentí comprendiendo que quedaba apartado. Pero…

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí? —pregunté desconfiada.

—Una media hora o quizás un poco más, desde que he encontrado la carpeta que le he comentado. Quería comprobar algo.

—¿Me vas a decir de qué se trata? ¿El motivo por el que estoy aquí?

—Espere, primero quiero saber por qué no se escucha nada. —Empezó a caminar hacia el acceso de trabajo—. ¿Me acompaña?

Dudé unos segundos, pero sin ganas de quedarme sola no tardé en seguirlo.

—No lo entiendo —dijo sorprendido cuando nos paramos.

—¿Por qué no hay nadie?

—¿Qué sentido tiene? —negó desconcertado.

—Tenemos que informar a Kayden y a Cameron. —Me giré para salir de allí, dispuesta a irme porque no me estaba gustando nada la situación.

—Le enseño lo que contiene la carpeta y nos vamos. —Escuché su voz a la espalda.

—Mejor me la das y me cuentas en el edificio de oficinas qué ha provocado tu llamada.

—De acuerdo —aceptó y cogí una gran bocanada de aire.

Cuando llegamos al mismo lugar en el que nos habíamos visto se dirigió hacia una puerta pequeña. Me quedé mirando lo que hacía desde fuera. Era el vestuario. Fue directo hacia una taquilla, imaginé que la suya, y la abrió, sacando la carpeta de dentro.

—He querido asegurarme —se justificó con ella en alto.

—Me parece bien porque si lo consideras tan importante… ¿qué ha sido eso? —Me giré de golpe.

Elliot caminó rápido, apartándome para salir. Nos quedamos sorprendidos y sin saber qué decir cuando vimos la gran puerta de acceso cerrada.

—¿Qué cojones…? —soltó cabreado, al menos eso diferencié.

A mí no me salieron las palabras por unos segundos porque me tembló todo.

—¿Qué mierda hay en esta carpeta?

—Señorita…

—Llámame Everly —le pedí y asintió.

—Míralo tú misma. —Me la puso delante.

Se la quité de las manos y la abrí, empezando a leer la documentación que contenía.

—Perdona mi ignorancia, es que de todos estos compuestos no entiendo. —Hice una mueca.

—Esta documentación no tendría que estar en este espacio, aquí solo se trabaja con los albaranes de la recepción de la mercancía.

—¿Y? ¿Qué significan todas estas palabras técnicas? —Señalé una de las hojas.

—Es una prueba más que le servirá al señor Smith para pillar al responsable, está firmado por él. —Busqué la última hoja y cogí aire al leer el nombre que aparecía en la firma—. Es la documentación de compra del último pedido, pero modificado hace varios días por la misma persona que lo firma. Me la he encontrado por casualidad, ya te he dicho que esto no tendría que estar aquí, no sé cómo…

—¿A qué huele? —Giré sobre mí misma.

La pregunta en sí era una tontería porque lo tuve claro, de ahí mi reacción. Olía a quemado y a humo.

—No puede ser. —Empezó a correr.

—¿Hay fuego? —Lo seguí histérica.

No me contestó, pero no hizo falta porque conforme nos acercamos a la parte en la que trabajaban todo se intensificó.

—No te acerques. —Se paró frenándome con un brazo—. Hay muchos productos inflamables, se va a convertir en una hoguera en cuestión de segundos y se expandirá.

—Tenemos que salir de aquí. —Tragué saliva y volví a correr, pero directa hacia la puerta de salida, la que habían cerrado. Cuando llegué a ella solté la carpeta y cayó al suelo, quedando a mis pies—¿Cómo se abre esto? —dije tirando con rabia de varios enganches.

—La han bloqueado —afirmó mientras me ayudaba para multiplicar la fuerza.

—No puede ser… —Puse todo mi empeño en conseguir que se me moviera algo.

—Por aquí no podemos salir. —Tiró de mí hacia atrás, agarrándome de los hombros.

—¿Y por dónde lo hacemos? —pregunté preocupada, mirándolo descompuesta.

—Solo hay otra salida, la de emergencia. —Tragó saliva.

—Vamos. —Pasé por su lado después de agacharme y recoger la carpeta.

Me entretuve doblándola y metiéndomela por dentro de la chaqueta, dejándola encajada con el pantalón para tener las manos libres.

—Es complicado. —Me giré hacia él.

—¿Por qué?

—Se accede por la zona que está en llamas y no podemos pasar por ahí —negó con resignación.

—¿Me estás diciendo que la única salida de esta puñetera nave está donde se consume todo? —grité alterada.

—Sí. —Apretó la mandíbula.

—Elliot, tiene que haber alguna otra. Piensa, por Dios —le pedí con ganas de llorar.

—Estoy en ello —respondió nervioso.

Me callé para no ponerlo más, moviendo los pies sin poderme contener. El olor ya llegaba a nosotros intenso y el humo empezaba a cubrir toda la zona. Miré el espacio con ansiedad.

—Sí, hay otra, pero no sé si está todavía activa.

—¿Qué quieres decir?

—Está en desuso, la sustituyó la que construyeron hace bastantes años. Desde ese momento no se le ha hecho mantenimiento y no sé en qué condiciones estará.

—¿De qué se trata?

—De una pasarela estrecha, solo cabe una persona. Se conecta con el edificio de oficinas.

—¿A qué altura está? —Sentí que me mareaba.

—Se accede por el tejado, desde un pequeño patio que hay. Equivale a la cuarta planta del otro edificio.

—No. —Me faltó aire y el humo no colaboró para que pudiera entrarme bien en los pulmones.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué sientes? —Se inclinó hacia mí y lo aparté con manotazos.

En esas situaciones, en los ataques de ansiedad, no podía soportar notar la presencia de alguien cerca, ni mucho menos que me tocaran. Al darse cuenta no volvió a hablar ni a intentar ponerse a mi lado, manteniéndose a unos pasos.

—Everly, estoy imaginando lo que te sucede, pero no tenemos otra opción. Esto ya mismo estará en llamas, aparte de las vigas de hormigón y de acero que son las principales, hay muchas de madera, al igual que los adornos y revestimientos de las paredes que nos rodean. El humo nos va a asfixiar.

Apoyada con las manos en las rodillas, intentando recomponerme, llevé la vista hacia lo que había detallado, cagándome en todo porque tenía mucha razón.

Me incorporé despacio, apretándome el pecho con una mano, masajeándomelo.

—Vayamos hasta allí —susurré.

—Sígueme con cuidado, no te separes.

Empezó a correr yendo hacia el lado opuesto en el que se ya se veían las llamas. Subimos por unas escaleras llegando a la primera planta.

—Tenemos que cruzarla entera. Ten precaución y estate atenta a todo. Iremos pegados a las paredes porque el suelo es inestable, sobre todo en la zona más afectada bajo nuestros pies. No te asustes porque notarás el calor, quemará, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Ven. —Me agarró de una mano llevándome hacia una puerta.

Era un baño pequeño. Cogió la toalla que estaba colgando y la mojó.

—Toma, tápate la nariz y la boca con ella.

—Gracias. ¿Y tú?

—Tiene que haber más por aquí —se agachó abriendo un armario pequeño, encontrándolas.

Una vez fuera, me puse a su espalda y como me pidió, avanzamos. Parecía que estábamos en un horno. Llegando al final, pensando que habíamos pasado lo peor en el interior, no supe presentir ni predecir lo que sucedió.

—Ya casi estamos. —Giró la cabeza hacia mí.

—Sí, por fin —asentí.

—Cuidadooo…

—Ahhh…

De repente sentí que no había nada bajo mis pies, y así fue porque el suelo se venció y cayó parte él, dejándome a mí colgada por un extremo, con Elliot tirado en el suelo al haberse lanzado a sujetarme, agarrándome de las mangas de la chaqueta.

—Elliot —dije mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—No te va a pasar nada, ¡vamos! —Tiró con fuerza de mí y cerré los ojos al sentir un fuerte dolor en una pierna.

—Me estoy quemando las piernas y una duele mucho —balbuceé.

—Aguanta, joder. Ya casi está. —Se impulsó con fuerza hacia atrás y sentí un poco de alivio cuando mi cuerpo se movió.

—Gracias. —Me abracé con fuerza a él cuando estuve a su lado, apartados del agujero

inesperado.

—Everly, tu pierna. —Dirigí la mirada hacia donde la tenía puesta él, haciendo una mueca.

El pantalón se me había rajado y dejaba visible un corte vertical, grande y profundo.

—Me duele mucho. —Me mordí los labios.

—Cómo para que no te duela... Debes habértela hecho con algún hierro en la caída.

—Lo he notado —solté un suspiro.

—Tenemos que salir de aquí. Agárrate a mí —me pidió cuando se levantó, rodeándome con los brazos.

Lo hice, pero sintiéndome mareada por el dolor y la falta de aire, la toalla cayó a la planta inferior. Ayudada por él, soportando casi todo mi peso, llegamos a otras escaleras y subimos por ellas. En cuanto giró una rueda que estaba a la mitad de una puerta de hierro, el fresco de la calle nos dio vida, cogiendo varias bocanadas grandes de aire. Con un ataque de tos me dejé caer al suelo, arrastrando la espalda por la pared, mientras él recorría el patio y miraba hacia abajo.

—¿Está la pasarela? —dije sin fuerzas.

—Sí y se ve bien —confirmó acercándose a mí.

—No creo que pueda hacerlo, Elliot —negué llorando—. Me supera. Sé que, si consigo ponerme sobre ella, no voy a conseguir avanzar, me voy a paralizar. —Me retiré las lágrimas.

—Tenemos que hacerlo por separado, no te puedo ayudar en eso. No sé cuánto peso puede soportar y dado el tiempo que lleva sin ser utilizada. —Me miró preocupado.

—Si me quedo aquí… no hay tanto peligro, ¿no?

—Sí que lo hay, el fuego viene en esta dirección. Todo abrasará.

—No puedo, de verdad. Ve tú al otro edificio y pide ayuda —hablé con la súplica en los ojos.

—No voy a dejarte atrás, primero tienes que pasar la pasarela tú.

—Aunque pudiera soportarlo, ¿cómo me muevo con esta pierna? —La señalé.

—Tendrás que hacerlo como sea, Everly. No hay otra opción porque no te voy a dejar sola, y no tengo intención de que este día sea el último para ninguno de los dos, ¿me oyes? Tardes lo que tardes, vas a pasar al otro lado y después te seguiré yo. Las alarmas se habrán activado al inicio y estoy seguro de que los bomberos no tardarán en llegar, pero el tiempo corre en nuestra contra, por rápido que lo hagan.

—He perdido el móvil en la caída. —Hipé—. No puedo llamar a nadie.

—El mío se ha quedado en la taquilla. —Sacudió la cabeza—. Vamos a tomarnos unos minutos para tranquilizarnos, ¿vale? —Se sentó a mi lado y nos quedamos en silencio.

Capítulo 38



Kayden

—¿Estás recogiendo a las once de la mañana? —dijo Yago extrañado, entrando en mi despacho.

—Tienes buena vista.

—Joder, macho, no hay nada como ser el jefe —comentó con diversión.

—No me toques lo que los dos sabemos… —le advertí mirándolo directamente cuando terminé.

—¿Hay algún motivo para ello? —Se sentó en el filo de la mesa.

—Everly.

—Con razón —asintió serio y al final soltó una carcajada—. Sé que si no es algo de peso no te mueve nadie de aquí. Vas a ir a verla.

—Sí, he comprado el billete a primera hora. El vuelo sale dentro de tres, pero quiero pasar por casa para llevarme algo de ropa.

—Dale recuerdos de mi parte —sonrió—, eso si te acuerdas entre beso y beso, en un mano a mano.

—Se los daré antes de empezar. —Curvé los labios.

—¿Cuándo regresas?

—Será rápido, en dos días. Es el tiempo que he calculado para que recoja todo lo del piso y que se venga definitivamente conmigo, aquí. Ese es otro de los motivos por el que voy, para comunicárselo en persona, aunque el principal sean las ganas que tiran de mí.

—Perfecto, ya estabas tardando.

—He tenido que dejar cerradas varias cosas antes de ponerme con ello, urgían.

—Lo sé de sobra —asintió—. Me alegro mucho por ti, Kayden, por los dos. Por fin estará donde le pertenece y tú podrás estar tranquilo teniéndola cerca.

—¿Te vas a poner melancólico? —Levanté una ceja, divertido.

—¿Contigo? Eso es imposible. —Rio haciéndome sonreír.

Me incorporé abotonándome la americana. Caminé hacia el armario para ponerme el abrigo y cuando regresé a la mesa me guardé el móvil, inclinándome para apagar el ordenador.

—Mantenme informado el tiempo que esté fuera.

—Ya sabes que lo haré —asentí.

—Pero mi obligación es recordártelo. —Rodeé la mesa yendo hacia él.

—Cómo te gusta el papel de jefe, tío. —Rio.

—Me gusta ser yo, lo de jefe es secundario. —Empecé a caminar hacia la puerta, seguido por él.

—¿Sabes algo de Grace? No ha venido hoy y me ha extrañado. Quería preguntártelo, pero como he ido de una reunión a otra…

—Ayer le di el día libre.

—¿Y eso? No me comentó nada.

—Lo necesitaba. —Zanjé el tema porque si ella no había hablado con él, no quería inmiscuirme por medio ni adelantarme.

—Ahora en el despacho la llamaré —asentí.

—Nos vemos a mi vuelta. —Le apreté un hombro.

—Aquí estaré protegiendo el fuerte por ti. —Me hizo un guiño dándome una palmada en la espalda—. Que tengas buen vuelo y mucho mejor reencuentro. Quiero escuchar los gritos desde aquí, estaré asomado a la ventana. —Soltó una carcajada, alejándose.

Negué y seguí mi camino. Una vez montado en el coche me dirigí a casa para preparar las pocas cosas que me iba a llevar. Veinte minutos después estaba otra vez conduciendo dirección al aeropuerto. Desvié la mirada unos segundos hacia la pantalla del coche, viendo el nombre de Álef en ella. Me estaba llamando.

—Dime —respondí.

—Yo no, dime tú que tienes el mediodía libre para mí, y paso a recogerte para ir a comer. —Su voz animada se escuchó por los altavoces.

—Negativo.

—¿En serio? ¿Por qué no te apetece salir o por qué no lo tienes?

—Estoy de camino al aeropuerto, voy a Inverness.

—Menos mal, por fin te has decidido.

—La decisión estaba clara, solo necesitaba encontrar el momento y ya ha llegado. ¿Y tú? ¿También te has decantado por algo?

—Sí —dijo escueto.

—No me lo digas si no te apetece, pero espero que lo hagas con cabeza. —Estábamos refiriéndonos a Grace.

—Tranquilo, he aprendido la lección. Todo saldrá bien.

—Si estuviera solo en tu mano te creería, pero…

—Joder, dando ánimos eres lo más, ¿eh? —resopló.

—Ya tendrías que estar acostumbrado. Reaccionas así porque sabes que estoy en lo cierto y te picas.

—¿Cuándo sale el vuelo? —Me fijé en la hora que era.

—A las dos.

—Son pasadas las once y media, ¿qué te parece si nos encontramos en el aeropuerto y picamos algo allí? Doy por hecho que no te vas por muchos días y no vas a facturar.

—Así es. Por mí perfecto y por ti más, porque tanta insistencia me lleva a pensar que estás cagado, ¿me equivoco?

—Para nada, acabo de limpiarme —respondió serio y soltamos una carcajada.

—Me quedan diez minutos para llegar, nos llamamos.

—Hasta ahora. —Se despidió animado.

Cuando la música volvió a sonar negué varias veces. Y tanto que estaba como había confirmado, pero a lo grande, ya os lo digo. Estaba seguro de que los nervios podían con él. Un poco antes del tiempo que le dije pasé la barrera del aparcamiento donde siempre dejaba el coche. Aparqué en una plaza y salí con la mochila colgada de un hombro, directo al puente que comunicaba con el aeropuerto.

Una vez en él le envié un mensaje a Álef, su respuesta fue que estaba a nada de reunirse

conmigo, que me dirigiera hacia la entrada principal para encontrarnos. Así lo hice con calma, una tranquilidad que había encontrado desde que compré el billete que me llevaría hasta Everly.

Lo tuve claro la noche anterior, dejando apartadas todas las obligaciones. Los mensajes que nos enviamos a partir de la mitad de la conversación me pusieron en órbita y la llamada para finalizar, me remató. Se terminó el tener que saciarme con su recuerdo, se acabó que ella lo hiciera por su cuenta desde la distancia… a partir de ya, no volvería a suceder.

Salí a la calle para esperar a mi primo con un café en la mano, todavía era temprano y quedaba tiempo para que nos sentáramos en algún restaurante para comer algo. Al escuchar un silbido aparté la atención del móvil y miré en la dirección, viéndolo caminar sonriente hacia mí.

—Hola. —Me abrazó y le correspondí.

—Estabas cerca.

—Sí, he terminado de hacer una gestión y ha dado la casualidad de que estaba a pocos minutos de aquí.

—¿Un café para empezar?

—Tienes uno en la mano.

—Está a punto de desaparecer. —Me lo bebí casi de un trago provocando que riera.

Entramos dentro y nos dirigimos hacia una cafetería, ocupando una mesa. Como ya he dicho estaba nervioso, así se mostró delante de mí y lo expresó con palabras, desahogándose y necesitando escuchar mi punto de vista en todo lo que fue diciéndome sobre el tema de Grace.

El tiempo pasó y una hora y media antes de tener que ir hacia el control de seguridad cambiamos de lugar y nos sentamos en un restaurante, pidiendo varios platos para compartir. El servicio fue rápido, al igual que nosotros en devorarlo todo.

—Que tengas buen vuelo. —Me deseó con otro abrazo, esa vez de despedida.

—Gracias. ¿Cuándo lo vas a hacer?

—Mañana —soltó un suspiro.

—Ánimo y no dudes, estás haciendo lo correcto. —Le apreté un hombro.

—Lo sé.

Una última despedida y él se dirigió hacia la salida y yo hacia el control. Pasé por él rápido y esperé sentado cerca a que abrieran el embarque. Montado en el avión después de desconectar el móvil, recosté la cabeza y cerré los ojos, sintiendo la anticipación del reencuentro recorrerme.

Eran las cinco y media cuando el avión tocó la pista de aterrizaje, de eso a conectar el móvil pasaron pocos minutos. Nada más hacerlo me saltó una llamada de Everly de hacía rato, y otras cuatro de Cameron. El primer número que marqué mientras salía del avión y accedía a la pasarela fue el de ella, pero no dio señal. Lo dejé de lado por el momento, sabiendo que en cuanto viera mi llamada me la devolvería.

Esperé a salir del barullo de gente para probar suerte con Cameron. Él sí que descolgó al primer tono.

—Hol…

—¡Kayden! —El tono de voz con el que habló me hizo pararme de golpe, una vez salí a la calle.

—¿Qué sucede?

—Es increíble, no salgo del asombro.

—¿Quieres hablar claro? —Fruncí el gesto volviendo a moverme.

—La fábrica se ha incendiado, está en llamas.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Apreté la mandíbula, frenando mis pasos otra vez.

—No sé cómo ha sucedido —habló alterado—. Hoy no he estado en todo el día en la empresa, haciendo los recados que me pediste. Sophie me ha llamado para informarme cuando las alarmas han saltado.

—¿Está todo en marcha?

—Sí, han avisado rápido al servicio de emergencia. Los bomberos llevan un rato intentando apagar el fuego, pero está muy vivo y no se ve ningún avance. —Me pasé una mano por el pelo, repitiendo el movimiento, temiendo…

—¿Les ha dado tiempo a salir a todos?

—No había nadie dentro, eso es otra de las cosas sorprendentes. —Dejé la mano suspendida en el aire mientras interiorizaba lo que acababa de oír.

—¿Cómo puede ser eso Cameron? ¿Dónde estaban los trabajadores que tenían que estar en sus puestos? Y no lo digo porque estuvieran fuera, en esta ocasión doy gracias por ello, pero ¿has hecho un recuento? ¿Te has asegurado de que todos se han presentado ante ti como manda el protocolo?

—Por lo que me han comentado cuando hacía el recuento, y han coincidido, se ha debido a que han recibido una llamada pidiéndoles que salieran. No han sabido diferenciar la voz, pero les han dicho que la orden venía de ti. No lo han dudado y se han largado, quedándose por los alrededores. Y referente a tu última pregunta, solo me queda un trabajador por confirmar. —Bajó

el tono de voz.

—¿Quién? —Contuve el aire.

—Elliot.

Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza, maldiciendo en alto.

—¿Has intentado llamarlo?

—Sí, y nada.

—Joder. —Me froté la cara.

Empecé a caminar rápido hacia un taxi, con la necesidad de llegar cuanto antes. Agradecí estar en la ciudad, cerca de la empresa porque en menos de quince minutos llegaría.

—¿Vas a venir?

—Estoy aquí, te he llamado nada más aterrizar. Por eso tenía el teléfono inactivo.

—Joder, menos mal —soltó un suspiro.

—Ahora hablamos.

—Kayden…

—¿Qué? —Volví a acercarme el móvil porque ya me lo había apartado de la oreja.

—Hay otra cosa…

—Habla.

—Es Everly.

—¿Qué mierda dices? —Me alteré.

—No la encuentro por ningún lado, tío. Después de dirigir todo el caos que me he encontrado al llegar, he ido a buscarla. No estaba en su despacho.

—¿A qué hora ha sido? Puede que se hubiera ido ya.

—No. El ordenador estaba encendido y su bolso en el armario. Solo faltaba la chaqueta.

—La chaqueta… Elliot… —Los pensamientos empezaron a danzar con rapidez en mi cabeza.

Apoyé una mano en el capó del taxi al que había llegado, pidiéndole con un gesto al taxista que me diera un momento. Después de asentir se montó a la espera de que yo hiciera lo mismo.

—Antes de llamarte a ti he marcado su número porque también me ha saltado un aviso suyo, pero no ha dado señal.

—Su móvil tampoco estaba en el despacho. Yo lo he intentado un montón de veces con tu mismo resultado.

—¿Qué cojones está pasando Cameron? No puedo pensar con claridad ahora mismo porque como me deje llevar por lo que estoy intuyendo…

—No tiene sentido porque yo pienso igual. Everly nunca ha ido por su cuenta a la fábrica, solo en casos puntuales y excepcionales.

—¿En qué condiciones está la nave? —Cerré los ojos con fuerza, sintiendo que la rabia me consumía.

—Para derribarla si es que no se cae por ella misma.

—Me cago… —solté con rabia.

—Vamos a pensar que…

Se quedó callado de golpe, pero escuché perfectamente el motivo por el que fue. La voz de Brodie llegó alta y clara a mí, al hablar nervioso y alterado, llamando a Cameron. Lo que oí abrió un agujero bajo mis pies.

«Cameron, han visto a Everly y a Elliot en el tejado del edificio de la fábrica. Ella está bloqueada y él está intentando convencerla para que cruce la pasarela antigua, la que ya no se usa desde que se instaló el nuevo sistema de evacuación que está en el lado opuesto. He tenido que ir a comprobarlo por mí mismo porque no me lo podía creer».

Fue lo último que escuché, abrí la puerta del coche con rabia y me monté, diciéndole al taxista la dirección a la que tenía que llevarme y pidiéndole que lo hiciera lo más rápido posible, que era muy urgente. Solo por cómo le hablé y al ver mi estado, lo hubiera dado por hecho sin necesidad de pedírselo. Agradecí que me hiciera caso porque los «menos de quince minutos» que he comentado antes, se redujeron a siete, ganando a mi favor.

Le di un billete de un importe que superaba bastante la cantidad a pagar, dejándolo desconcertado, pero a la carrera le dije que por las molestias. No estaba para pararme con nada. Todo lo que rodeaba la fábrica era un caos, incluyendo el edificio de oficinas porque lo habían evacuado por seguridad.

Los trabajadores se agolpaban en el exterior, con caras de preocupación y desolación. Intenté localizar a Cameron, pero no lo encontré.

—Kayden. —Me giré hacia Sophie. Tenía la cara cubierta de lágrimas.

—¿Estás bien?

—Sí y no —sonrió triste. Asentí serio, entiendo el motivo.

—¿Sabes dónde está Cameron?

—Ha subido con Brodie junto a varios bomberos, son los únicos que están en el edificio.

—¿Por qué los han dejado entrar? —Apreté la mandíbula.

—Por Everly, para que se sintiera segura. Están intentado que cruce la pasarela con ayuda de ellos dos —tragó saliva dándome la misma información—, pero a parte de su problema, tiene una pierna herida.

La vista se me nubló y salí corriendo hacia el interior después de darle mi mochila. Tuve que pararme cuando un policía me cortó el paso, pero terminó por acceder a dejarme entrar cuando le expliqué el motivo, al insistirle que podía ayudarla. Me acompañó por seguridad, corriendo hasta la cuarta planta que era la que se comunicaba con la pasarela en la que estaban Everly y Elliot.

Caminamos hacia el lateral en el que se encontraba el saliente habilitado a pie de la pasarela para la evacuación en caso de emergencia. A él se accedía por una puerta que siempre estaba cerrada porque el sistema varió hacía bastantes años. En ese instante estaba abierta de par en par y mi tensión se incrementó al llegar a mis oídos las voces de Brodie y de Cameron, dirigiéndose a Elliot y a Everly.

Sin hacerme notar analicé cómo estaba la situación, escuchando de fondo la voz del agente que me había acompañado. Informó del motivo por el que estábamos allí a los cuatro bomberos que había. Di varios pasos hacia delante. Los gritos de Everly se me clavaron como dagas, percibiendo y transmitiéndome el pánico que sentía.

Estaba agarrada al poyete de la terraza, negándose a apartar las manos de él, con la cara pegada a la pared porque los pies los tenía apoyados en la pasarela. Todo un logro el haber conseguido llegar hasta allí con la ayuda de Elliot porque por ella misma no lo hubiera conseguido.

—Everly —grité con fuerza.

De esa manera me hice presente para todos. Brodie me miró con los ojos brillantes, nervioso. Cameron me apretó un hombro no mucho mejor que él. Los dos dieron un paso hacia atrás.

—¿Kayden?

—Soy yo —dije lo obvio, pero como sabía al estado al que la llevaba el pánico, necesité asegurarme de que lo entendía.

—Kayden —repitió, llorando.

Asentí hacia Elliot que tenía las manos encima de las de ella, sin saber qué más hacer para ayudarla y miré hacia abajo. Varios del equipo de emergencias miraban hacia nosotros, a la espera de actuar si era necesario. Habían colocado una gran colchoneta de aire, al menos eso me

tranquilizó porque si se caía…

—Voy a ir —dije decidido.

Me quité el abrigo y la americana rápido, lo que pasó a las manos de Cameron. No escuché las voces de los demás, desde quejas, a preocupación, a imposiciones… poco me importó mientras me remangaba la camisa para estar más cómodo en los movimientos y me desabrochaba los primeros botones del cuello.

Capítulo 39



—Soy experto en paracaidismo, sé cómo caer si es que sucede. —Me giré hacia los bomberos y el agente porque todavía no habían dado el visto bueno—. Voy a hacerlo, si no, no lo conseguirá y el fuego ya es visible arriba, el estado de la pasarela puede deteriorarse rápido. Vuestros compañeros no pueden controlarlo por la agresividad que tiene. —La voz me salió ronca, pero con determinación porque no me lo iban a impedir—. Asumo toda la responsabilidad a partir de ahora.

El silencio nos rodeó durante unos minutos, los que se me hicieron interminables por la urgencia que tenía.

—¿Está seguro de que aguantará el peso? —Se dirigió a mí el agente, mirando hacia la pasarela.

—Sí —dije convencido—. A pesar de que hace mucho tiempo que no se usa, la estructura se ve estable y sin desperfectos, más allá de la pintura.

Hablaron entre ellos y volví a llevar mi atención hacia el otro lado. Elliot gritó y avancé hacia delante viendo en tensión, cómo el cuerpo de Everly se tambaleaba.

—Vamos a ir uno de nosotros. —Me giré con el gesto fruncido hacia el bombero que habló.

—No, yo sé cómo calmarla y es un peligro que se ponga más alterada si se acerca un desconocido, no solo para ella. Ahora mismo no entra en razón ni lo hará en el estado en el que está —dejé claro.

—Tiene razón —intervino un compañero suyo.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

Como si me lo hubiera dicho gritando, lo único que necesitaba era tener el camino libre, con sus aprobaciones o sin ellas. Sin perder más tiempo subí los dos escalones que había y puse un pie en la pasarela, comprobando la estabilidad que tenía. Pensando en ella me cagué en todo al notar el balanceo, como bien recordaba de los años que estuvo activa.

Me agarré a los soportes de los lados para evitar que se moviera mucho y avancé. Cuando llegué

a la mitad empecé a hablar, para que supiera que iba a llegar a su espalda, para que no la pillara desprevenida.

—No sé cómo lo haces Everly.

—Kayden… —pronunció mi nombre con voz trémula.

—Estoy yendo a por ti.

—¡¡Nooo…!!

—Y tanto que sí. Lo que yo decía, ¿me has escuchado antes? Cuando he dicho que no sé cómo lo haces…

—Sí. ¿Qué significa?

—Que siempre acabo persiguiéndote, yendo a por ti a los lugares más raros y en las circunstancias más desconcertantes.

—Vienes porque quieres.

—También es verdad, pero motivado por tu actitud.

—No puedo soltarme. —Lloró.

—Ahora mismo no quiero que lo hagas, hasta que llegue a ti.

—No, no…

—Escúchame, vamos a salir de aquí porque creo que ya va siendo hora de que pises la tierra firme que tanto te gusta, ¿no? Si estoy equivocado puedo darme media vuelta.

—No te vayas. —Tembló.

—No lo voy a hacer —susurré en su oído, se puso rígida—. Nunca, ¿me oyes? Ya estoy aquí. —Pasé un brazo por su cintura, soportando su peso y levanté la cabeza hacia Elliot.

Asintió emocionado y apartó las manos de las de Everly, dejándome hacer a mí, quedándose cerca porque no podía ir a ningún otro lugar. El calor que emanaba el edificio era demasiado.

—Escúchame.

—No me sueltes, por favor.

—¿Confías en mí? —Me apreté a su cuerpo, para que me sintiera bien y se centrara.

—Sí —susurró.

—Voy a ayudarte a soltar las manos, ¿de acuerdo? Vamos a ir despacio, primero una y después la otra. No hay prisa. No te vas a caer, estoy agarrándote y bloqueándote con la pared. Una vez que tengas las manos libres quiero que te gires despacio, muy lentamente, quedándote de cara a mí. ¿Me has entendido? ¿Me vas a dar el abrazo que necesito?

—Sí —susurró llorando.

Tomándome el tiempo necesario para no alterarla más, llevé a cabo todos los pasos que le dije. Cuando sus manos se soltaron las apoyó en la pared, como tenía la frente.

—Ya está, queda un poco más y se terminó.

—No he hecho nada todavía —murmuró.

—Has hecho más de lo que crees, el primer paso es el más importante. No quiero que mires hacia abajo, está prohibido, ¿vale? —asintió— Gírate ahora, yo no me voy a mover y estoy esperando mi abrazo.

Cogió varias veces aire, buscando el valor para hacerlo. Orgulloso vi cómo lo consiguió con mucho esfuerzo. Cuando nuestros ojos se buscaron nos abrazamos con fuerza.

—Ya está —susurré en su oído—. Esto solo es un anticipo.

—¿Para qué? —dijo sobre mi pecho.

—Es una preparación para cuando te tires conmigo en paracaídas.

—Sigue soñando —dijo con un jadeo.

—Me encanta soñar y más si es contigo. —Le di un beso en la cabeza. Alargué el momento para que se relajara en mis brazos y levanté la mirada—. Elliot, baja y cruza la pasarela —le pedí—. No dudes, donde estamos cabes de pie junto a nosotros. Quiero que te pongas a salvo ya, va.

—Vale —asintió.

Se puso en movimiento, sentándose en el poyete y dejándose caer con cuidado. Everly apretó los brazos en mi cuerpo al notar el pequeño balanceo que provocó y eso que en los extremos casi no se apreciaba porque lo que era en el centro…

—Ve. —Me dirigí a él otra vez.

—Gracias —asentí y con la cabeza girada observé cómo avanzaba sin dificultad, hasta que llegó al otro lado y Brodie lo abrazo, mientras Cameron le frotaba la espalda.

Me centré en Everly, su tensión no había bajado, pero al menos ya respiraba con normalidad. Con una mano le moví la cabeza para que me mirara.

—Te he echado mucho de menos. —Le acaricié una mejilla, retirándole las lágrimas.

—Yo también.

—Ahora vamos al siguiente paso, ¿vale? —asintió no muy convencida— Te voy a coger en brazos, pero cuando empiece a cruzar la pasarela tendrás que ser tú la que soportes tu peso y te aferres a mí con las piernas y los brazos. Yo necesito los míos para sujetarnos, para que se mueva lo menos posible.

No la dejé que respondiera, mi intención solo había sido avisarla. Antes de que pudiera decir algo la agarré del trasero y la subí. Soltó un jadeo ahogado cruzando rápido las piernas en mi cadera, con un lamento de dolor, y los brazos rodearon el cuello.

—Así, perfecto. —Le froté la espalda—. ¿Qué te has hecho?

—Un corte en la pierna, me duele mucho. —Escondió la cabeza en mi cuello.

—En nada estaremos en el hospital. Agárrate fuerte y sientas lo que sientas, no te separes de mí ni te muevas.

Me giré para ir de frente y empecé a cruzar con el máximo cuidado que pude. Los que estaban abajo nos siguieron atentos, los que se mantenían a nuestro nivel, nos observaban con atención, en silencio. A la mitad del recorrido su presión entorno a mí aumentó, conteniendo la respiración.

—Fin del trayecto, preciosa —la avisé cuando llegué al primer escalón.

Le costó unos minutos poder hacerlo, pero despacio se separó de mí, indecisa, hasta que se dio cuenta por ella misma de que estábamos en el otro lado. Buscó mi mirada, emocionada, y la besé con urgencia y necesidad.

—Lo has hecho muy bien. —Le di un beso en la punta de la nariz.

—Lo has hecho todo tú. —Me acarició la cara.

—Te equivocas. Somos un equipo y para que funcione tiene que ir en las dos direcciones. Si uno falla, los esfuerzos del otro no sirven de nada.

Nuestros amigos se unieron a nosotros, abrazándonos.

—Tenemos que salir de aquí, hasta que no controlen el fuego no es seguro permanecer en el interior del edificio —habló un bombero.

Todos aceptamos sin hacer ningún comentario al respecto y entramos para bajar lo más rápido posible. En ningún momento me separé de Everly, necesitando sentirla lo más cerca posible de mí, notando su respiración calmada.

En la calle me dirigí directamente hacia la ambulancia que esperaba para atender a quién lo necesitara. Nada más vernos llegar bajaron la camilla y en ella la senté. En ese instante pude fijarme en la herida de su pierna, apretando la mandíbula por la imagen que daba.

Me aparté cuando los sanitarios me lo pidieron, para hacer su trabajo, pero no me alejé. Mantuve la vista fija en la de Everly cuando la tumbaron y tragó saliva, con una mueca de dolor ante la comprobación que le hacían.

—Todo va a ir bien —susurré haciéndole un guiño.

—¿Hay algún herido más? —me preguntó uno de ellos.

—No.

—Pues nos vamos, la llevamos al Hospital Emerith. Puede acompañarla si quiere.

—Gracias.

—Kayden… —me llamó Everly.

—¿Sí? —Me puse a su lado, acariciándole el pelo.

—Elliot te lo explicará porque la encontró él. —Fruncí el gesto—. El motivo que me llevó a la nave fue una llamada suya y esto. —Se subió la chaqueta y dejó a la vista una carpeta doblada, la que sacó y extendió delante de mí—. Habla con él, ahí tienes las respuestas que estabas buscando.

—Luego, hay tiempo.

—Quizás no, el responsable que ha provocado esto ha dejado su firma en el documento que hay dentro y si es listo, huirá. Va con mucha ventaja.

Apreté la carpeta con una mano, estrujándola.

—Sophie —grité su nombre.

A los pocos segundos se puso a nuestro lado porque había estado observándonos, desde que habíamos salido y se había quedado junto a Brodie y Cameron.

—¿Puedes acompañar a Everly en la ambulancia?

—Por supuesto —asintió agarrándola de una mano.

Me incliné hacia su cara, recorriendo sus facciones despacio.

—En cuanto termine iré al hospital.

—Te estaré esperando —susurró.

Le di un beso rápido y me separé para que los profesionales subieran la camilla. Me despedí de Sophie, agradeciéndoselo. Cuando la ambulancia empezó a circular cogí aire y abrí la carpeta, echando un vistazo rápido a la información que había en el interior. Cuando llegué a la última página la firma al lado de la mía adelantó la búsqueda que llevaba haciendo desde que supe lo que sucedía.

Durante todo este tiempo había estado rastreando cuentas, en las que hubieran ido a parar el dinero que habían robado. Pero no la había finalizado porque no habían dejado ningún rastro, complicándolo.

—¿Sabéis dónde está? ¿Cuándo lo visteis por última vez? —Me dirigí hacia Cameron, Brodie y Elliot que se pusieron a mis lados.

—No sé de qué va —comentó Brodie.

—Ahora te pondremos al tanto —le respondió Cameron y se centró en mí—. Ya sabes que hoy no he estado aquí.

—Yo lo vi sobre las doce, cuando salí a la calle para que me diera un poco el aire, en el tiempo de descanso —habló Elliot.

Antes de hacer la llamada a la policía intenté una cosa.

—¿Diga?

—Iona, soy Kayden.

—Oh, Kayden, ¡cuánto tiempo!

—Sí, verás, necesito saber si tu hermano está contigo. Tengo que localizarlo, me es urgente.

—Ha salido de viaje hacia Edimburgo y de allí iba hacia otro lugar, ahora no me acuerdo cuál me ha dicho. Soy muy despistada con los nombres. Pensaba que lo sabías. No hace mucho que se ha ido hacia el aeropuerto. Puedo intentar ponerme en contacto con él si…

—No hace falta, te lo agradezco mucho. Ya está, ha sido escucharte y recordarlo, perdona Iona.

—No te preocupes, por favor. Me ha gustado saber de ti.

—Igualmente, que vaya bien. —Colgué después de que me respondiera.

✣ ✣ ✣

—¿Vas a algún lado, Rory? —hablé con voz fría y cortante, girándome despacio para que me viera bien.

—Kayden…

—La misma sorpresa me he llevado yo contigo. Es impresionante lo bien que has creado tu papel para pasar desapercibido e ir amoldando ciertas cosas a tu beneficio.

—No sé a qué te refieres. He venido aquí para recoger a una amiga de Iona.

—No creo que pueda pasar por alto que he visto cómo has facturado una maleta y teniendo en cuenta que hace apenas diez minutos que he hablado con tu hermana, Iona, y me ha contado rápido dónde estabas y para qué, tirando por tierra lo que acabas de decir… ¿qué me dices Rory? ¿Me vas a tratar como si fuera tonto?

Dio un paso hacia atrás, pero se paró mirando hacia los lados. Brodie y Cameron se colocaron para cerrarle el paso. El remate final lo puso Elliot, el que caminó desde la izquierda hasta ponerse junto a mí. En la mano llevaba la carpeta que Rory había manipulado, me la dio bajo la atenta mirada de él.

—¿Imaginas lo que contiene esta carpeta? Claro que sí, como varias más en las que has metido tus sucias manos —dije con voz cortante—. ¿Sabes lo que ha sucedido en la empresa? —negó— Déjame ser el portador de las noticias. —Me adelanté caminando hacia él—. Resulta que la fábrica se ha incendiado.

—No lo sabía, hace bastante que me fui.

—¿Estás seguro? ¿Tampoco tienes ni idea de que había dos personas dentro? ¿Solo dos? Me pregunto si habrá sido intencionado o no. —Me froté la barbilla—. Dime Rory, confírmame lo que ya sé.

—No tengo ni idea —negó varias veces.

—Entonces no te importará que te pida la ropa que llevas y que la mande a analizar, ¿no? Si no se encuentra ningún residuo del producto que provocó el incendio, tendré que pedirte disculpas, pero si solo una gota te salpicó…

Se giró corriendo, queriendo alejarse de allí, pero no llegó muy lejos porque dos policías le cortaron el paso y lo lanzaron al suelo. Los había llamado en el camino hacia el aeropuerto. Me acerqué a ellos, parándome al lado.

—Vas a devolver hasta el último céntimo que has robado y da gracias a que nadie ha muerto con tus sucios juegos. Todo vuestro —dije con asco.

Calan, uno de los agentes, me hizo un guiño como despedida. Lo conocía muy bien, trabajó durante muchos años para mí, de seguridad en Glasgow, hasta que encontró el amor en Inverness y se trasladó, despidiéndose porque decidió que quería apostar por su sueño, el de entrar en la policía.

✣ ✣ ✣

Sentado en la sala de espera del hospital, con los codos apoyados en las piernas y la cabeza en las

manos, esperaba impaciente a que alguien saliera para decirnos algo de Everly.

—Toma. —Giré para mirar el vaso que Cameron me estaba ofreciendo.

Sin muchas ganas lo cogí, sentándome recto.

—¿Qué es esto? —dije con una mueca de asco al darle un sorbo— Pensaba que era café.

—¿Café? ¿Con lo nervioso que estás? Claro hombre —negó como si hubiera dicho una barbaridad—. Es un té, el único que había para elegir en la máquina del pasillo.

—Esto es todo menos té. —Dejé el vaso en el suelo porque estaba imbebible.

—Anda trae, eres un exagerado. —Me agaché y se lo puse en la mano. A ver si tenía narices para referirse a mí de esa manera una vez que…—. Joder, ¡qué angustia! —Sacó la lengua al tragar un sorbo.

—¿Qué has dicho antes?

—Déjalo. —Bufó levantándose, para deshacerse del vaso. Divertido lo vi salir de la sala.

Escuché el sonido de varios mensajes e imaginé que serían de Yago y de Grace, los había llamado en cuanto llegué al hospital y estaban esperando a tener noticias de Everly. No lo comprobé porque escuché que decían el nombre de Everly y me levanté rápido, yendo hacia la mujer que habló.

—Buenas noches, soy la doctora Emily. —Se presentó e hice lo propio hacia ella—. Hemos tenido que darle bastantes puntos por la profundidad que tenía la herida, pero fuera de eso, está perfecta. Bastante agotada, por ello se ha quedado dormida y también por los calmantes que le hemos suministrado. Lo han acelerado, pero dentro de unas horas podrá irse si quiere. Tendrá que hacer reposo absoluto mínimo durante cuatro días, pero si es hasta completar una semana entera, mejor. Después podrá empezar a moverse con cuidado.

—De acuerdo. Muchas gracias.

—¿Quiere verla?

—Por supuesto.

—Sígame. —Con una sonrisa empezó a caminar.

Nos encontramos con Cameron y me hizo un gesto con la cabeza indicándome que me esperaba en la sala. Cuando la doctora me dejó frente a una puerta cerrada, la abrí despacio, viendo a Everly todavía dormida. Me acerqué a la cama y me senté en un taburete que había en un lateral.

—Preciosa —susurré acariciándole la mano.

Después de apretar varias veces los párpados, los abrió parpadeando rápido, hasta que enfocó la vista girando la cabeza hacia mí.

—Kayden… —sonrió.

—¿Cómo estás? —Me incliné para besarle la frente.

—Bien, con sueño y cansada, pero ahora mismo no noto dolor.

—Me alegro.

—Tengo muchas ganas de que termine el día.

—Ya no le queda nada, en cuanto lleguemos al piso te llevaré a la cama y cenarás allí, para que te muevas lo menos posible. Tienes que hacer reposo absoluto durante una semana.

—¡Qué bien! —Hizo una mueca.

—No es nada para lo que ha podido suceder, Everly.

—Lo sé —soltó un suspiro—. También se te ve cansado. ¿Cómo es que estás aquí? ¿En Inverness? Cuando he escuchado tu voz pensaba que estaba perdiendo la cabeza por el pánico.

—Lo estoy, no eres la única que ha pasado muchos nervios. En más de una ocasión he sobrepasado mis límites, pero no he podido aflojar en ningún momento. —Le acaricié la mejilla.

»Venía a darte una sorpresa, la conversación y el juego de anoche provocaron que no pudiera esperar más. Sorpresa por mi presencia y porque quería decirte en persona que te queda en Inverness el tiempo justo para que recojas todas tus pertenencias del piso. Te vienes a Glasgow conmigo.

—¿En serio? —Se le iluminó la mirada.

—¿Desde cuándo digo algo sin ser verdad? —Levanté una ceja, sonrió.

—Voy a echar de menos este lugar, sobre todo a las amistades, pero estoy deseando ocupar mi verdadero puesto.

—Tu verdadero puesto es a mi lado, sea cual sea. —Le rocé los labios con los míos, dándole un beso rápido—. Yago vendrá mañana. Hará el viaje en coche para cargarlo con tus cosas y para que vayas lo más cómoda posible. Yo esta vez he venido en avión.

—¿Ha pasado algo con la carpeta que te he dado? —Quiso saber intranquila.

Con calma le expliqué al detalle todo, desde el principio, lo que me había negado a hacer hasta ese instante por su seguridad, necesitando llegar al final, al arresto de quién fuera. El afortunado había sido Rory, como ya sabía, en el aeropuerto.

—Siempre he evitado sus invitaciones para tomar un café, porque era uno de los cinco nombres que me dijiste y aparte, porque me hacía dudar de cómo era en realidad.

»Al principio me pareció altivo, pero las siguientes veces que me encontré con él bajó la intensidad queriendo mostrarse más cercano. Supongo que, que lo enfrentara un día porque no me gustó su actitud, tuvo algo que ver.

»Aun así, si me hubieras preguntado que dijera un nombre, habría apostado decantándome por Archie.

—¿Por qué? —Fruncí el gesto y me comentó lo que sucedió por la mañana —. Entiendo —asentí —. Me ha llamado hace un rato.

—¿Qué quería?

—Preocuparse por ti, por lo visto es lo que lleva haciendo desde que entraste a trabajar, de ahí su insistencia hoy en que fueras a verlo. Quería advertirte porque estaba siguiendo los movimientos de Rory y lo había visto acercarse a ti.

»Al notar algo raro en su actitud, empezó a controlar todo en lo que Rory ponía interés. Cuando yo me presenté para la reunión urgente, después de comentar de qué se trataba, él tuvo claro que Rory estaba implicado de alguna manera, pero quería asegurarse antes de señalarlo. Por eso viste muchos enlaces en los que aparecía el nombre de Archie.

—Vaya —dijo sorprendida—. Elegiste mal, para detective no sirvo. —Apretó los labios.

—Yo te voy a decir para qué sirves, punto por punto porque son muchos. —Me levanté para besarla, una unión que alargué todo lo que pude y creí conveniente para ella.

Epílogo



Seis años más tarde…

Everly

—¿Preparada?

Cada vez que escuchaba esa palabra me entraba repelús. Había hablado Kayden y para que entendáis mi reacción, os pongo en situación. Estaba abrazada a él, con fuerza y aunque suena bien y parece idílico y perfecto, para mí era un martirio cada vez que acabábamos en el mismo lugar.

Nuestros pies tocaban una tarima, no muy grande, la que estaba elevada del suelo a unos tres pisos de altura. Aún no estaba preparada para más y todavía me costaba horrores controlar los nervios, pero era todo un mérito mantenerme en ella y lo que iba a suceder, algo que habíamos conseguido con el tiempo, con mucho trabajo y esfuerzo, lo último por mi parte.

Durante todos estos años, Kayden se había esforzado para trabajar mi miedo, para aniquilarlo paso a paso. Por suerte no volvió a pedirme directamente que me lanzara con él en paracaídas, más que nada, porque peligraba más su vida que la mía si se atrevía. En cambio, adónde me arrastraba varias veces al mes, era a un simulador de saltos. Su objetivo era que cogiera la confianza necesaria y que llegara un día en el que todas mis emociones negativas se convirtieran en adrenalina para disfrutar del momento.

A eso sí que acepté, haciendo un parón de bastantes meses cuando supimos que íbamos a ser padres, por motivos obvios. Como digo acepté, pero al principio a regañadientes todo hay que decirlo. No fue fácil, pero terminé subida a la tarima, en el nivel inferior. Era adaptable y podías variar la altura a tus necesidades. El primer día la distancia no superaba el metro y medio, en esa ocasión no me supuso mucho esfuerzo y fueron muchos los saltos, divertidos, que me llevaron a tirarme sobre el acolchado que esperaba en el suelo para la caída.

Pero todo cambió conforme fuimos avanzando, subiendo de nivel progresivamente, con él junto a mí porque mi perspectiva cambió y ya no lo veía tan buena idea. En el presente, sobre esa misma tarima a tres pisos de altura como he dicho antes, llevábamos unos cinco minutos, con la

paciencia de Kayden rebosando.

—Nena. —Carraspeó—. ¿Qué haces?

—Me has dicho que me pegue a ti.

—Ya, pero pegando la espalda a mi pecho, no abrazándome como si fueras un koala. Así no podemos saltar, la finalidad es que caigas al vacío de frente.

—Esa es la tuya, la mía es sobrevivir a toda costa. —Solté una risilla.

—Gírate —me pidió con un tono de voz exigente, como solía salirle a menudo y a mí me ponía cardiaca.

En según qué situaciones el significado de cardiaca variaba, claro, llevándolo desde activar mis nervios poniéndolos por las nubes, hasta la excitación. Al ver que no hacía caso a su petición me apretó del trasero, manoseándolo.

—Mmm… si haces eso provocas lo contrario a lo que quieres.

—Tengo la solución muy al alcance, no me tientes. Solo tengo que empujarte para que bajes, pero no es lo que quiero para no retroceder en todo lo que hemos conseguido. Y lo que estoy provocando, sabes que le pondré solución en cuanto pueda. Everly… —me advirtió cuando sintió el calor de mi mano sobre su miembro.

—Él quiere hacer cosas más divertidas que estas —dije centrada solo esa parte de su cuerpo, manoseándolo—. Valeee… —Me alteré cuando se separó con la intención de tirarme hacia abajo.

Resoplando me coloqué como debía, pegando la espalda a su pecho. Solté un suspiro cuando pasó un brazo por mi cintura, dando pasos cortos hacia el filo de la tarima. Mi respiración empezó a alterarse al instante.

—Mira al frente, como siempre, y cuando notes el vacío cierra los ojos. Estoy contigo.

Tuve poco tiempo para hacerlo todo, cuando nos llevó a los dos a caer. Grité con todas mis fuerzas, adrenalina no sé si sentiría alguna vez, pero que algún día me desgarraría la garganta, ya os digo que sí. Caímos en la colchoneta y nuestros cuerpos empezaron a rebotar. Esa parte sí que me gustaba porque parecía una cama elástica, por lo que me entró la risa hasta que el movimiento frenó.

—Ven aquí. —Me acercó a él buscando con sus labios los míos, los que gustosa besé como recompensa a otro logro más—. Felicidades.

—Soy una campeona y esta campeona… ahora quiere el premio gordo.

—¿Aquí o en casa? —Curvó los labios.

—Aquí y en casa. —Me mordí el labio inferior.

Salí corriendo, bueno primero arrastrándome y deslizándome por la colchoneta, pero una vez que mis pies tocaron el suelo, riendo, me alejé de él porque empezó a perseguirme. Siempre hay una motivación, y la mía, para todos los esfuerzos que hacía, era la recompensaba que me llevaba durante un día completo, teniendo cada parte del cuerpo de Kayden sobre mí.

Más de una vez le había preguntado seria, si tanto empeño y entusiasmo por conseguir bloquear mis miedos no era debido al final que le dábamos a las sesiones, con horas de sexo interminables. Que conste que me encantaba, lo deseaba y lo disfrutaba al máximo, pero ante él mostraba otra cara al preguntárselo. Su reacción siempre era la misma, soltaba una carcajada, diciéndome bien claro que para eso no necesitaba nada más que proponérselo.

Como habéis podido comprobar nuestra relación iba perfectamente, tanto en el entorno laboral como en el personal. Estábamos muchas horas juntos, lo que nos llevaba a pasar por muchos estados de ánimo, pero todos merecían la pena y cada noche buscando el sueño entre sus brazos, daba gracias por ello.

Yo seguía a su lado en Blue Sky Company, trabajando de cerca. La primera vez que llegué a la oficina para incorporarme, junto a Kayden, todos, sin excepción, me recibieron con los brazos abiertos. Durante los primeros días Rhona, la chica que cometió el error que desencadenó mi entrevista fallida, estuvo persiguiéndome con disculpas. Hasta que tuve que pararla, diciéndole unas palabras que provocaron que no volviera a intentarlo, dejándola satisfecha. Fueron las siguientes:

—Gracias a ti soy muy feliz, Rhona. Te estoy inmensamente agradecida. Si las cosas no se hubieran dado como sucedieron, quizás hoy no estaría aquí. El malentendido por el que te disculpas dio paso a que Kayden me buscara, a que hiciera todo lo posible para subsanar el error. No quiero que sigas sintiéndote mal porque me diste el mejor regalo de todos, el amor. —Le hice un guiño.

Referente a Kayden, seguía tomándose su trabajo tan en serio como siempre, siendo correcto, formal y exigente como era habitual, dirigiendo las cinco empresas que conformaban el grupo, añadiendo la sexta que hacía de base principal, en la que estaba nuestra rutina diaria. Sobre Safe Dreams Company, la primera empresa en la que empecé a trabajar, era con la que teníamos más contacto directo debido a lo que nos unía a ella, a las personas que queríamos.

Reponer el daño que causó Rory no afectó demasiado a los fondos de la empresa gracias al seguro, por suerte. Al final tuvieron que echar abajo la nave, lo poco que quedó de ella estaba en muy malas condiciones y durante el tiempo que duró la construcción de una nueva, el trabajo se centralizó en una provisional que Kayden se encargó de adecuar para que el trabajo no se viera afectado. Durante las primeras dos semanas les dio vacaciones a todos los empleados que habían perdido su puesto de trabajo provisionalmente, el tiempo suficiente para poner todo a punto para que volvieran a incorporarse y a la normalidad.

Mis padres viajaron hacia Glasgow en cuanto hablé con ellos, al explicarles una vez estuve en la casa de Kayden, cuando salí del hospital, con calma y serenidad, lo que me había sucedido. Mi

madre entró histérica en la casa, tanto lo hizo que ni se paró a observar bien la imagen que se encontró. Sentados en el sofá los dos, con el brazo de Kayden sobre mis hombros mientras yo mantenía la pierna en alto, se puso delante nuestro sin poder dejar de hablar directamente hacia mí. Sin saludo, sin abrazos, ni besos… se dejó llevar por los nervios y la preocupación.

Mi padre que no se perdió ningún detalle y nos hablamos con la mirada. Después de asentir y hacerme un guiño, satisfecho, la agarró de la mano para besarla. Era la única forma que había encontrado durante todos esos años para calmarla cuando se alteraba tanto.

—Por Dios, Gabriel. Mira cómo está la niña, lo que le ha pasado muy lejos de casa y ¿a ti no se te ocurre hacer otra cosa que besarme? —habló indignada.

—La niña está perfectamente, se va a recuperar pronto y más con los cuidados que va a tener. Ni te has fijado —negó divertido.

—¿Cómo?

—Que tienes a tu yerno delante, la primera vez que lo ves, y ni le has dicho hola.

Soltó un jadeo de la impresión, girando rápido la cabeza para centrarse en nosotros. Los tres: mi padre, Kayden y yo, soltamos una carcajada ante las reacciones que tuvo. El final llegó la emoción después de la presentación y los saludos en condiciones. Mi vida antes de Kayden estaba en Escocia y así continuaba siendo, con más peso aún al convivir bajo el mismo techo. El día que llegamos de Inverness con mis maletas, entré en su casa y hasta el día de hoy. Siempre que nuestras responsabilidades nos lo permitían viajábamos a España para verlos, pero si no éramos nosotros eran ellos los que viajaban, pasando largas temporadas después del primer año porque mi padre se jubiló, lo que les dio libertad.

Como he adelantado anteriormente éramos padres de un niño, Kai. Tenía cuatro años y era un torbellino amoroso, nuestra debilidad. Nos casamos cuando todavía no se me notaba la barriga y junto a Mór, el perro de Kayden que desde el principio lo consideré mío también, completábamos nuestra familia. Añado que Kai y Mór eran inseparables.

Ahora paso a haceros un repaso rápido por lo que había sido la vida de nuestros amigos, para que sepáis cómo habían sido sus vidas, las que continuaban muy unidas a nosotros, como no podía ser de otra manera.

Sobre Naomi, mi amiga del alma como a ella le gustaba decir, y así era en realidad, os comento que voló hasta Glasgow cuando la puse al día. No apareció delante de mí como lo hizo mi madre porque ella ya tenía tablas, su rutina era estar en un hospital más horas que en casa. Sí se preocupó mucho al saberlo, pero por lo que tuve que vivir. Con el resultado de lo que me sucedió estuvo más que satisfecha, sabiendo que podría haber sido mucho peor. Esa visita que duró cuatro días fue el inicio para que ella y Yago acortaran distancias. Tanto lo hicieron que después de la primera noche que pasó junto a nosotros, en nuestra casa, el resto, hasta que se fue, estuvo en la de Yago, «en la gloria», según sus palabras exactas. Sin conocerla, solo con lo que irradió durante esos días, fue suficiente para saber lo feliz que la hizo. Una semana después de regresar a España, sus ánimos decayeron al estar alejada, sobre todo de él. No perdieron el contacto, pero

ella dio por hecho que todo había terminado entre ellos. Un error por su parte pensar de esa forma porque Yago no lo dudó y fue a verla, con la necesidad de tenerla otra vez junto a él. Y así, entre viaje y viaje, de todo tipo, sí, pensad en todas las posibilidades que puede abarcar la palabra viaje, iniciaron una relación que los llevó a que Naomi terminara trasladándose a Escocia. Su trabajo era su pasión, por lo que lo tuvo claro y todos la animamos para que lo consiguiera, me refiero a que cursó los estudios necesarios en el país, para que pudiera acceder a una plaza en Glasgow. Lo consiguió, ¿qué no consigue cuándo se lo propone? Me sentí orgullosa y muy feliz por ella, sumándole que ya no nos separaríamos más, durante largos periodos de tiempo. Eran un matrimonio sólido que se complementaba a la perfección porque sus caracteres eran muy parecidos. Tenían una niña de dos años y estaban dispuestos a ampliar en breve la familia.

Grace fue todo un descubrimiento para mí, muy favorable y bueno. Desde el inicio, cuando se acercó a mí antes de entrar al ascensor para hacer la entrevista de trabajo fallida, ya mostró lo carismática y buena persona que era. Creo que en aquel instante creamos una conexión, aunque no lo supiéramos ver ninguna de las dos. Era una gran amiga, esencial para mí y me alegré mucho por ella cuando Álef supo llevarla a su terreno, provocando que se diera lo que tanto había deseado y por lo que tanto había llorado en soledad… Sí, estaban juntos. ¿Cómo sucedió? Simple, Álef fue a por ella directamente, sin medias tintas, sin darle opción ni la posibilidad de una negación. A Grace le costó, pero ya iba con la cartilla leída, como siempre decía bromeando Kayden porque fue él el responsable de ello. Los dos llevaban muchos años enamorados, pero como sucede muchas veces en la vida, unos dejan pasar las oportunidades que se presentan, quizás porque da vértigo y de eso sabía un rato largo yo, y otros, refiriéndome a Grace, simplemente asumen las consecuencias y se adaptan a ellas, creyendo que todas esas oportunidades perdidas equivalen al desinterés y al desamor. Nada que ver con la realidad, al final la verdad salió a la luz, al final después de una conversación que duró horas, en la que los dos se sinceraron, más Álef que ella, lo que tenía que suceder pasó, uniéndose por fin. Dos días libres le pidió Grace a Kayden, tiempo insuficiente para recuperar el tiempo, pero un comienzo muy importante para ellos dos que no salieron de la casa de Álef ni para que les diera el sol. No estaban casados, pero pensaban pasar por el altar en breve porque estaba a punto de llegar al mundo el segundo hijo y querían formalizarlo todo.

Sophie y Brodie continuaron muy pegados a mí, aunque en la distancia, pero así fue. Tampoco era tanta y muchos fines de semanas venían o íbamos a verlos. Continuaban con la relación que iniciaron, eran felices y el tiempo los había consolidado. No tenían hijos, como comentaban a menudo querían seguir disfrutando de la luna de miel, pero no descartaban ir a por un bebé en un tiempo. Igualmente, que por intentos no fuera porque los hacían constantemente como prácticas, sin resultados porque le ponían remedio hasta ahora.

Cameron era otra de las personas que no podía faltar en nuestras vidas. Ya era un gran amigo, pero terminó por convertirse en una amistad especial por la conexión que teníamos con él. Seguía a la cabeza de Safe Dreams Company, siendo la mano derecha de Kayden allí. Para nuestra felicidad y más la suya, el puesto que yo dejé en la empresa lo ocupó otra chica. Al final, lo de no ser necesaria cambió porque Kayden quiso ponerle un refuerzo. Lo que no supimos ninguno en el instante en el que tomó la decisión de sustituirme, es que esa acción provocaría que la chica que ocupó mi despacho, Blair, terminaría ocupando más que eso en la vida de Cameron. Fue un flechazo en toda regla por parte de él y de ella, bueno, lo tuvo muy fácil para

caer rendida. Cameron era un hombre increíble: atractivo, con planta, simpático y… pues todo terminó explotando en el despacho de él. Si es que como pensé en su día, esas paredes daban mucho juego, que se lo dijeran a Sophie y a Brodie, y a Kayden y a mí, porque ellos, no lo sabía, pero nosotros dábamos buena cuenta del despacho del CEO. Volviendo a Cameron y a Blair, como digo fue todo muy rápido y desde que sucedió la relación fue avanzando a pasos agigantados. Tomaron la decisión de irse a vivir juntos porque las oportunidades que se presentan no hay que desaprovecharlas. Fue lo más lógico, pasaban más tiempo en casa de uno y de otro, que en las propias. Tenían una hija de ocho años, con la que Blair entró en la relación, sin que hubiera ninguna relación con el padre biológico de la pequeña. Cameron la acogió como suya propia, se consideraban padre e hija y lo eran por muchas razones de peso, se adoraban mutuamente. Estaban a punto de darle un hermano para aumentar la felicidad.

Menciono a Elliot, no puede faltar porque para mí, después de lo que viví junto a él y lo que me ayudó, se convirtió en alguien muy especial e importante. Kayden como agradecimiento lo cambió de puesto de trabajo, subiéndole el rango y el sueldo. Elliot estaba involucrado al máximo con él y con la empresa, tomándose su trabajo como siempre lo había hecho, con responsabilidad y control, añadiéndole amor porque todo lo que se toca y se lleva con ese sentimiento se torna de un color especial y el resultado es impecable.

Y por último hablaré de Archie, un hombre que fue un desconocido para mí dentro de la empresa, pero que, con sus buenas intenciones y acciones, como bien me explicó Kayden en el hospital, provocó que se iniciara lo que hoy en día era una muy buena relación. Vino a visitarme al poco tiempo de salir del hospital, ese fue el momento en el que se inició nuestra amistad.

Cuando conocemos de primeras a una persona, nunca sabemos el papel que llegará a jugar en nuestras vidas. Los que se quedan, los que demuestran con sus acciones y actitudes que eres importante para ellos, son los que marcan la diferencia creando un vínculo irrompible.

Era feliz, en todos los aspectos de mi vida; como trabajadora, como persona, como mujer… y todo ello, la gran parte del conjunto, se lo debía a Kayden, el que por su carácter controlador y autoritario nunca se rendió hacia mí, sin conocerme realmente, hasta que me tuvo donde quería con mi aprobación por delante.

Cuando el amor toca de lleno, cuando sientes y vives lo que es y la pasión que lo acompaña… ya no hay vuelta atrás. Eso es lo que nos sucedió a nosotros mientras el destino jugaba con nosotros, acercándonos de muchas maneras inesperadas y desconcertantes, pero las mejores que pudieron pasarnos en la vida.

Una aventura impresionante que repetiría una y mil veces, junto a él.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu